

UN AMOR QUE CONSIGUE ENFRENTARSE AL CIELO Y AL INFIERNO.

TERCERA Y ÚLTIMA PARTE DE LA TRÍLOGÍA HALO.

HEAVEN

ALEXANDRA ADORNIETTO

Lectulandia

Un amor que consigue enfrentarse al Cielo y al Infierno.

Bethany, un ángel enviado a la tierra, y su novio mortal, Xavier, han estado en el Infierno y han conseguido volver. Sin embargo, ahora su amor se someterá al examen más duro, ya que desafiarán las leyes del Cielo al casarse. No se lo cuentan ni siquiera a los hermanos arcángeles de Beth, Gabriel e Ivy, pero la corte celestial lo averiguará muy pronto y el castigo será terrorífico: la Séptima Orden, los ángeles caídos que están empeñados en separar a Beth y Xavier, destruir a Gabriel e Ivy y llevar al lado oscuro el poder angélico de los cielos.

Lo único que pueden hacer Bethany y Xavier para evitar a los Séptimos es esconderse a plena luz y mezclarse con mortales de su misma edad. Gabriel e Ivy los envían a la universidad, donde no podrán revelarles a nadie su relación y donde, de todas maneras, se encontrarán con el peligro en cada esquina.

¿Llamarán a Bethany desde el Cielo para obligarla a quedarse ahí para siempre?

¿Tendrá que enfrentarse a la terrible posibilidad de tener que dejar al amor de su vida?

Lectulandia

Alexandra Adornetto

Heaven

Trilogía Halo 3

ePub r1.0
macjaj 31.01.14

Título original: *Heaven*
Alexandra Adornetto, 2012
Traducción: Carol Isern

Editor digital: macjaj
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A los creyentes

No quiero ir al Cielo. Ninguno de mis amigos está allí.

OSCAR WILDE

Si el Cielo no se parece mucho a Dixie, no quiero ir.
Si el Cielo no se parece mucho a Dixie,
prefiero quedarme en casa.

HANK WILLIAMS JR.

Hasta la muerte

Todo empezó a temblar.

Me agarré al borde de la mesa y vi que mi anillo de compromiso caía sobre las baldosas del suelo del café Sweethearts. El temblor duró solamente unos segundos, pero la máquina de discos dejó de funcionar, y las camareras, asustadas, trastabillaron procurando mantener las bandejas en equilibrio.

Me di cuenta de que, fuera, el cielo había cambiado a un oscuro tono violáceo, y las copas de los árboles vibraban como si una mano invisible las estuviera sacudiendo. La expresión de felicidad había desaparecido del rostro de Xavier, y ahora sus ojos comunicaban la dureza y el desafío que tantas veces les había visto en los últimos tiempos. Apreté su mano con fuerza y cerré los ojos, esperando que una cegadora luz apareciera de repente para devolverme a mi prisión en el Cielo.

Sin embargo, al cabo de unos momentos, la tierra se quedó quieta otra vez y a nuestro alrededor todo volvió a la normalidad. Todo el mundo había temido lo peor, y un suspiro de alivio nos relajó a todos, al darnos cuenta de que nada malo había sucedido. Empezaron a oírse risas y comentarios sobre lo impredecible que era la Madre Naturaleza, y las camareras se afanaban en limpiar las bebidas, que se habían derramado por todas partes. Nadie insistía en lo que acababa de suceder: probablemente sería motivo de conversación durante uno o dos días y, luego, todo el mundo lo olvidaría. Pero Xavier y yo no nos dejábamos engañar tan fácilmente: algo malo estaba sucediendo en el Reino. Nos dábamos cuenta.

Por un momento pensé en decirle a Xavier que, después de todo, lo que íbamos a hacer no era una buena idea, que debíamos devolver el anillo de su abuela y regresar a Bryce Hamilton para asistir a lo que quedara de la ceremonia. Si nos dábamos prisa, quizá llegaríamos a tiempo de que él pudiera ofrecer el discurso de inauguración. Pero al mirarlo, me fallaron las fuerzas.

La parte responsable que había dentro de mí reconocía que lo adecuado era hacer caso de ese aviso, someterse a las reglas y no contravenir la voluntad de los Cielos.

Pero, por otro lado, sentía otra parte mía, la rebelde, que me decía que era demasiado tarde para echarse atrás. Así que dejé a un lado a la chica tímida que había sido hasta ese momento, permití que se replegara en las sombras como una niña vergonzosa ante una pista de baile, y permití que la nueva Beth tomara el mando. Todavía no conocía muy bien esa parte de mí, pero, por algún motivo, sentía que había estado conmigo desde siempre, esperando entre bambalinas, como una suplente a la espera de que llegara su momento para mostrarse con toda su brillantez.

Fue esta parte de Beth la que se puso en pie y cogió el bolso.

—Vámonos.

Xavier dejó unos billetes encima de la mesa y me siguió hasta la calle. Al salir, levantó el rostro hacia el cielo, entrecerró los ojos ante la deslumbrante luz del sol recién reaparecida y soltó un largo suspiro.

—¿Crees que eso iba dirigido a nosotros?

—No lo sé —contesté—. Quizá le estemos dando demasiada importancia.

—Quizá —repuso Xavier—. Pero he vivido aquí siempre y nunca había sucedido nada igual.

Miré a un lado y a otro de Main Street. La gente parecía ocupada en sus asuntos, como siempre. Vi que el *sheriff* había salido a la calle para tranquilizar a unos turistas que mostraban cierto nerviosismo. Su voz llegaba hasta nosotros.

—No hay motivo para alarmarse, señora. Los temblores no son habituales por aquí, pero no hay por qué preocuparse.

Los turistas parecieron calmarse con sus palabras, pero yo sabía que ese temblor de tierra no podía ser una simple coincidencia. Estaba claro que se trataba de una advertencia llegada desde arriba, una advertencia que no pretendía causar ningún daño, pero sí llamar nuestra atención. Y lo había conseguido.

—¿Beth? —Xavier se mostraba indeciso—. ¿Qué hacemos ahora?

Miré hacia el Chevy, que se encontraba aparcado al otro lado de la calle. Solo tardaríamos cinco minutos en llegar a la orilla del agua, donde el padre Mel nos estaba esperando, en la iglesia. Recordé que lo había visitado una vez con Gabriel e Ivy, al principio, cuando llegamos a Venus Cove, y a pesar de que no se había hablado de ello abiertamente, él supo quiénes éramos. La expresión de su rostro lo había dicho todo. Se me ocurrió pensar que si un hombre tan piadoso como el padre Mel había accedido a casarnos, debía creer en nuestra unión. Era un consuelo saber que, por lo menos, teníamos un aliado.

Durante un momento dudé. Entonces me fijé en una pareja mayor que se encontraba sentada en un banco de madera de la plaza. El hombre tenía la mano de la mujer en la suya y sonreía, disfrutando de la brisa, que le agitaba el cabello blanco, así como del sol, que le calentaba la nuca. Me pregunté cuánto debía de hacer que estaban juntos, cómo era el viaje vital que habían compartido. Era una tarde

luminosa, y las hojas de los abedules del paseo brillaban bajo el sol. Observé a un corredor que pasó por delante de nosotros, conectado a su iPod, y a un niño pequeño que ponía caras a los transeúntes desde detrás de la ventanilla de un coche. Yo no había nacido en ese mundo, pero tenía la certeza de que me había ganado el derecho de quedarme en él. Y no estaba dispuesta a renunciar a ese derecho tan fácilmente.

Tomé el rostro de Xavier entre mis manos y le dije:

—Si no recuerdo mal..., me acababas de pedir que me casara contigo.

Me miró un momento con expresión de incertidumbre, pero al final su rostro se iluminó con una sonrisa. Entonces me tomó la mano con un fervor renovado y corrimos al otro lado de la calle, hacia el Chevy. En el asiento de atrás todavía estaban los birretes y las togas que habíamos dejado allí, pero ninguno de los dos los vio en ese momento. No dijimos nada. Xavier apretó el acelerador y el coche salió disparado en dirección a la orilla. Toda duda se había disipado. Pasara lo que pasara, continuábamos con nuestro plan.



Saint Mark era una capilla de basalto que había sido construida por los colonos europeos al terminar la guerra civil. Estaba rodeada por una verja de hierro forjado, y un camino de piedra flanqueado por campanillas conducía hasta la puerta, de roble y culminada con un arco de medio punto. Había sido la primera iglesia católica del condado, y en el jardín lateral se levantaba un muro conmemorativo en honor a los soldados confederados fallecidos. Saint Mark tenía un profundo significado para Xavier y para su familia. Allí había estudiado la Biblia desde niño, y también había participado en todas las representaciones navideñas hasta que creció y empezó a darle vergüenza hacerlo. El padre Mel conocía a todos los niños Woods. Dentro de pocas semanas casaría a Claire, la hija mayor, y Xavier, en calidad de hermano, sería uno de los padrinos.

En cuanto traspasamos el umbral de la puerta, todo el ruido del mundo exterior enmudeció. Nuestros pasos resonaron sobre el mármol rojizo del suelo de la capilla. A ambos lados, unas altas columnas de piedra se levantaban hasta el techo abovedado. Una estatua de Cristo en la cruz presidía la nave: el Cristo tenía la cabeza caída, pero sus ojos se levantaban hacia el Cielo. Desde el techo, unos santos mártires hechos con mosaico nos observaban. La capilla estaba inundada por la suave luz dorada que se reflejaba desde el sagrario de oro que guardaba el Santísimo Sacramento. Las paredes estaban cubiertas de unas pinturas con marcos muy trabajados que mostraban las diferentes etapas del vía crucis. Los bancos eran de pulida madera de secuoya, y el olor del incienso llenaba el ambiente. Tras el altar, unas coloridas cristaleras representaban a Gabriel, con la cabellera dorada, el rostro

serio y una túnica roja, comunicando su mensaje a María, quien lo recibía de rodillas y con expresión de asombro. Me resultó extraño ver cómo un artista había representado a mi hermano, el arcángel. El Gabriel real era tan hermoso y formidable que no era posible captarlo. A pesar de todo, los colores de la cristalera eran vibrantes y conseguían que las figuras cobraran vida.

Xavier y yo nos detuvimos en la entrada y mojamos los dedos en el agua bendita para persignarnos. Antes de ver al padre Mel, oímos el suave roce de su sotana. Apareció ante nosotros con el hábito completo, largo hasta el suelo, y el susurro de sus ropajes marcaba el ritmo de su paso al bajar los escalones alfombrados.

—Os esperaba —nos dijo, en tono animoso.

Entonces nos condujo hasta la parte frontal de la iglesia, y ambos nos arrodillamos ante el altar. Él observó nuestros rostros para asegurarse de nuestra sinceridad.

—El matrimonio es un compromiso muy serio —nos dijo—. Los dos sois muy jóvenes. ¿Habéis pensado detenidamente lo que estáis a punto de hacer?

—Sí, padre, lo hemos hecho —contestó Xavier, con un tono que hubiera convencido a la persona más desconfiada del mundo—. ¿Nos ayudará?

—Hmmm —murmuró el padre, con expresión de gravedad—. ¿Qué dicen vuestras familias de esto? Supongo que querrán estar presentes en una ocasión tan importante.

Al decirlo, el padre Mel me miró a los ojos con gran seriedad.

—Esta decisión es nuestra —repuso Xavier—. Desearía que pudieran estar aquí..., pero ellos no lo comprenderían.

El sacerdote asintió con la cabeza al oír las palabras de Xavier.

—No se trata de un capricho de adolescentes —intervine, ansiosa por acabar de convencerlo—. Usted no sabe por todo lo que hemos pasado hasta poder llegar aquí. Por favor, no podríamos soportar un día más sin pertenecernos el uno al otro ante los ojos de Dios.

Me di cuenta de que al padre Mel le costaba ignorar nuestra urgencia, pero también estaba claro que se creía en el deber de actuar con prudencia. Tendría que mostrar más convencimiento para conseguir que se decidiera.

—Es la voluntad de Dios —dije, de repente. El padre Mel abrió los ojos con asombro—. Él nos ha unido por un motivo. Usted debe de saber que él tiene un plan para cada uno de nosotros, y este es el nuestro. No nos corresponde a nosotros cuestionar su voluntad, solamente queremos aceptar el sentimiento que él ha creado entre los dos.

Estas palabras consiguieron zanjar la cuestión. No podía negarse ante lo que parecía ser una orden directa desde lo alto. El padre Mel hizo un ademán de consentimiento con las manos.

—Muy bien, pues. No serviría de nada haceros esperar más. —Hizo un gesto hacia alguien que se ocultaba en la penumbra—. Me he tomado la libertad de pedirle a la señora Álvarez que haga de testigo.

Miramos hacia atrás y vimos a una mujer que oraba en silencio sentada en el extremo de uno de los bancos. Cuando se levantó y se acercó al altar, me di cuenta de que era la gobernanta de la parroquia. La señora Álvarez se alisó la blusa: se la veía emocionada por tener un pequeño papel en lo que, a sus ojos, debía de ser una alocada y romántica aventura. Cuando habló, pareció que incluso le faltara un poco el aliento.

—Tú eres el hijo de Bernadette, ¿verdad? —preguntó con un marcado acento hispano. Xavier asintió con la cabeza y bajó los ojos, esperando una reprimenda. Pero la señora Álvarez se limitó a darle un apretón de complicidad en el brazo—. No te preocupes. Muy pronto todo el mundo se alegrará por vosotros.

—¿Empezamos? —preguntó el padre Mel.

—Por favor..., un momento.

La señora Álvarez meneó la cabeza y me miró con cierta expresión de tristeza. De repente, se excusó y se fue. Esperamos, un tanto confundidos, hasta que ella regresó y me ofreció un ramillete de margaritas que acababa de cortar del jardín de la parroquia.

—Gracias.

Sonreí, agradecida. Con las prisas por llegar hasta allí, Xavier y yo no habíamos prestado ninguna atención a los detalles. Todavía llevábamos nuestros immaculados uniformes de la escuela.

—De nada —repuso ella con ojos chispeantes de emoción.

La luz que se filtraba a través de la cristalera bañaba a Xavier con sus tonos dorados. Aunque hubiera llevado puestos los pantalones cortos de gimnasia, no me hubiera importado, pues su mera presencia era deslumbrante. Por el rabillo del ojo me vi un mechón de cabello castaño, bañado de tonos cobrizos. Parecía brillar por sí solo. Tímidamente deseé que esa imagen fuera una señal de que nuestra unión encontraría el favor del Cielo. Después de todo, la tierra había dejado de temblar y no parecía que el techo fuera a desplomarse. Quizá, solo quizá, el nuestro era un amor que incluso el Cielo tendría que aceptar.

Al mirar a Xavier me di cuenta de que algo en mí había cambiado. No me sentía desbordada por la emoción, como era habitual. No me sentía desbordada por ese amor tan intenso que me hacía temer que mi cuerpo estallara, incapaz de contenerlo. Por el contrario, me sentía llena de paz, como si mi mundo se estuviera colocando exactamente en el lugar que le correspondía. A pesar de que conocía el rostro de Xavier tan bien como la palma de mi mano, cada vez que le miraba el rostro me parecía verlo por primera vez. Sus rasgos expresaban una gran profundidad y

complejidad: la línea de sus labios se curvaba dibujando media sonrisa, sus mejillas se marcaban con elegancia, y sus ojos almendrados tenían el mismo color turquesa del océano. Unos rayos de luz solar parecían bailar sobre su cabello dorado, haciéndolo brillar como un metal pulido. Su uniforme escolar, la chaqueta azul oscuro con el escudo de Bryce bordado en el bolsillo, parecía adecuado para esa ocasión solemne. Xavier se ajustó la corbata rápidamente. Al verle hacer ese gesto no supe si se sentía nervioso o no.

—Hoy tengo que tener mi mejor aspecto —me dijo, guiñándome un ojo con expresión juguetona.

El padre Mel abrió los brazos y levantó ambas manos con expresión ceremoniosa.

—Os habéis reunido en esta iglesia para que el Señor consagre y selle vuestro amor en el santo matrimonio. Ambos tendréis que asumir los deberes del matrimonio con respeto mutuo y fidelidad eterna. Y por ello, ante esta iglesia, os pido que declaréis vuestras intenciones. ¿Os amaréis y os honraréis el uno al otro como marido y mujer durante el resto de vuestras vidas?

Xavier y yo levantamos los ojos al mismo tiempo, repentinamente conscientes de lo sagrado que era ese momento. Pero no dudamos ni un instante en contestar al mismo tiempo, como si nuestros *yoes* individuales ya se hubieran hecho uno.

—Lo haremos.

—Juntad vuestras manos derechas y declarad vuestro consentimiento ante Dios y su Iglesia. Xavier, repite conmigo.

Xavier pronunció cada una de las palabras con gran detenimiento, como si todas ellas fueran portadoras de un profundo significado y no pudieran ser dichas apresuradamente. Su voz era como música. Eso me produjo tanta emoción que sentí cierto mareo, y me sujeté con fuerza a su mano con miedo, como si pudiera empezar a flotar en el aire de un momento a otro. Xavier no me soltó ni un instante mientras hablaba.

—Yo, Xavier Woods, te tomo a ti, Bethany Church, como esposa, y te seré fiel a partir de este momento en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe.

Entonces llegó mi turno. Debía de estar nerviosa, porque noté que me temblaba la voz mientras pronunciaba el mismo juramento bajo la atenta mirada del padre Mel. La señora Álvarez se sacó un pañuelo con puntillas de la manga y se secó los ojos. No pude evitar que unas lágrimas me rodaran por las mejillas mientras pronunciaba cada palabra. En ese momento comprendí lo que era llorar de felicidad. Noté que Xavier me acariciaba la palma de la mano con la yema del pulgar y sentí que me perdía en la profundidad de sus ojos. La voz del padre Mel me hizo reaccionar:

—Ha llegado el momento de los anillos, que os entregaréis el uno al otro como símbolo de vuestro amor y fidelidad.

Xavier me tomó la mano y me colocó el anillo de su abuela en el dedo anular. El anillo me encajó perfectamente, como si estuviera hecho para quedarse conmigo siempre. Deseé que hubiéramos tenido más tiempo para realizar los preparativos, pues yo solo podía ofrecer mi anillo de clase a Xavier. Intenté ponérselo en el dedo anular, pero era demasiado pequeño, así que tuve que deslizarlo en su dedo meñique. Ambos estábamos tensos, y sentimos que ese descuido lo había arruinado todo. Pero en cuanto oímos que la señora Álvarez se reía por lo bajo cubriéndose la boca, los dos nos relajamos.

—Que vuestra unión reciba la aprobación del Señor —terminó el padre Mel—. Que os aporte paz y armonía a vuestras vidas. Ahora os declaro marido y mujer.

Y eso fue todo. La ceremonia había concluido: Xavier y yo estamos casados.

Toda mi vida me había sentido una extraña, siempre había sido testigo de un mundo del cual nunca podría formar parte. En el Reino yo había existido, pero nunca había vivido de verdad. Conocer a Xavier había hecho que todo eso cambiara. Él me había acogido, me había amado y me había cuidado. Nunca le importó que yo fuera distinta, y su mera presencia había conseguido que mi mundo cobrara vida. Yo sabía que nos esperaban dificultades, pero mi alma ahora se encontraba unida a la suya, y nada, ni el Cielo ni el Infierno, nos podría separar.

Sin esperar instrucciones del padre Mel, nos fundimos en un beso, y en esa fusión se produjo algo completamente distinto a todo lo que habíamos experimentado hasta ese momento. Esta vez fue un acto sagrado. Noté que mis alas empezaban a vibrar bajo mi camisa, y sentí que la emoción recorría toda mi piel y llenaba mi cuerpo con una cálida luz. De repente, la luz que emanaba mi cuerpo se fundió con la luz del sol que se filtraba a través de las cristaleras de la ventana y, al hacerlo, se produjo un potente destello que nos rodeó a ambos en un brillante remolino luminoso. El padre Mel y la señora Álvarez ahogaron una exclamación de sorpresa, pero al cabo de un segundo el sol se ocultó tras una nube y el destello se apagó.

La pobre mujer estaba tan desbordada por la emoción que prorrumpió en una sarta de felicitaciones en español y empezó a besarnos a los dos con gran energía, como si fuéramos unos parientes recién reencontrados. Solo se detuvo cuando el padre Mel nos arrastró a un lado del altar para firmar el acta.

Justo acababa de dejar la pluma cuando oímos que las puertas de la parroquia se abrían con un estruendo tan potente que nos sobresaltó a todos.

Al mirar, vimos la silueta de un delgado adolescente de rostro afeminado, con un mechón rebelde en la cabeza. Llevaba puesta una capa negra con capucha y de su espalda se desplegaban tres pares de alas negras. Con gran formalidad, se inclinó haciendo una reverencia ante nosotros, pero sin apartar los ojos del padre Mel ni un momento. Luego se acercó al altar con un paso tan estudiado que parecía que estuviera desfilando por una pasarela. Acompañaba el paso con el balanceo de una

guadaña. Enseguida supe quién era: se trataba de un ángel de la Muerte entrenado por la misma Muerte. La señora Álvarez empezó a chillar y corrió a refugiarse detrás del altar. Tradicionalmente, solo la persona a la que venía a buscar el ángel de la Muerte podía verlo, pero en este caso «se había saltado la normativa». Todos sus movimientos parecían deliberados, como para comunicarnos un claro mensaje. Teníamos la muerte sobre nuestras cabezas.

Sin pensarlo, tiré a Xavier al suelo de un empujón y desplegué las alas por encima de él para protegerlo. Un ángel de la Muerte no podía llevarse ningún alma mientras su guardián se encontrara con ella. Pero pronto me di cuenta de que no era a Xavier a quien ese joven ángel había venido a buscar.

Sus ojos continuaban clavados en el padre Mel. Lo señaló con uno de sus delgados dedos. El sacerdote, confuso, parpadeaba de incredulidad y retrocedía hacia el altar con las gafas torcidas sobre el arco de la nariz.

—Solo quería ayudar. Solo quería ayudar —repetía una y otra vez.

—Tú intención es irrelevante —repuso con frialdad el ángel.

El padre Mel se calló un instante y, luego, se enderezó.

—Recibí una llamada del Señor, y yo respondí.

—¿Sabes quién es ella? —le preguntó el ángel de la Muerte—. No es una humana.

El padre Mel no pareció sorprenderse ante esa afirmación. Había sabido desde el principio que yo era diferente, aunque nunca me había hecho preguntas ni me había tratado como a una extraña.

—Los caminos del Señor son inescrutables —replicó con valentía.

El ángel de la Muerte asintió con la cabeza.

—Desde luego que sí.

Entonces, levantó una mano y el padre Mel se dobló sobre sí mismo mientras se apretaba el pecho con fuerza y caía al suelo luchando por respirar.

—¡Déjalo en paz! —gritó Xavier, intentando desprenderse de mí.

Yo lo sujetaba firmemente, con una fuerza que no sabía que tenía. El ángel de la Muerte nos miró como si fuera la primera vez que nos veía y luego dirigió una lánguida mirada hacia Xavier. Sonreía, pero el gesto de sus sensuales labios era casi insolente.

—El asunto que me ha traído aquí no tiene nada que ver con vosotros —afirmó, acercándose hacia el padre Mel, que yacía postrado sobre el suelo de mármol.

—Beth, suéltame —suplicó Xavier—. ¡El padre Mel necesita ayuda!

—No podemos ayudarlo ahora.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó, mirándome con una expresión extraña, como si no me reconociera.

—No puedes enfrentarte a un ángel de la Muerte —susurré—. Él sigue

instrucciones. Si te interpones en su camino, también te llevará con él. No me conviertas en una viuda cuando hace solo unos minutos que soy tu esposa.

Aquello pareció llegarle al alma. Xavier dejó de debatirse y se quedó en silencio, pero su mirada seguía reflejando la angustia que sentía por no poder ayudar al sacerdote y mentor de su infancia. El ángel de la Muerte se acercó a la cabeza del padre Mel. Yo sabía lo que estaba esperando. De repente, una sombra gris como el humo salió por la boca abierta del sacerdote y se quedó flotando en el aire: era una réplica exacta del cuerpo sin vida que yacía en el suelo.

—Sígueme —ordenó el ángel de la Muerte con indiferencia. Parecía casi aburrido.

El alma del padre Mel pareció sentirse perdida durante unos instantes, como si no supiera en qué dirección ir, pero luego obedeció. Juntos, el ángel y el alma mortal ascendieron hacia el techo abovedado de la parroquia.

—¿Adónde te lo llevas? —pregunté, temiendo que el padre Mel tuviera que sufrir el Infierno por habernos ayudado.

—Sus motivos eran puros, así que su lugar en el Cielo se mantiene intacto —contestó el ángel de la Muerte sin mirar atrás y sin detenerse—. Pero sus días en la Tierra han terminado.

Corre, cariño, corre

Hasta que el ángel de la Muerte por fin desapareció no me sentí suficientemente segura para soltar a Xavier. Él corrió hasta el padre Mel y cayó de rodillas al lado de su cuerpo inerte. El sacerdote todavía tenía los ojos abiertos, aunque estaban velados, sin vida.

La señora Álvarez, acongojada, salió de detrás del altar. Temblaba y todavía nos miraba con expresión de terror. Se detuvo en medio de la nave y agarró con manos temblorosas el crucifijo con piedras incrustadas que llevaba colgado del cuello.

—¡Santo Cielo! Que Dios se apiade de nosotros —exclamó, y salió precipitadamente de la iglesia.

—¡Espere! —grité—. ¡Señora Álvarez, por favor!

Pero ella no miró atrás: lo único que quería era alejarse lo antes posible de allí y perder de vista lo que acababa de suceder.

Cuando se hubo marchado, Xavier me miró con una expresión de dolor desgarradora.

—Beth, ¿qué hemos hecho? —murmuró—. Hemos matado a una persona.

—No, no lo hemos hecho. —Me arrodillé a su lado y lo tomé de la mano—. Escúchame, Xavier, esto no ha sido culpa nuestra.

—Se lo han llevado como venganza —repuso él en voz baja, volviendo la cabeza para ocultar su tristeza—. Por haber accedido a casarnos. Si no hubiera intentado ayudarnos, todavía estaría vivo.

—Nosotros no lo sabíamos. —Le tomé la barbilla e hice que girara la cabeza hacia mí de nuevo, para mirarlo a los ojos—. Nosotros no somos los asesinos.

Pasé la mano por encima de los ojos del padre Mel para cerrárselos para siempre. Notaba el pecho lleno de rabia ante la injusticia que acababa de producirse, pero sabía que esa rabia no nos ayudaría en nada. Recé en silencio para que el alma del padre Mel encontrara reposo. Xavier todavía miraba con desolación el cuerpo del sacerdote, tendido en el suelo.

—Es solamente su vida terrenal la que ha terminado —le dije—. Ahora se encuentra en paz. Lo sabes, ¿verdad?

Xavier asintió con la cabeza e intentó reprimir las lágrimas que anegaban sus largas pestañas.

De repente oímos el chirrido de los frenos de un coche fuera, delante de la iglesia. Inmediatamente se oyeron las puertas al cerrarse y unos pasos decididos sobre la gravilla del camino.

Ivy y Gabriel entraron en Saint Marks y no tardaron ni un segundo en comprender lo que había sucedido. Cruzaron la nave de la iglesia a tal velocidad que solo se hicieron visibles al detenerse delante de nosotros. Gabriel se pasó una mano por el cabello con gesto de frustración; su hermoso rostro dejaba ver un gran dolor. Ivy, por el contrario, tenía su larga cabellera alborotada y su expresión era tan funesta como un cielo enfurecido.

—En nombre de Dios, ¿qué es lo que habéis hecho?

Ivy habló en un tono que nunca antes le había oído. Su voz se había vuelto varias octavas más grave y parecía brotarle directamente del pecho. Gabriel se limitaba a apretar la mandíbula sin decir nada.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo él.

Sus ojos se posaron sobre nuestros anillos de boda y se desviaron hacia el cuerpo que yacía en el suelo. Ni siquiera parpadeó. Era evidente que no se sentía sorprendido ante aquella primera baja causada por nuestro desafortunado amor.

—Esto es ridículo. —Ivy meneó la cabeza con exasperación—. Esta rebeldía no puede ser ignorada.

Sus ojos grises y fríos habían adquirido una extraña tonalidad ámbar. Incluso me pareció ver que unas pequeñas llamas ardían en sus iris.

—Ahora no —dijo Gabriel, haciendo un gesto en dirección a la salida—. Debemos irnos de aquí.

Gabriel e Ivy nos agarraron a los dos por los hombros y casi nos arrastraron por toda la nave de la iglesia. Xavier y yo estábamos demasiado perplejos para resistirnos. Un todoterreno negro nos esperaba fuera. Ivy abrió las puertas con un gesto excesivamente enérgico, y el coche se inclinó hacia la derecha.

—Entrad —ordenó—. Ahora.

—No —repliqué, apartándome de ellos—. ¡Estoy harta de que todo el mundo nos diga lo que tenemos que hacer!

—Bethany, hubieras debido consultarme antes —dijo Gabriel con un tono de profunda decepción—. Te hubiera podido ayudar a tomar la decisión adecuada.

—Esta es la decisión adecuada, Gabe —afirmé, decidida.

—Has transgredido las leyes del Cielo y has provocado la muerte de un religioso —interrumpió mi hermana con severidad—. ¿Es que no te arrepientes?

—¡No sabíamos que sucedería esto!

—Por supuesto que no —repuso Ivy, y de repente comprendí lo que era que te fulminaran con la mirada—. ¿Es que esperas que te defendamos sin importar lo que hagas?

—No, es solo que me gustaría que pudierais ver las cosas desde nuestro punto de vista.

—Solamente queríamos estar juntos —intervino Xavier—. Eso es todo.

Pero esa explicación no consiguió más que avivar el enojo de mi hermana.

—¡Entrad en el coche! —gritó.

La brusquedad de Ivy nos tomó a todos por sorpresa. Ella nos dio la espalda y se apoyó en la puerta del acompañante. Tenía los hombros contraídos por la rabia.

—Iremos con vosotros —afirmé tranquila, en un intento de poner un poco de calma en medio de esa situación cada vez más tensa—. Pero decidnos adónde vamos.

—Tenéis que abandonar Venus Cove. Ahora mismo. No hay tiempo que perder —contestó Gabriel—. Os lo explicaremos por el camino.

De repente me di cuenta de que Gabriel tenía las venas del cuello hinchadas. Ivy no dejaba de retorcerse las manos y miraba a un lado y a otro de la calle con nerviosismo. ¿Qué estaba pasando? Podía comprender que se sintieran molestos por nuestra precipitada decisión de casarnos, pero era evidente que había algo más que eso. Si no los conociera bien, hubiera creído que estaban asustados.

—Gabe, ¿qué sucede? —le pregunté, alarmada, poniéndole una mano en el hombro.

Nunca había visto esa expresión en el rostro de Gabriel. Era una expresión de derrota.

—Aquí ya no estáis a salvo.

—¿Qué? —Xavier me pasó un brazo por encima de los hombros, en un gesto instintivo de protección—. ¿Por qué no?

—Sé que hemos complicado las cosas —dije—. Y nunca me perdonaré por lo que le ha sucedido al padre Mel, ¡pero no lo comprendo! Esto solo debería tener que ver con nosotros. Solo queríamos casarnos. ¿Por qué está tan mal?

—Ante los ojos del Cielo, lo está —repuso Ivy, y sus ojos grises me miraron con calma por primera vez.

—No es justo —protesté, notando que empezaban a brotarme lágrimas de los ojos.

Subí al asiento trasero del coche con una sensación de gran abatimiento: nuestra felicidad se había hecho añicos demasiado pronto.

Gabriel, en el asiento de delante, se dio la vuelta y miró a Xavier con dureza.

—Escuchadme con atención.

Xavier palideció y tragó saliva.

—No es solo que tengáis que marcharos —dijo Gabriel—. ¡Tenéis que huir!

Mi hermano puso en marcha el coche y salimos de la ciudad en dirección a las colinas a gran velocidad. Ivy se mordía el labio inferior mientras se sujetaba al salpicadero. A pesar de que habían prometido contarnos lo que sucedía, ninguno de los dos decía ni una palabra. Xavier y yo nos habíamos abrazado e intentábamos no pensar en lo peor. Esa no era exactamente la luna de miel que yo había deseado. Solo esperaba que Xavier no tuviera dudas sobre nuestro matrimonio.

Volví la cabeza y por el cristal trasero observé cómo se alejaba nuestra querida ciudad. Lo último que vi fueron las agujas de la torre del reloj de Bryce Hamilton, que se elevaban por encima de las sinuosas colinas. Entonces mi hermano giró de repente y enfiló un deteriorado camino de tierra. Venus Cove desapareció definitivamente de la vista. ¡El único lugar que yo consideraba mi casa ya no existía! No sabía cuánto tiempo pasaría hasta poder verlo de nuevo, o si lo vería otra vez. La cabeza me daba vueltas solo de pensarlo.

De repente me di cuenta de por qué Gabe tenía tanta prisa por alejarse de la carretera. Quería ocultarnos. Ni siquiera en el camino aminoró la velocidad. Había un montón de baches, las piedras salían despedidas de debajo de las ruedas y las ramas de los árboles rascaban los laterales del coche. Incluso los árboles parecían conspirar contra nosotros. En el cielo, las nubes parecieron hacerse más elásticas, empezaron a retorcerse y a formar extrañas imágenes. Una densa masa de nubes se alargó hasta que cobró la forma de una mano cuyo dedo índice pareció señalarnos. Al cabo de un segundo, el dedo se convirtió en una masa de nubes otra vez. Fueran imaginaciones o no, sabía que eso era un símbolo de nuestro juicio. Así era como se consideraba mi matrimonio con Xavier: un acto de rebeldía, una traición al Cielo que podía ser castigada con leyes que yo era demasiado joven para comprender. Además, mis características humanas eran tan dominantes ahora que todas las leyes del Cielo me hubieran parecido extrañas. El conocer a Xavier había hecho que cambiara mi lealtad: ya no sentía ningún vínculo con mi lugar de nacimiento.

Supe que empezábamos a ascender porque el aire que entraba por las ventanillas era cada vez más fresco. Me dediqué a contar los caballos que pastaban en los campos para evitar pensar en lo que nos esperaba. Deseé que mis hermanos dirigieran su ira contra mí y no contra Xavier. Sabía que debía disculparme y aceptar que había cometido un error. Pero no me arrepentía de lo que había hecho. Por lo menos, todavía no.

Ese día, que unas horas antes había prometido ser tan perfecto, ahora se había arruinado. Estuvimos tanto tiempo en el coche que perdí la noción del tiempo. Me preguntaba cuántas horas llevábamos allí. ¿Habíamos cruzado alguna frontera con algún estado? Tenía la sensación de que habíamos dejado el límite de Georgia atrás. El terreno había cambiado por completo: los árboles eran más robustos y más altos, y

el aire más frío. Parecía que nos dirigíamos hacia el norte. Se podía ver la brumosa y azulada silueta de unas montañas a lo lejos, pero no pregunté cuáles eran. Xavier miraba por la ventanilla sin decir nada. Yo sabía que continuaba pensando en el padre Mel, que no podía apartar la escena de su muerte de su cabeza y que se preguntaba si no podría haber hecho algo de manera diferente. Deseé poder consolarlo, pero nada de lo que pudiera decirle serviría para hacer desaparecer el dolor y la culpa que lo llenaban.

Finalmente nos detuvimos delante de una cabaña que quedaba tan bien integrada en el paisaje que no la vi hasta que nos encontramos delante de la puerta verde de la entrada.

—¿Dónde estamos? —pregunté, respirando el olor de los pinos que nos rodeaban.

—En las Smoky Mountains. —Mi hermano habló en voz baja y grave—. En Carolina del Norte.

No había tenido tiempo más que de oír el nombre de la cabaña, Cabaña del Sauce, y de ver las dos rústicas mecedoras del porche, cuando mi hermano ya había sacado unas llaves del bolsillo y nos había hecho entrar. El suelo era de madera de pino y en la sala había una chimenea de piedra con repisa.

Sabía que debía sentirme agradecida con Gabriel por haber venido a rescatarnos, pero en ese momento estaba cansada y su actitud me resultaba cada vez más irritante. Se comportaba como el Gabriel de antes, nos miraba como si fuéramos criminales, nos reñía como si fuéramos niños. Aunque yo fuera una de sus sirvientes legales, ¿qué derecho tenía él a dictaminar sobre la vida de Xavier? Xavier era un ser humano y en su mundo nuestros actos eran legítimos, incluso loables. Y, ahora, ese mundo era el único que me importaba. Quizá Xavier y yo habíamos actuado de forma precipitada e impulsiva, pero eso no justificaba que nos estuvieran mirando tan mal. ¿Qué derecho tenían mis hermanos a juzgarnos? No teníamos por qué sentirnos avergonzados.

Una vez dentro de la cabaña, fue Gabriel quien perdió la compostura. De repente, me sujetó por los hombros y me dio una brusca sacudida.

—¿Cuándo vas a madurar? —dijo—. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que estás viviendo una vida que no es la tuya? ¡Tú no eres un ser humano, Bethany! ¿Por qué no te entra en la cabeza?

—Tranquilo, Gabriel. —Xavier había dado un paso hacia delante, a la defensiva—. Ella ya no es responsabilidad tuya.

—¿Ah, no? ¿Y de quién es responsabilidad? ¿Tuya? ¿Cómo piensas protegerla?

—Yo no soy responsabilidad de nadie —afirmé. Lo último que necesitaba era que se produjera un enfrentamiento entre mi hermano y mi marido—. Yo he tomado una decisión, y estoy dispuesta a afrontar las consecuencias. Xavier y yo nos queremos y no vamos a permitir que nadie nos impida estar juntos.

Decir esas palabras en voz alta me hizo sentir fuerte, pero Gabriel soltó un gruñido.

—Estás loca.

—Yo no puedo vivir como vosotros —repliqué—. No puedo ocultar mis emociones y fingir que no las tengo.

—Tú no experimentas emociones, Bethany: te regodeas en ellas, te dejas controlar por ellas, y todo lo que has hecho ha sido solamente en tu propio interés.

—¡El hecho de que tú no seas capaz de comprender lo que es el amor no significa que esté mal!

—Esto ya no tiene que ver con el amor. Tiene que ver con la obediencia y la responsabilidad. Y estos son dos conceptos que no parece comprender.

—¿Queréis tranquilizaros todos? —interrumpió Ivy.

Parecía que siguieran turnos para expresar su frustración. Ahora que Gabriel perdía los nervios, Ivy se mostraba más calmada, como si quisiera contrarrestar el mal humor de él.

—Discutir no nos va a conducir a ningún lado. Lo hecho, hecho está. Ahora tenemos que encontrar la manera de ayudar a Beth y a Xavier.

Su actitud impasible hizo que todos nos paráramos y prestáramos atención. Gabriel la miró con ojos interrogadores y el ceño fruncido, y me di cuenta de que entre ellos se comunicaban, que compartían un secreto. Pero eso no duró más que un momento. Entonces Gabriel habló en un tono mucho más comedido.

—Ivy y yo nos tenemos que ir, pero volveremos pronto. Mientras, no os dejéis ver y, Beth, no te acerques a las ventanas. Tu presencia sería detectada muy pronto por... —Gabriel se interrumpió.

—¿Quién me busca? —pregunté.

—Luego.

La brusca respuesta de Gabriel era un claro indicio de lo mal que estaban las cosas. Me di cuenta de hasta qué punto su preocupación era real. De repente sentí un agujonazo de culpa. No podía culparle por estar irritado. Él siempre estaba resolviendo mis líos, siempre tenía que consultar con las altas autoridades y pedir disculpas por las faltas de otros. Nuestra decisión de escapar para casarnos había provocado una situación que no convenía a nadie en ese momento, justo cuando las cosas empezaban a ponerse de nuevo en su lugar.

—Y una última cosa —añadió Gabriel con la mano ya en el pomo de la puerta—. Si lo que te voy a pedir no se encuentra más allá de tu capacidad de control, te sugiero que reprimáis... todo contacto físico.

Lo dijo como si lo que nos pidiera fuera lo más natural del mundo, como si acabara de pedirnos que no olvidáramos apagar la luz.

—¿Qué? —pregunté, con enojo—. ¿Podemos, por lo menos, saber por qué?

Gabriel frunció el ceño y dudó un momento.

—Quizá recibas un trato más amable si el matrimonio no se consuma —respondió Ivy en su lugar.

—Quizá no sirva de nada —dijo Gabriel—. Pero la intuición me dice que sería prudente que Bethany y Xavier enviaran un mensaje de... —Se interrumpió, como buscando la palabra adecuada.

Ivy terminó la frase:

—¿Arrepentimiento? —apuntó. Gabriel bajó la cabeza, indicando que había acertado.

—¡Pero eso sería una mentira! —exclamé sin pensármelo dos veces—. No estamos arrepentidos. —Pero el recuerdo del padre Mel me obligó a matizar—: Aunque en ningún momento queríamos hacer daño a nadie.

—Tienes que ser inteligente —me aconsejó Gabriel—. Se trata de un pequeño sacrificio.

Estaba claro que no quería discutir más el tema.

—No creo que estés en posición de hacer ningún comentario al respecto, ¿no te parece? —dijo Xavier mirándolo con desafío.

—Estamos intentando ayudaros —intervino Ivy en tono cansado—. Necesitamos averiguar qué está pasando.

Aquel comentario me puso más nerviosa que todo lo que había sucedido hasta ese momento.

—¿Quieres decir que no lo sabéis?

Estaba asombrada. Gabriel e Ivy siempre conocían la voluntad del Cielo.

—Apenas existe precedente sobre esto —explicó mi hermana—. Solo ha pasado una vez antes, y de eso hace mucho tiempo.

Xavier y yo estábamos desconcertados. Si quería que comprendiéramos algo, Ivy tendría que explicarse mejor. Gabriel acudió en su ayuda.

—Ivy se refiere a los nefilim —explicó, directo al grano.

—¡Oh, vamos! —exclamé, exasperada—. Esto es totalmente distinto.

—¿Qué demonios son los nefilim? —intervino Xavier.

—Fueron una generación muy antigua, hijos de unos «hijos de Dios» que bajaron del Cielo y se dejaron cautivar por la belleza de «las hijas de los hombres» —expliqué—. Se aparearon con ellas y crearon una raza de medio ángeles y medio hombres.

—¿En serio? —exclamó Xavier, arqueando las cejas por la sorpresa—. En la clase de Religión se saltaron ese capítulo.

—No es una doctrina aceptada, en general —repuso Gabriel con sequedad.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con nosotros?

—Nada —afirmé enfáticamente—. Esto «no» es lo mismo. Esos ángeles que se

aparearon con seres humanos habían perdido la gracia. Se habían rebelado contra Dios. No es posible que el Cielo considere lo nuestro una seria transgresión... ¿o sí?

—No lo sé —respondió Ivy con calma—. Tú te has vinculado con el mundo de los seres humanos igual que hicieron ellos.

Debía admitir que Ivy tenía razón. En ese momento mi lealtad estaba con el mundo de los mortales. Gabriel me observó mientras yo acariciaba el anillo que llevaba en la mano izquierda. El suave destello de los diamantes se mezclaba con la luz de fuera, que ya empezaba a disminuir. Ya lo sentía como una parte de mí, como si estuviera destinada a llevarlo siempre. Desde luego, no pensaba separarme de él, no sin luchar.

—Probablemente deberías guardarlo en un cajón —dijo Gabriel sin piedad.

—¿Perdona?

—Seguramente sea más prudente no mostrarlo. —Gabriel tenía una expresión impenetrable en el rostro.

—No pienso quitarme el anillo —afirmé con determinación—. No me importa que eso enfurezca al Reino entero.

Gabriel empezó a discutir, pero Ivy pasó por su lado y le murmuró algo al oído, algo que no pudimos oír. Solo pude descifrar lo último que dijo.

—Déjalo, Gabe —dijo Ivy—. Que se quite el anillo no cambiará nada.

A pesar de mi bravata, noté que empezaba a temblar. Xavier, que me había pasado un brazo por la cintura con gesto protector, también lo notó.

—¿Estás bien? —me preguntó, preocupado.

Él no lo sabía, pero los ángeles responsables de haber creado a los nefilim habían encontrado un destino terrible. Acaba de recordarlo en ese momento. ¿Me había sentenciado a muerte..., nos había sentenciado a muerte a los dos? Mi hermano y mi hermana adivinaron lo que estaba pensando.

—No saques conclusiones de forma precipitada —dijo Gabriel, en un tono más amable esta vez—. Todavía no hay nada seguro.

—Solo tienes que ser paciente y esperar —afirmó Ivy—. Averiguaremos lo que podamos y os lo diremos todo en cuanto regresemos.

Ivy alargó la mano para coger las llaves del coche que estaban encima de la mesa, pero Gabriel puso su mano sobre la de ella.

—Dejémosles el coche. —Debió de haber leído los pensamientos de Xavier, porque ambos se miraron con complicidad—. No os preocupéis: si tenéis algún problema, nos enteraremos. Si así sucede, marchaos deprisa. Os encontraremos.

—De acuerdo —asintió Xavier, más dispuesto a aceptar órdenes que yo, mientras atravesaba la habitación y corría las cortinas.

—Volveremos en cuanto podamos —anunció Gabriel—. Recordadlo: no os acerquéis a las ventanas y cerrad las puertas por dentro cuando hayamos salido.

—Eh, esperad —dijo Xavier; se le acababa de ocurrir algo—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con mis padres? Deben de estar muy preocupados.

Gabriel bajó la vista al suelo un momento, y supe que pensaba con pesadumbre en la familia Woods. ¿Volverían a ver a su hijo algún día?

—Ya me he ocupado de eso —respondió.

—¿Y cómo? —Xavier dio un paso hacia delante, repentinamente molesto. Hasta ese momento su familia se había mantenido al margen de nuestros problemas, y yo sabía que él quería que todo continuara igual—. Se trata de mi familia. ¿Qué has hecho?

—Lo único que saben es que la última vez que te vieron fue en Bryce Hamilton, antes de la graduación —repuso Gabriel, tenso—. Desapareciste, y no se conoce tu paradero. Dentro de veinticuatro horas, el Departamento del Sheriff emitirá un informe de desaparición. Dentro de dos semanas darán por supuesto que no quieres que te encuentren.

Xavier lo interrumpió.

—Debes de estar bromeando... ¿Quieres que mis padres crean que me he escapado?

—Es lo mejor.

—De ninguna manera.

—Llámalos, si quieres —intervino Ivy, en un tono de indiferencia poco habitual en ella—. Pero si lo haces, los pondrás a todos en peligro. Cualquiera que sepa dónde os encontráis corre peligro.

—¿Corren peligro? —Xavier abrió los ojos desorbitadamente, alarmado.

—No, mientras no sepan nada —respondió mi hermana—. Si se enteran de algo, serán útiles. ¿Comprendes? De momento, ellos no disponen de ninguna información valiosa.

Gabriel e Ivy hablaban como si fueran los personajes de una película de espionaje. Nada de eso parecía tener sentido. Pero, aunque Xavier se sentía muy confuso, tragó saliva y no dijo nada. No le quedaba más alternativa que aceptarlo. Lo último que quería era poner en riesgo a su familia..., aunque eso significara que ellos tuvieran que preocuparse y llorar por una pérdida imaginaria.

—Los volverás a ver —murmuró Gabriel antes de salir.

Yo sabía cuánto me amaba Xavier; pero hubiera deseado que no tuviera que pagar un precio tan alto por su amor. Se le veía tan desesperado que deseé hacer algo para que desapareciera su dolor, pero él volvió la cabeza y dirigió la atención hacia el reloj que había encima de la repisa de la chimenea.

Supe que se había encerrado en la intimidad de su dolor.

Sentía curiosidad por saber adónde iban Ivy y Gabriel, y si tenían pensado levantar el vuelo a plena luz del día, así que me agaché delante de la puerta y miré

por el ojo de la cerradura. Vi que mis hermanos, de la mano, desaparecían en una pequeña arboleda que rodeaba la cabaña. Entre los troncos de los árboles detecté un repentino destello, y dos rayos luminosos salieron disparados hacia el cielo y desaparecieron entre las apretadas nubes. Gabriel e Ivy ahora solo eran visibles por unos intermitentes chispazos de luz, como los que emiten las luciérnagas. Al cabo de un instante desaparecieron de la vista por completo. Me di la vuelta y me apoyé contra la puerta: lo único que deseaba era desaparecer. Sin la protección de mis hermanos me sentía vulnerable, como si esa misma cabaña fuera un indicador luminoso que delatará nuestra presencia.

Hombres de negro

Sentí un repentino mareo, y me derrumbé en un sillón que había delante de la chimenea. Estaba en un estado de gran nerviosismo, y me pareció que iba a vomitar. Me castañeteaban los dientes, y no podía dejar de temblar de forma descontrolada. Debí de hacer algún ruido, porque Xavier se dio la vuelta y me miró como si acabara de recordar que yo también me encontraba allí. Rápidamente se arrodilló a mi lado.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Pues no lo parece. —Xavier me observaba con atención.

—Todo irá bien —dije, y lo repetí mentalmente para mí misma, como si fuera un mantra.

—Ya sabes cómo son Ivy y Gabriel —señaló, esforzándose por mostrarse optimista—. Siempre pintan el peor de los escenarios.

De repente, un crujido de hojas fuera de la cabaña me sobresaltó. Incluso el tictac del reloj en la repisa me parecía un sonido fatídico.

—Beth. —Xavier me había puesto el dorso de la mano en la frente—. Tienes que tranquilizarte... o te pondrás enferma.

—No lo puedo evitar —repuse—. Todo está saliendo tan terriblemente mal... Ahora mismo deberíamos estar de luna de miel, pero aquí estamos, encerrados en medio de la nada, y alguien... o algo nos está buscando.

—Lo sé. Ven. —Xavier se sentó en el borde del sillón y me abrazó. Yo apoyé la cabeza en su pecho—. Cariño..., ¿no estás olvidando algo? Has estado en el Infierno y has regresado. Has sobrevivido. Has visto morir a tus amigos y tú misma has estado a punto de morir varias veces. Ahora ya nada debería darte miedo. ¿Es que no sabes lo fuerte que eres..., lo fuertes que somos?

Tragué saliva y apreté el rostro contra el reconfortante tejido de su camisa. Oír el latido de su corazón y sentir su familiar olor me tranquilizaba. Funcionó: noté que iba recuperando el valor. Mis emociones eran como una montaña rusa: subían y bajaban

sin previo aviso.

—Te quiero tanto, Xavier —susurré—. Y no me importa que el universo entero se ponga contra nosotros.

Juntos, sentados en el interior de la cabaña, contemplamos cómo la luz que se filtraba por una grieta de la puerta se hacía cada vez más débil. Desde fuera, la cabaña debía de parecer un lago de tranquilidad, pero dentro nosotros nos preparábamos para enfrentarnos a otra batalla, otro combate para defender lo que era nuestro.

Esa parecía ser la historia de nuestra vida. ¿Es que el destino nunca nos trataría con amabilidad, aunque solo fuera por un día?

Los pocos días que pasamos en la Cabaña del Sauce fueron de los más difíciles de mi vida. Las horas pasaban y los días se sucedían mientras nosotros permanecíamos cautivos en esa pequeña cabaña. En condiciones normales, hubiera sido el lugar soñado para estar a solas con Xavier: habríamos preparado chocolate caliente, nos habríamos acurrucado delante de la chimenea y nos habría parecido que el resto del mundo no existía. Pero ahora no queríamos más que regresar a la civilización y escapar a ese encierro absurdo. Había demasiadas preguntas sin respuesta para nosotros, así que no podíamos disfrutar de ese entorno maravilloso.

La Cabaña del Sauce se encontraba protegida por una cortina de árboles, tenía un tejado con grandes aleros y un porche muy acogedor. Unas cortinas estampadas y onduladas cubrían las ventanas de la fachada. En el salón había unos cómodos sofás y un cesto lleno de un ordenado montón de madera. Los muebles de la cocina eran de pino, y varios cazos de cobre colgaban de unos ganchos sobre la encimera. En el baño destacaba una bañera de hierro forjado y las paredes estaban recubiertas de un papel pintado de margaritas. Una pequeña escalera subía hasta el altillo donde se encontraba una gran cama con dosel y un cubrecamas estampado. En esa pequeña habitación, una única ventana se abría sobre las neblinosas copas de los árboles.

Pero eso no significaba nada para nosotros. En otras circunstancias, ese hubiera sido el refugio más romántico del mundo. Pero en ese momento parecía más bien una prisión.

Xavier y yo estábamos abrazados en uno de los grandes sillones. Adivinaba lo que él estaba pensando: que nos habíamos metido en ese lío por culpa de su poco sentido común. Me miró a los ojos y me sonrió ligeramente, como si me pidiera perdón. Pero no tenía por qué preocuparse: yo no me arrepentía de nada.

—Para ya —le dije, muy seria—. Deja de culparte a ti mismo.

—Fue idea mía —contestó con tristeza.

—La idea fue nuestra —lo corregí—. Y nada va a conseguir que me arrepienta de haberme convertido en tu esposa. Si tenemos que luchar, lo haremos.

—Vaya, te estás convirtiendo en un pequeño soldado, ¿eh? —dijo Xavier.

—Eras tú quien decía «o te atreves, o te vas a casa».

—Me refería al fútbol —repuso él—. Pero supongo que también vale aquí.

—Podemos pensar en esto como si fuera un partido —dije—. Ganarnos el derecho a estar juntos..., ese es nuestro objetivo, y lo único es que estamos jugando contra un equipo que nos lo pone especialmente difícil.

Xavier no pudo evitar sonreír ante esa analogía.

—¿Crees que podemos vencerlo? —murmuró, mientras me colocaba un mechón tras la oreja.

Sentir el tacto de sus dedos me reconfortó y me hizo olvidar mi miedo. Cerré los ojos, concentrada en el contacto de sus dedos.

—Por supuesto —dije—. No tienen ninguna posibilidad.

Nuestros cuerpos se apretaron el uno contra el otro, y Xavier me acarició los labios con el dedo pulgar. Noté que estos se me abrían de forma involuntaria. La situación estaba a punto de cambiar. Los dos nos dimos cuenta, así que nos separamos un poco. Xavier se agachó en el suelo, poniendo una distancia de seguridad entre ambos. «No hay nada que despierte tanto el deseo como el miedo —pensé—. Especialmente cuando el miedo consiste en que tu amado sufra algún daño».

—Esto es horrible —exclamé—. Gabriel no debería habernos pedido esto.

—Podemos hacerlo —repuso Xavier.

—Tienes tanto autocontrol que creo que tú deberías ser el ángel.

—No, gracias —contestó él—. No me gustan las alturas.

—¿En serio? Nunca me lo habías dicho.

—Intentaba impresionarte. Tenía que guardar algún secreto.

—¿Y ahora ya no me tienes que impresionar? Es un poco pronto para tanta relajación. Solo hace unos días que nos hemos casado.

—Para lo mejor y para lo peor, ¿recuerdas?

—No esperaba que lo peor apareciera tan pronto.

Xavier me acarició la cabeza para apaciguarme un poco, pero solo consiguió despertar otras emociones.

—Quiero besarte —dije entonces—. Quiero besar a mi esposo.

—Creo que necesitas distraerte —suspiró Xavier.

—Estoy totalmente de acuerdo...

—No me refiero a esa clase de distracción.

Se puso en pie y empezó a mirar los armarios de ambos lados de la chimenea. Estaban llenos de números antiguos del *National Geographic* y del *Reader's Digest*; también había un viejo trenecito de madera.

—Por aquí tiene que haber algo que sirva —murmuró. Pronto encontró un par de

viejos tableros de juegos de mesa y me los mostró con expresión de triunfo—. ¿Trivial Pursuit o Monopoly? —preguntó, satisfecho.

—Trivial Pursuit —contesté, triste.

—Oh, no es justo —protestó Xavier—. Tú eres como una enciclopedia andante.

—Tus hermanas dicen que siempre haces trampas en el Monopoly.

—Hipotecar propiedades cuando uno se queda sin liquidez no es hacer trampas. Es que mis hermanas detestan perder.

Fuera, empezó a caer una lluvia muy fina; de vez en cuando, se oía el eco distante de un trueno. No podíamos ver la lluvia, pero sí la oíamos caer sobre los escalones de la entrada. Cambié de postura en el sofá y empecé a jugar con los flecos de los cojines.

—Ni siquiera sabemos quién nos está buscando —susurré.

—No importa —repuso Xavier con firmeza—. No nos encontrarán. Y si lo hacen, huiremos.

—Lo sé —contesté—. Pero me gustaría saber qué es lo que está pasando exactamente. Nadie nos dice nada. Y no soporto pensar que alguien intente separarnos de nuevo...

—No pensemos en eso ahora —cortó Xavier antes de que nuestro humor se ensombreciera aún más.

—Tienes razón. Juguemos.

Xavier asintió con la cabeza y, en silencio, empezó a desplegar el tablero del Monopoly. Durante un rato conseguimos dirigir la atención hacia el juego, pero me daba cuenta de que los dos lo hacíamos de forma mecánica. Nos sobresaltábamos cada vez que se oía el más ligero roce de una hoja o el chasquido de una ramita. Al cabo de un rato, Xavier cogió el móvil y vio que tenía doce llamadas perdidas y varios mensajes frenéticos de sus padres y de su hermana. El mensaje de Claire decía: «Xav, no sé dónde estás, pero tienes que llamarnos en cuanto recibas esto». El mensaje de Nicola, por otro lado, era un fiel reflejo de su carácter batallador: «¿Dónde co...? ¿Dónde estás? Mamá está histérica. Llámala». Frustrado, Xavier lanzó el móvil contra el sofá, y el aparato se metió entre dos de los cojines. Yo sabía lo difícil que le resultaba no hacer caso a su familia, cuando unas simples palabras habrían evitado su sufrimiento. No sabía qué decirle, así que no pronuncié palabra. Me limité a lanzar los dados y moví mi ficha hasta Trafalgar Square.

Hasta que oímos el todoterreno no nos dimos cuenta del frío y el hambre que teníamos. Por suerte, Ivy y Gabriel habían traído provisiones.

—Esto está helado. ¿Por qué no habéis encendido el fuego? —preguntó Ivy.

Me encogí de hombros. No podía decirle que toda nuestra energía se había concentrado en distraernos para no consumir nuestro matrimonio y, así, no provocar una mayor ira del Cielo.

Gabriel hizo un ademán ante la chimenea y una llama prendió de inmediato. Me acerqué y me froté los brazos: tenía la piel de gallina. Mis hermanos habían traído comida china, y nos la comimos directamente de las cajas de cartón acompañándola con sidra. Si alguien nos hubiera espiado por la ventana, sin percibir la sombría expresión de nuestros rostros, hubiera creído que éramos un grupo de amigos disfrutando de una escapada de fin de semana. Todos sabíamos que había una conversación pendiente, pero ninguno de nosotros quería abordar el tema.

Debería haber adivinado que sería Ivy quien rompería el silencio.

—La Séptima Orden ha tomado el control —anunció, apoyando las palmas de las manos sobre sus muslos en busca de autorrefuerzo—. ¡Siempre están metiendo las narices en lo que no les importa!

Sabía más o menos a qué se refería. La Séptima Orden era una facción de ángeles que había sido creada para que actuaran como guardianes sobre las naciones del mundo. Pero todavía no comprendía qué tenían que ver con nosotros.

—¡No puedo creer que esto esté sucediendo! —exclamé, sin dirigirme a nadie en especial.

Gabriel se volvió para mirarme.

—¿Qué esperabas? ¿Una *suite* de luna de miel en el Four Seasons?

—No, pero es difícil imaginar que vayan a venir aquí. Por nuestra culpa.

—No van a venir —dijo Ivy en tono grave—. «Ya están» aquí.

—¿Qué quieren? —preguntó Xavier, yendo directo a la cuestión—. Sean quienes sean, no permitiré que se acerquen a Beth.

—Siempre tan exaltado —dijo Gabriel, mirando el fuego.

Ivy continuó sin hacerle caso.

—Los dos tenéis que ser discretos y continuar escondidos. Se dice que ya han iniciado la caza.

—¿Caza? —repitió Xavier—. Estamos hablando de ángeles, ¿no es así?

—Pero primero y ante todo son soldados —respondió Ivy—. Solo tienen un único objetivo...: encontrar a los renegados.

Tardé un segundo en darme cuenta de que yo era la renegada.

Me concentré en recordar lo que sabía sobre los séptimos. Ese era el mote que nosotros, los guardianes, les habíamos puesto. Formalmente eran conocidos como los principados —o, a veces, los príncipes— a causa de su estatus. Después de pasar unos años como guardianes, se permitía que un ángel solicitara ser admitido como séptimo, pero eso no lo podían hacer todos. Era como el servicio militar en el Cielo: una existencia de riguroso entrenamiento con poca o ninguna interacción con las almas humanas..., así que su atractivo era limitado.

Hablar de ellos me hizo recordar algo de mucho tiempo atrás. No había vuelto a pensar en Zach desde que había regresado a la Tierra, pero en el Reino él había sido

amigo mío. Zach había sido un guardián de grandes dotes. En broma lo llamábamos el flautista de Hamelín, porque siempre lo seguía un ejército de almas de niños. Por motivos que nunca nos contó, pronto se decepcionó con su papel y dirigió sus ambiciones hacia miras más altas. Quizá fuera el deseo de obtener prestigio lo que lo indujo a unirse a los séptimos. Nunca me lo dijo. Y nunca lo volví a ver después de eso. No pude evitar pensar en la gran pérdida que los nuestros habían sufrido cuando Zach se marchó. Hizo que la transición desde la existencia mortal hasta la existencia celestial pareciera un mero juego, y los niños confiaban en él plenamente. No muchos guardianes podían decir lo mismo. Y a pesar de todo, eso no había sido suficiente para que se sintiera satisfecho. No me podía imaginar a Zach como soldado, así que no sabía qué aspecto tendría ahora.

De repente, la voz de Gabriel me hizo volver a la realidad.

—La única oportunidad de que disponemos consiste en confundirlos —estaba diciendo—. Continuar moviéndonos, cambiar de sitio.

—¿Esa es tu solución? —pregunté, sin poder creérmelo.

—De momento —respondió mi hermano con frialdad—. ¿Es que tienes una idea mejor?

Yo conocía bien a Xavier y sabía que no se iba a dar por satisfecho con aquello. Él siempre necesitaba conocer todos los datos, y parecía que mis hermanos nos estaban ocultando algo.

—No acabo de comprenderlo —insistió Xavier, esforzándose por que su voz no traicionara la frustración que sentía—. Mira, ya sé que no pedimos permiso arriba para hacer lo que hicimos, pero ellos una vez nos dieron luz verde para que estuviéramos juntos. Lo único que hemos hecho ha sido dar el siguiente paso.

—Sí, pero no erais vosotros quienes debíais decidir darlo —dijo Ivy. Yo casi no la reconocía. Hablaba como un serafín, no como mi hermana—. Vuestra relación se toleraba. No deberíais haber dado ese paso sin recibir autorización.

—El compromiso que Beth ha contraído es una transgresión muy grave —añadió Gabriel, por si no lo habíamos entendido del todo—. El matrimonio es una alianza indisoluble entre un hombre y una mujer. Esta vez, habéis tentado demasiado a la suerte..., os habéis pasado de la raya. Así que preparaos para la reacción del Cielo. Y no creo que sea muy agradable.

A cubierto bajo los árboles

A pesar de la dureza de sus palabras, los ojos de Gabriel dejaban entrever su tristeza. Yo tenía la impresión de que, en el fondo, se culpaba por mis actos. Recordé la mirada interrogadora que me había dirigido hacía tan solo unos días en el campo de Bryce Hamilton, cuando Xavier y yo nos empezamos a alejar de los estudiantes que, vestidos con sus capas y sus birretes, se habían reunido. Pero justo en ese momento, uno de sus jóvenes alumnos del coro lo distrajo con una pregunta y él tuvo que adoptar su papel de profesor de música y desviar por un momento su atención de nosotros. Cuando volvió a buscarnos con la mirada, ya habíamos desaparecido. A Gabriel le gustaba sentirse infalible. El error que había cometido al no ver lo que estaba pasando ante sus ojos debía de dolerle profundamente.

Xavier miró a mi hermano con exasperación.

—Estoy harto de todo esto —dijo, al final.

—No eres el único —replicó Gabriel en tono frío—. Pero Bethany no pertenece a este mundo, tal como tú insistes en olvidar.

—Oh, no lo he olvidado.

La manera en que Xavier lo dijo me preocupó. ¿Era que ya se estaba arrepintiendo de la decisión que habíamos tomado?

—Si hubierais tenido la sensatez de acudir a mí al principio, habiéramos encontrado otra manera de hacer las cosas —reflexionó mi hermano.

—No somos niños —dijo Xavier enfáticamente—. Podemos tomar nuestras propias decisiones.

—Bueno, pues no lo hacéis muy bien —lo cortó Gabriel—. ¿Por qué no os lo pensáis mejor la próxima vez?

—¿Por qué no dejas de meterte en nuestra vida?

—Lo haría con gusto, si vuestras decisiones no tuvieran consecuencias para todos los que os rodean.

—Por favor —intervino Ivy—. Aquí estamos todos en el mismo bando. Tenemos

que dejar de acusarnos mutuamente, y concentrarnos en encontrar la mejor manera de manejar todo esto.

—Tienes razón. Lo siento —se disculpó Xavier. Y, dirigiendo la atención hacia Gabriel, añadió—: Supongo que la pregunta importante es: ¿podrías vencer a uno de esos séptimos si tuvieras que enfrentarte a él?

Yo recordaba que los séptimos se consideraban a sí mismos un grupo de élite. Recogían información y se coordinaban perfectamente hasta que conseguían dar caza a su presa. Sabía que no podíamos esquivarlos de forma indefinida. Al final nos atraparían. Pero tenía la esperanza de que Gabriel estuviera elaborando un plan a largo plazo.

—Si me enfrentara a ellos de uno en uno, mis poderes serían superiores —respondió Gabriel—. Pero lo más probable es que me superen en número. Hay decenas de ellos, y son guerreros muy bien entrenados.

—Genial.

—¿Y, exactamente, qué sucederá si nos encuentran? —pregunté.

—Esa es una buena pregunta —respondió Ivy. Por su expresión supe que no tenía la respuesta.

—¡No puedes pensar que nos quedaremos sentados esperando a que aparezcan! —dije.

—No podréis quedaros aquí mucho más. Solo estamos ganando tiempo hasta que decidamos qué hacer —repuso Gabriel—. Mientras tanto, lo único que podéis hacer es permanecer alerta.

Me daba cuenta de que Xavier no dejaba de calcular mentalmente las posibilidades que teníamos.

—¿Puedes decirnos, por lo menos, qué aspecto tienen esos séptimos? —preguntó—. ¿Cómo podríamos distinguirlos?

—Tiempo atrás aparecían con túnicas y fajas —explicó Ivy.

—Vaya facha —ironizó Xavier.

Mi hermana soltó un suspiro de impaciencia.

—Ahora se han adaptado a los tiempos. Hoy en día aparecen vestidos de negro.

—¿Así que no podemos hacer nada para estar preparados? —insistió Xavier.

—Normalmente, su aparición se ve precedida de ciertos signos —continuó Ivy con expresión adusta—. Estad atentos a la luna llena del equinoccio de otoño, o a si veis el fantasma de un caballo blanco.

—¿Una luna llena y un caballo blanco? —preguntó Xavier, incrédulo—. ¿De verdad?

—¿Es que pones en duda que sea verdad? —repuso Gabriel, ofendido.

—No pretendía ser poco respetuoso, Gabriel, pero no es posible que creas que yo permitiría que un tipo montado en un caballo blanco se llevara a Beth, ¿no?

Gabriel dejó escapar un quejido de exasperación. Estaba a punto de decir algo cuando Ivy levantó una mano y nos hizo callar a todos. Mirando a Xavier con seriedad, dijo:

—Tu valor es admirable. Pero prométenos una cosa: si ves a uno de ellos, no intentes enfrentarte a él. Solo llévate a Beth lo más lejos que puedas.

—De acuerdo. —La mirada de Xavier también expresaba una seriedad mortal—. Lo prometo.

Al cabo de unos minutos, Gabriel e Ivy se marcharon de nuevo. Dijeron que iban a procurar averiguar alguna información que pudiera resultar de ayuda. Pero la verdad era que no teníamos ni idea de adónde iban ni de qué planes tenían. Xavier y yo éramos como niños que seguían las órdenes de los adultos sin recibir explicaciones. Yo sabía que eso era así por nuestro bien, pero a pesar de ello resultaba doloroso.

Esa noche, Xavier y yo subimos las escaleras hasta el dormitorio con el ánimo decaído. Nos sentamos en el sofá de terciopelo verde que había frente a la ventana y contemplamos las temblorosas y plateadas copas de los árboles del bosque. Se había levantado un viento inquietante que hacía que las ramas rascaran el tejado de la cabaña y hacía crujir las que colgaban sobre la pálida verja del porche.

—Me parece que esta noche no vamos a dormir mucho —dije.

—Lo dudo —repuso Xavier, que me dio un beso en la cabeza.

Me erguí en el sofá y observé la oscura silueta de los árboles, al otro lado de la ventana. Bajo la fría y azulada luz de la luna, el rostro de Xavier se veía pálido, casi irreal, y el color de su ojos muy vívido. Él me miró y dijo:

—Sé que lo último que necesitabas era algo así. Sobre todo después de lo que sucedió el pasado Halloween.

—No se puede hacer nada —contesté—. Las cosas malas nunca llegan en buen momento.

—Ojalá existiera algún lugar donde pudiera llevarte —dijo, mirando hacia el techo con cara de frustración—. Un lugar donde supiera que estarías a salvo.

—No debes preocuparte por mí —lo tranquilicé—. Ya he vivido mucho. No soy tan frágil, ya.

—Lo sé. —Me cubrió los hombros con una manta que había en el sofá—. No hemos hablado de ello, ya lo sabes —continuó, dubitativo, como si no se atreviera a hablar—. Del tiempo que pasaste en... —Se interrumpió. Pero yo no tenía miedo de decirlo.

—¿En el Infierno? No hay mucho que contar. Es tal como dicen que es.

—Algunas personas afirman que a veces uno no recuerda las experiencias traumáticas —apuntó Xavier—. Dicen que el inconsciente bloquea el recuerdo. Tenía cierta esperanza en que te hubiera sucedido a ti.

Negué con la cabeza, triste.

—Lo recuerdo —afirmé—. Lo recuerdo todo.

—¿Quieres hablar de ello?

—No sabría por dónde empezar. —Cambié de postura y me enrosqué con su cuerpo, encajando con él como en la pieza de un puzle. El calor que desprendía me dio valor para continuar—. Lo peor de todo fue que tuve que dejar a mis amigos..., a Hanna y a Tuck. Resulta difícil creer que se puedan hacer amigos en el Infierno, ¿verdad? Pero ellos eran como mi familia allí abajo. Hanna era la chica más cariñosa que he conocido, y Tuck fue quien me enseñó a proyectarme para que pudiera venir a visitarte.

—Me gustaría poder darle las gracias —dijo Xavier.

—Es horrible pensar en lo que les han hecho —señalé, haciendo una mueca de dolor sin querer—. Cuando se enfadan, son capaces de cualquier cosa.

Xavier tragó saliva con fuerza.

—¿Te..., te hicieron algo a ti?

—Quisieron quemarme en una pira.

—¿Qué? —Xavier se quedó completamente rígido. Su expresión cambió de repente. Supe que mis palabras debían de haberle suscitado dolorosos recuerdos: pocos años atrás, Emily, su antigua novia, había muerto en un incendio causado por los demonios.

—No pasa nada. —Le cogí el brazo con suavidad para que volviera a dirigir la atención hacia mí—. Las llamas no me tocaron. Creo que algo me protegía, algo de arriba.

—Vaya. —Xavier dejó escapar un fuerte suspiro—. No es fácil imaginar algo así.

—Lo sé. Pero eso no fue lo peor.

—¿Quieres decir que hay algo peor que ser quemado en una pira?

—Vi el foso.

—¿El foso? —repitió Xavier con los ojos muy abiertos—. Te refieres a una especie de foso de fuego medieval donde...

—Donde se tortura a las almas.

—Terminé la frase por él.

—Beth, lo siento tanto...

—No tienes por qué —lo interrumpí—. No fue culpa tuya, y no era un problema que pudieras solucionar por mí. Solamente es algo que sucedió, y yo tengo que aprender a vivir con ello.

Xavier me miró y en el fondo de sus ojos percibí una expresión extraña.

—Eres mucho más fuerte de lo que la gente cree.

Sonreí débilmente.

—Si algo aprendí durante el tiempo que estuve ahí abajo es que nada es

permanente. Todas las cosas y todas las personas que uno conoce pueden cambiar en cualquier momento. Así es como ahora veo las cosas..., excepto a ti. Tú eres lo único constante en mi vida.

—Sabes que nunca cambiaré, ¿verdad? Siempre estaré aquí. —Xavier apretó su frente contra la mía—. Puedes apostar lo que quieras. Además, después de todo lo que has pasado, espantar a esos séptimos será coser y cantar.

Pensé en eso durante unos segundos y decidí que tenía razón. ¿Qué podía ser peor que ser arrastrada hasta el Infierno y quedar atrapada en un mundo subterráneo donde mis seres queridos no podían encontrarme? Seguro que había un ejército de séptimos buscándonos por todas partes, pero Xavier y yo todavía estábamos juntos. Y contábamos con Gabriel y con Ivy, que ahora estaban buscando todas las posibilidades imaginables para hallar una solución.

—Deberíamos intentar dormir un poco —sugirió Xavier.

Fuimos hasta la cama, nos quitamos los zapatos y nos enroscamos sobre ella. Después de lo que Gabriel había dicho, ninguno de los dos nos sentíamos cómodos como para meternos dentro de la cama. Cerré los ojos, pero tenía la cabeza demasiado llena de cosas. No podía detener los pensamientos. Ese pequeño dormitorio me resultaba asfixiante y me hubiera gustado abrir un poco la ventana para dejar que el aire de la noche entrara, pero no podía arriesgarme. ¿Podrían los séptimos detectar nuestro olor? ¿Serían capaces de oler el miedo y la incertidumbre que desprendíamos? No lo sabía, pero no estaba dispuesta a arriesgarme. Cuando, finalmente, llegó el amanecer, no sabía si había conseguido dormir o no, pero resultó un descanso no tener que continuar esforzándome por dormir. Además, la oscuridad aumentaba mi sensación de claustrofobia. No podíamos saber quién podía haber ahí fuera... esperándonos.

Los dos días y noches siguientes transcurrieron de la misma manera. Perdimos la noción del tiempo. Ese constante estado de alerta nos hacía estar ansiosos y agitados, pero, al mismo tiempo, nos invadía una mortal sensación de letargo. Por la noche, nuestro sueño era irregular. Lo que necesitábamos —un sueño auténtico y reparador— continuaba sin suceder, lo cual no era de extrañar, ya que nos pasábamos el día tumbados en el interior de la cabaña sin nada que hacer, excepto esperar noticias de Ivy y Gabriel. Mis hermanos acostumbraban a aparecer a media tarde con provisiones, pero con pocas noticias. Yo empezaba a impacientarme, y la afirmación de Gabriel según la cual «no tener noticias es una buena noticia» no consiguió tranquilizarme. Xavier, que durante casi toda su vida había hecho algún tipo de deporte, empezaba a volverse loco a causa de la inactividad.

Además, estar encerrada me suscitaba recuerdos dolorosos. En los escasos momentos en que me quedaba dormida, me despertaba bañada en lágrimas en medio de una terrible pesadilla. Soñaba con que la cabaña se encontraba enterrada y que nos

quedábamos sin aire. Si intentaba abrir la ventana, una avalancha de tierra se precipitaba en el interior y amenazaba con sepultarnos vivos. Al mismo tiempo, yo sabía que escapar no servía de nada, porque lo que nos esperaba arriba no era mejor. Mis sollozos me despertaban siempre primero a mí y luego a Xavier, que se giraba y me tranquilizaba acariciándome el cabello hasta que volvía a dormirme.

A la tercera noche el sueño cambió. Ejércitos de séptimos sin rostro galopaban cruzando el cielo, empuñando espadas de fuego. Los caballos tenían los ojos desorbitados; el sonido de sus cascos resonaba en el aire. Los jinetes, encapuchados, los conducían hasta nuestra cabaña y, cuando llegaban, se detenían formando largas hileras, como filas de dominó. Había tantos que era imposible contarlos. Y entonces, cuando cargaban contra nosotros, me desperté. Me agarré a la manga de Xavier, que se despertó. Su brazo, que ya estaba sobre mis hombros, hizo más fuerte su abrazo. Sentir ese peso sobre la espalda me hacía sentir protegida, así que me acurruqué contra él.

El temor a las pesadillas hacía difícil que me pudiera relajar y, a la cuarta noche, no paraba de dar vueltas y de cambiar de postura en la cama sin conseguir sentirme cómoda.

—Sé que es difícil, pero intenta relajarte —me aconsejó Xavier—. Todo va a ir bien, Beth.

A pesar de la escasa luz de la luna que se filtraba por la ventana, podía distinguir sus ojos azules. La firmeza de su mirada me hizo recordar que estaba dispuesta a seguirle hasta el fin del mundo.

—¿Y si sucede algo mientras estamos durmiendo?

—Nadie va a encontrar este lugar en medio de la noche.

—Quizá no un ser humano..., pero ¿un ángel soldado?

—Debemos confiar en que Gabriel se haya asegurado de que no sea así. Si tenemos cuidado, todo irá bien.

Yo deseaba creerle, pero ¿y si esta vez Gabriel no había acertado? ¿Y si el mero hecho de tener cuidado no era ninguna garantía de que todo fuera a salir bien? La verdad era que yo no sabía lo que iba a suceder de un día a otro. Entonces decidí dirigir mi atención a nuestro futuro, en lugar de preocuparme por cosas que estaban más allá de nuestro control. Me obligué a imaginar qué tipo de conversación estaríamos teniendo Xavier y yo si nos encontráramos en circunstancias normales:

—Xavier. —Me acurruqué más contra él y apreté la mejilla en su hombro suave y cálido—. ¿Estás durmiendo?

—Lo intento.

—Te quiero —le dije.

—Yo también te quiero.

Todo parecía ir mejor siempre después de oír esas palabras.

—Xavier.

—¿Sí? —respondió con voz dormida.

—¿Cuántos hijos quieres tener?

Con cualquier otro adolescente, ese tipo de pregunta hubiera disparado todas las alarmas. Pero, como siempre, Xavier permaneció imperturbable.

—Probablemente no más de doce.

—Responde en serio.

—De acuerdo. En serio, ¿de verdad es un buen momento para hablar de esto?

—Solo tengo curiosidad —respondí—. Además, eso me impide pensar en otras cosas.

—Vale. Creo que tres es un buen número.

—Yo también. Me encanta cuando estamos en la misma onda.

—Eso está bien.

—¿Crees que hay posibilidades de que suceda?

—¿De que suceda qué?

—Que tengamos hijos.

—Claro. Seguro. Algún día.

—¿Podemos llamar a nuestro primer hijo Waylon, si es un niño?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no pararán de burlarse de él, por eso.

—Vale, ¿qué nombres te gustan?

—Nombres normales, como Josh o Sam.

—De acuerdo, pero yo pondré el nombre de las chicas.

—Solo si lo haces a partir de un lista que hayamos acordado.

—Creo que me gustaría que mis hijas tuvieran nombres fuertes..., fuertes pero bonitos, ¿sabes?

—Suena bien. ¿Podemos dormir ahora?

Xavier se dio la vuelta y me abrazó. Noté que su respiración se hacía más lenta, pero yo todavía estaba completamente despierta. Sabía que debía dejarlo dormir, pero no podía separarme de él todavía.

—Si te doy algunos ejemplos de nombres de chicas, ¿puedes decirme si los incluimos en la lista?

—Si insistes... —Xavier parpadeó con fuerza y se apoyó sobre un codo, de cara a mí, intentando tomarse en serio ese juego.

—¿Caroline?

—Sí.

—¿Billie?

—Nunca, no se sabe si es de chico o de chica.

—¿Isadora?

—¿Es que es de la Tierra Media?

—Vale. ¿Y Dakota?

—Los nombres de lugares no entran.

—Eso no es justo —protesté—. Casi todos mis nombres favoritos son de lugares.

—Entonces tengo derecho a proponer algunos yo también.

—¿Por ejemplo? —pregunté con curiosidad.

—¿Qué te parece Ohio? —preguntó Xavier—. O, mejor, Milwaukee.

Tuve que reírme.

—De acuerdo, no aceptamos nombres de lugares.

—Gracias.

Xavier bostezó con fuerza y se tumbó de espaldas. Yo fingí indignarme.

—¿Acabas de bostezar? ¿Es que tus hijos te aburren?

—No, es solo que me dan sueño.

—De acuerdo —repuse riendo—. Ya paro. Buenas noches.

—Buenas noches, señora Woods.

Eso me hizo recordar que ya era la señora Woods. La esposa de Xavier. Sentí un irrefrenable impulso de abrazarlo con todo mi cuerpo, de absorber todo su calor y encontrar consuelo en su contacto. Pero me contuve, pues sabía que era demasiado arriesgado. No quería complicar aún más las cosas. Así que me di la vuelta y me abracé a la almohada. Ya había hecho muchos sacrificios. ¿Cuánto tiempo más podríamos pasar viviendo como si fuéramos hermanos?

Antes de cerrar los ojos, no puede evitar echar un vistazo por la ventana y mirar el cielo nocturno. Unos destellos de luz iluminaban las nubes. Me pregunté si habría una tormenta a lo lejos. Entonces vi un rayo de luz que no parecía un rayo. Pensé en despertar a Xavier, pero él ya dormía tan profundamente que no me pareció justo hacerlo.

El rayo de luz recorría poco a poco las copas de los árboles... buscando algo.

Caminar sobre las aguas

Por la mañana, me desperté en medio de un coro de cantos de pájaros y en un ambiente perfumado por el aroma de los pinos. Medio dormida, tanteé a mi lado en busca de Xavier; al no encontrarlo allí, me asusté. Pero inmediatamente el sonido de la tetera me indicó que había bajado y estaba preparando el desayuno.

Xavier había encendido una vieja radio de baquelita y sonaba una emisora de rock clásico.

—Buenos días —dije.

Tuve que sonreír al verlo batir los huevos al ritmo de *Blue Suede Shoes*. Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta blanca. Todavía tenía el pelo revuelto de haber dormido. El hecho de haber vivido esos últimos días bajo el mismo techo que Xavier me había permitido ver una parte de él que, antes, solamente había percibido en contadas ocasiones. Desde que lo conocí y hasta que se vio involucrado en nuestros problemas sobrenaturales, había llevado una vida llena de más actividades de las que podía realizar. Pero ahora me daba cuenta de que, en el fondo, era una persona hogareña.

—Espero que tengas hambre.

A pesar de que llevaba puesto un enorme pijama de franela, estaba temblando. Cogí una manta que había encima del sofá y me cubrí los hombros con ella antes de sentarme en una de las sillas de la cocina. Xavier me sirvió una taza de té; yo la cogí para calentarme los dedos.

—¿Cómo es posible que no tengas frío?

—Ha llegado la hora de que sepas la verdad: soy un hombre lobo —bromeó, hundiendo la espalda y achinando los ojos.

—Un hombre lobo muy hogareño —me burlé—. ¿Por qué no me has despertado?

—Pensé que te iría bien dormir. Hemos pasado un par de días difíciles. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

Xavier me observó con detenimiento.

—Te sentirás mejor cuando hayas comido algo.

—No tengo mucha hambre —dije, esperando no parecer poco agradecida.

—¿Pasas del famoso desayuno Woods? —repuso él.

No podía frustrar su entusiasmo. Además, hacía mucho tiempo que no veía a Xavier tan despreocupado, y no quería que el humor le cambiara.

—No me atrevería. —Sonreí—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Miré a mi alrededor y vi que el beicon ya se estaba friendo en la sartén. La mesa estaba preparada con unos platos rústicos y unos cubiertos de plata.

—No, señora. Siéntese y disfrute del servicio.

—No sabía que te gustaba cocinar.

—Claro que sí —repuso él—. Y cocinar para mi mujer lo hace más divertido.

Xavier cascó un huevo y lo dejó caer en la sartén.

—Un buen esposo no haría huevos fritos si a su mujer le gustan los huevos revueltos —dije, bromeando, mientras hacía tamborilear los dedos sobre la encimera.

Xavier levantó los ojos y me miró con expresión divertida.

—Y una buena esposa sabría apreciar la especialidad de su esposo y no se quejaría.

Sonreí y me recosté en la silla. Deseaba abrir las ventanas para que el aire fresco de la mañana entrara en la cabaña. El ambiente empezaba a estar verdaderamente cargado.

—Anoche me llamaste señora Woods —dije de repente, al recordar la conversación que habíamos tenido.

—¿Sí? —Xavier me miró—. ¿Y?

—Todavía no me he acostumbrado —respondí—. Me resulta difícil pensar que ahora lo soy.

—No tienes que adoptar mi nombre si no quieres. Eso es decisión tuya.

—¿Estás de broma? —contesté—. Por supuesto que quiero. Tampoco es que haga tanto tiempo que soy Bethany Church. Además, he cambiado tanto que a Bethany Church ya no la conozco.

—Bueno, pues yo sí —dijo Xavier—. Es la chica con quien me he casado. Y aunque tú la pierdas de vista, yo nunca lo haré.

El fuego no había conseguido templar el ambiente, así que fui al salón para calentarme. No me sentía capaz de pasar otro día en el sofá sin hacer nada.

—¿Podemos ir a la ciudad en coche, hoy? —pregunté levantando la voz e intentando parecer despreocupada.

Xavier vino hasta el salón. Tenía el ceño fruncido.

—¡Beth, no puedes hablar en serio! Es demasiado peligroso que nos vean en público. Ya lo sabes.

—Ni siquiera tenemos que salir del coche. Me pondré una sábana sobre la cabeza, si quieres.

—Imposible. Es demasiado arriesgado. Además, Gabriel se saldrá de sus casillas si se entera.

—Quizá le siente bien —rezongué, y el rostro de Xavier se iluminó.

—Aunque eso pueda ser verdad, no creo que debamos tentar a la suerte. No te preocupes, ya encontraremos algo para hacer aquí.

—¿Como qué?

—¿Por qué no echas un vistazo mientras termino de preparar el desayuno?

De repente me di cuenta de que debía parecer una irresponsable.

—De acuerdo.

—Esa es mi chica.

Me daba cuenta de que Xavier soportaba mejor que yo aquella inactividad. Yo no podía dejar de quejarme por el hecho de estar encerrada. Pero no debería notar la pérdida de una vida «normal», ni siquiera me pertenecía una vida normal. Pero el aislamiento en que nos encontrábamos me desconcertaba. Desde que había venido a la Tierra, siempre había tenido gente a mi alrededor: gente que caminaba por la plaza del pueblo, que paseaba a sus perros, que comía helados en el embarcadero o que saludaba con la mano a algún conocido mientras continuaba cortando el césped de su casa. Y ahora la ausencia de gente cerca me resultaba incómoda. Deseaba con desesperación oír el murmullo de voces humanas, o ver personas a lo lejos, aunque no pudiera hablar con ellas. Pero las órdenes de Gabriel habían sido claras: no dejarse ver.

Me resultaba odioso que, después de todo lo que habíamos pasado, Xavier y yo todavía no pudiéramos ser una pareja normal. Eso era lo único que queríamos. Intenté decirme a mí misma que, por difíciles que estuvieran las cosas, por lo menos ahora estábamos juntos. Cuando Gabriel e Ivy nos habían encontrado en la iglesia, estaba casi segura de que nos separarían. Y no me encontraba en situación de discutir con ellos, así que sentí un gran alivio al ver que no era así. Seguramente, mis hermanos se habían dado cuenta de que ni Xavier ni yo podríamos soportar estar separados.

Decidí seguir el consejo de Xavier y buscar algo que nos ayudara a pasar las horas y que, por lo menos, nos hiciera creer que vivíamos con cierta normalidad. Busqué entre el montón de revistas que había encima de la repisa de la chimenea, pero la mayoría eran números antiguos y solo sobre decoración. Entonces me fijé en un viejo arcón que había en el salón y que hacía la función de mesita de centro. Hasta ese momento no se me había ocurrido abrirlo, y al hacerlo encontré unos cuantos DVD debajo de un montón de amarillentos periódicos. La mayoría de ellos eran películas de Walt Disney, así que supuse que la familia propietaria de la cabaña debía de tener niños. Intenté imaginarlos sentados en esa misma sala, tomando chocolate

caliente y mirando sus películas favoritas.

—Eh, Xavier, he encontrado algo —anuncié.

Él sacó la cabeza por la puerta y luego vino a ver mi hallazgo.

—No está mal.

—No, ¿verdad? ¿Cómo nos podemos aburrir con una película de...? —Cogí uno de los DVD con curiosidad—: ¿Peces?

—No te cargues *Buscando a Nemo* —se burló Xavier, cogiéndome el DVD—. Es un clásico moderno.

—¿De verdad va de peces?

—Sí, pero son peces que molan mucho.

—¿Y qué me dices de esta? —pregunté, mostrándole una vieja copia de *La bella y la bestia*—. Parece romántica.

Xavier arrugó la nariz.

—Disney... No creo.

—¿Por qué no?

—Porque si alguien se entera, no lo soportaré.

—No se lo diré a nadie si tú tampoco lo haces —supliqué, y él meneó la cabeza con gesto de derrota.

—Qué cosas hago por ti —dijo, soltando un exagerado suspiro.

Después de desayunar conseguimos poner en marcha el reproductor de DVD, al encontrar el cable que nos faltaba. Yo interrumpía constantemente con preguntas que Xavier iba contestando con una paciencia infinita.

—¿Qué edad se supone que tiene Bella?

—No lo sé. Probablemente la nuestra.

—Creo que la Bestia es muy tierna, ¿no te parece?

—¿Tengo que contestar a eso?

—¿Cómo es posible que la vajilla hable?

—Porque, en realidad, se trata de los sirvientes del príncipe, bajo el hechizo de una mendiga. —De repente Xavier frunció el ceño y se mostró exasperado—: No puedo creerme que yo sepa todo esto.

A pesar de que aquella mágica historia me había cautivado y de que no paraba de cantar mentalmente *Qué festín*, en cuanto la película terminó volví a sentirme inquieta. Me levanté y empecé a dar vueltas por la habitación como un pájaro enjaulado. Al igual que Bella, yo quería salir al mundo y vivir mi vida. Además, Ivy y Gabriel todavía no habían venido, así que ni siquiera teníamos noticias sobre cómo iban sus «negociaciones». Yo sabía que ellos estaban trabajando tanto como podían para conseguir algún tipo de salvación para mí, y yo estaba muy agradecida por todo lo que estaban haciendo, pero deseaba saber qué iba a suceder un día u otro. Por lo menos, si supiera cuál debía ser mi destino, podría prepararme para afrontarlo.

—Me gustaría que mi vida se pareciera más a una película de Disney —dije con pesadumbre.

—No te preocupes. Ya se parece. ¿Es que no has visto por todo lo que han tenido que pasar esos dos antes de poder estar juntos?

—Eso es verdad. —Sonreí—. Y siempre hay un final feliz, ¿verdad?

Xavier me miró con ojos brillantes.

—Beth, cuanto todo esto acabe, tú y yo vamos a vivir un montón de aventuras. Te lo prometo.

—Eso espero —contesté, intentando mostrarme más optimista de lo que me sentía.

En ese instante, un rayo de luz atravesó las cortinas y se posó sobre la mesa de la cocina. Parecía estar tentándome, seduciéndome para que saliera de la cabaña.

—Xavier, mira, fuera hace sol —dije, incitándolo.

—Ajá. —Se mostró indiferente, pero yo sabía que no le gustaba verme infeliz.

—De verdad que necesito salir de aquí.

—Beth, ya hemos hablado de esto.

—Solo quiero dar un paseo. Es algo muy sencillo.

—Pero es que nuestras vidas no son sencillas. Por lo menos, ahora no.

—Eso es ridículo. ¿No podemos salir fuera solo unos minutos?

—No creo que sea una buena idea —respondió Xavier.

Pero me di cuenta de que le faltaba convicción: deseaba tanto como yo ser capaz de tomar una decisión y ejercer cierto control sobre su vida.

—¿Quién nos va a ver aquí? —insistí.

—Supongo que nadie, pero ese no es el tema. Gabriel e Ivy fueron muy claros al respecto.

—Solo iremos hasta el patio y volveremos —dije.

La idea de disponer de un poco de libertad, por efímera que esta fuera, me había animado tanto que Xavier no pudo negarse.

—De acuerdo —asintió, soltando un profundo suspiro—. Pero te cubrirás para asegurarnos de que no te puedan reconocer.

—¿Quién? —pregunté con sarcasmo—. ¿Los *paparazzi*?

—Beth... —dijo Xavier en tono de reproche.

—¡Vale! ¡Vale! ¿Qué me puedo poner?

No me respondió, sino que salió de la habitación y oí que rebuscaba en la habitación de arriba. Al volver, me mostró una cazadora militar muy grande para mí y una gorra de cazador.

—Ponte esto. —Lo miré, incrédula—. Y no discutas.

Yo sabía que Xavier actuaba por precaución, pero hasta ese momento no había sucedido nada extraño. Sí, es cierto que había visto esas misteriosas luces en el cielo,

pero yo no le había dicho nada a Xavier sobre ellas. Él ya estaba bastante tenso sin saberlo y, además, lo más seguro era que no fuera nada importante. No habíamos visto ningún caballo blanco y ningún visitante había llamado por sorpresa a nuestra puerta. La verdad era que los últimos días habían sido tan aburridos que resultaba difícil creer que estuviéramos en peligro. Incluso había empezado a preguntarme si mis hermanos no se habrían equivocado. Quizá no tenían tan buena sintonía con el Cielo como creían.

Pero debería haber sabido que, en nuestras vidas, un periodo de calma siempre precedía a la tempestad.

Recorrimos el camino hasta el descuidado patio que había en la parte trasera de la cabaña, donde encontramos una tina llena de malas hierbas que crecían en desorden en su interior, así como una cuerda que colgaba de la gruesa rama de un roble. Un destartalado puente cubierto de musgo conducía hasta el lago que cerraba la parte posterior de la parcela.

Respiré profundamente y sentí que todo el cuerpo me vibraba, lleno de renovada energía. Nos agachamos en la orilla, que estaba cubierta de tréboles, y nos mojamos las manos en la límpida agua helada, tan transparente que se veían las pulidas piedrecillas del fondo. Se oía el fuerte zumbido de las abejas y una brisa suave nos envolvía. El sol calentaba nuestros rostros y, después de estar tantos días encerrados, la luz nos parecía tan brillante que casi nos dañaba la vista.

Caminamos sin prisas. En ese momento parecía difícil creer que alguien nos estuviera persiguiendo. Pensar que yo era un ángel a cuya cabeza habían puesto precio resultaba casi absurdo. Ambos mirábamos a nuestro alrededor como si estuviéramos viendo el mundo por primera vez. Entonces, Xavier cogió unas piedrecillas del suelo para probar cuán lejos podía lanzarlas en el lago. Al ver que había conseguido hacer rebotar una de ellas varias veces sobre la superficie del agua, intenté imitarle. Pero mi piedra tocó la superficie y se hundió al momento.

No tenía ninguna duda de que cambiaría mi inmortalidad por la posibilidad de hacerme vieja con Xavier. Deseaba que Ivy y Gabriel lo comprendieran. Por supuesto, no tenía ninguna esperanza de que los séptimos lo hicieran. Nunca podría explicárselo. Me los imaginaba como una manada de lobos hambrientos en busca de su presa. Aquel que consiguiera capturarme y llevarme hasta el castigo que me esperaba sería considerado un héroe en el Reino.

A pesar de que todos los ángeles habían sido creados sin ego, los séptimos eran la excepción que confirmaba la regla. Se decía que actuaban por la necesidad que tenían de ser reconocidos. Al pensar en cuánto había cambiado Zach justo antes de su promoción, me di cuenta de que esa teoría era posible. Yo sabía que las jerarquías que existían en la Tierra tenían su reflejo en el Cielo, y también sabía hasta dónde podían

llegar algunos —tanto ángeles como seres humanos— para alcanzar el poder. Me había enfrentado a demonios y había ganado. Las motivaciones de estos seres eran claras: manipular a los humanos y llevarlos por el mal camino. Pero un ambicioso ejército de ángeles motivados por la sed de justicia sería mucho más difícil de manejar.

No debíamos de llevar más de diez minutos caminando cuando me di cuenta de que Xavier echaba un vistazo al reloj. Había notado que, en esa parte del mundo, el sol salía temprano y se ponía pronto. De repente también me di cuenta de que la luz empezaba a disminuir.

—Vamos, Beth. Será mejor que regresemos.

—¿Ya?

—Sí. Hemos estado fuera demasiado tiempo.

—De acuerdo, ya voy.

Aunque sabía que Xavier me estaba esperando un poco más adelante, quise demorarme unos segundos más para disfrutar de lo que tenía alrededor antes de regresar a la prisión de la cabaña. El denso bosque que nos rodeaba tenía un aire mágico, y deseaba explorarlo. Los rayos del sol atravesaban las finas nubes y caían sobre el agua. Eché un último vistazo a mi alrededor: ¿quién sabía cuándo podría volver a disfrutar del esplendor de la naturaleza? Si Gabriel se enteraba de nuestra escapada, quizá decidiría no dejarnos solos nunca más.

Di la espalda a esa escena idílica y me dirigí hacia donde Xavier me estaba esperando. Él alargó una mano para ayudarme a trepar la empinada orilla del río. Cuando llegué arriba, me ajustó la gorra, que me había caído sobre los ojos.

—¿Crees que puedo quitarme el gorro ya? —pregunté en tono juguetón.

Xavier no respondió. Al principio creí que era porque se oponía a lo que acababa de sugerirle, pero entonces me di cuenta de que palidecía y de que apretaba la mandíbula. Tenía la vista clavada al otro lado del lago. Entonces, casi sin mover los labios, dijo:

—No te des la vuelta.

—¿Qué? ¿Por qué? —Noté una oleada de pánico y me agarré a su mano.

—Hay alguien al otro lado del lago.

—¿Un vecino? —susurré, esperanzada.

—No creo.

Me dejé caer sobre mis rodillas, como si estuviera buscando algo que se me hubiera caído al suelo. Al incorporarme, giré la cabeza un instante y eché un rápido vistazo al otro lado del lago. A cierta distancia de donde nos encontrábamos, entre dos grandes árboles, había un caballo blanco. Tenía el pelaje y la crin de un color plateado que parecía sobrenatural, y pateaba el suelo con sus cascos dorados.

—Un caballo blanco.

Las palabras parecieron brotar de mis labios, que sentía helados por el terror.

—¿Dónde? —preguntó Xavier incrédulo mientras escudriñaba el bosque.

Él no había visto el caballo porque se había concentrado solo en el jinete. Este, de una imagen inmaculada, iba vestido como si asistiera a un funeral. A pesar de que tenía las cuencas de los ojos vacías, sentí que me miraba directamente. Nunca había visto un séptimo, pero supe que ese ser que me observaba era uno de ellos. No tuve ninguna duda al respecto.

Lo que me había dicho a mí misma que nunca sucedería acababa de ocurrir. Finalmente me encontraba frente a un miembro de la Séptima Orden, unos seres que, hasta ese momento, solo conocía de oídas.

El séptimo estaba de pie al otro lado del lago, por la parte más ancha. Recordé las palabras de Ivy y supe que debía escapar, pero no era capaz de moverme. Me sentía inmovilizada. El séptimo tenía las blanquísimas manos entrecruzadas, en un gesto de calma, y nos observaba. De repente, sin previo aviso, empezó a acercarse. Hacía un instante que se encontraba de pie al otro lado del agua, pero ahora ya avanzaba hacia nosotros rápidamente; sus pies parecían rozar con suavidad la superficie del agua.

—Beth, ¿estoy soñando o está...?

Xavier se interrumpió y retrocedió unos pasos, tirando de mí para que lo siguiera.

—No estás soñando —susurré—. Está caminando sobre el agua.

Tenemos que hablar

El séptimo se dirigía directamente hacia nosotros. Yo me sentía como en un sueño: hacía un segundo que se encontraba al otro lado del río, pero en ese momento estaba a pocos metros de nosotros. A lo lejos, su caballo blanco relinchó y agitó la cabeza, pero su jinete no le prestó ninguna atención.

Recordé lo que Gabriel nos había dicho: los séptimos eran cazadores, estaban entrenados para rastrear a sus presas. Pero este no parecía preocupado por el hecho de que lo estuviéramos viendo. Se limitaba a avanzar con calma. Era como si supiera que no tenía ninguna necesidad de apresurarse porque nosotros no podíamos eludirlo de ninguna manera. Esa actitud me hubiera alarmado mucho de no haber estado tan ocupada en encontrar una forma de huir de allí. El séptimo se detuvo un instante y ladeó la cabeza ligeramente, como si quisiera confirmar mi identidad. Su movimiento era un tanto mecánico, como el de una máquina en funcionamiento. Imaginé que su cerebro estaba programado para registrar cualquier cosa que tuviera el tamaño de mi cráneo o el olor de mi piel. No había nada humano en él. Pero tampoco había en él nada angelical.

Al igual que otros de su naturaleza, no tenía rostro. Sus labios y su nariz se difuminaban de forma tan imperceptible que era casi imposible distinguir lo uno de lo otro. No tenía ojos, solo se le veían las cuencas recubiertas por una lechosa membrana de piel. El perfecto contorno de su rostro me recordó al de los maniqués que se ven en los escaparates de las tiendas.

De repente noté que mis pensamientos se mezclaban, se confundían los unos con los otros. Intenté aclarar mi mente, pero no lo conseguí. Parecía que el séptimo me tenía atrapada en una garra invisible. Por suerte, no podía ejercer ese mismo poder en Xavier, y él pronto se dio cuenta de lo que sucedía. Sin intentar sacarme de mi trance, me cogió, me cargó sobre uno de sus hombros y arrancó a correr. Al cabo de unos instantes noté que el poder que el séptimo ejercía sobre mí se había debilitado. Bajé al suelo. Impulsados por la adrenalina, corrimos juntos sin volver la cabeza para ver a

nuestro perseguidor.

Mis hermanos y yo podíamos comunicarnos telepáticamente, y siempre intentábamos mantenernos receptivos a las necesidades mutuas, así que pedí ayuda a mi hermano en silencio. «¡Gabriel! Están aquí. ¡Nos han encontrado!». No recibí ninguna respuesta.

En cuanto llegamos al camino de gravilla de delante de la cabaña, Xavier se detuvo y metió la mano en el bolsillo para sacar su móvil. Buscó torpemente en su lista de contactos con los dedos temblorosos por el estrés. Estaba a punto de pulsar el botón de llamada cuando nos detuvimos en seco. Yo ya había empezado a subir los escalones del porche y, al detenerme, choqué con Xavier. El teléfono se le cayó de las manos y, antes de que pudiéramos recogerlo, la puerta delantera se abrió. El séptimo ya estaba allí, esperándonos.

Miré a mi alrededor, frenética, buscando algún sitio donde escondernos, pero no vi nada que nos sirviera.

—¡Déjanos en paz! —grité, apartándome de esa pulcra e inmaculada figura.

Por toda respuesta, el séptimo dio un único paso hacia delante, como para recordarme que no recibía órdenes de nadie. Un tablón crujió bajo sus pies y el sonido me resultó increíblemente fuerte en el silencio de la tarde.

¿Dónde estaban Ivy y Gabriel? ¿No habían oído mi llamada de socorro? ¿O quizás había sido interceptada? Sentí un escalofrío por todo el cuerpo y pensé en cómo podían cambiar las cosas en cuestión de segundos. Lo único que podíamos hacer era mantener la calma. Supliqué mentalmente que Xavier no hiciera nada precipitado en un intento de protegerme, pues el séptimo podía arrebatarme la vida en un segundo. Las húmedas membranas que le cubrían las cuencas de los ojos impedían saber qué, o a quién, estaba mirando. De repente y de forma inesperada, el séptimo me ofreció la mano.

—Tenemos que hablar —me dijo. Su voz era atonal, una sorda vibración en el aire—. ¿Quieres entrar, por favor?

Dio un paso a un lado, dejándome espacio para entrar. La faz de su rostro era tan suave que debía de estar hecha de yeso. Su olor me resultó extraño: era una mezcla de colonia barata mezclada con el olor de la gasolina. Ese hedor me quemaba en las fosas nasales.

—Piénsalo bien, colega —intervino Xavier—. Beth no va a ir a ninguna parte contigo.

—Xavier, por favor —susurré—, deja que yo me ocupe de esto.

El séptimo ni siquiera pareció darse cuenta de que Xavier había hablado. Yo, a pesar de que nunca me había cruzado con ninguno de ellos, me daba cuenta de cuán peligroso sería enfrentarme a él abiertamente.

—No tardaremos —continuó el séptimo con fingida educación.

Ambos sabíamos que si lo seguía dentro de la cabaña nunca volvería a salir. Di un paso adelante, dudando; los pies me pesaban como si fueran de cemento.

—¡Beth, espera! —Xavier me cogió el brazo y me miró. Sus profundos ojos azules estaban llenos de terror—. No pensarás de verdad entrar ahí con este... bicho raro, ¿no?

El rostro del séptimo no delató para nada sentirse ofendido. Su expresión se mantuvo perfectamente inexpresiva, como si fuera una fotografía digital.

—No hagas esto más difícil de lo necesario —advirtió.

Tenía el rostro vuelto hacia mí. Yo debía pensar deprisa. Tenía que hacer algo para detenerlo, para pillarlo con la guardia baja. No dejaba de preguntarme: «¿Qué diría Gabriel?». Pero sabía que él no tendría que pensárselo. Tal vez esa fuera la clave.

—Te estás volviendo contra los de tu propia especie —le dije, de repente—. Lo sabes, ¿verdad?

Me pregunté cuán astuto sería. ¿Se daría cuenta de cuál era mi estrategia? Si conseguía retrasar mi charla con él, aunque fuera durante unos pocos minutos, quizá Gabriel e Ivy pudieran llegar a tiempo.

—Lo siento, señorita Church. No soy yo quien se ha vuelto contra los de su propia especie.

Su tono desprendía un autoritarismo tan frío que mi confianza se resquebrajó. Pero no estaba dispuesta a permitir que se diera cuenta.

—La verdad es que ahora soy la señora Woods —le dije con atrevimiento.

Sus labios parecieron esbozar una ligera sonrisa, su primera muestra de emoción hasta ese momento. ¿Se estaba burlando de mí?

—Le aconsejo, «señora Woods», que acepte mi petición, y se pueda evitar un baño de sangre —respondió, mirando rápidamente hacia donde se encontraba Xavier.

Yo sabía que detrás de esa actitud cortés y profesional se encontraba un soldado cuyo único objetivo era cumplir su misión... al precio que fuera. Otra vez volví a notar que mis pensamientos se confundían.

—Por supuesto —respondí mecánicamente—. Lo comprendo.

Xavier me cogió de la mano.

—No voy a permitir que vayas.

—No pasa nada —mentí—. Solo vamos a hablar.

No parecía convencido, pero antes de que pudiera reaccionar, me solté de su mano y me acerqué al séptimo. Sabía que Xavier no podía protegerme. Ahora me tocaba a mí protegerlo a él. Si no me quedaba más remedio que ascender con el séptimo, tendría que asegurarme de que Xavier se quedaba en tierra sano y salvo. Pero mi marido no estaba dispuesto a correr ningún riesgo con respecto a mi vida: de repente, corrió hacia delante, me dio un empujón y se colocó delante del séptimo.

—Si quieres hablar con alguien, hazlo conmigo.

El séptimo se vio obligado a dirigirse a él.

—Chico, ¿qué te hace pensar que podrás oponerte a la voluntad del Cielo?

—Pura arrogancia, supongo.

—Apártate. No es asunto tuyo.

—Los asuntos de Beth son los míos.

El séptimo soltó un suspiro de impaciencia. ¿O era de aburrimiento?

—No digas que no te he advertido.

—¡No le hagas daño, haré lo que digas! —grité, pero ya era demasiado tarde.

El séptimo levantó una mano y un rayo de luz surgió de su palma. Era un rayo muy fino, pero yo sabía que era tan fuerte como el acero. El rayo se enroscó alrededor de la garganta de Xavier. Con los ojos casi desorbitados, este se llevó las manos hasta su garganta, pero fue en vano. Se estaba ahogando. No podía ganar esa pelea. Xavier cayó de rodillas al suelo y, rápidamente, su cuerpo se debilitó. Había perdido la conciencia.

—Nadie puede resistirse a la voluntad del Cielo —dijo el séptimo.

Mientras observaba esa escena, la confusión mental que había sentido desapareció. En su lugar, me invadió un sentimiento mucho más poderoso: la rabia. Era una rabia que me recorría todo el cuerpo, rechazando todo obstáculo interno; parecía una crecida después de una lluvia torrencial, capaz de rebasar todo límite.

—Te he dicho que no le hagas daño.

No levanté la voz, pero el tono era envenenado. Algo en mi interior había cambiado.

A menudo la rabia distorsiona la percepción de la realidad, pero en ese momento yo veía las cosas más claras que nunca. Esa rabia me había liberado del poder que el séptimo estaba ejerciendo sobre mí. Era capaz casi de percibir mis propios mecanismos mentales, y por un instante me pareció ver el mundo a través de unas gafas de rayos X. Percibía la composición molecular de la cabaña, podía decir cuáles eran sus partes débiles, y notaba los puntos por donde la humedad penetraba en sus paredes. En ese momento supe cosas que nadie en el mundo podía saber, como, por ejemplo, dónde había caído la última gota de una lluvia de verano.

Continuaba mirando al séptimo, pero ahora mi visión lo penetraba. Todo lo que había de humano a mi alrededor desapareció de mi percepción y me sentí unida al universo entero: yo era aire, roca, madera, tierra. Supe lo que debía hacer, lo que era capaz de hacer.

Rápida como un rayo, me agaché y cogí uno de los ladrillos que se guardaban al final de las escaleras y lo lancé como si fuera un *frisbee*, con tal rapidez que impactó en el cuello del séptimo antes de que él se diera cuenta de lo que sucedía. Sus rápidos y finos reflejos deberían haberle permitido coger el ladrillo al vuelo y devolvérmelo

con fuerza suficiente para acabar conmigo. Si hubiera sido capaz de expresar algún sentimiento, me hubiera mirado con sorpresa. Pero el séptimo no pudo responder: mi ataque lo había pillado desguarnecido. Su cuello pareció doblarse hacia atrás; dio un par de pasos hacia el interior de la casa. Sin perder un instante, alargué la mano y cerré la puerta tras él. Entonces noté un fuerte cosquilleo en la punta de los dedos y, de inmediato, el techo de la cabaña empezó a desprender humo. Lo que sucedió a partir de ese momento escapó por completo a mi control. El fuego prendió ante mis ojos, envolviendo el porche y haciendo estallar las ventanas. En cuestión de segundos, la Cabaña del Sauce se vio engullida por las llamas. Mientras las paredes se derrumbaban, vi que el séptimo permanecía de pie, envuelto en un traje de llamas. El fuego no podía matarlo..., seguramente ni siquiera le dejaría una marca. Pero sí lo había detenido, por el momento. No sabía por cuánto tiempo, y no tenía intención de quedarme allí para averiguarlo.

Solo tenía una idea en la cabeza: llevar a Xavier a un lugar seguro. Si el séptimo nos atrapaba ahora, probablemente lo mataría solo por venganza. Corrí hasta Xavier, que continuaba inconsciente, pero que todavía respiraba. No pude hacer que volviera en sí, y llevarlo a rastras no era posible. Entonces vi que el séptimo ya se dirigía hacia la puerta, envuelto en llamas.

Desplegué las alas con un sonoro chasquido que resonó en todo el bosque y que provocó que los pájaros huyeran de las copas de los árboles. Abracé a Xavier por la espalda y levanté el vuelo. Mis alas eran tan fuertes que ni siquiera notaba su peso en mis brazos. Me dirigí hacia la carretera en un vuelo muy bajo para evitar ser vista: los pies de Xavier rozaban las copas de los árboles.

No tenía las ideas muy claras, pero tenía pensado aterrizar en algún lugar y hacer que algún coche se detuviera. Pero, de repente, mi corazón palpité de alegría al ver el familiar todoterreno negro por el polvoriento camino que llevaba a las montañas. Mi hermano y mi hermana me vieron en el mismo momento en que yo los vi a ellos. El coche se detuvo en seco y Gabriel vino de inmediato hasta mí. Cogió a Xavier y lo dejó con cuidado en el asiento de atrás.

—¿Dónde estabais? —exclamé, con el rostro sucio de cenizas cubierto por las lágrimas.

—Hemos venido en cuanto hemos podido —respondió Ivy, que parecía estar sin resuello.

Señalando a Xavier, pregunté:

—¿Puedes ayudarlo?

Ivy colocó una de sus frías manos sobre la frente de mi marido y, al cabo de un momento, recobró la conciencia. Con un gemido, se llevó la mano a la cabeza.

—Estás bien —le aseguré—. Ambos estamos bien.

Xavier, al recordar lo que había sucedido, se puso en tensión y se incorporó en el

asiento.

—¿Adónde ha ido? —preguntó—. ¿Dónde estamos?

—Ivy y Gabriel están con nosotros —respondí—. Hemos escapado.

—¿Cómo? —preguntó Xavier—. El séptimo se te iba a llevar...

—Creo... —repuse, dudando—. Creo que le prendí fuego.

—¡No puede ser! —Xavier se mostró perplejo un segundo, pero no pudo reprimir una carcajada—. Es increíble. La verdad es que se lo merecía.

Pero Ivy tuvo una reacción un tanto diferente:

—¿Es que has perdido la cabeza? —Sus ojos plateados adquirieron un brillo metálico a causa de la sorpresa—. No se puede utilizar ese tipo de poderes con un séptimo. Es una traición al Reino.

—No tenía intención de hacerlo —protesté—. ¡Intentaba matar a Xavier!

—Bueno, ahora que le has prendido fuego, estoy seguro de que estamos en el camino de la reconciliación —replicó Gabriel, irónico.

Entonces se oyó el susurro de las copas de los árboles empujadas por el viento y recordé que el séptimo debía de estar por allí, en algún lado.

—¿Creéis que intentará seguirnos?

—No, ahora ha perdido el rastro. Tiene que empezar de nuevo. Pero, de todas maneras, debemos irnos.

Gabriel puso en marcha el motor del coche y dio media vuelta.

Yo no podía evitar sentirme un tanto orgullosa: había conseguido frustrar los planes de uno de los más poderosos agentes del Cielo. Pero Gabriel pareció leer mis pensamientos:

—No te confíes demasiado: has conseguido rechazar a uno, nada más. Hay ejércitos enteros. No podemos luchar contra todos ellos.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Nos hemos reunido con los serafines y el Coro Angélico —anunció Gabriel—. Por eso hemos llegado tarde a la cabaña.

—¿Y? ¿Cuál es el veredicto?

Al ver que Gabriel guardaba silencio, supe que eran malas noticias.

—Los séptimos solo quieren sangre. No quieren llegar a un acuerdo —repuso Ivy—. Quieren que vuestro matrimonio se anule.

—Creí que los ángeles eran justos y buenos —dijo Xavier—. ¿Desde cuándo van por ahí matando gente? ¿Y desde cuándo el Cielo lo aprueba?

—¿Qué te hace pensar que el Cielo lo aprueba? —preguntó Gabriel con dureza.

Pero Xavier no pensaba echarse atrás.

—No están haciendo gran cosa para detenerlos.

—Lo que debes saber de los séptimos es que fueron creados como perros guardianes, fueron diseñados para mantener el orden. No comprenden el

comportamiento humano, así que es fácil que su poder escape de su control.

—¿Los estás defendiendo? —Xavier se mostró escandalizado.

Yo no podía culparlo por eso: todo lo que le habían enseñado sobre el Cielo y sobre sus habitantes se estaba derrumbando.

—No los estoy defendiendo —respondió Gabriel—. Solo intento explicar cómo trabajan. Lo único que tienen en su cabeza es cumplir con su trabajo.

—Bueno, pues alguien debería despedirlos.

—El Cónclave está buscando maneras de limitar su poder.

—Y mientras tanto, ¿están fuera de control? —pregunté yo, sin poder creerlo.

—Sí —respondió Ivy—. Su visión de la justicia se ha pervertido. Cuando se encuentran en una misión, no tienen en cuenta nada más.

—Pues yo diría que tienen cosas mejores que hacer —rezongó Xavier—. Preocuparse por la paz mundial o algo parecido.

—Exacto —lo apoyé—. ¿Por qué nuestro matrimonio es tan importante para ellos?

—No lo sé —se limitó a responder Ivy.

Pero yo tuve la clara sensación de que nos estaban ocultando algo. Ivy cruzó los largos dedos de sus manos y fijó la mirada en el asiento que tenía delante.

Gabriel estaba concentrado en la carretera. Su expresión era tensa, como si estuviera librando una batalla interna. Me acerqué a los asientos delanteros y le miré a la cara.

Al fin, él apartó los ojos de la carretera y me devolvió la mirada. Al ver la expresión de su rostro, adiviné de inmediato lo que no quería decirme.

—Te han pedido que nos entregues, ¿verdad?

Gabriel frunció el ceño y cerró los ojos un instante. Yo le hubiera dicho que se limitara a mirar la carretera, pero sabía que era capaz de conducir con los ojos vendados.

—Sí —admitió, apretando los labios—. Eso es exactamente lo que me han pedido.

—¡Cómo se atreven!

Me sentía indignada por él.

—Alegan que cualquier fiel sirviente del Reino no dudaría al respecto.

—¿Así que ahora ponen en cuestión tu fidelidad?

—Nos han dicho que entregarte es la única opción que tenemos.

—No puedo creer que te hayan puesto en esa situación —afirmé, enojada.

—Un momento. —Xavier levantó ambas manos y, en tono inseguro, preguntó—: Gabriel, ¿qué les has respondido?

Mi hermano guardó silencio.

—¿Gabe? —repitió Xavier, ahora con aprensión.

Finalmente, Gabriel contestó con pesar:

—Les dije que lo haría.

Se hizo un silencio mortal.

—¿Les dijiste qué? —pregunté en voz baja.

—Ahora mismo nos están esperando. Piensan que te he venido a buscar para llevarte hasta ellos.

El pánico me invadió al momento.

—¡No! —grité—. ¿Cómo has podido?

En ese instante me di cuenta de que las puertas del coche se habían cerrado automáticamente. No había forma de salir, a no ser que intentáramos romper la ventanilla.

—Bethany, por favor —dijo mi hermano con gran calma—. Tú no puedes ser mi prisionera.

Giró la cabeza, y en cuanto vi su rostro me ruboricé de vergüenza por haber dudado de él. Me sentí llena de culpa.

—Quieres decir que no... —no pude continuar.

—No te voy a entregar al Cónclave. No te he traicionado.

—Un momento. —Me cubrí los labios con la mano, sorprendida—. ¿Eso significa que les has mentido?

Esa posibilidad resultaba imposible de creer, pues contradecía todo lo que sabía sobre mi hermano. No podía creer que se hubiera colocado de forma voluntaria en esa difícil posición.

—No tuve otra alternativa.

El sacrificio que había hecho me había dejado impresionada.

—Pero te pueden echar por esto. No puedo permitir que lo hagas.

—Ya está hecho.

Mi hermano hablaba en un tono muy grave, como si alguien acabara de morir..., quizás una parte de él mismo. Nunca había visto una expresión de vacío como esa en sus ojos. Desde tiempos inmemoriales, Gabriel había sido uno de los arcángeles más sensibles y sinceros del Reino. Su fidelidad se remontaba a miles de años. Muchos sucesos habían puesto a prueba su carácter, pero él siempre había sido honesto. Él y Miguel eran los dos pilares sobre los cuales se apoyaba el Coro Angélico. ¿De verdad iba Gabriel a dar la espalda a todo solo para protegerme?

¿Cómo podría nunca compensarle por ello?

—Así que piensas renunciar al Coro —pregunté en un susurro, horrorizada.

No podía imaginar qué futuro esperaba a mi hermano si perdía su identidad angélica. No quería ni pensarlo.

—No —repuso Gabriel—. Pero ellos me echarán en cuanto se den cuenta de que no he cumplido con mi deber.

Universitarios

—**N**o puedo creer que esté sucediendo todo esto —exclamé—. No puedo creer que Dios esté tan enfadado con nosotros que haya enviado a todos los principados a capturarnos. —Esa idea no me cabía en la cabeza.

—Bethany —dijo Ivy con su ovalado rostro lleno de tristeza—. Esto no es obra de Dios. Supongo que lo sabes.

—¿Cómo puedo saberlo? —pregunté, confundida—. Todo lo que sucede es por su voluntad.

—Eso es cierto en la Tierra —respondió mi hermana—. Pero las jerarquías celestiales tienen sus propias disputas; ellos no han pedido su consejo en esto.

—Los séptimos —intervino Gabriel— son una facción rebelde. El Cónclave no sabe cómo controlarlos.

—¿Estás diciendo que Dios no tiene ni idea de lo que está ocurriendo? —preguntó Xavier.

—No puedo saberlo —respondió Gabriel—. Pero no debéis culparlo a él por vuestros problemas. Son los séptimos quienes buscan venganza.

Gabriel se inclinó hacia delante, sobre el volante, y se masajeó las sienes, apartándose los mechones de cabello rubio que le caían sobre el rostro, de facciones tan bien esculpidas. Ivy tenía la misma expresión de desolación que él. Yo sabía que a ella le preocupaba el futuro de Gabriel. Ninguno de los dos había querido nunca encontrarse en tal situación.

—No tienes que hacer esto, Gabriel —afirmé con sinceridad—. Sé lo que os va a costar a ambos.

—Tú eres mi familia, Bethany —replicó Gabriel—. No voy a entregarte para que sufras un destino incierto.

—Gracias —repuse, sintiéndome insignificante—. Nunca lo olvidaré. Eres el mejor hermano que alguien puede tener, sea ángel o humano.

Gabriel se mostró inseguro sobre cómo responder a ese reconocimiento, pero vi

que sus labios esbozaban una ligera sonrisa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Xavier, llevando la conversación hacia un terreno más práctico.

—Supongo que continuaremos huyendo —contestó Gabriel.

Esa respuesta no era propia de mi hermano. ¿Desde cuándo Gabriel «suponía» las cosas? Era a él a quien yo acudía en busca de respuestas cuando me quedaba sin ninguna. La vida era un rompecabezas constante para los seres humanos, pero Gabriel conocía la razón oculta detrás de cada suceso. Y entre los ángeles, su sabiduría era incuestionable. Por tanto, esa muestra de inseguridad aumentó mis miedos más profundos. Los séptimos iban a intentar separarnos a Xavier y a mí, y hasta ese momento todo indicaba que, al final, lo conseguirían. No se podía huir para siempre, los escondites no eran infinitos. Yo sabía que si se me llevaban no regresaría al lado de Xavier hasta que su alma, al fin, ascendiera al Cielo. Y eso contando con que pudiera encontrarlo... El Cielo era inmenso. Y si lo lograba, quizá yo no fuera más que un borroso recuerdo para él.

Sabía que debía sentirme destrozada, pero lo único que sentía era cansancio. Estaba cansada de huir, de pelear y de ser testigo de mi vida.

—Entonces, si no nos llevas al Cónclave..., ¿adónde vamos, exactamente? —continuó Xavier, en un intento por ahuyentar el denso silencio que se había impuesto en el coche.

—Tenéis que esconderos de nuevo —dijo Ivy.

—Oh, no —gruñí.

—Pero esta vez será en un lugar que les resultará más difícil de encontrar.

Xavier se mostró escéptico:

—¿Es que existe un lugar así?

—Todavía no estoy segura —contestó Ivy.

—No me importa adónde vayamos, siempre y cuando Beth no tenga que estar encerrada. No lo lleva muy bien.

Ese comentario provocó que a Ivy se le ocurriera una idea. Sus ojos brillaron.

—Quizá debamos hacer justo lo contrario —murmuró, enigmática.

—¿Lo contrario? —repetí, asombrada—. ¿Qué estás pensando, Ivy?

—Los séptimos esperan que te escondas en algún lugar remoto. Será ahí donde buscarán primero. Quizá sea mejor perderse entre la multitud.

—Podría funcionar —asintió Gabriel, que había comprendido a Ivy mucho antes que Xavier y yo lo hiciéramos—. Los séptimos disponen de finos sensores que captan las señales eléctricas que los seres angelicales emiten. Cuantos más seres humanos haya a tu alrededor, más débiles serán esas señales.

—Entonces, ¿adónde pensáis llevarnos? ¿A China? —preguntó Xavier.

—La verdad es que a un lugar que está más cerca de casa.

—No lo pillo —dije, frunciendo el ceño.

—Piensa un poco —me animó Gabriel—. Si ahora mismo la situación fuera normal, ¿adónde iríais?

—¿A casa? —inquirí.

—Piensa un poco más —insistió Gabriel—. ¿Adónde piensa ir Molly este otoño?

—¿Cómo podemos saberlo? —se quejó Xavier, irritado por tener que descifrar el enigma.

De repente lo supe. Cogí la mano de Xavier y dije:

—Un momento. Molly va a Bama..., a la universidad.

—¿Estáis bromeando, verdad? —Xavier se puso muy recto en el asiento, como si esa idea le hubiera encendido un dispositivo interno—. ¿Queréis que vayamos a la universidad?

—Los séptimos no se esperarán una cosa así —dijo Ivy—. Os tendrán delante de sus narices y ni siquiera se enterarán.

—¿Estáis seguros de esto? —cuestionó Xavier con el ceño fruncido.

—No utilizaréis vuestros nombres verdaderos —matizó Gabriel—. Así no os podrán identificar en las listas.

—Esto podría ser como empezar una nueva vida —dije. Ya empezaba a sentir una gran emoción—. Podremos ser quienes queramos ser.

—Y yo que pensé que tendríamos que esperar un tiempo para ir a la universidad —apuntó Xavier, como si le hubieran devuelto un trozo de vida.

—Bueno, no os emocionéis demasiado. Quién sabe cuánto tiempo podréis quedaros.

—Supongo que tendremos que vivir día a día —asintió Xavier.

—¿Es importante adónde vayamos? —preguntó Ivy.

Me había leído el pensamiento.

—¿Y por qué no ir adónde pensabais ir antes de fastidiarlo todo?

Ir a la universidad todavía era una fantasía para mí. Me lo imaginaba como un mundo perfecto dentro de una burbuja que siempre me sería inasequible. Para mí significaba todo aquello que había de bueno en el mundo de los humanos, y nunca creí que tendría la suerte de vivirlo en persona.

—Bueno —dije—. Supongo que nos dirigimos a Oxford, pues.

Abrí la ventanilla y respiré profundamente mientras sentía el viento revolviéndome el cabello. Me estaba preparando para enfrentarme a los retos próximos de nuestras impredecibles vidas.

Por la noche, nos detuvimos un momento en Venus Cove, para organizarnos. Esa parada resultó más dura de lo que esperábamos. Vi a *Phantom* de nuevo y me di cuenta de que lo echaba de menos. Xavier tuvo que enfrentarse a la frustración de estar cerca de su familia y de no poderles decir nada. No dejaba de dar vueltas por la

sala y de apretar los puños con rabia.

—Siento que las cosas hayan ido de esta manera —dije, procurando consolarlo un poco.

—Son mis padres —repuso él—. No puedo apartarlos de mí así, simplemente, y fingir que los últimos dieciocho años de mi vida no han existido. Y mis hermanas: quiero estar a su lado, quiero ver crecer a Jasmine y a Maddy.

—Lo harás —me obligué a decir—. Algún día regresarás, lo sé.

—Sí, y para ellos no seré más que el hijo y el hermano que los abandonó.

—Ellos te quieren hagas lo que hagas. Y quizás algún día puedas decirles la verdad.

Xavier se rio sin ganas.

—No sé por qué, pero lo dudo.

—Ya sé lo difícil que está siendo para ti —dije, cogiéndole una mano, pero Xavier me soltó.

Eso no era algo que sucediera a menudo, y me tomó por sorpresa. Si no era capaz de consolarlo, algo iba verdaderamente mal.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó—. Tú no has tenido padres.

Me quedé callada un momento y pensé en lo que me acababa de decir. Xavier se llevó las manos a la cabeza.

—Beth, lo siento. No quería decir eso.

—No pasa nada —lo tranquilicé, mientras me sentaba en el borde de la mesita de centro.

Me daba cuenta de que la rabia que expresaban sus ojos y su tono de voz no iba dirigida contra mí. Xavier miraba por la ventana, como si en cualquier lugar de ahí fuera pudiera encontrarse nuestro invisible enemigo.

—Tienes razón —le dije—. Yo nunca he tenido unos padres como los tuyos, y no sé lo que es formar parte de una familia humana. Pero sí tengo un padre, y justo ahora él está seriamente enojado conmigo. Todo lo que hago lo decepciona, y lo único que deseo es hacerlo feliz. No sé si mi padre va a perdonarme alguna vez. En realidad, quizá me eche de mi casa..., pero el tuyo nunca haría eso; estoy segura. Tu padre siempre te querrá. —Sonreí para mí y añadí—: En realidad, mi padre también te querrá siempre. Tú también eres su hijo.

Xavier me miró.

—¿Y tú no?

—Yo tengo una relación un poco distinta con él —dije, fingiendo frivolidad—. Los de tu especie fueron creados para amar, y los de mi especie fueron creados para servir. Él siempre ha amado a los humanos por encima de todo. Sacrificó a su único hijo, ¿recuerdas? ¿Te das cuenta? Él te protegerá.

Xavier me pasó un brazo por encima de los hombros.

—Entonces supongo que yo tendré que protegerte a ti.



Al final, Xavier decidió escribir una carta a sus padres. A pesar de que no me la leyó, no pregunté qué les decía en ella. Por otro lado, no creía que Ivy y Gabriel decidieran que podía enviársela, pero pensé que para él era importante escribirla.

Ivy tomó la iniciativa rápidamente y empezó a organizar y a empaquetar todo lo que creyó necesario para la vida universitaria. Por supuesto, tuvimos que limitarnos a las cosas imprescindibles: no había tiempo de llevarse edredones ni pósteres para las paredes como hacían todas las estudiantes de primer año. Además, pensé que una vez allí podría conseguir todo lo que nos hiciera falta.

Era consciente de que nuestra experiencia en la universidad sería completamente distinta a la de los demás. Nuestros padres no vendrían con nosotros para despedirnos y no tendríamos tiempo de estresarnos por las cartas de recomendación ni por matricularnos en las asignaturas. A pesar de todo, estaba nerviosa. Por otro lado, Xavier se había estado preparando para la universidad durante toda su vida. Su padre y su abuelo habían sido miembros de Sigma Chi, y en su familia era tradición formar parte del equipo de fútbol de la universidad. Yo, por el contrario, no tenía ninguna experiencia ni ninguna historia familiar que pudiera servirme de orientación. Justo acababa de encontrar mi lugar en el instituto y, ahora, la idea de adaptarme a un mundo nuevo y más misterioso me inquietaba un poco. Sabía que contaba con Xavier para que me guiara, pero necesitaba ponerme al día por mí misma si quería ser autónoma.

—¿Qué es exactamente una sororidad? —pregunté, mientras Xavier cargaba las maletas en el maletero del coche.

—Es como una asociación de chicas —dijo—. Tienen casas en el campus y llevan a cabo la mayoría de sus actividades allí. El equivalente para los chicos son las fraternidades.

—¿Hay que apuntarse?

—No exactamente. Ellas deben elegirte, y tú tienes que elegirles a ellas.

—¿Y qué sucede si una chica elige una sororidad que no la acepta?

—Pues que no entra a formar parte de ella —explicó Xavier—. Hay que saber elegir.

—¿Y cómo se sabe cómo son cada una de ellas?

—Eso se hace durante la Semana Frenética —respondió Xavier—. Durante siete días, todos los estudiantes de primero visitan las sororidades o las fraternidades. Se hacen una especie de entrevistas. Luego recibirás una carta en la que se te comunicará a cuáles se te ha invitado. Entonces debes ponerlas en orden de preferencia y

conseguir un ofrecimiento.

—Pero ¿no hay cientos de estudiantes? —pregunté—. ¿Cómo es posible que sepan a cuáles quieren?

—Comprueban a todas las chicas antes de admitirlas —repuso Xavier.

—¿Cómo esperas que aprenda algo si no te tomas en serio mis preguntas?

—No estoy bromeando. Eso es lo que hacen.

—¿Y no es ir un poco lejos hacer todo eso para conseguir miembros?

—Bueno, así es como funciona. Es una tradición muy antigua. Por ejemplo, digamos que hay una chica de Alabama que quiere entrar en Ole Miss. Las Tri Delts de Ole Miss se ponen en contacto con las Tri Delts de Alabama, quienes conocerán a alguien que haya ido al instituto con ella. Desde luego, si buscan referencias tuyas, no encontrarán gran cosa.

—Me alegro, porque me parece un sistema bastante mezquino.

—También hacen muchas cosas buenas: ofrecen apoyo a organizaciones caritativas y trabajan para la comunidad. De todas formas, no debes preocuparte. Dudo que tengamos nada que ver con ellos.

No sabía nada de ese sistema de hermandades. Solamente le había oído hablar de ello a mi mejor amiga, Molly, que se pasó casi todo el último año hablando de la sororidad a la que quería pertenecer. Hablaba tanto de ella que Hallie le había dicho que dejara de hacerlo si no quería ahuyentar a todas las demás sororidades. En esa época yo no le hacía mucho caso, me parecía que hablaba en un idioma extranjero. Pero ahora me resultaba curioso pensar cómo la memoria me traía un recuerdo insignificante como ese, justo en este momento.

—¿Quién te escribirá la carta de recomendación para Chi O? —le había preguntado Hallie a Molly.

—La madre de Ryan. Ella estaba en Chi O, en Duke.

—¿Y es tu principal preferencia?

—Es mi única preferencia —había dicho Molly—. Es la única sororidad que merece la pena.

—Eso es decir mucho —se burló Hallie—. Hay muchísimas más.

—No para mí.

—¿Sabes que Chi O exige la nota media más alta, verdad?

—¿Me estás diciendo que mi nota media será baja?

—No, solo quiero decir que quizá no debas ir contando eso por ahí. Si no te aceptan en Chi O, ninguna otra sororidad te querrá.

—No seas tonta. No me rechazarán.

Yo no había hecho ningún caso de esa conversación, pero ahora me hubiera gustado haber formulado unas cuantas preguntas.

Xavier, a pesar de la emoción inicial, se mostró taciturno durante todo el viaje.

Como no había podido ir a su casa, se había visto obligado a dejar allí su querido Chevy. Yo sabía que eso lo entristecía, a pesar de que, a modo de compensación, tendría un coche nuevo en cuanto llegásemos. Lo único que él quería era recuperar su antigua vida. Yo, por mi parte, habría querido llevarme a *Phantom*, y lloré al tener que dejarlo atrás, a pesar de que Ivy me había asegurado que Dolly Henderson cuidaría de él mientras estuviéramos fuera. Confié en que Dolly encontrara tiempo para pasearlo entre sus sesiones de bronceado y sus reuniones de cotilleo.

Echaría de menos a Molly en la universidad. Estar con ella me habría hecho más fácil habituarme a la nueva situación. Entonces se me ocurrió algo:

—Eh, Gabe, ¿no habrá estudiantes de Bryce Hamilton en Ole Miss este otoño? Seguro que nos reconocerán.

—La mayoría van a ir a Alabama y a Vanderbilt —respondió mi hermano—. Había uno o dos de Venus Cove, pero ya nos hemos encargado de ellos.

—Oh, Dios mío, ¿no habréis...? —balbucí, pero Gabriel me fulminó con la mirada.

—No seas ridícula. Nos encargamos de que recibieran unas becas que no pudieran rechazar.

—Oh —exclamé, impresionada—. Qué buenos sois.

El viaje hasta Misisipi fue tranquilo, excepto por la discusión que mantuvimos sobre la música. Gabriel tenía la costumbre de cantar himnos en cualquier situación, mientras que Xavier siempre escuchaba rock clásico en su Chevy. Yo voté por el *country*, pero Ivy afirmó que prefería el silencio. Así que Gabriel buscó un punto medio, que, según él, consistía en sintonizar una emisora de góspel sureño. A mí, aunque no dije nada, me gustó bastante.

El resplandeciente paisaje verde que se veía a ambos lados de la autopista me asombró: parecía un mar ondulado. Había rebaños pastando, las ardillas trepaban ágilmente a los árboles y los campos de algodón temblaban bajo la brisa. Incluso de vez en cuando distinguía algún ciervo que se ocultaba entre los árboles.

Cuando tomamos la desviación hacia Oxford, mi estado de ánimo mejoró e incluso me pareció sentir cierta excitación. Nunca había visto esa ciudad, pero sabía que era la ciudad natal de William Faulkner y que allí residía el equipo Ole Miss Rebels. Abrí la ventanilla del coche y el interior se inundó de la dulce brisa del sur, fragante y húmeda. De inmediato supe que mi nuevo hogar me gustaría.

La plaza principal de la ciudad era tan bonita que parecía de postal. Me pareció que habíamos dado un salto atrás en el tiempo. Allí todo estaba perfectamente conservado, no había nada herrumbroso ni destartalado. Todos los edificios parecían recién construidos. Me sorprendió ver las cuidadas y acogedoras tiendecillas que se abrían a la plaza. Oxford me recordó un poco Venus Cove.

Los bares y las calles estaban llenas de animados estudiantes de primer año, acompañados por sus orgullosos padres. Cuando detuvimos el coche en la universidad, miré hacia Fraternity Row y sentí admiración al ver las columnatas de las casas y las doradas letras del alfabeto griego que las remataban, como insignias honoríficas. Jóvenes vestidos con polos se agrupaban en los porches de las casas, charlando y riendo entre ellos. Eso era un oasis para los preuniversitarios de la élite sureña, era como un pequeño mundo aislado y bien organizado en el cual nada parecía real. Me enamoré de él casi de inmediato: me gustaba la sensación de tranquilidad que imperaba allí y que impedía hacer nada con prisas. En cuanto salí del coche noté la humedad del ambiente en la piel, pero el aire era tan limpio que no me molestó en absoluto.

Antes de ir a buscar un aparcamiento y dejarnos allí, Gabriel e Ivy nos dieron una carpeta marrón a cada uno.

—Ahí están vuestras nuevas identidades —dijo Ivy—. Todo lo que necesitéis lo encontraréis aquí: certificados de nacimiento, carnés de estudiante, notas de instituto.

Hojeé los papeles que Ivy nos acababa de dar y dije:

—Adiós, Bethany Church y Xavier Woods. Hola, Ford y Laurie McGraw.

—Un momento —dijo Xavier—. ¿Tenemos el mismo apellido? ¿En serio?

—Aquí seréis hermanos —explicó Gabriel, con una expresión en el rostro que parecía pedir disculpas—. Pensamos que sería adecuado, puesto que vais a pasar mucho tiempo juntos.

—Genial —rezongó Xavier.

—Bueno, no es lo ideal —admitió Ivy—, pero es lo mejor que hemos podido hacer.

—De acuerdo —asintió Xavier, acercándose a mí para mostrarme nuestros datos—. Somos de Jackson, Misisipi. Tú eres una estudiante honorífica que acabas de salir del instituto, y yo soy un universitario de primer año de Bama, en Sigma Chi. —Se interrumpió y, mirando a Gabriel, exclamó—: ¡Te has acordado!

Sigma Chi era la fraternidad a la que habían pertenecido el padre y el abuelo de Xavier. Me sorprendió el detalle que mi hermano había tenido. Gabriel se limitó a asentir con la cabeza como diciendo: «De nada».

—Un estudiante de primer año, ¿eh? —comenté—. ¿Eso significa que tienes unos veinte años?

—Veintiuno —se pavoneó Xavier—. Como puedes ver, soy mayor que tú y, por tanto, mucho más sabio. Será mejor que muestres respeto.

—Nos hemos encargado de todo —interrumpió Ivy—. Lo único que tenéis que hacer es recoger vuestras llaves y vuestros libros.

—Gracias —le dije—. No sabes cuánto significa esto para nosotros. —Yo sabía perfectamente que Ivy habría podido darnos la espalda en esa situación, pero había

decidido estar de nuestro lado. Y yo no me tomaba eso a la ligera—. Te estás arriesgando mucho al ayudarnos. Estar aquí nos servirá para poder pensar un poco en cómo proceder a partir de ahora. Pero tanto si esto dura unos meses como solamente un día, quiero que sepas que no lo olvidaré.

Ivy asintió con la cabeza.

—Si nos necesitáis, ya sabéis qué hacer.

—¿Así que soy tu hermano? —preguntó Xavier mientras arrastrábamos nuestras maletas hacia los dormitorios—. Eso se me hace muy extraño. ¿Cómo se les habrá ocurrido?

—Supongo que ha sido por precaución.

—Hubieran podido hacernos pasar por primos.

—¿Y eso sería muy distinto? No te preocupes, cuando estemos a solas, podremos ser nosotros mismos.

—¿Y cuánto tiempo podremos estar a solas en la universidad? —preguntó Xavier, desconfiado.

—Nos acostumbraremos —repuse, sin darle la menor importancia.

—¿Crees que te acostumbrarás a que yo sea un chico soltero de una de esas fraternidades? —preguntó Xavier, travieso—. Porque eso puede traer problemas.

—Eres un chico fugitivo —le recordé—. Yo intentaría pasar desapercibido.

Pero en cuanto llegamos a los dormitorios me di cuenta de que yo no pasaba exactamente desapercibida. Y no se debía a mi aire angelical, sino a que iba vestida de forma inadecuada. Llevaba un vestido de verano floreado y con un ribete ondulado que estaba completamente fuera de lugar entre los pantalones cortos Nike y las camisetas de talla gigante de las demás chicas. Todo el mundo me miraba de soslayo. Si el objetivo era confundirnos entre la multitud, no había empezado muy bien. Cuando hubimos descubierto dónde se encontraba mi habitación, sostuve la puerta del ascensor a una mujer que llevaba una gran caja de cartón llena de almohadas y de fotografías enmarcadas.

—Oh, ya me espero —me dijo—. Vas tan elegante y fina que no quiero mancharte.

Xavier disimuló una sonrisa y las puertas del ascensor se cerraron a nuestras espaldas. Él, vestido con su polo y su pantalón corto de color crema, estaba como pez en el agua. Moviendo la cabeza, me miró.

—Nadie me dijo que había que vestir de una forma especial, ¿no es verdad? —gruñí.

—No estás preparada para la universidad —se burló él.

—No puede ser peor que el instituto —repliqué.

Xavier apretó el botón del noveno piso, donde se encontraba mi dormitorio.

—A ver si es verdad. Defíneme esta expresión: «novato de siete».

—Bueno —respondí, indignada—. Supongo que se refiere a un grupo de siete estudiantes que tienen un interés especial, o...

—No —me contestó él con una sonrisa—. Ni siquiera te acercas.

—¿Qué es, entonces?

—Se refiere a los siete kilos que todo novato engorda con la dieta de pollo frito y cerveza.

Sonreí.

—¿Debo entender que eso significa que la comida va a ser un problema?

—La comida siempre es un problema en la universidad, pero, no te preocupes, te encontraremos algo sano para comer.

En ese momento me di cuenta de que no habíamos hablado de los séptimos ni de nuestra situación desde que habíamos llegado a Ole Miss. Era un descanso poder dejar todo eso a un lado durante un rato. Xavier había vuelto a contar chistes y se preocupaba por cosas normales, como averiguar dónde se encontraba el gimnasio del campus.

Yo no podía evitar albergar la esperanza de que haber venido a Oxford significara el inicio de un nuevo episodio en nuestras vidas. Por supuesto, sabía que, en realidad, nada había cambiado. Todavía éramos fugitivos, aunque el hecho de estar rodeados de estudiantes nos permitía tener la ilusión de que habíamos recuperado nuestras vidas. Aparte de tener que fingir que éramos hermanos, todo lo demás me resultaba de una normalidad sorprendente, y me di cuenta de que absorbía con placer todos los detalles: después de haber estado escondidos en la cabaña, el mundo de Ole Miss cobraba vida ante mis ojos como si se tratara de un dibujo en blanco y negro que se llenara de color.

La compañera de habitación

El dormitorio no estaba tan mal como había imaginado. No estaba muy segura de cómo llevaría el tema de las duchas comunes, pero sabía que me las apañarías de algún modo. Las chicas de primer año no dejaban de dirigir miradas de admiración a Xavier mientras él, con mi pesada bolsa colgada del hombro, caminaba con paso elegante y resuelto por los pasillos. Me alegré de tener su ayuda. Su paso seguro y su actitud confiada contrastaban con las miradas nerviosas y las insistentes preguntas que nos hacían por todas partes. También me alegraba de que hubiéramos tenido la oportunidad de ir a la universidad juntos. Había muchas chicas perdidas que parecían aturcidas por ello y que miraban con expresión de súplica a todo aquel que pasaba por su lado.

—Eh, hola —decía Xavier a su paso, levantando un poco la mano.

Ellas le sonreían con timidez, apartaban la mirada y jugueteaban, nerviosas, con un mechón de cabello.

Conseguimos llegar hasta una de las habitaciones del final del pasillo. Xavier me dijo que esas siempre eran un poco más grandes, y me pregunté si Ivy habría tenido algo que ver con el hecho de que me hubieran asignado una de ellas. Pero tan pronto como hubimos entrado supe que su influencia angelical no me iba a servir de ninguna ayuda. Miré a mi alrededor con abatimiento: el dormitorio, desde el suelo de linóleo hasta las polvorientas ventanas venecianas, era simple, por decir lo mínimo. Las camas no eran más que dos manchados colchones de color azul pálido tirados encima de un desvencijado somier de madera. Las paredes, desnudas, eran de ladrillo pintado, y el techo, empapelado a rayas, daba la sensación de estar en una prisión.

Mis hermanos llegaron y observaron en silencio la habitación. Ivy fue a sentarse a una de las sillas de plástico que había frente al escritorio fijado a la pared, pero luego cambió de opinión y permaneció de pie.

—Sé que tú podrías arreglar esto solo con chasquear los dedos —le dije a Gabriel, pensando en la facilidad con que él era capaz de transformar esa habitación

penitenciaria en un dormitorio de hotel.

—Podría —afirmó mi hermano, con una sonrisa de orgullo—. Pero eso impediría que se cumpliera el objetivo.

—¿Y en qué consiste el objetivo?

—En que tengas una experiencia universitaria auténtica.

Sonreí con desgana y fui a inspeccionar una de las manchas de origen desconocido del colchón.

—Voy a necesitar unas toallitas desinfectantes.

Xavier estalló en risas y me estampó un beso en la cabeza.

—Un momento —dijo Xavier, mientras empezaba a arrastrar las camas y a colocarlas contra las paredes para ofrecer una sensación de mayor espacio—. ¿Qué te parece? ¿Mejor?

—Yo lo veo igual —respondí, encogiéndome de hombros—. No se puede hacer gran cosa en un lugar como este.

—Te sorprendería —repuso Xavier—. Algunas chicas se esfuerzan al máximo. Levantan las camas, enmoquetan el suelo..., incluso contratan a un decorador.

—¡No es posible! Eso es de locos.

—Es la universidad.

—Vaya —suspiré—. Quizá no esté preparada para esto.

—Bienvenida al mundo de una estudiante de primer curso —dijo Gabriel—. Buena suerte.

—Espera, ¿ya os marcháis? —pregunté, sorprendida.

—No podemos estar aquí mucho tiempo —dijo Ivy—. Nuestra presencia es muy fácil de detectar.

—¿Y la mía no lo es?

—Tú te camuflas en el mundo de los humanos.

—¿De verdad?

—Claro —respondió Gabriel—. Actúas como una humana, piensas como una humana, incluso sientes como una humana. Ese nivel de interacción te ayuda a mezclarte con ellos.

—Pero... —No me sentía preparada para permitir que se marcharan—. Os necesitamos.

—No te preocupes, no estaremos lejos.

Ivy se dio la vuelta con intención de salir, pero Gabriel se demoró un poco. Se mordía el labio inferior, como si quisiera decir algo más pero no supiera encontrar la frase correcta para expresarlo.

—¿Estás bien? —pregunté.

Gabriel no me hizo caso, pero miró a mi hermana. Ambos cruzaron una mirada de complicidad y, sin que dijera una palabra, Ivy supo de inmediato lo que Gabriel

estaba pensando. Mi hermano parecía sentirse intensamente incómodo, pero al final suspiró y lo soltó:

—¿Recuerdas el consejo que os di hace unos cuantos días?

¿Gabriel se estaba mostrando críptico de modo deliberado?

—No —respondí—. Tú das muchos consejos.

—Sobre vuestra abstinencia —repuso Gabriel suspirando con fuerza.

—Ah, eso. ¿Qué pasa?

—Podéis ignorarlo cuando queráis.

Gabriel y yo lo miramos con perplejidad, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—¿A qué viene ese cambio de opinión?

—Ya no me parece útil. Es demasiado tarde para apaciguar al Cielo. Ha llegado el momento de que sigamos nuestras propias reglas.

—¿Y qué hay de la estrategia de «no añadir leña al fuego»? —le recordó Xavier.

—He terminado con las estrategias. Si no pueden jugar limpio, tampoco lo haremos nosotros.

Xavier y yo nos quedamos boquiabiertos. Gabriel dio media vuelta y se alejó por el pasillo; se perdió de vista al cabo de un instante.

Cuando mis hermanos se hubieron marchado, el ambiente entre Xavier y yo se enrareció de inmediato. Él estaba sentado, muy tenso, en los pies de la cama y tenía las manos encima de las rodillas. Me dirigí directamente al armario y me concentré en colgar mis prendas de ropa para evitar hablar del tema. Me sentía como si acabáramos de finalizar una huelga de hambre, pero como si ambos tuviéramos miedo de dar el primer bocado. No se trataba de que estuviéramos atrapados por la tentación, sino que ese tema había sido un tabú durante tanto tiempo que ninguno de los dos sabía cómo hablar abiertamente de él. Para mi alivio, fue Xavier quien se atrevió a abordar el tema primero.

—¿Es cosa mía o eso ha sido muy extraño?

—No es cosa tuya —respondí, mientras me sentaba a su lado con las piernas cruzadas.

—¿Qué le ha dado a Gabriel?

—No lo sé —repuse frunciendo el ceño—. Pero supongo que debe de estar bastante enojado con alguien.

—¿Crees que hablaba en serio? —Xavier hizo una pausa—. Ya sabes... sobre nosotros.

—Hablabas en serio —dije—. Gabriel no sabe hablar de otra forma.

—Vale. —Xavier se mostraba pensativo—. ¿Así que, según él, no pasa nada?

—No necesariamente —reflexioné—. Supongo que quiso decir que ya tenemos tantos problemas que eso ya no tiene tanta importancia.

—¿Y tú crees que deberíamos hacerlo?

—¿Y tú?

Xavier suspiró profundamente y miró al techo.

—Nos hemos estado controlando durante tanto tiempo que ya no estoy seguro de poder hacer otra cosa —dijo.

—Sí, supongo que es así —respondí, probablemente un tanto descorazonada.

—Pero podríamos intentarlo —continuó él—, y ver qué sucede. Es decir, si es que tú quieres.

—Sí quiero —afirmé—. Creo que ya hemos esperado demasiado.

Xavier echó un vistazo a la habitación con expresión desolada: miró las luces fluorescentes y las desconchadas paredes de color mostaza. Desde luego, no era un entorno muy romántico.

—Aquí no —dije, riendo—. Todavía quiero que sea perfecto.

Al oírme, Xavier pareció enormemente aliviado.

—Yo también.

—¡Eh, hola a todos! ¡Me llamo Mary Ellen, y me alegro mucho de conocerlos!

Xavier y yo levantamos la mirada al tiempo y vimos a una chica ante la puerta de la habitación. Era más alta que yo, tenía el cabello liso y rubio, y unos ojos grandes y marrones. Estaba bronceada y tenía un cuerpo atlético. Iba vestida con los mismos pantalones cortos Nike y la misma camiseta supergrande que se veían por todas partes.

—¿Eres mi compañera de habitación? —continuó la chica. Permaneció en silencio un instante y, luego, nos dirigió una amplia sonrisa—. ¡Me moría de ganas de conocerte! ¿De dónde eres? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu instituto?

Antes de que tuviera tiempo de contestar, empezaron a aparecer cabezas por la puerta. Aquella chica, a diferencia de nosotros, había llegado cargada con todas sus pertenencias y con un equipo de ayudantes completo para echarle una mano.

—Me llamo Mary Ellen —repitió—. ¿Ya lo había dicho? Y estos son papá y mamá, mi hermano Jordan y mis primas gemelas, Jay y Jessica.

Su gran familiaridad y tal cantidad de información me dejaron desconcertada, y me quedé sin saber qué decir. Fue Xavier quien tomó la iniciativa y rompió el silencio.

—Hola —dijo—. Me alegro de conocerlos a todos. Me llamo Ford, y esta es mi hermana Laurie. La estoy ayudando a instalarse.

Me alegré de que hubiera sido él quien hablara primero, pues ya había olvidado nuestros nombres falsos y me hubiera presentado con nuestros nombres reales, lo que habría significado delatarnos antes de que transcurriera una hora de nuestra estancia en Oxford.

—Ah, bueno, no os preocupéis —dijo la madre de Mary Ellen—. Haremos que

este sitio parezca un hogar en un santiamén.

Resultó que tenían un montón de ideas para dar algunos toques acogedores a ese triste dormitorio. Habían traído una mullida alfombra de color rosa, un pequeño refrigerador que también hacía la función de pizarra, unas cortinas de topos para la ventana, unas papeleras a juego. Mary Ellen había hecho unos *collages* con sus cientos de amigos y los había enmarcado; cuando los colgó, ocuparon casi toda la pared.

—Espero haberte dejado suficiente espacio —dijo, a modo de disculpa.

—La verdad es que no necesito mucho —contesté—. Pon todo lo que tú quieras.

—¿Ves, cariño? —dijo su madre—. Ya te dije que encontrarías a una buena chica para compartir la habitación.

Mary Ellen se mostró muy aliviada. Seguramente había creído que su compañera de dormitorio rechazaría su decoración y sería aficionada a escuchar *heavy metal* hasta altas horas de la madrugada.

—Soy de Germantown —apuntó Mary Ellen—. ¿Y vosotros?

—Jackson —respondió Xavier, encogiéndose de hombros y dirigiéndole una media sonrisa encantadora—. Igual que la mitad de la población de Ole Miss. Yo era estudiante de primero en Bama, pero decidí cambiar.

Me sorprendió la facilidad con que Xavier había adoptado su papel y la naturalidad con que exhibía su nueva identidad. Pero entonces recordé que Bama y Ole Miss habían formado parte de su vida antes de que yo apareciera y lo trastocara todo.

Mary Ellen miraba a Xavier con ojos soñadores mientras lo escuchaba.

—Me alegro de que lo hicieras —dijo con voz aguda y aflautada.

Me sentí fastidiada: ya empezaba lo de siempre. La atención femenina que Xavier siempre suscitaba pronto me atacaría los nervios, especialmente ahora que no podía cogerlo de la mano ni hacer nada para mostrar cuál era nuestra relación.

—Sí, hermanita. —Xavier me pasó un brazo sobre los hombros—. ¿Verdad que te alegras de tenerme aquí?

Mary Ellen soltó una risita y lo miró entrecerrando los ojos.

—No mucho —respondí, sacándome su brazo de encima—. ¿Cómo se supone que voy a conocer chicos contigo al lado?

—Oh, no vas a conocer muchos chicos —repuso Xavier—. No dejaré que nadie se acerque a mi hermanita.

—Estoy contigo, amigo —exclamó Jordan mientras ayudaba a su padre a descargar un fardo de ropa de Mary Ellen. Resultaba muy atractivo con su visera y su camiseta de color azul oscuro. Tenía los mismos ojos grandes y almendrados que su hermana—. Los chicos de primero solo buscan una cosa.

Jordan observó con detenimiento uno de los vestidos de Mary Ellen, que llevaba

en el colgador que tenía en la mano. Era un vestido muy corto y sin tirantes, confeccionado con un tejido elástico, y tenía una única cremallera que lo recorría de arriba a abajo: con un gesto inteligente, el vestido caía al suelo en un segundo.

—¿Qué es esto? —preguntó, levantándolo para enseñárselo. La verdad es que era más un top que un vestido. Vi que Xavier se cubría los labios con una mano para disimular una sonrisa—. No vas a ir a ninguna parte con esto.

—Hablas como el abuelito —se quejó Mary Ellen mientras su hermano se colocaba el vestido bajo el brazo—. ¿Y qué me voy a poner para ir a Fraternity Row?

—Queda confiscado —repuso su hermano. Y lanzándole una camiseta de talla grande y un ancho pantalón de chándal, añadió—: Puedes ponerte esto para la fiesta.

Mary Ellen cruzó la habitación, enojada, cogió un espejo que tenía sobre el escritorio y empezó a retocarse el cabello con vigor. Luego sacó una botella de una de sus bolsas y, al cabo de un instante, una densa nube de laca para el pelo la envolvió. Miré a Xavier con expresión interrogadora.

—Bonito pelo —dijo él, encogiéndose de hombros—. Creo que es típico de Misisipi.

—Bueno —empezó a decir la madre de Mary Ellen mientras se apoyaba en la cama y dirigía a Xavier una mirada inquisitiva—. Como eres un estudiante de primero en Bama, seguro que conoces a Drew y a Logan Spencer; son de Madison.

Xavier fingió hacer un esfuerzo por recordar.

—Mmmmm. No me suenan.

—¿Ah, no? —La madre de Mary Ellen parecía confusa—. ¡Pero si todo el mundo los conoce! En realidad soy su madrina, y su tía está casada con el mejor amigo de mi hermana. ¡Y Logan sale con una chica que se llama Emma, cuya madre es de mi misma ciudad!

—Preguntaré a algunos amigos. —Xavier le dirigió una de sus seductoras sonrisas—. Estoy seguro de que alguno de ellos los conocerá. —Y, mientras se inclinaba a mi lado para subir mi maleta a la cama, disimuladamente me rozó la oreja con los labios.

—Aquí todo el mundo se conoce.

—¿Eso también es típico de Misisipi? —pregunté.

—Aprendes deprisa —repuso Xavier guiñándome un ojo—. Esto es como una gran familia.

Yo sabía que las interconexiones entre todas esas personas no se limitaban a Misisipi, sino que era una cosa propia del sur. Pensé en Dolly Henderson, que vivía en la casa de al lado de la nuestra, en Venus Cove. Fuera quien fuera y vinieras de donde vinieras, ella conseguía encontrar siempre alguna conexión distante. Conocía a todo el mundo y sabía a qué se dedicaban cada uno de ellos. A mí me gustaba que la gente de la ciudad tuviera esos vínculos. Un secreto no podía mantenerse por mucho

tiempo, pero en las cosas importantes se podía confiar en esas personas. Deseaba enormemente formar parte de una comunidad como esa, y ser Laurie McGraw, de Jackson, me ofrecía la oportunidad de intentarlo..., a pesar de que fuera a costa de vivir una vida que no era la mía. Yo sabía que, al final, nuestro pasado nos atraparía y que tendríamos que marcharnos otra vez; seguramente ni siquiera tendríamos la oportunidad de despedirnos ni de dar las gracias a toda esa gente que habría formado parte de nuestra vida, aunque fuera brevemente.

—Este va a ser un fin de semana salvaje. —La voz de Mary Ellen interrumpió mis pensamientos—. Habrá una celebración en el Lyric y el Leeve, y casi todas las fraternidades van a dar una fiesta.

Su hermano la fulminó con la mirada.

—Creo que sería mucho más inteligente que te fueras a dormir pronto.

—Lo que tú digas, Jordan. —Mary Ellen puso cara de exasperación y luego se volvió hacia mí—. Supongo que empezaremos en Sigma Nu y que, luego, seguiremos a la gente.

—De acuerdo —respondí, procurando mostrarme igual de entusiasmada que ella—. Suena genial.

—¡Pero debemos tener mucho cuidado!

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —pregunté, poniéndome en alerta de inmediato.

—Las sororidades se enterarán de todo lo que hagamos. Así que mejor no nos acerquemos a nadie que no sea un estudiante de primer año. Que un chico afirme estar libre no significa que diga la verdad, y si está saliendo con una chica de alguna sororidad, estamos listas. Ah, y me he enterado de que Pike ha conseguido alcohol «cargado» de Carolina del Norte, así que será mejor que vigilemos.

—De acuerdo —asentí, con aire responsable—. Lo tendré en cuenta.

Tanto Xavier como Jordan ponían mala cara ante la perspectiva de que sus «hermanitas» pudieran estar en manos de los ebrios chicos de las fraternidades. Mary Ellen se limitó a jugar con un mechón de su cabello y clavó los ojos en Xavier.

—Bueno, Ford, ¿estarás ahí esta noche?

—Seguro que sí.

—Uf.

Fingí mostrarme irritada, pero, en realidad, me sentía profundamente aliviada. Así Xavier no me dejaría sola con esas chicas: hablaban un idioma desconocido y necesitaba que él me lo tradujera. Las chicas de Ole Miss se habían estado preparando durante años para ir a la universidad. Xavier y yo habíamos hecho nuestras listas de preselección cuando estábamos en Bryce Hamilton, pero, a pesar de ello, yo no sabía casi nada sobre lo que me esperaba en la universidad.

Mientras las otras chicas se habían informado de lo que era la vida de las sororidades y de las notas requeridas, yo no me había preocupado de nada de eso.

Ahora, aunque solo llevaba unas cuantas horas en Oxford, ya me daba cuenta de lo distinta que era en todos los aspectos. No porque no fuera capaz de encajar ahí, sino porque mi situación, simplemente, me lo impedía. ¿Cómo podía sentirme intimidada por esas chicas después de las cosas que me habían sucedido? ¿Cómo podía importarme que mis compañeras me juzgaran, si el Cielo y el Infierno ya lo habían hecho?

—¿Estás emocionada? —preguntó Mary Ellen, y soltó un breve chillido de excitación—. Nuestras vidas empiezan ahora.

Pensé que mi vida ya había empezado antes: no necesitaba embarcarme en ningún viaje de autodescubrimiento. Pero reflexioné y me di cuenta de que quizá la universidad me ayudara: después de todo, ni siquiera estaba segura de quién era yo.

Salí al pasillo a buscar unos colgadores más para el armario y, por el camino, vi un cartel que ponía «Rebels, os amamos». Me detuve y me quedé pensativa un instante. Quizá podría adaptarme a la universidad, porque yo me había convertido justamente en eso, en una fugitiva, una rebelde. Y no sin causa.

Una noche muy, muy estrellada

Pronto anocheció, y al final Xavier tuvo que dejarme para ir a ver a sus compañeros de habitación. Como era nuevo, tenía que vivir en un apartamento fuera del campus, pero sabía que no estaría muy lejos de donde me encontraba yo.

Después del aislamiento que habíamos vivido en la cabaña, me resultaba extraño oír el movimiento y la vida de los adolescentes por los pasillos. Salí a inspeccionar los baños y descubrí que no estaban tan mal como había imaginado, a pesar de que no tenían nada que ver con los cromados dorados y las decoraciones de mármol a las que me había acostumbrado en Byron, mi casa en Venus Cove. Pero conseguí no dejarme invadir por lo que me rodeaba y dirigí mi atención hacia mi interior: el Hades me había enseñado a hacerlo.

Mientras llenaba de agua caliente la pila para lavarme la cara, me miré en el espejo, que era tan grande como la pared. Pensé que podía hacerme pasar por una universitaria si conseguía revolverme el pelo y ponerme un poco de bronceado en crema en el rostro. La única cosa que no encajaba era la expresión de mis ojos, una expresión que parecía decir: «Yo sé algo que tú no sabes». Era un gesto sutil, y me hacía parecer un tanto ajena a todo. Seguramente, alguien podría malinterpretarla como aburrimiento, mientras que otros podrían pensar que yo era, sin más, una soñadora. A pesar de mis vínculos terrenales, en realidad todavía me sentía ligada a mi vida sobrenatural, y mi alma —mi esencia— no era humana. Y eso era imposible de ocultar.

Cuando regresé al dormitorio descubrí que Mary Ellen no había perdido el tiempo y ya había invitado a nuestras vecinas a la habitación para que nos conociésemos. Las chicas, Missy y Erin, eran del mismo pueblo, situado cerca de Fort Worth, Texas. También sentían un gran entusiasmo por empezar la vida en la universidad y se mostraban ansiosas por ofrecer una buena impresión. Missy era vivaracha, amante de los Rebels, sonreía todo el tiempo y, según Erin, el único motivo por el que estaba en la universidad era encontrar marido. Mary Ellen decidió en ese momento que íbamos

a ser las mejores amigas del mundo y, de inmediato, adoptó la costumbre de entrar en el dormitorio sin llamar a la puerta.

Resultó que yo no tenía ningún vestido adecuado para asistir a una fiesta de fraternidades, así que me vi obligada a tomar prestadas algunas cosas de Mary Ellen. Si, en la universidad, las chicas iban vestidas de cualquier manera durante el día, por la noche se acicalaban concienzudamente: calzaban tacones altísimos y faldas muy cortas. Mary Ellen me prestó un vestido azul oscuro y unos zapatos altos con tiras de satén. El vestido era muy suelto, y me hacía parecer muy alta y esbelta. El cabello me caía sobre la espalda en rizados mechones de color castaño.

—Estáis guapísimas —dijo Erin—. Conseguiremos que esta primera noche sea memorable.

Las chicas pasaron mucho tiempo frente al espejo, arreglándose, y no conseguimos salir hasta después de las diez de la noche. Para entonces yo ya estaba cansada y con ganas de irme a la cama, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Así que me dediqué a retocarme el cabello y volver a pintarme los labios mientras me unía a sus quejas sobre el aspecto.

—Con este vestido se me ven unos muslos muy grandes.

—Por lo menos no estás tan blanca como yo, que parezco brillar en la oscuridad.

—¿Habéis visto mi foto del carné? ¡Y tendré que llevarla durante todo el año!

—No consigo evitar que el cabello me quede aplastado —me quejé yo.

Las chicas asintieron con complicidad, y Mary Ellen me atacó de inmediato con un bote de laca.

Cuando por fin llegamos a Fraternity Row, vi que las casas eran muy bonitas. Nos detuvimos ante una elegante casa blanca de arquitectura sureña que tenía las letras doradas ΣN en, su parte superior. En el porche, unos chicos comían pizza y bebían cerveza sentados en unas mecedoras. Dentro de la casa, una enorme mesa de roble ocupaba el salón y una ancha escalera conducía a los dormitorios y a la sala común. Había universitarios por todas partes: tumbados en los sofás, charlando en el pasillo, tirados en las camas y en el porche trasero. Debajo de la mesa de billar había un barril de cerveza y unos cuantos vasos de plástico tirados por el suelo, que ya estaba manchado por la cerveza.

Resultaba fácil distinguir a las chicas de primer año. Se las veía aterrorizadas, de pie, formando círculos, temerosas de beber e incluso de hablar por miedo a molestar a las temidas chicas de las sororidades. Solamente charlaban entre ellas, y cuando un chico pasaba por su lado, enderezaban el cuerpo y se retocaban el peinado. Esas cosas, que para mí eran insustanciales, eran problemas vitales para ellas. Por un momento me hubiera gustado estar en su lugar: que la vida fuera así de sencilla.

—Señoritas, ¿qué tal están?

Los chicos del porche se habían dirigido a nosotras con sonrisas encantadoras, y

las chicas empezaron a soltar nerviosas risitas mientras se acercaban a ellos.

Cuando Xavier llegó, parecía una persona completamente distinta. Me había acostumbrado a verle con su actitud defensiva, enfrentándose a los problemas del universo. Pero en ese breve espacio de unas cuantas horas, Xavier había cambiado y yo me di cuenta de que se encontraba en su elemento. Llegó con un grupo de muchachos, todos muy elegantes con sus camisetas y sus colonias caras. Estaba claro que esos chicos no tenían miedo, que sabían quiénes eran, adónde iban, y que tenían una clara sensación de pertenecer a ese mundo. A su paso, los demás dejaban de hablar y los observaban. Ellos iban saludando a sus amigos, como si llevaran allí años, en lugar de unas cuantas horas.

—Oh, Señor —murmuró Mary Ellen, apretándome con fuerza el brazo—. Son de primero. Tienes que conseguir que tu hermano nos los presente.

—¿Cuál es tu hermano?

Missy y Erin estiraban el cuello, ansiosas por distinguirlo.

—El que va de blanco..., el del pelo rubio.

Mary Ellen frunció las cejas con expresión traviesa.

—No. ¿Ese es tu hermano?

Missy ahogó una exclamación.

—Uau.

—Sí —dijo Mary Ellen—. Y es un Sigma Chi.

Xavier nos saludó con la mano y se dirigió hacia nosotras con paso tranquilo.

—Hola, hermanita —me saludó, dándome un leve golpe con el codo en las costillas mientras sonreía a las demás—. ¿Qué tal os estáis instalando? Estos son mis compañeros de habitación, Clay y Spencer.

—No veo ningún parecido —comentó Spencer, observándome con detenimiento.

—Siempre hemos sospechado que fue adoptada —bromeó Xavier.

Las chicas estallaron en risas, como si él hubiera contado el chiste del siglo. En ese momento, un chico que llevaba una nevera pasó por delante de nosotros y se detuvo para charlar con los chicos.

—¿Queréis algo? —preguntó.

—No, gracias, no bebo —respondí.

Missy y Erin aceptaron unas cervezas, pero quisieron verterlas en los vasos para que las chicas de las sororidades creyeran que bebían soda.

Tuvimos que esperar un poco, pero, al final, Xavier y yo encontramos el momento de escaparnos de la fiesta sin que nadie se diera cuenta. Mientras nos acercábamos a una gran camioneta de color negro, él sacó unas llaves de su bolsillo.

—Vaya..., ¿es que vas a robar un coche? —pregunté.

—Sí —repuso Xavier—. La universidad ya me ha convertido en todo un criminal.

—¡Xavier!

—Relájate, Beth —dijo riéndose—. Es mío. Ivy y Gabriel lo dejaron para mí.

—¿Ah, sí?

—Sí. Se sentían mal por el hecho de que hubiera tenido que dejar mi Chevy. Y si tenemos que salir corriendo, no podemos fiarnos mucho de que los Rebels nos ayuden.

—¿De que nos ayuden?

—No importa. Vámonos de aquí.

Xavier arrancó la camioneta y salimos del campus por una carretera de frondosos márgenes. Cuando estuvimos seguros de que ya no nos podían ver, Xavier aparcó en un camino polvoriento, apagó los faros inmediatamente y se aseguró de que la camioneta quedara oculta bajo la sombra de los árboles. Caballeroso como era, saltó de su asiento y fue a abrirme la puerta del copiloto.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—No lo sé —dijo Xavier—. A algún lugar donde nadie nos pueda encontrar.

Era una noche cálida y oscura. Los árboles eran frondosos y nuestros pasos se ahogaban sobre el suelo cubierto de musgo. De vez en cuando se veía el destello de unos faros de coche por entre los troncos de los árboles, y yo no podía disimular una sonrisa al pensar que nadie podía saber que nos encontrábamos allí. Me alegraba de haber escapado del ruido y del sofoco de la fiesta.

—¿Te está gustando ser Ford McGraw? —le pregunté.

—No está mal. —Xavier se puso detrás de mí y me acarició los hombros. La tensión que había sentido se disolvió en un momento—. Pero creo que ser Xavier Woods me otorga más privilegios.

—¿Como cuáles?

Xavier me acarició el cuello con sus labios.

—Como este...

—Este comportamiento no es propio de un hermano —le dije, mientras enredaba los dedos en su cabello.

Noté que la respiración se me hacía más profunda en cuanto nuestros cuerpos se ciñeron el uno contra el otro y Xavier deslizaba las manos hacia mi cintura.

—¿Estás seguro de que podemos hacer esto? Espero que no nos estemos pasando de la raya.

—Ya no me importa —murmuró Xavier a mi oído, lo cual me provocó un escalofrío en toda la espalda—. Quiero demostrarle a mi mujer cuánto la amo.

Entonces Xavier se detuvo un instante y me hizo dar la vuelta. Luego tomó mi rostro entre sus manos. Sus ojos color turquesa mostraban una emoción tan intensa que casi me parecía imposible soportarla.

—¿Cómo me has llamado?

—Mi esposa —repitió él en voz baja.

Xavier me bajó uno de los finos tirantes del vestido. El contacto de sus dedos, habitualmente tan familiar, me sobresaltó. Era como si me tocara por primera vez, y eso me hizo dar cuenta de lo precavidos que habíamos sido hasta entonces. Habíamos conseguido evitar todo contacto íntimo. Pero esa noche, mientras nuestros cuerpos se abrazaban, fui consciente de lo fácil que hubiera sido ceder. No sabía cómo habíamos conseguido evitarlo durante tanto tiempo, cómo habíamos demostrado ser capaces de tanto control. ¿Cómo habíamos podido ignorar la chispa que nacía a cada contacto entre nosotros? ¿Cómo había podido yo fingir que el fuego que sentía en el vientre no existía? Resultaba extraño sentir esa electricidad en el aire y saber que, esta vez, no teníamos que ignorarla. Cogí la mano de Xavier y la puse encima de mi pecho para que notara los latidos de mi corazón. Él cerró los ojos, y me pareció que la expresión de su rostro era casi de dolor.

A nuestro alrededor, unos majestuosos robles se levantaban hacia el cielo y el delicado perfume del ambiente parecía abrazarnos. Sentir la brisa sobre mi piel enfebrecida era muy agradable y, por un momento, la emoción fue tan intensa que creí que iba a desmayarme en sus brazos.

—No pasa nada —susurró él—. El cielo no va a descargar ninguna lluvia de fuego sobre nosotros.

Ahora nuestros pechos se tocaban, y yo sentía latir su corazón y el mío. Xavier enterró el rostro en mi cuello e inspiró profundamente. Me pareció que mi cuerpo desfallecía, y él me sujetó entre sus brazos e hizo que me tumbara en el suelo cubierto de musgo. Era tan mullido que pensé que unas sábanas de seda no habrían sido tan suaves. Se puso encima de mí con suavidad y nuestros cuerpos encajaron como si fueran piezas de un puzle. Entonces supe que nunca más me sentiría como un ser aislado. Por primera vez en mi existencia, tanto angelical como humana, me sentí verdaderamente completa.

—¡Mierda! —exclamó Xavier, incorporándose rápidamente y apartándose de mí.

—¿Qué sucede?

De repente me sentí dolorosamente consciente de mí misma. ¿Había hecho algo mal? Me devané los sesos intentando recordar todos los movimientos que había hecho hasta entonces, pero había estado tan concentrada en el momento que no me acordaba.

—No tenemos protección. No creí que la necesitáramos.

—Olvídalo.

Lo atraje hacia mí, buscando sus labios; no quería que ese momento mágico se disolviera. Todo había sido tan perfecto hasta entonces. Pero las cosas ya empezaban a cambiar. Xavier se resistió con determinación.

—Beth, no podemos olvidarlo; tenemos que ser responsables.

Suspiré profundamente y me senté en el suelo. Había estado bajo los efectos de

un hechizo tan fuerte que mi mente había quedado en blanco. Odié la forma en que esa noche tan perfecta acababa de hacerse pedazos.

—¿De verdad tiene importancia? —pregunté.

—¡Por supuesto que la tiene! ¿De verdad quieres quedarte embarazada ahora? ¿No te parece que tenemos que resolver algunos temas antes?

—Xavier, probablemente no me pueda quedar embarazada.

—Tienes un cuerpo humano, Beth —me contradijo—. Hay una gran posibilidad de que suceda.

—De acuerdo —asentí—. Tienes razón. —Hice una pausa, pues se me había ocurrido algo más preocupante—: Siempre y cuando no haya otro motivo...

—¿A qué te refieres? ¿Qué otro motivo puede haber?

—Bueno, hace tanto tiempo que estamos evitando esto que... ¿Todavía..., todavía me ves de esa forma?

Xavier soltó un gruñido.

—¿Estás loca? Por supuesto que te veo de esa forma. He tenido que esforzarme mucho para no verte de esa forma.

Levanté la cabeza y lo miré directamente a los ojos.

—Quiero que me lo demuestres.

—Beth, por favor... —empezó a decir Xavier, pero le puse un dedo sobre los labios para hacerlo callar.

—No —dije—. Sin excusas. Ahora soy tu esposa, ¿recuerdas? Y te pido que me demuestres cuánto me quieres.

Él me miró a los ojos unos instantes y, luego, con un ágil movimiento, me izó y me puso encima de su cuerpo. Esta vez su beso fue profundo y directo. A pesar de que, técnicamente, yo no tenía alma, me pareció que las nuestras se fundían. Cada vez que me tocaba sentía un cosquilleo en la piel. Notaba sus músculos tensos y su respiración acelerada. Ese beso pareció durar una eternidad. Nos apretábamos el uno contra el otro mientras el tiempo parecía detenerse. Al final nos separamos. Xavier deslizó sus labios por la curva de mi cuello dándome pequeños besos.

—¿Todavía te queda alguna duda? —murmuró.

Negué con la cabeza y mis labios buscaron otra vez los suyos, cálidos, llenos y perfectos. Me besó con suavidad y provocación y, como siempre, yo quise más. El tiempo y el espacio parecieron disolverse mientras nos perdíamos el uno en el otro. Me pareció que la intensidad de nuestra pasión nos envolvía y hacía desaparecer todo el mundo y sus problemas.

—No quiero que pares —murmuré con mis labios junto a su cuello.

—Yo tampoco quiero parar.

Se apartó un poco y me miró. Sus ojos turquesa brillaban, hermosos. Esta vez me pareció decididamente absurdo resistir un impulso tan fuerte.

—Pero... ¿y si...?

No quise terminar la frase por miedo a que Xavier volviera a mostrarse tan prudente. Estaba tan excitada que casi no podía pensar de forma coherente. Xavier me observó y, al cabo de un momento, dijo:

—Tendré cuidado.

Nuestra primera noche como marido y mujer fue como explorar un mágico mundo subacuático en el cual únicamente existiéramos él y yo. Yo solo percibía su cálida piel en las yemas de mis dedos y el contacto de sus labios mientras exploraban mi cuerpo. El bosque se convirtió en nuestro reino privado, un lugar donde nadie podía entrar. Esa noche todo cobró vida ante mis ojos. Los troncos cubiertos de musgo y los helechos que cubrían el suelo del bosque brillaban con destellos plateados bajo la luz de la luna. El aire parecía estar vivo y bailar a nuestro alrededor ofreciéndonos el dulce aroma de la tierra.

Después, cuando abrí los ojos, vi un enorme manto de estrellas que cubría el cielo. Al pensar en esa noche, más tarde, recordaba imágenes sueltas y felices, nunca una secuencia de sucesos. Recordé mi brazo pálido como la piedra apoyado sobre el suelo de musgo. Recordé los dedos de Xavier, que recorrían mis hombros y palpaban el sobrenatural palpito de mis venas. Recordé la camiseta de Xavier arrugada en el suelo, y mis manos sobre su suave pecho. Recordé haberme sentido llena como un enorme globo a punto de explotar. Y, por encima de todo, recordé que no habría podido saber dónde terminaba la piel de Xavier y dónde empezaba la mía.

Cuando un dique se rompe, ¿qué se puede hacer para detener el torrente de agua? Quizás el agua se pueda redirigir, pero nunca podrá volver atrás. Así es como me sentí entonces..., como si el Cielo me hubiera quitado un peso de encima, unida a Xavier por unos vínculos que ni la muerte podría romper.

Desde Dixie, con amor

Cuando me desperté, éramos un ovillo sobre el suelo del bosque, pero era imposible que me sintiera mejor. Estiré los brazos por encima de mi cabeza y me desperecé, disfrutando de la sensación de plácido adormecimiento. Habíamos dormido sin soñar, exhaustos, al pie de un viejo roble mientras una media luna nos vigilaba por entre las copas de los árboles.

Suspiré, somnolienta, y observé el cielo, que empezaba a teñirse de tonos rosados. Las colinas eran siluetas oscuras contra el cielo y todo estaba en silencio. Solamente se oía el canto ocasional de algún pájaro. Los seres humanos que vivían en Oxford todavía estaban en la cama y, excepto por el lejano zumbido del tráfico, todo a nuestro alrededor parecía renovado. Me incorporé, apoyándome sobre los codos, y observé a Xavier. De alguna forma, me pareció que tenía un aspecto distinto. Su rostro era incluso más hermoso mientras dormía, pues no mostraba ninguna preocupación ni alarma. Yo no estaba acostumbrada a verle esa expresión satisfecha, y deseé que ese momento durara para siempre.

—No me gusta que me miren mientras duermo —murmuró Xavier, cambiando de postura. Todavía tenía los ojos cerrados, pero sus labios esbozaban una sonrisa.

—Mala suerte —repuse, acurrucándome a su lado—. Me gusta mirarte. Además, tendremos que irnos pronto, antes de que la gente empiece a despertarse.

—¿Por qué? —Xavier me miró con ojos brillantes y traviosos—. Nadie sabe que estamos aquí.

Nos recostamos en el suelo, abandonando toda idea sensata. Esta vez Xavier me besó con menos urgencia que antes, pero yo volví a sentir que caía al vacío. Los mismos sentimientos que sentí la noche anterior volvieron a invadirme, como si me sumergiera en una mar de coral lleno de vívidos colores y sensaciones cálidas, un lugar donde solamente existíamos nosotros dos, en una dimensión fantástica.

Cuando el sol empezó a levantar por el horizonte, su luz inundó el bosque con tanta fuerza que me dolieron los ojos. Xavier y yo, aunque no nos apeteciera, teníamos que regresar al campus antes de que los demás empezaran a darse cuenta de que nos habíamos ido. Estaba segura de que ni Spencer ni Clay nos buscarían, pero sabía que Mary Ellen me haría muchas preguntas si se enteraba.

A esa primera hora de la mañana el campus estaba vacío. En Fraternity Row solo los vasos de plástico rojo tirados por el suelo recordaban la fiesta de la noche anterior. Yo sabía que en cuanto los estudiantes se despertaran y hubieran desayunado un poco, la fiesta volvería a empezar y duraría hasta el inicio de las clases, el lunes siguiente. Cuando llegué al edificio donde se encontraba mi dormitorio, la mujer de recepción me miró con extrañeza. Observé mi reflejo y me di cuenta de que tenía el pelo lleno de pequeñas ramitas y hojas, así que me apresuré, sonrojada, y decidí subir por las escaleras para no tener que esperar el ascensor. Arriba, entré en mi habitación tan silenciosamente como pude..., pero no fue suficiente.

—Laurie, ¿dónde has estado? —El tono de Mary Ellen combinaba la curiosidad y la acusación. En cuanto cerré la puerta a mis espaldas, ella ya se había sentado en su cama—. ¡Te busqué por todas partes!

—Lo siento —dije—. ¿Llegaste bien con Missy y Erin?

—Sí —contestó, encogiéndose de hombros—. ¿Dónde estabas?

—Me encontré con unas amigas del instituto y nos quedamos un rato por ahí.

—¿En serio? —preguntó Mary Ellen, animada—. ¿Quiénes son?

—Unas chicas de una sororidad —contesté, sin pensar. De inmediato, me arrepentí: me hubiera dado una bofetada.

Mary Ellen abrió mucho los ojos, admirada.

—¿Eres amiga de chicas de una sororidad? Pero se supone que no pueden hablar con estudiantes de primer año. ¿Qué sororidad? —preguntó, ansiosa por saberlo.

Había cavado mi propio hoyo, pero por suerte sabía cómo salir de él. Pensé en el día en que llegamos y vi con gran claridad mental las letras de las casas, así que dije las primeras que se me ocurrieron. Delta Gamma.

—Son de DG. —Me sorprendí de lo fácil que me estaba resultando mentir—. Te hubiera llamado para que vinieras con nosotras, pero no tengo tu número.

—Oh. —Mary Ellen se mostró decepcionada—. Quizá la próxima vez. ¿Ford fue con vosotras?

—¿Quién? —pregunté.

—Eh..., tu hermano —repuso Mary Ellen frunciendo el ceño, como si quisiera darme un coscorrón en la cabeza.

Decir nuestros nombres nuevos en voz alta era como ponerse un vestido nuevo por primera vez: todavía está demasiado tieso y no resulta cómodo porque no se ha

usado nunca. Yo creía que el hecho de ser otra persona quizá me diera una perspectiva de la vida completamente nueva. Pero en lugar de ello me sentía confundida: por dentro era una persona; por fuera, otra. Además me preocupaba la posibilidad de decir o hacer algo que destrozara el delicado equilibrio de nuestra actuación.

—Sí —respondí, soltando una carcajada forzada—. Lapso mental. No sé dónde estaba Ford, probablemente con alguna chica. Él es así.

Mary Ellen fijó la mirada en el vacío y me pareció que podía leer sus pensamientos: «Yo podría ser alguna chica».

—¿Crees que nos podrías juntar? —preguntó mirándome con ojos de súplica.

Esa petición tan directa me dejó un poco sorprendida. De alguna forma, ya esperaba que ella acabara planteándomelo, pero creí que lo haría al cabo de unas semanas, cuando nos hubiéramos conocido un poco más. Pero se había lanzado de cabeza a ello.

—¿A ti y a mi hermano? —pregunté.

—Sí —respondió—. Parece que conoce a mucha gente interesante, y es muy atractivo..., pero seguramente has oído esto muchas veces.

—Mira... —Me senté al borde de mi cama y fingí pensar un poco—. No me gustaría que lo pasaras mal. No creo que Ford esté buscando una relación seria.

—Mmmmm. —Mary Ellen frunció el ceño y se recostó sobre las almohadas de su cama. Pero yo sabía que no iba a ceder con tanta facilidad—. Quizá podamos elaborar un plan —dijo.

—No sé —repuse, intentando esquivar el tema.

—¿Y si tú le dijeras que él y yo haríamos buena pareja? Él te haría caso.

—Seguramente soy la última persona a quien él haría caso.

—Ya. —Mary Ellen clavó la mirada en la pared, pensativa—. Ya pensaré en algo.

—¿Qué me dices de Spencer y de Clay? —sugerí, intentando distraerla con otra propuesta—. Los dos parecen bastante enrollados.

—Quizá —admitió Mary Ellen, pensativa todavía, mientras cogía su ordenador portátil—. Voy a ver si lo encuentro en Facebook.

Tuve que hacer un esfuerzo por contenerme. Hubiera querido decirle a Mary Ellen que nunca podría estar con él, porque era mío; pero, por supuesto, no podía hacerlo. Mary Ellen empezaba a resultarme desagradable: era demasiado demandante e insistente. Pero luego me reprendí mentalmente por ser tan negativa: uno de los preceptos básicos del cristianismo es la tolerancia. Supuse que el hecho de que otra chica persiguiera a Xavier había provocado que me pusiera a la defensiva.

Me metí en la cama y me cubrí hasta la cabeza con la colcha en un intento por no oír el ruido de las teclas del ordenador de Mary Ellen. Intenté recordar algún verso de la Biblia, pero, de repente, pensé si no habría perdido el derecho a buscar guía y

consejo en ella. No lo sabía, e intentarlo me hizo sentir culpable. De repente, sentí pánico. ¿Era posible que las leyes de Dios ya no tuvieran nada que ver conmigo? Si no podía vivir en la ley de Dios, ¿cómo podría vivir? No deseaba servir a nadie más, no quería renunciar a Él. Solo quería estar con Xavier. Pero quizá no era posible tenerlos a los dos. Me di cuenta de que la respiración se me había acelerado, así que recité mentalmente las palabras que Gabriel utilizaba conmigo cuando quería tranquilizarme: «Corazón de mi propio corazón, pase lo que pase, continúa siendo mi visión. Oh, Señor de todo».

Los siguientes días pasaron volando. Pronto me di cuenta de que la universidad no me dejaba ni un momento libre para pensar en nada. Las reuniones de dormitorios, ir a comprar ropa de deporte, recorrer las grandes superficies en busca de cosas para la habitación y conocer el campus eran actividades que me ocupaban hasta el último minuto. Las clases empezaron el lunes y yo tomé apuntes sin ser capaz de comprender nada. No podía dejar de observar los rostros de los estudiantes que entraban en las aulas, esperando ver en cualquier momento alguna señal de los séptimos.

Mary Ellen empezaba a agotar mi paciencia. Su interés en «Ford» pronto se convirtió en un enamoramiento y en una obsesión arrolladora. A las demás chicas las espantó, asegurando tener «derecho» sobre él. Además, adoptó la costumbre de fisgonear por encima de mi hombro cada vez que yo leía algo o escribía un *e-mail*. Una vez que Xavier vino de visita, al día siguiente de la primera noche que pasamos juntos, Mary Ellen no nos dejó casi ni hablar. En cuanto él asomó la cabeza por la puerta, ella casi me apartó de un empujón para llegar hasta él. A pesar de que ese comportamiento debía de molestarle, Xavier se mostró muy educado.

—¡Ford! —exclamó ella, agarrándolo del brazo—. ¿Cómo has conseguido que te dejaran entrar? Ahora están paranoicos con que los chicos no entren aquí.

Él se encogió de hombros con expresión alegre.

—Les di mi carné. Todo está bien. —Se giró hacia mí, y me miró con ojos sonrientes—. Eh, Laurie, ¿cómo va?

—Eh. —De repente me sentí incómoda al recordar las escenas de la noche anterior, así que aparté la mirada y me cubrí los labios para disimular la risa—. Bien —repuse, alegre—. Ya sabes, por aquí.

—Ajá. ¿Te lo pasaste bien anoche?

Por suerte, Mary Ellen estaba demasiado embobada para percibir el tono de intimidad en su voz.

—Bueno..., no fue como habría esperado —dije, despacio—. Fue mucho mejor.

—Pero si solo estuviste ahí cinco minutos —interrumpió Mary Ellen, poco dispuesta a ser excluida de la conversación. Xavier suspiró, y me di cuenta de que se

sentía incómodo—. En cuanto a ti... —continuó, señalándolo acusadoramente con un dedo—. ¡Casi no te vi en toda la noche!

—Sí —repuso él—. Estaba un poco preocupado.

—¿Preocupado por qué? —preguntó ella sin respirar siquiera.

—Por esa chica de mi ciudad. Estuvimos poniéndonos al día.

Esa no era la respuesta que Mary Ellen habría deseado oír. Se quedó en silencio un minuto y, al final, soltó una carcajada forzada.

—¿Es una exnovia? ¡Curioso!

—No —contestó Xavier—. La verdad es que la conozco bastante bien.

—¿Y estuvo bien ponerse al día? —pregunté, haciéndome la inocente.

Xavier me miró a los ojos.

—Eso por descontado.

—¿Vas a volver a verla? —preguntó Mary Ellen, esforzándose por parecer desinteresada.

Xavier dirigió sus ojos turquesa hacia ella.

—Seguramente no —dijo—. No quiero nada serio.

No pude evitar sonreír al oírlo.

—Estás demasiado ocupado con tu vida salvaje y libre, ¿verdad? —le solté.

—Exactamente, hermanita —repuso él, guiñándome un ojo—. Me conoces muy bien.

Mary Ellen empezaba a ponerse nerviosa y me di cuenta de que le habían salido unas ronchas rojas en el cuello y en el pecho. Por suerte, nuestras vecinas Erin y Missy llamaron a la puerta, interrumpiendo la conversación.

Eran unas chicas muy agradables y parecía que Mary Ellen les caía muy bien, pero, en un par de ocasiones, me di cuenta de que se miraban con exasperación cuando ella no se daba cuenta. Cuando no estaban comparando sus calificaciones de los chicos, pasaban el tiempo hablando de las sororidades. Por mi parte, intentaba mostrar cierto interés, pero solía aburrirme al cabo de pocos minutos y tenía que dirigir la atención hacia otro lado. Estaba demasiado ocupada absorbiendo el electrizado ambiente del campus y adaptándome a la nueva cultura. Y siempre me sentía apabullada por lo despreocupado que todo el mundo parecía sentirse. Esa era una triste muestra de lo difícil que había sido mi vida con Xavier.

—¡Estoy tan emocionada por la temporada de fútbol! —me dijo Mary Ellen una tarde, mientras nos dirigíamos al Grove—. Nunca ganamos, pero ¿a quién le importa?

—¿Por qué no? —pregunté, un poco sorprendida por su actitud derrotista.

—Ole Miss nunca gana. —Se rio—. Todo el mundo lo sabe.

—¡Pero estoy segura de que tenemos alguna oportunidad! —exclamé, sorprendentemente preocupada por la idea de que mi equipo recién adoptado perdiera.

—La verdad es que no. —Mary Ellen volvió a encogerse de hombros—. Bama y Auburn son los que te interesan si quieres ganar los partidos.

—Hum. Quizás este año nuestra suerte cambie.

—¿Es que no lo sabes? —me dijo ella, sonriendo—. Quizá no ganemos el partido, pero nunca perdemos el juego.

Mary Ellen y yo nos detuvimos en el Grove y allí encontramos a Xavier con Clay, Spencer y un grupo de chicos del equipo de béisbol. Se encontraban discutiendo acaloradamente sobre los Rebels. Spencer levantó la mirada y nos saludó con la mano en cuanto nos vio. Mary Ellen se dirigió directamente hacia Xavier, y yo me acerqué a Spencer. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que Spencer era muy atractivo, y que tenía un cabello abundante y rubio, y unos ojos azules y caídos.

—¿Qué tal tu primer fin de semana? —preguntó.

—He sobrevivido —respondí—. Ha sido de locos.

—Sí, Fraternity Row estaba a punto de explotar de estudiantes de primero.

Mientras charlábamos, dos ardillas empezaron a perseguirse alrededor del tronco de un árbol. Corrían tanto que parecían máquinas. Estaba claro que una de ellas perseguía a la otra. No pude evitar sonreír y dije:

—¿No la va a dejar en paz, verdad?

Spencer miró hacia el mismo lugar que yo estaba mirando y sonrió también.

—Quizás ella le esté dando señales contradictorias —contestó—. Él parece completamente confundido.

—No —dije, negando con la cabeza—. Creo que está muy claro que ella no está interesada.

La primera de las ardillas se detuvo al fin, abandonando la persecución, y la otra también se detuvo, confundida. Pero luego volvió a correr y pasó al lado de la otra, provocándola para que la volviera a perseguir.

—Ya ves, ella está jugando —dijo Spencer—. Bruja manipuladora.

Me eché a reír. Spencer empezaba a caerme bien: parecía muy natural. En ese momento, sentada en el Grove, casi me pareció que no existían unos soldados celestiales llamados séptimos y que todo lo que nos había sucedido hasta ese momento no era más que una pesadilla.

De repente, mi móvil sonó. Justo lo acababa de conectar y no había hecho ningún caso de la larga lista de mensajes y llamadas perdidas de mis conocidos, que querían saber dónde estaba. Pero no reconocí ese número.

Xavier se puso tenso de inmediato, aunque nadie excepto yo se dio cuenta de ello. El teléfono se encontraba encima de la mesa de picnic, vibrando y girando en círculos. Al final Mary Ellen me miró y dijo:

—¿Es que no vas a cogerlo?

—¿Sí? —respondí, notando que el corazón se me había acelerado.

—¡Beth! —La chillona voz que oí me resultó muy familiar, lo que me alivió—. Creí que no ibas a responder. ¡Hace días que te estoy llamando!

—¿Molly? —pregunté, y me di cuenta de que Xavier soltaba un suspiro de alivio—. ¿Eres tú? ¿Desde dónde me llamas?

—Claro que soy yo, tengo un teléfono nuevo —contestó—. Pero lo más importante es dónde has estado tú. Te fuiste de la ciudad y todos estábamos muy preocupados. Han sucedido cosas muy extrañas. Primero desapareciste tú, y luego el padre Mel murió de repente. Dicen que fue un ataque al corazón. Fue terrible. Todos creímos que la señora Woods iba a sufrir una crisis de nervios.

—Ya lo sé, me he enterado —dije—. Y es horrible. Ojalá pudiera estar ahí, pero las cosas son demasiado complicadas ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Estás bien?

—Estoy bien —la tranquilicé—. Es difícil de explicar.

—¡Bueno, pues será mejor que lo intentes! ¿Dónde estás?

—Tendrás que esperar un poco —contesté—. Sé que estás enfadada, pero prometo ir a verte y contártelo todo. ¿Qué tal va todo en Bama?

—No lo sé —replicó Molly—. Lo he dejado.

—¿Qué? ¿Lo has dejado?

Xavier abrió los ojos con asombro, como preguntando: «¿En serio?».

—Sí, pasó algo... —Molly se interrumpió—. Tuve que irme.

¿Por qué, de inmediato, di por sentado que eso tenía algo que ver con nosotros? Aunque era posible, puesto que últimamente la mala suerte nos perseguía.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Adónde has ido?

—A Ole Miss —me informó Molly—. Voy a ser una Rebel.

—Oh, vaya... —dije, mirando a Xavier.

—¿Qué? —preguntó Molly—. ¿Hola?

—¿Dónde estás ahora mismo? —quise saber.

—En el aparcamiento Crosby. Justo acabo de llegar.

—De acuerdo, no te muevas de ahí —le dije—. Llegaremos dentro de cinco minutos.

—Un momento, ¿estás...? —empezó a preguntar Molly, pero le colgué el teléfono.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Xavier gesticulando con los labios pero sin emitir ningún sonido.

No pude más que sonreír con nerviosismo.

—Molly está aquí —dije—. Tengo que ir a verla.

—¿Quién es Molly? —inquirió Mary Ellen, que supuso que se trataba de otra antigua novia de Xavier que quería reaparecer en su vida.

No me molesté en contestar; estaba demasiado nerviosa. Tenía que encontrar a

Molly de inmediato y explicarle cuál era la situación antes de que viera a alguien y nos delatara sin querer.

—Voy contigo.

Xavier se puso en pie y Mary Ellen tiró de su brazo para que volviera a sentarse.

—¿Por qué tienes que ir tú?

Xavier se la sacó de encima como quien aparta a un niño mimado y me siguió de inmediato hasta el edificio donde se encontraba mi habitación. Yo tenía tanta prisa por encontrarme con Molly que casi corría. ¿Por qué se había ido de Alabama? ¿Se habrían presentado allí los séptimos y habrían querido interrogarla? Envié un mensaje mental a Gabriel y a Ivy para que estuvieran cerca en caso de que necesitáramos su ayuda.

Los cuatro llegamos al mismo tiempo, y encontramos a Molly de pie al lado de su coche. Gabriel e Ivy se pusieron a su lado, como protegiéndola. Molly no había cambiado: los mismos ojos azules e infantiles; la misma nariz respingona. Solamente llevaba su móvil de color rosa y un bolsito a juego.

—¡Molly! —La abracé con fuerza—. ¡Me alegro tanto de que estés bien! Sea lo que sea lo que haya sucedido, lo siento, y ahora ya no tienes por qué tener miedo. Nos encargaremos de ello.

—Sí —asintió Gabriel, inquieto—. Nos aseguraremos de que estés protegida.

—Dinos qué es lo que ha sucedido y quién ha ido a buscarte —dijo Ivy.

—¿Qué te han hecho? —preguntó Gabriel—. ¿Qué dijeron?

Molly se llevó las manos a la cintura y nos miró con atención.

—¿De qué estáis hablando?

Entonces me di cuenta de que Molly no parecía ni asustada ni nerviosa en absoluto.

—¿Quieres decir que los séptimos no te han encontrado?

—¿Quiénes? —Molly me miró, perpleja—. Aparte de estar muy enfadada contigo, todo va bien.

—Molly —dijo Gabriel, clavando sus ojos plateados en ella—, si todo va bien, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—Tuve que marcharme —se limitó a responder.

Gabriel frunció el ceño con expresión preocupada.

—¿Y podemos saber por qué? ¿Es que tuviste problemas?

—No —contestó ella—. Me enamoré.

Por un momento, el rostro de Gabriel se ensombreció, pues recordó el enamoramiento de Molly del año pasado y la tensión que esa situación produjo. Pero ella no estaba pensando en Gabriel en ese momento. Me di cuenta por la manera en que lo miraba: era evidente que había conseguido dominar su antigua obsesión y

ahora podía mirarlo de manera directa y generosa. Estaba claro que ya no tenía las mismas expectativas que antes.

—¿Has cambiado de universidad por un chico? —exclamó Xavier, que no percibió mi señal para que mostrara un poco más de tacto—. ¿Es que te has vuelto loca?

Pero Molly estaba demasiado emocionada para ofenderse, y se limitó a soltar un suspiro de condescendencia dirigido a Xavier.

—No por un chico, sino por «el chico».

—¿Y quién es? —pregunté.

—Se llama Wade Harper, y es un júnior. Va a ser médico, y el curso que se imparte aquí en Ole Miss es más especializado, o algo así.

—¿Y te ha pedido que vinieras con él? —inquirió Xavier.

Me daba cuenta de que estaba preocupado por el hecho de que Molly hubiera tomado una decisión tan seria sin pensarlo bien.

—No te preocupes. Él quiere que yo esté aquí. Cuando se lo dije, se emocionó mucho. Estoy impaciente por que lo conozcáis. Es el mejor.

—Nos alegramos por ti, Molly —dijo Ivy.

Gabriel no dijo palabra, pero mantenía el ceño ligeramente fruncido.

—Gracias —dijo ella con una gran sonrisa.

—¿Te puedo dar un consejo? —preguntó mi hermana.

—Por supuesto.

—Tómate tiempo con ese chico.

El tono de voz de mi hermana expresaba un verdadero afecto. No quería que Molly volviera a sufrir.

—Oh, pienso hacerlo —repuso Molly—. Soy yo quien le pone freno a él, ¿os lo podéis creer? ¡Él ya habla de tener niños y de todo lo demás! Es superrespetable, va a la iglesia y todo eso.

—Suenan bien —dije yo, sonriendo.

—Es un chico muy serio. Dejó su fraternidad porque le quitaba tiempo de estudio, y no le gusta en absoluto salir de fiesta. Pero ya me estoy ocupando de esto último. Eh, ahora mismo he quedado con él en el Union. ¿Por qué no venís todos?

—Nosotros no podemos quedarnos —dijo Gabriel.

—Bueno. Beth, ¿tú vas a venir, verdad? Hace una eternidad que no nos vemos.

Molly pareció reparar en que Xavier también estaba allí y, dirigiéndole una rápida mirada, dijo:

—Puedes venir, si quieres.

Y rápidamente entrelazó su brazo con el mío acaparando toda mi atención.

—Eh..., Molly, tengo que decirte unas cuantas cosas antes de que vayamos.

—Sí —asintió ella—. Por ejemplo, adónde fuiste durante la graduación y por qué

no has contestado a ninguna de mis llamadas.

—Es complicado —respondí—. Nos hemos casado.

—¡No puede ser! —Molly soltó un chillido de emoción y yo la hice callar de inmediato—. ¡No lo hicisteis!

—Sí, lo hicimos —intervino Xavier—. Pero ahora viene lo mejor: no se lo puedes contar a nadie de aquí porque todo el mundo cree que somos hermanos.

Molly parpadeó repetidamente, confundida.

—¿Cómo?

Le di unos golpecitos en el brazo y añadí:

—Es una historia muy larga. Te la explicaré por el camino.

—¡Un momento! —Molly meneó la cabeza, incrédula y se detuvo en seco—. ¿Os casasteis y no me invitasteis a la boda?

Xavier volvió la cabeza para mirarla, y luego intercambió una mirada con mi hermano y mi hermana.

—Nos alegramos de tenerte de vuelta, Molly —dijo por toda respuesta.

Me di la vuelta y vi que Gabriel aún estaba ante el coche de Molly. Tenía las manos dentro de los bolsillos y, a pesar de que estaba un poco lejos, vi que todavía tenía el ceño fruncido. Nunca le había visto esa expresión a mi hermano, y no supe si la estaba interpretando bien. Quizás eran imaginaciones mías, pero me pareció que se sentía un poco perdido.

Hola, forastero

Cuando llegamos al Union, Xavier se separó un momento de nosotras y se fue a charlar con unos amigos que estaban sentados alrededor de una de las mesas. Yo no los conocía, ni sabía cuándo los había conocido, pero él siempre se comportaba de forma tan segura y confiada que la gente parecía gravitar a su alrededor y buscar siempre su compañía. Molly y yo nos detuvimos ante el mostrador de las ensaladas.

—Así que... recién casados y jugando a los hermanitos. Debe de ser divertido — bromeó.

—Es un rollo —confesé, sin hacer caso de su tono.

—Supongo que ni siquiera os podéis dar la mano.

—Eso no es lo peor. Lo peor son las demás chicas. Me doy cuenta de cómo lo miran.

—Pero eso no es nada nuevo: Xavier siempre ha hecho perder la cabeza a las chicas.

—Molly, aquí hay muchas chicas.

—Sí —asintió Molly—. Y las estudiantes de Ole Miss fueron las más votadas en el concurso de las más atractivas del país.

—Gracias por decírmelo —ironicé—. Me tranquiliza mucho.

—Vamos, no te preocupes por eso —me quiso animar Molly—. Xavier nunca ha mirado a otra. ¿Por qué tendría que hacerlo ahora?

—Bueno, algunas de ellas son, de verdad, guapas y «normales» —respondí—. Seguramente Xavier se habrá preguntado más de una vez si no habría sido más sencillo haber elegido a una de ellas en lugar de a mí.

—Él no piensa eso. Estás paranoica.

—Me gustaría que no fueran tan descaradas, ¿sabes? ¡Es que le babea encima, y eso me pone furiosa! —exclamé, apretando los puños sin darme cuenta.

—Bueno, no puedes culparlo a él por eso. En cuanto empiece a mostrar interés en alguna de ellas, entonces te daré permiso para enojarte.

—Es verdad —asentí—. ¿Qué te ha hecho ser tan sabia de repente?

Molly pareció repentinamente distante.

—Sé lo que es querer a alguien que no te quiere. Sé cómo mira Xavier a esas chicas: no las ve.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque una persona me miró exactamente de la misma manera una vez.

No necesité preguntarle a quién se refería. Todavía me dolía pensar en la tristeza que Molly había sentido con respecto a mi hermano. Yo había intentado advertirla, pero no había escuchado mis consejos. Habían pasado meses, pero me di cuenta de que la herida todavía estaba sensible.

—¿Y cómo estás ahora? —pregunté, sin atreverme a pronunciar su nombre—. Con respecto a Gabriel.

—Fue difícil superarlo —admitió Molly, observando el mostrador de las ensaladas con un detenimiento exagerado—. Pero ahora estoy con Wade.

—¿Qué ha cambiado?

—Un día me di cuenta de que me había convertido en una persona desesperada y patética —explicó Molly—. No quiero ser así. La vida es demasiado corta para desperdiciarla amando a alguien que no te corresponde. Y cuando Wade apareció, supe que él sería una buena influencia para mí.

—Uau, pareces muy madura —apunté, tomándole un poco el pelo—. ¿Quién eres?

—¿Me estás diciendo que antes era inmadura?

—No diría «inmadura», exactamente..., más bien alocada.

Molly fingió escandalizarse.

—Bueno, pues ahora soy aburrida y estable.

—Eso está bien, pero ten cuidado, Molly, por favor —repuse—. No te precipites y hagas algo de lo que luego te vayas a arrepentir. Si este chico es tan bueno como dices, deberías poder tomarte tu tiempo.

—Oh, no tienes por qué preocuparte —afirmó Molly, con ligereza—. Wade no es así..., ni siquiera cree en el sexo antes del matrimonio. Lo físico no es verdaderamente importante para él. Dice que todo eso puede esperar.

—¿De verdad? —Mi sorpresa era auténtica. No parecía ser el tipo de chico por el que Molly se pudiera sentir atraída. En realidad, parecía como..., bueno, como Gabriel. Y deseé que Molly no estuviera intentando encontrar un sustituto para mi hermano, simplemente—. ¿Y tú también lo crees? —pregunté.

—Creo que he cometido muchos errores —contestó Molly—. Wade me ha estado enseñando en qué me he equivocado hasta ahora. Él me comprende de verdad.

—¿Qué es lo que comprende?

—Todo —dijo Molly soltando un suspiro—. Le he contado todo mi pasado, y él

lo acepta. Entre nosotros no hay secretos.

—Supongo que no le hablaste de mí, ¿verdad?

No me gustó tener que hacerle esa pregunta, pero tenía que asegurarme de que Molly no había perdido tanto la cabeza por ese chico como para haber contado nuestro secreto de familia.

—No, ¿bromeas? No quiero que crea que estoy loca.

—Es un alivio.

En ese momento vi que dos chicas, con el pretexto de ir a buscar unas patatas fritas, se dirigían hacia donde se encontraba Xavier. Una de ellas, al pasar por su lado para llegar hasta el mostrador, lo rozó.

—Oh, oh —dijo Molly—. Empieza la competición.

Mi amiga bromeaba, pero aquella situación me incomodaba; sencillamente, no lo soportaba. Y, para ser totalmente sincera, empezaba a sentirme insegura. Esas chicas eran impresionantes, con sus reflejos rubios y sus piernas largas y bronceadas. Ya las conocía. Eran el tipo de chicas que estaban bien relacionadas, que conducían un Lexus y que se iban a esquiar en invierno. Ocupaban un lugar importante en Ole Miss, y me di cuenta de que no les costaba entablar conversación con Xavier y los demás chicos. A pesar de la distancia a la que me encontraba, mi sensibilidad auditiva me permitía captar partes de la conversación: estaban hablando del primer partido de la temporada. Algunas de las referencias al tema me superaban, pero Xavier parecía interesado. Hablaban el mismo idioma que él, y supe de inmediato que nunca podría ser amiga suya. Me hacían ser demasiado consciente de mis defectos. Molly, al ver mi cara, se dirigió hacia Xavier y le dio unos golpecitos en el hombro. Las chicas arquearon las cejas e intercambiaron miradas.

—Venga —le ordenó Molly, apartándolo de allí—. Vámonos.

Molly no dio ninguna explicación, y Xavier tampoco se la pidió. Se limitó a encogerse de hombros y la siguió.

Al cabo de poco, apareció Wade. No era lo que yo había esperado. Llevaba el cabello estudiadamente revuelto, tenía los ojos claros y sonreía con malicia. Vestía una camisa de cuadros azules y calzaba botas de piel. Por su aspecto se veía que le gustaba la actividad al aire libre, y Molly, a su lado, parecía una princesa mimada. Me daban ganas de reír solo de imaginármela fingiendo disfrutar de una acampada con el único objeto de complacerlo.

—Te presento a Ford y a su hermana, Laurie —dijo, pronunciando los nombres despacio para asegurarse de que no se equivocaba—. Son los mejores amigos que he tenido nunca.

—¿Qué tal? —Wade nos dio la mano a los dos—. Encantado de conoceros.

—Lo mismo digo —respondió Xavier.

—Eh, nena —dijo Wade—, ¿no ibas a presentarme a tus otros amigos que

venían? Beth y... Xavier, ¿verdad?

Molly me miró con preocupación y supe que le había hablado de nosotros antes de enterarse de nuestro cambio de nombre.

—Cambiaron de opinión en el último momento —se apresuró a responder ella—. Decidieron ir a estudiar a... Wyoming. Ya casi no hablo con ellos.

—¿Por qué a Wyoming? —preguntó Wade con expresión de desconcierto.

—No sé. —Molly se encogió de hombros—. El aire puro y todo eso. De todas maneras, ¿qué importa?

—¿No dijiste que ella era tu mejor amiga? —insistió Wade.

—Ahora estamos en la universidad —replicó Molly con descaro—. Todo ha cambiado.

Wade no parecía convencido, pero Xavier intervino discretamente para cambiar de conversación.

—Bueno, nos han dicho que has cuidado bien de nuestra chica —apuntó, pasando un brazo por encima de los hombros de Molly.

—He hecho todo lo que he podido —respondió Wade con seriedad, a pesar de que Xavier estaba bromeando—. La he hecho asistir a mi iglesia y pronto iremos a visitar a unos sanadores en Tennessee.

—¿A unos sanadores? —preguntó Xavier, mirando a Molly—. ¿Estás enferma?

Molly abrió la boca para hablar, pero Wade respondió por ella.

—No físicamente —dijo—. Pero desde un punto de vista espiritual tenemos algún trabajo que hacer. Pero no pasa nada. —Y, dirigiéndose a Molly con una sonrisa tranquilizadora, añadió—: Yo estaré a su lado a cada paso del camino.

Molly lo miró como si él fuera su salvador y se acurrucó bajo su brazo.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Xavier, receloso.

—Todos estamos enfermos, hermano —respondió Wade, seguro de sí mismo—. Solamente Dios puede sanarnos. Creo que ahora Molly puede comprenderlo.

—He aprendido muchísimo con Wade —afirmó Molly con una amplia sonrisa—. A partir de ahora todo va a ir bien.

Los días pasaban y yo me adapté a la rutina. No pasaba nada fuera de lo normal. Ningún jinete sin rostro apareció por el Grove; el campo de fútbol no se vio invadido por ninguna nube de cenizas y humo; ni tampoco hubo ninguna aparición en el comedor Johnson. Mi principal preocupación era la relación de Molly con Wade. Sabía que ella creía que Wade la salvaría, y se mostraba más que dispuesta a seguir sus consejos. Molly no era perfecta, pero yo no creía que pudiera encontrar a Dios siguiendo las metódicas instrucciones de Wade. Él la consideraba incompleta, como si fuera una damisela sufriente que necesitara ser rescatada. Recordé una cosa que Gabriel me había dicho una vez: «Algunas personas buscan a Cristo como una forma

de conseguir sus propios fines. Pero Cristo no puede ser utilizado. Hay que llegar a él con total humildad, con un deseo absoluto de aceptarlo en nuestro corazón, y dejar que reine en todos los aspectos de nuestra vida. Si uno intenta utilizarlo como una solución a sus problemas, no le funcionará. Hay que servir a Cristo para que él nos sirva. Estar en la iglesia durante una hora los domingos no convierte a nadie en un cristiano».

Ese era mi miedo: que Molly buscara en Wade y en la religión un refugio, pero que en el fondo de su corazón no creyera. Si no tenía cuidado, le saldría el tiro por la culata. Molly ya no hablaba de Gabriel, y yo me preguntaba si habría enterrado esos recuerdos en algún lugar donde no pudieran atormentarla.

Cuando conoció a Mary Ellen, entre ambas estalló una mutua y tácita hostilidad. En mi vida no había espacio para las dos, y Molly decidió que ella había llegado primero a la posición de amiga y confidente. Además, Mary Ellen casi siempre hablaba de chicos, o, más concretamente, de Ford. Quería saber si él había dicho algo acerca de ella, qué tipo de música escuchaba y cuál era su color preferido. Poco le faltaba para pedirme un mechón de su cabello, para guardarlo debajo de la almohada. Incluso había conseguido su número de teléfono y le había mandado un mensaje preguntándole si quería pasarse por el Grove después de clase. Y al ver que no recibía respuesta, me bombardeó con preguntas.

—¿Por qué no me responde? —preguntó, poniéndome el móvil bajo la nariz—. Mira, lee este mensaje. No parece tan desesperado, ¿no?

—No, está bien —repuse, dándole un manotazo para apartar el móvil y deseando que esa conversación terminara.

—Entonces, ¿por qué no me responde?

—No lo sé —dije, frunciendo el ceño—. Quizás esté ocupado.

—¿Haciendo qué? Siempre lleva el móvil encima.

Nunca había conocido a alguien que se negara a captar las indirectas hasta ese punto. Estaba claro que Ford no daba ninguna señal de interés por ella, y era evidente que yo no quería hablar del tema, pero ella continuaba insistiendo, a pesar de todo.

—¿No te parece que quizá tenga miedo de involucrarse emocionalmente?

—Sí, tal vez —contesté con el tono más desinteresado que pude.

—Tienes que ayudarme, Laurie —suplicó—. Tienes que hablar con él.

—Escucha —dije, intentando no mostrar la irritación que sentía—. Yo procuro no meterme en la vida amorosa de Ford. Además, ningún chico haría caso de su hermana en ese tema.

Intentaba pasar el menor tiempo posible en el dormitorio. Me resultaba demasiado cerrado y claustrofóbico, y a menudo encontrábamos los lavabos sucios de vómito. Después de haber vivido en Byron casi durante toda mi vida en la Tierra, esto era un duro encuentro con el mundo real de los adolescentes y con sus costumbres.

Además, procuraba evitar a Mary Ellen siempre que podía. Y las veces que me encontraba, me era imposible librarme de ella y, fuera cual fuera el tema de conversación, ella siempre encontraba la manera de hablar de Ford.

Mary Ellen no era la única chica que me causaba problemas. Pronto me tuve que enfrentar a una situación peor.

A las tres semanas del primer semestre, Xavier conoció a Peyton Wynn. Peyton era perfecta en todos los sentidos, y asistía a la misma clase de biología que Xavier. Procedía de una buena familia, era miembro de las Delta Gama, una devota cristiana, una estudiante sobresaliente y, de vez en cuando, complementaba sus ingresos trabajando como modelo para Abercrombie and Fitch. Su currículum era impresionante, y se decía que era candidata al título de miss Ole Miss. Había recibido distinciones por su trabajo caritativo y por su participación en la vida del campus. Era la clase de chica con quien yo hubiera trabado amistad..., si no le hubiera pedido a Xavier que la acompañara a una cena de gala.

Un viernes por la tarde, mientras estábamos sentados en el Grove, Peyton se acercó a nosotros.

—Eh, Ford.

Xavier, que había estado jugueteando conmigo con el pie por debajo de la mesa, dejó de hacerlo en cuanto oyó su voz. Los dos nos volvimos y la vimos allí, de pie, con la mochila colgando de su hombro cómodamente. Hasta el último de sus largos y rubios cabellos estaba en su sitio, y se la veía fresca como una rosa a pesar de la densa humedad del ambiente. No era justo: se suponía que no sudar era una ventaja mía.

—Eh —saludó Xavier con calidez—. ¿Cómo te va?

Me di cuenta de que a él le caía bien de verdad, que no se limitaba a tolerar su presencia como hacía con Mary Ellen.

—Bien, gracias. —Peyton le dirigió una sonrisa perfecta—. Por fin se han acabado las clases por hoy.

—Preparada para el fin de semana, supongo —dijo Xavier—. Por cierto, te presento a mi hermana, Laurie. Laurie, Peyton. Va a clase de Biología conmigo.

—¡Hola! —Peyton me dio la mano—. ¿Vas a participar en la Semana Frenética?

—Todavía me lo estoy pensando —repuse.

—En una sororidad puedes conocer a tus mejores amigas —afirmó—. Por cierto, hablando de esto, me preguntaba si querías ir a la cena de gala conmigo, Ford.

Peyton se mostró completamente segura, sin la menor señal de nerviosismo o de duda. Xavier pareció desconcertado.

—No sabía que hubiera ninguna cena tan pronto —repuse, incómodo.

—Sí, tendremos una antes de aceptar a los nuevos miembros. Será dentro de dos

semanas.

—Ah —exclamó Xavier, mirando brevemente hacia donde yo me encontraba—. Guay.

Me di cuenta de que no sabía qué decir, lo cual no le sucedía a menudo: le acababan de pedir una cita delante mismo de su esposa.

—Bueno, ¿te apetece? —preguntó Peyton.

—Claro —respondió Xavier, poniendo cara de cierta preocupación.

—Genial. ¿Cuál es tu número? Te mandaré un mensaje con los detalles.

Mientras Xavier le daba el número de móvil, miré a Peyton. Solo yo notaba el tono de duda en la voz de Xavier. Seguramente a Peyton le pareció que se trataba de nerviosismo. Estaba segura de que ella estaba acostumbrada a que los chicos de todo el campus se sintieran intimidados ante sus ojos azules de bebé y su sonrisa de reina de la belleza.

—Gracias —dijo Peyton, guardándose el móvil en el bolsillo trasero—. Nos vemos en clase. Encantada de conocerte, Lauren.

—Me llamo Laurie —la corregí, sin ningún humor.

Cuando Peyton se hubo marchado, me crucé de brazos y fulminé a Xavier con la mirada. Él soltó un gemido y apoyó la frente encima de la mesa.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Ha sido muy «incómodo» —dijo él.

—¿En serio vas a salir con ella?

—¿Qué se suponía que debía decir? —preguntó Xavier con expresión desolada.

Me levanté y empecé a dar vueltas alrededor del banco donde estábamos sentados.

—¿Qué tal «no, gracias»? —sugerí.

—Beth, no es tan fácil —respondió Xavier—. Es de mala educación rechazar una invitación sin motivo.

—Es de mala educación pedir para salir a un chico casado —repliqué, hincando la punta del zapato en la tierra con gesto de frustración.

—Eso no es justo. Ella no sabe...

—Da igual. No me cae bien.

—Venga —dijo Xavier—. Es una chica simpática; esto no es culpa suya.

—¿No habrías podido ponerle una excusa? —insistí—. Podrías haberle dicho que estabas ocupado, o que estarías fuera. ¡Cualquier cosa!

—Me quedé en blanco. —Xavier levantó ambas manos en un gesto de rendición—. Lo siento.

—Uf —bufé, sentándome a su lado con rigidez—. Esto no va bien.

—Ya sabes que yo nunca haría nada —dijo Xavier—. Deberías confiar lo bastante en mí y saberlo.

—Yo confío en ti —dije—. Pero estás dando un mensaje equivocado.

—Lo sé —admitió Xavier—. Y no sé cómo salir de esto.

Para empeorar las cosas, al final de ese día todo el mundo se había enterado de que Ford y Peyton irían a la cena de gala de otoño juntos. Mary Ellen me mandó un mensaje devastador: «¡!!!¿F. y Peyton van juntos a la cena?!!! ¿Cómo ha sido? Me han dicho que puede ser una auténtica zorra cuando quiere. ¿Él no podía decir que no?». ».

No hice caso. Aunque yo no es que fuera, precisamente, un miembro del club de fans de Peyton Wynn, tampoco me gustaba que Mary Ellen necesitara hablar mal de ella para tranquilizar su ego. Por otro lado, los chicos no dejaban de felicitar a Xavier.

—Bien hecho. —Spencer le dio unas palmadas en la espalda a Xavier cuando regresó a su apartamento—. Es una chica fantástica.

No me gustaba que todo el mundo se comportara como si los dos fueran pareja.

—Esto también es bueno para ti, Laurie —dijo Clay.

Tardé un momento en darme cuenta de que se refería a mí.

—¿Y por qué? —pregunté con sequedad.

—Peyton puede echarte un cable para entrar en DG —dijo—. Y es una modelo fantástica.

—Eso es verdad —intervino la novia de Clay, de cuyo nombre no pude acordarme—. Peyton Wynn es todo lo que una quiere ser como mujer. Ella te tomará bajo su ala protectora.

—Genial —repliqué, esforzándome por no poner cara agria—. Estoy impaciente.

Una hermana retorcida

Apartir de ese momento, por las noches dormía de forma intermitente. Soñé con la boda de Peyton y Xavier, llena de invitados felices y de ramos de flores, tal como debía ser una boda, y no como la nuestra, con anillos improvisados y un cura muerto. Toda la familia de Xavier había acudido a la celebración, y el padre de Peyton acompañó a su hija hasta el altar. Mary Ellen también se encontraba allí, y no dejaba de tirar de mi manga ni de llorar porque Xavier no reconocía su presencia. Luego, el sueño cambió y Wade pidió a Molly en matrimonio. Ella aceptó sin vacilar, y él la condujo hasta una pista de baile. Molly bailaba encima de los pies de él, y el chico la conducía como si fuera una muñeca de trapo. Los movimientos de mi amiga no eran los suyos propios, y su cabeza se bamboleaba como el de una marioneta rellena de paja. Molly me miró con ojos vacíos, como si me atravesara con la mirada.

Durante todo el sueño sentí un picor peculiar en la nuca, como si me hubiera salido un sarpullido, una reacción alérgica a causa de algo o de alguien que había en la habitación. Empecé a dar vueltas en círculos, buscando esos ojos que parecían esconderse en la oscuridad, pero solo pude vislumbrar brevemente una figura que desapareció al instante. Eso fue un momento antes de despertar y verlo. Era un séptimo, pero no era como los demás. Llevaba puesta una máscara de acero que le cubría el rostro, y unos guantes de piel sin dedos. La máscara tenía una hendidura a la altura de la boca y dos agujeros en los ojos, pero a través de ellos solo vi negrura. Me pareció oír su respiración áspera, a pesar de que me encontraba a cierta distancia de él. Y tuve la extraña sensación de que ya lo conocía.

El sueño me dejó inquieta, y durante todo el día no pude evitar mirar hacia atrás todo el tiempo, temerosa.

Mientras Xavier estaba en clase, Ivy y Gabriel vinieron a darme noticias. Por suerte, Mary Ellen había ido a la biblioteca y en ese momento no se encontraba en la

habitación. No hubiera sido bueno que se encontrara con Gabriel. No sé cómo habría reaccionado, y no podíamos desperdiciar el tiempo en detener su constante flirteo.

—He soñado con ellos —le dije a Gabriel.

Mi hermano se había apoyado en los pies de la cama; su rostro estaba serio. Empezó a martillar la estructura metálica con los dedos, haciendo ruido con el anillo de su anular contra el metal. La luz del día que entraba por la ventana parecía diluirse en el color gris de los ojos de Gabriel y les otorgaba unos maravillosos reflejos plateados. Sus ojos eran tan profundos y claros que a veces me parecía que podía verle el alma a través de ellos. Pero yo sabía que él no tenía alma. Esa es una característica exclusiva de los seres mortales; los ángeles solamente tienen esencia.

—Están intentando averiguar dónde estáis a través de tus sueños —dijo.

—Entonces, si sueño con Ole Miss, ¿sabrán que estoy aquí? —pregunté, alarmada.

—Los sueños no suelen ser muy concretos —me tranquilizó Ivy, dándome unas palmaditas en la espalda—. Si sueñas con un dormitorio universitario..., bueno, puede pertenecer a cualquiera de las universidades que hay en todo el país.

—Supongo que sí —repuse, inquieta—. Pero si sueño con la mascota del Ole Miss Rebels, se acabó. Todo estará perdido.

—Tranquilízate —dijo Ivy—. Tu inconsciente está ocupado en otras cosas.

—Espero que tengas razón —apunté, sin estar convencida del todo—. Bueno, ¿qué hay de nuevo? ¿Os habéis enterado de algo más?

—Por lo que sabemos, los séptimos continúan buscando.

—Bueno, eso está bien —dije, cerrando sin darme cuenta las polvorientas contraventanas de la habitación—. ¿Estáis seguros de que no os buscarán a vosotros?

Odiaba pensar que mi hermano y mi hermana pudieran sufrir algún daño por mi culpa.

—Somos demasiado listos —repuso Ivy—. Saben que presentaríamos batalla.

—Pero podrías vencerlos, ¿verdad? —pregunté, desconfiada.

No dudaba de su fuerza. Los esbeltos brazos de Ivy eran fuertes como el acero y podían hacer más fuerza que un camión a toda velocidad, pero no me gustaba pensar que tuvieran que enfrentarse a un ejército. La realidad era que se verían superados en número.

—No lo sé —respondió mi hermana con gesto grave—. Si nos atacaran en masa, tendríamos problemas. Pero no se arriesgarán, sufrirían demasiadas bajas.

—¿Así que continuamos igual? —pregunté, aliviada de no tener que empaquetar de nuevo nuestras escasas pertenencias personales y salir huyendo tan pronto.

—De momento, sí —contestó Gabriel—. Hemos intentado ponernos en contacto con el Cónclave para informarlos de lo que están haciendo los príncipes. Quizá puedan detenerlos o, por lo menos, limitar sus poderes.

—¿Y nuestro padre? ¿Dónde está? —pregunté, sin aliento.

—Atareado —dijo Ivy, mirando a Gabriel con nerviosismo—. En este momento tiene las manos ocupadas.

—¿A qué te refieres? —Su respuesta me había dejado confundida.

Gabriel soltó un suspiro y achicó los ojos un instante.

—Supongo que, al final, te enterarás —dijo—. El Infierno se ha sublevado, los demonios han iniciado una revuelta.

—¿Qué? —susurré.

Mi corazón pareció hacerse de plomo.

—Su influencia se ha extendido, y su número se ha triplicado durante las últimas semanas —explicó Gabriel—. El mundo se encuentra ante un grave problema.

Mi hermana asintió con la cabeza, seria, confirmando las palabras de mi hermano.

—La muerte de un original ha provocado un levantamiento. Lucifer va a mandar a sus ángeles como si fueran una plaga.

Sentí un nudo en el estómago. ¿Era culpa mía? ¿La gente estaba muriendo por mi causa, porque yo había sido tan estúpida de haber hecho enojar a Lucifer? Me cubrí la boca con las manos, y Gabriel pareció leerme el pensamiento.

—Tú no eres responsable de los actos del inframundo, Bethany —dijo—. Ellos no necesitan tener ninguna excusa para causar dolor y sufrimiento.

Me tumbé en la cama boca abajo, enterrando el rostro en la almohada. Deseaba poder esconderme hasta que todo hubiera terminado. No me moví hasta que noté que Gabriel me tocaba el hombro con suavidad.

—Recuerda, no fue tu mano la que mató a Jake —me dijo—. Fue la mía.

Pero sus palabras no me consolaron mucho. No importaba quién hubiera dado el golpe fatal, pues todavía había gente que sufría a causa de nosotros. Los demonios eran malignos y sádicos aunque no tuvieran sed de venganza. No podía ni imaginarme el sufrimiento que debían de estar infligiendo a personas inocentes por rencor hacia nosotros. Y si nuestro padre no tenía tiempo, las cosas debían de estar mal.

—Esto es un desastre —murmuré.

—Sí —admitió mi hermano—. Pero no debemos perder la esperanza. Quizás en el Cielo estén ocupados ahora, pero él responderá a nuestras plegarias.

—¿Y los demonios? —pregunté—. ¿También ellos nos están buscando?

—No estoy seguro —respondió Gabriel—. Ahora mismo no hemos visto una pauta clara en sus ataques, parecen estar haciendo cualquier cosa. Pero... —Dudó un momento, como si fuera incapaz de continuar hablando.

—Estoy segura de que no se han olvidado de nosotros —dije yo, terminando su frase.

—Lo dudo —asintió mi hermano con gesto adusto—. Pero vayamos por pasos,

una batalla detrás de otra.

Cuando Ivy y Gabriel se hubieron marchado, quise encontrar a Xavier de inmediato, pero primero tuve que escapar del acoso de Mary Ellen, que había regresado al dormitorio y se mostraba tan efervescente y dramática como siempre.

—¿Adónde vas? —preguntó, saltando de la cama y pegándose a mí.

—A ver a una amiga —dije, alerta.

—¡Oh, fantástico! —Cogió su bolso y añadió—: Deja que me retoque el maquillaje.

Me esforcé por no dejar traslucir la exasperación que sentía. A Mary Ellen, a veces, le faltaba delicadeza. Hablé en un tono que dejaba claro que no deseaba su compañía, lo cual resultaba evidente por el hecho de que no la había invitado a ir conmigo.

—Bueno —dije, incómoda—, voy a ver a Molly y ella tiene problemas. No creo que le apetezca ver a nadie más.

—Pero yo soy buena dando consejos sobre relaciones —dijo Mary Ellen.

Me pregunté si se mostraba tan obtusa de forma deliberada.

—Ya, pero Molly no se siente muy cómoda con gente nueva —insistí.

—Pero...

—¡Lo siento! Nos vemos luego.

Salí de la habitación sin darle tiempo a continuar protestando. Sabía que, seguramente, me había mostrado ruda con ella y que la había herido, pero también estaba tan ansiosa por ver a Xavier que no podía preocuparme por eso. Decidí que ya lo solucionaría más tarde.

Casi corrí hasta el campo de béisbol, pues sabía que él estaría allí practicando con los chicos de su fraternidad. Cuando llegué, el espacio estaba vacío, pero Xavier me estaba esperando dentro. Detestaba tener que encontrarme con él en secreto. Solo podíamos ser nosotros mismos durante unos cuantos minutos cada día; el resto del tiempo teníamos que vivir nuestra otra vida como Ford y Laurie McGraw. A veces deseaba poder ser de verdad de esas personas que llevaban una vida normal. Me preguntaba cómo me sentiría si solo tuviera que preocuparme por las notas y por no sufrir una derrota demasiado humillante en el campo de fútbol, en lugar de preocuparme por la ira del Cielo o por Lucifer en pie de guerra.

Me escabullí con rapidez hasta los vestuarios, deseando que nadie me viera. Xavier estaba sentado en uno de los bancos con una camiseta blanca de manga corta. Se estaba pasando los dedos por el cabello, húmedo por la ducha. En cuanto entré, levantó la vista y sonrió con esa sonrisa que siempre me dejaba sin respiración.

—Eh, Beth —murmuró en tono cariñoso.

Me acerqué, me senté sobre su regazo y apreté la nariz en su cuello para respirar su limpio olor. Noté la suavidad de su piel en la yema de los dedos.

—Hueles bien —le dije, deslizando los brazos alrededor de su torso, fuerte y seguro—. Como a frutas.

—Gracias —repuso Xavier, con expresión divertida—. Eso me hace sentir muy hombre.

Reí, pero rápidamente volví a mostrarme pensativa.

—Este lugar es como estar en casa, ¿verdad? Me gustaría que estuviéramos aquí en circunstancias distintas.

—Lo sé —dijo él—. Pero las cosas nunca van a ser normales para nosotros. Supongo que eso hace que apreciemos más lo que tenemos.

—Tenemos que hacer piña. A pesar de que las cosas se pongan peor antes de ir mejor.

—Por supuesto —asintió Xavier—. Yo estoy en esto para siempre. Aunque el mundo se desmorone bajo nuestros pies, nunca te dejaré, Beth.

—Bien —dije—. Porque acabo de hablar con Ivy y Gabriel..., y lo que me han dicho no te va a gustar.

Xavier me acarició la mejilla suavemente y luego pasó el dedo sobre mis labios. En otro momento, un comentario como el que yo acababa de hacer lo hubiera puesto en alerta. Hubiera querido enterarse de los detalles, saber exactamente lo que se había dicho y lo que había que hacer a partir de ese momento. Pero ahora notaba que estaba cansado, que se resistía a continuar luchando.

—¿Se trata de un problema por el que Ford y Laurie deban preocuparse?

Fruncí el ceño.

—No.

—Entonces puede esperar —repuso—. Ya no te veo sonreír nunca. Lo echo de menos.

Asentí con la cabeza y la levanté para mirar sus brillantes ojos color turquesa, que siempre estaban chispeantes, como si se estuviera riendo de un chiste privado que no quisiera contar a nadie más. Pero ahora tenía una expresión de cansancio.

—Ahora mismo no quiero que seamos Ford y Laurie —dije—. ¿Y si intentamos ser nosotros mismos? Volvamos a ser como éramos al principio, antes de que nada de esto sucediera. Regresemos a esa noche en la playa, en Venus Cove, la noche de la hoguera.

Xavier y yo recordábamos esa noche claramente. Fue cuando yo salté del acantilado y desplegué las alas en el aire. A pesar de que esa fue la confesión que más me asustaba hacer en el mundo, ambos nos sentimos completamente cómodos después. Nos habíamos tumbado el uno al lado del otro y habíamos permanecido sobre la arena horas enteras. Al final de ese día ambos sabíamos que estábamos hechos para estar juntos. Ni siquiera el enojo de mi hermano y de mi hermana habían conseguido acabar con el cálido sentimiento que me invadió esa noche. Y a pesar de

que Xavier ya me resultaba alguien muy familiar, todavía lo admiraba; era mi príncipe encantado que había salido de las páginas de un cuento de hadas y que había llenado mi mundo de color. Cada vez que cerraba los ojos y sentía el calor de sus manos en mi piel, veía fuegos artificiales y estrellas fugaces que dejaban una estela de polvo cósmico en mi mente.

Levanté la cabeza y froté la nariz contra su barbilla. Él se inclinó hacia mí y el contacto de sus labios en mi oreja me hizo cosquillas y me provocó escalofríos de placer en toda la espalda. Deseaba ver en él al despreocupado chico de dieciocho años otra vez, y no al hombre apesadumbrado por las calamidades del mundo.

Deslicé las manos hacia arriba y entrelacé los dedos sobre su nuca. El calor de su cuerpo me inundó. Nuestros labios se unieron y sentí una conocida corriente de energía embriagadora. Mi campo de visión se llenó de fuegos artificiales. Esas sensaciones siempre eran muy intensas, sin importar cuántas veces le besara. Xavier me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia sí. Luego tomó mi rostro entre sus manos y los dos nos perdimos en ese mundo en el cual solamente existíamos él y yo, un mundo que estaba fuera del tiempo y del espacio. Estábamos tan concentrados que no oímos los pasos procedentes de fuera hasta que fue demasiado tarde.

De repente oímos una exclamación ahogada, y la magia se rompió. Me aparté de Xavier y vi a Mary Ellen de pie en la puerta, cubriéndose la boca con ambas manos y una expresión de conmoción en el rostro. Me apresuré a distanciarme de Xavier, pero ella ya lo había visto todo. Probablemente, había sospechado algo y me había seguido.

—Te lo puedo explicar —dije, de un modo apresurado, al tiempo que me daba un doloroso golpe con una de las taquillas.

El metal de la puerta me arañó la espalda, pero no le presté atención. Acababa de decir una terrible frase hecha, pero no fui capaz de pensar en nada más. Además, era mentira. No lo podía explicar. No creía que la excusa de «En realidad es mi esposo y nos estamos escondiendo» resultara de gran ayuda.

—No te creo —replicó ella, apartándose de nosotros como si pudiéramos contagiarle algo—. ¡Esto es asqueroso! ¡Estás enfermo! ¡Es tu hermana! ¿Cómo puedes hacer eso?

—No es mi hermana —intentó razonar Xavier—. Es mi esposa.

—¡Os habéis casado! —Mary Ellen se apretó el pecho con las manos, como si estuviera a punto de sufrir un ataque al corazón, en un gesto que me pareció exageradamente dramático. De repente, achicó los ojos y dijo—: Así que por eso nunca me contestaste el mensaje y jamás respondías a mis señales. ¡¿Creí que yo era demasiado sutil?!

—¿Demasiado sutil? —preguntó Xavier con incredulidad, y un tanto enfadado ya—. ¡Eres tan sutil como un toro enfurecido!

—Bueno, lamento no poder competir con tu «hermana» —exclamó Mary Ellen.

—¡Cállate un momento! —estallé, exasperada—. No hemos hecho nada malo.

—Quizá tú lo creas —afirmó Mary Ellen en tono de triunfo—. ¡Pero esta comunidad no estará de acuerdo contigo!

—Él y yo no somos parientes —afirmé con energía—. Te hemos mentido. Hemos mentido a todo el mundo.

—Escucha —dijo Mary Ellen, levantando ambas manos—. Entiendo que creáis que esto está bien, pero eso es porque no estáis bien de la cabeza. Tengo que hablar con alguien de esto..., por vuestro bien. Luego me daréis las gracias.

—¡Mary Ellen, espera! —gritó Xavier, pero ella ya había salido de los vestuarios.

Xavier se cubrió el rostro con las manos, pero yo ya iba hacia la puerta, dispuesta a alcanzar a Mary Ellen.

—Tenemos que ir a por ella —dije, obligando a Xavier a levantarse.

—¿Por qué? —Me miró con expresión vacía—. No nos escuchará.

—Xavier, piensa un momento —insistí—. Estamos hablando de Mary Ellen... Se lo va a contar a todo el mundo.

—Pues que lo haga. —Se encogió de hombros—. No tiene pruebas. Es su palabra contra la nuestra.

—No importa —dije, cogiéndolo de la mano—. Nadie podría ignorar una acusación como esa. Aunque lo neguemos, eso va a llamar mucho la atención. Desde que estamos aquí, nos hemos esforzado por pasar inadvertidos. Si dejamos que Mary Ellen llame la atención sobre nosotros...

—Nos encontrarán —concluyó Xavier con voz ahogada.

—¡Exacto! —Le apreté la mano—. Vamos.

Mientras nos apresurábamos a cruzar los campos de béisbol, pensé que lo que nos estaba sucediendo no era justo. Ole Miss, para nosotros, significaba algo más que un escondite. Representaba todo aquello que deseábamos pero que no podíamos tener: un futuro juntos en la Tierra. Yo no quería irme y no estaba dispuesta a que Mary Ellen nos obligara a marcharnos. Aceleré el paso y empecé a correr tan deprisa que no sentía el contacto de los pies en el suelo. Avanzaba a una velocidad que nunca hubiera creído posible en mí. Lo único que pensaba era que no podía permitir que alguien que conocía tan poco nuestra historia personal, alguien como aquella chica, nos pusiera en peligro. Cualquiera que pasara por allí en ese momento solamente hubiera visto una mancha borrosa en el aire. Pronto dejé atrás a Xavier y alcancé a Mary Ellen en el Grove.

—¡Suéltame!

—¡No! —La obligué a darse media vuelta y a mirarme a la cara—. No hasta que me hayas escuchado.

Pero Mary Ellen era incapaz de escuchar.

—¡Socorro! —chilló—. ¡Necesito ayuda!

En ese momento sentí que algo se encendía en mi interior. No iba a permitirlo. Xavier y yo ya habíamos sufrido bastante, y no tenía ninguna intención de que una frívola estudiante de primero nos impidiera estar en el único lugar que todavía era seguro para nosotros. Así que apunté a los labios de Mary Ellen con el dedo índice y, al cabo de un segundo, una gruesa capa de piel empezó a cubrírselos, cerrándolos completamente. Mary Ellen abrió los ojos con espanto y se llevó las manos a la boca intentando arrancarse la piel, pero se dio cuenta de que se haría daño y se detuvo. Temblando, me miró a los ojos, llena de miedo. Yo no estaba acostumbrada a que nadie me mirara con esa expresión, pero en ese momento no tenía tiempo de preocuparme al respecto. Lo único importante era que había conseguido que se callara.

Notaba que una gran fuerza me recorría el cuerpo, como encendiendo con fuego mis brazos y mis piernas. Sentí que todo mi cuerpo se erguía, vivificado con esa energía que me recorría. Levanté la mano, que en ese momento brillaba, y la coloqué sobre la cabeza de Mary Ellen. Ella cayó de rodillas a mis pies. Empecé a sentir sus pensamientos y sus recuerdos arremolinarse bajo la palma de mi mano. Cerré los ojos y empecé a verlos, casi a saborearlos, como si me encontrara en esas situaciones justo en ese momento. Vi a Mary Ellen en su fiesta de celebración de su sexto cumpleaños, vestida como una princesa de Disney, y pensé que había ido demasiado atrás en el tiempo. Me resultaba difícil moverme entre tantos recuerdos, pues había muchísimos. En realidad, cada momento de la vida de una persona constituye un recuerdo, así que tuve que abrirme camino por entre oleadas enteras de recuerdos hasta encontrar el único que quería borrar. Eso era lo que Gabriel hacía, pero él había conseguido hacer de ello un arte. Yo era nueva en esa práctica, y mi técnica no era tan refinada. Conseguí localizar la semana que comprendía nuestro encuentro en el campo de béisbol, y pensé que tenía que apañarme con eso. Noté que los recuerdos de Mary Ellen salían de su cuerpo y penetraban las yemas de mis dedos. Me aseguré de que todo quedara eliminado, incluso hasta el último minuto en el Grove. Luego aparté la mano de su cabeza al tiempo que le retiraba el sello de los labios. Justo en ese momento, Xavier llegó corriendo hasta nosotras.

Mary Ellen, libre ya, cayó al suelo sobre las manos y las rodillas.

—¡Eh! —dije, agachándome para ayudarla—. ¿Te encuentras bien?

Mary Ellen se puso en pie, temblorosa y con una gran expresión de desorientación en el rostro.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó—. Estaba en el dormitorio. Creí que era por la mañana...

Me di cuenta de que el último recuerdo que conservaba era el de haberse levantado por la mañana para ir a clase. Xavier me miró, preocupado. Yo no le hice

caso y puse mi mano sobre la frente de Mary Ellen.

—Creo que has pillado algo. Será mejor que te llevemos de vuelta a la habitación.

—¿Qué estáis haciendo los dos aquí? —preguntó, aunque todavía estaba un poco mareada.

—Estábamos dando un paseo y te hemos encontrado —expliqué—. No deberías ir por ahí, sola, a estas horas de la noche.

—Pero yo no...

Xavier la sujetó para ayudarla a caminar, y Mary Ellen pareció olvidarse de lo que estaba pensando en ese momento.

—Vamos —dijo Xavier—. Te llevaremos a la habitación. Seguro que mañana te encontrarás mucho mejor.

—No me encuentro bien —dijo Mary Ellen de repente, como si Xavier no hubiera dicho nada.

Gabriel me había dicho una vez que intervenir en los recuerdos de una persona les provocaba dolor de cabeza o náuseas.

—Lo sé —repuso Xavier—. Laurie tiene razón. Seguramente has pillado algo. Mañana por la mañana te llevaremos al centro de salud.

—De acuerdo, gracias.

Mary Ellen dio unos inseguros pasos en dirección a los dormitorios, pero enseguida cayó de rodillas y vomitó al pie de un viejo roble. Xavier la cogió a tiempo de que no se hiciera daño, y yo le recogí el pelo para que no se ensuciara. Mary Ellen emitió un gemido. Debía de resultar inquietante encontrarse de repente vagando sola en la oscuridad y no tener ni idea de cómo había llegado hasta allí.

—Todo va a ir bien —dijo Xavier, que le había puesto una mano en la espalda para reconfortarla, y otra en la barriga para evitar que cayera hacia delante. Pero me miró con ojos acusadores—. ¿Era necesario? —me susurró al oído mientras ayudaba a Mary Ellen a ponerse en pie.

En otras circunstancias, me habría sentido culpable por lo que había hecho, pero, en ese momento, al ver la cara de alarma de Mary Ellen y sus ojos temerosos, no sentí nada. «Sí, era necesario —pensé—. He hecho lo que era necesario para protegernos». Ya empezaba a pensar como mis hermanos, que se preocupaban menos por las personas que por las situaciones en general. Si Mary Ellen hubiera continuado gritando y hubiera contado lo que había visto, Xavier y yo hubiéramos tenido serios problemas. Miré a Xavier a los ojos con expresión decidida y contesté:

—Sobrevivirá.

Eso fue lo único que me limité a decir.

Ahí llega la novia

Al día siguiente, Mary Ellen se despertó tarde. Yo estaba a su lado, con una taza de café caliente y un rollito de beicon. Me sentía mal por haberle provocado ese trauma, a pesar de que sabía que ella no recordaría nada. Al abrir los ojos, emitió un gemido y enterró la cabeza bajo la almohada.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz ronca.

—Casi mediodía —respondí, dejándole el desayuno encima de la mesa—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera atropellado un autobús —contestó, dramática, mientras se cubría los ojos de la luz—. ¿Qué pasó?

—Vomitaste —dije, procurando ofrecer la mínima información para evitar preguntas que no podría contestar.

Me sentía como si hubiera realizado una operación quirúrgica y como si me hubiera salido mal.

—¿Estuve bebiendo? —preguntó Mary Ellen mientras se frotaba las sienes.

Observé sus ojos hundidos y rojizos, sus labios secos y su pelo revuelto. El alcohol parecía ofrecer una buena explicación a su estado. Era lo único que hubiera podido empujarla a vagar por Ole Miss de forma descontrolada y casi inconsciente.

—Sí —respondí—. Eso creo.

Pensé que últimamente me costaba muy poco mentir. Ya no tartamudeaba ni delataba mis verdaderos sentimientos con mi lenguaje corporal. Empezaba a acostumbrarme a tejer esa red de engaño por todas partes. Pero no era momento de sentirme mal por ello: primero tenía que asegurarme de que ella no descubriera nada.

—Vaya, debí de colocarme mucho —dijo Mary Ellen—. No recuerdo absolutamente nada.

—Habías ido muy lejos cuando te encontramos —le conté, sin entrar en más detalles—. Pero lo único que importa es que estás en casa y bien.

—Laurie... —dijo Mary Ellen mirándome con ojos suplicantes—. ¿Puedo pedirte

un favor?

—Claro —contesté, soltando un suspiro. Me parecía justo compensarla de alguna manera.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie. Si la gente se entera, mi reputación quedará destruida.

Eso me tomó por sorpresa, pero asentí de inmediato. Pensé que Mary Ellen contaría su historia por todo el campus, que su tendencia a dramatizarlo todo la llevaría a relatar a todo el mundo su tragedia y a asegurar que casi no sale viva de ella. Pero su propuesta era mucho mejor. En realidad, el miedo que sentía Mary Ellen ante las chicas de la sororidad era el primer golpe de suerte que teníamos en muchos días.

Cuando estuve segura de que podía dejarla sola sin peligro, fui a ver a Xavier a su apartamento. Spencer me abrió la puerta. Dentro, vi a Clay tumbado sobre el sofá, con su manoseado libro de biología abierto sobre el pecho.

—Hola, pequeña McGraw —saludó Spencer con una sonrisa bravucona—. Bienvenida a la caverna de los hombres.

—Gracias. Supongo.

Sonreí y di un paso hacia dentro. El apartamento de Xavier, con cuatro chicos viviendo en él, era más como un altar dedicado a la vida de fraternidad que una vivienda de verdad. Xavier era bastante ordenado, pero ese salón era un desastre: estaba lleno de cajas de pizza, de latas y de consolas de juego. Ninguno de los muebles hacía juego con otro, todos se habían metido allí por el mero hecho de cumplir alguna función. Allí cada objeto era funcional, y ninguno pretendía ofrecer la más mínima decoración. En una de las paredes colgaba la bandera del estado de Misisipi, al lado del escudo de Sigma Chi y una talla de madera de la mascota del equipo, el Coronel Reb.

—Esta habitación huele a chico —dije, y Spencer se rio.

—¿Estás diciendo que huele mal?

—No —contesté—. Solo que tiene un olor... masculino.

—Somos muy masculinos —asintió Clay—. Tu hermano está en la ducha, pero no mientas...; has venido a vernos a nosotros.

—Me has pillado —respondí—. No podía estar lejos de vosotros.

—Ya, sí, claro. —Spencer me guiñó un ojo para hacerme saber que estaba bromeando—. Bueno, ¿te has enterado? Anoche Ford no quiso venir con nosotros. Creemos que tiene una mujer secreta en su vida.

—Oh, no —exclamé, fingiendo seriedad—. Ese chico necesita que le recuerden cuáles son sus prioridades.

—Exacto —afirmó Spencer meneando la cabeza—. Será mejor que hables con él al respecto. Imagínate, poner a una chica antes que a tus hermanos de fraternidad.

—Es un desastre —añadí, sentándome en el sofá para esperar a Xavier.

Al cabo de unos momentos, salió del baño. Tenía el pelo mojado y solamente llevaba una toalla enrollada alrededor de la cintura. Verlo así, de repente, me pilló por sorpresa durante un segundo y tuve que obligarme a no mirar. Hacía bastante tiempo que no lo veía sin camiseta, y su cuerpo fuerte y bien dibujado me impresionaba. Me sentí como al principio de estar con él, cuando empezábamos a salir y yo tenía que hacer grandes esfuerzos para que mis sentimientos no se me notaran. Ahora tuve que apartar la mirada de su musculoso pecho antes de que los demás se dieran cuenta.

—Eh —saludó Xavier—. Me pareció oír tu voz.

—Estaría bien que te vistieras —le dije.

—Sí, tío, ¿qué espectáculo crees que es esto? —preguntó Spencer.

—Ninguno que no hayáis visto antes.

Xavier se encogió de hombros, pero cogió una camiseta de manga corta de Ole Miss de un montón de ropa limpia y desapareció en su habitación para vestirse. Cuando regresó, me dio la mano y me hizo levantar del sofá.

—Vamos, hermanita, te invito a comer —dijo.

Yo sabía que era una excusa para salir del apartamento y poder pasar un rato a solas.

—A nosotros nunca nos invitas —se quejó Spencer—. ¿Por qué?

—No me caéis bien —dijo Xavier mientras salíamos de la habitación, sin volverse.

Spencer le lanzó un cojín, pero desaparecimos a tiempo por la puerta.

Cuando llegamos a la camioneta de Xavier, me arrellané con comodidad, aliviada por poder ser yo misma durante un rato. Él puso el motor en marcha y, de inmediato, sonaron los acordes de Brad Paisley en el equipo. Empecé a seguir el ritmo con los pies.

—¿Te has dado cuenta de en qué me ha convertido Ole Miss? —dijo Xavier—. Sintonicé una emisora de música *country* por voluntad propia.

Empezó a tamborilear con los dedos sobre el volante mientras cantaba: «*Listenin' to old Alabama, drivin' through Tennessee...*».

—En el fondo, eres un chico *country* —dije riendo—. Acéptalo.

Xavier, tirando de mi ancha camisa a cuadros, repuso, bromeando:

—Me parece que aquí solo hay una campesina.

—¿Sabes?, los chicos creen que tienes una novia secreta —dije, cogiéndole la mano y jugueteando con sus dedos. Echaba de menos poder tocarlo, estuviéramos donde estuviéramos, y quería aprovechar que en ese momento estábamos solos.

—¿Quiénes, ellos? —preguntó, señalando hacia el apartamento con la otra mano—. ¿Qué importa? Les costará adivinar con quién.

—¿No desearías, a veces, contárselo a todo el mundo? —suspiré—. Lo nuestro.

—Sí —respondió Xavier—. En especial desde que Spencer les habló a todos los chicos de la fraternidad de mi hermanita pequeña.

—¡No! —No pude evitar reír. Spencer era un personaje.

—Oh, sí. Ahora todos quieren conocerte. —Y, negando con la cabeza, añadió—: No lo van a conseguir.

—Bueno. Lo mío es peor. Las chicas están obsesionadas contigo.

—Eso es ridículo —dijo Xavier, mofándose—. Ni siquiera me conocen.

—Sabes cuál es tu signo del zodiaco, los deportes que practicas, dónde trabajaste el verano pasado y con quién fuiste de acampada —afirmé.

—¿Qué? —Xavier me miró, desconcertado—. ¿Cómo?

—No subestimes Facebook como herramienta de investigación.

—Es horrible —rio Xavier.

En ese momento mi móvil vibró y vi que Molly acababa de enviarme un mensaje en el que me preguntaba qué estaba haciendo.

—Ya empieza —gruñó Xavier—. ¿No puedes decirle que estás estudiando?

—Dice que tiene noticias...

—Seguramente serán del último culebrón —se burló Xavier.

Decidimos que iríamos a comer y que ya nos preocuparíamos de Molly después. Encontramos un tranquilo reservado en el fondo de una cafetería y nos acomodamos en él. Pasé las manos por encima del rayado vinilo borgoña de la mesa y observé las lámparas redondas y de colores que teníamos encima de la cabeza. Era un lugar oscuro y ruidoso, y me pareció que estábamos realmente escondidos del mundo. Las paredes estaban cubiertas de polvorientas fotografías enmarcadas y de banderas.

—Es fantástico —dije—. Me encanta estar en la universidad.

—Sí. —Xavier se desperezó y se recostó en su asiento—. La época más despreocupada de nuestra vida.

—¿Cuánto tiempo crees que durará? —pregunté, esforzándome por no mostrarme abatida.

—No importa —repuso Xavier—. Lo importante es que aquí estamos juntos. Tanto si dura un año como si lo hace una semana más, por lo menos tendremos la experiencia de haberlo vivido. Y, ¿quién sabe?, quizá regresemos algún día.

—¿Qué harías si no me hubieras conocido? —pregunté, de repente—. Quiero decir, ¿qué estarías haciendo?

Xavier no dudó en responder:

—Sería Xavier Woods, estudiaría Medicina, sería un fan secreto de Bama, y heredero de la tradición de Sigma Chi... Un *gigoló* absoluto.

—¡Estoy hablando en serio! —lo reprendí.

—¿Y qué clase de pregunta es esa? —repuso Xavier—. Todo sería distinto si no

te hubiera conocido.

—Sí, pero ¿en qué? —insistí.

—Bueno, para empezar, no habría vivido todo lo que he vivido, lo que significa que no valoraría tanto lo que tengo. Probablemente todavía seguiría buscando a la chica adecuada, y casi seguro acabaría trabajando en alguna oficina, viviendo en un barrio acomodado y tendría una buena familia.

—No suena tan mal —murmuré.

—He dicho «buena» —recalcó Xavier—. No «extraordinaria». No sería como lo que hay entre tú y yo.

—Supongo que no —dije, un tanto descorazonada.

No podía dejar de pensar en la familia que él podría tener si yo no estuviera a su lado para trastocar su vida. No era porque no pudiera darle hijos; era que no podía ofrecer el ambiente de estabilidad necesario para criarlos. Por lo menos no de momento, y quizá nunca. Esa imagen de vida perfecta era lo único que yo deseaba, y Xavier la estaba echando a perder sin pensarlo. ¿Quizás él menospreciara el valor que tenía? No podía permitir que lo hiciera.

Xavier me cogió la mano por encima de la mesa.

—¿Quieres saber cuál es la mayor diferencia? —preguntó con voz tierna.

Levanté la mirada. Casi podía sentir el calor que desprendían sus ojos azules.

—Todavía continuaría cuestionándome mi fe. Estaría batallando como todos los demás, intentando darle un sentido al mundo. Gracias a ti tengo una convicción que nunca creí posible tener. He visto el poder del Cielo; sé lo que los ángeles pueden hacer. Gracias a ti, el Infierno no es solamente un lugar conocido por las referencias de la Biblia: es una realidad. Gracias a ti sé que hay un dios ahí arriba. Y sé que él vigila cada paso de mi camino. Gracias a ti ahora creo que existe el Cielo y que un día llegaremos allí... juntos.

—El lugar blanco —susurré, y sentí que su mano apretaba la mía con suavidad—. ¿Sabes?, cuando te miro, siento esa presencia..., como si nuestro padre tuviera unos planes especiales para ti.

Era verdad. La energía de Xavier lo irradiaba todo a su alrededor, y era imposible sentirse infeliz en su presencia. A veces me parecía que podía saborearlo, y su sabor era como el del sol. Como el del amor.

—Yo ya no siento que seamos dos personas separadas —dijo Xavier, sonriendo con expresión soñadora mientras se acercaba la taza a los labios—. Es como si yo viviera dentro de ti, y tú, dentro de mí. Somos casi la misma persona.

—Así es como nuestro padre pretendía que los hombres y las mujeres vivieran y amaran —respondí—. Como una réplica de la Trinidad, en unidad el uno con el otro.

Entonces me di cuenta de que una chica que había en la mesa de al lado nos estaba mirando, y aparté la mano con un gesto brusco. Era difícil recordar en todo

momento que Xavier y yo ya no podíamos mantener ese intenso contacto físico en público. Él tosió un poco y sacudió ligeramente la cabeza, como si acabara de salir de un sueño.

—Bueno —dijo, en el tono de mayor despreocupación de que fue capaz—. ¿Vamos a ver qué quería Molly?

Los dos sabíamos que era mucho más seguro ir por ahí con Molly que arriesgarnos a estar a solas. La tentación de perdernos el uno en el otro era demasiado fuerte. Le mandé un mensaje de texto en el que le decía que viniera a la cafetería. Al cabo de quince minutos apareció, alegre como siempre, con una camiseta blanca que ponía «Harvard del Sur» y con un llamativo pantalón corto de color rosa. Se sentó en el reservado y nos miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿A que no sabéis qué?

—¿Qué?

Xavier puso una cara como si ya se hubiera arrepentido de haberla llamado.

—Tengo noticias.

—Ya lo vemos.

—Grandes noticias —insistió Molly—. Noticias de las que cambian la vida.

—Venga —reí—. Dínoslo.

Molly levantó la mano con un gesto gracioso y la colocó abierta encima de la mesa con expresión decidida. Hubiera sido imposible no ver el brillante anillo de compromiso en su dedo anular. Me quedé boquiabierto, y ella me dirigió una gran sonrisa.

—Salud a la futura señora Wade Harper.

—Oh, Señor... —Xavier no sabía qué decir.

—Sí, ¿verdad? —exclamó Molly, abrazándome—. ¿No es fabuloso?

—Bueno..., sí —respondí, procurando mostrar entusiasmo—. Pero ¿estás segura de que estás preparada? Solamente tienes dieciocho años.

—Tú también, y te has casado con Xavier —protestó Molly.

—Sí, pero yo... Eso fue... Supongo que tienes razón.

No sabía cómo decirle que Xavier y yo éramos distintos sin parecer engreída. Pero era cierto, nosotros estábamos en una situación muy distinta. Habíamos vivido muchas cosas juntos, nuestra relación había sido puesta a prueba a fondo. No habíamos tomado ninguna decisión precipitada. Me sentí mal al pensarlo, pero ese súbito compromiso de Molly me parecía el equivalente a un matrimonio en las Vegas durante una borrachera. ¿De verdad sabían en lo que se estaban metiendo?

—Molly... —empezó a decir Xavier, inclinándose hacia delante y hablando con tono de hermano mayor—, ¿estás segura de que te lo has pensado bien? ¿De verdad conoces a Wade tanto?

—Hablas como mi padre —replicó Molly.

—¿Se lo has contado?

—No, pero apuesto a que esto es lo que él diría. Se supone que los padres critican, y se supone que los «amigos» se alegran por una.

Molly nos miró a los dos con enojo. Estaba claro que nuestra reacción la había decepcionado.

—¡Nos alegramos por ti! —dije, mirando a Xavier—. Es solo que nos ha pillado por sorpresa, eso es todo.

La expresión en el rostro de Molly se suavizó.

—Bueno, Wade también me sorprendió a mí. —Se enrolló un mechón de pelo en el dedo, como si fuera una niña—. ¡Va a ser tan romántico! Ya veréis. Wade y yo vamos a ser tan felices como vosotros.

No le dije que nuestra felicidad tenía un precio. Desde fuera podía parecer que éramos un pareja perfecta y enamorada, pero yo había ido al Infierno y había regresado luchando, literalmente, por el derecho a estar con él. Eso era amor. Eso era el matrimonio. Y no estaba segura de que Molly estuviera en esa situación.

Enfrentamiento

—**T**e acompaño a clase —se ofreció Xavier.

Yo llevaba puesta su camiseta de manga corta de Sigma Chi, que me llegaba hasta las rodillas. Tenía que estar levantándomela todo el rato para que se viera que, debajo, llevaba pantalón corto.

—No tienes por qué hacerlo.

—Me viene de camino.

Una de las pocas ventajas de mantener nuestra relación en secreto era que Xavier había vuelto a cortejarme: me acompañaba a clase y me venía a buscar a la habitación para que pudiéramos salir o ir a comer juntos. Todo el mundo daba por sentado que éramos dos hermanos muy unidos.

—¿Podemos ir a la plaza a comer? —pregunté.

—Claro. ¿Por qué no llamas a Molly?

—¿En serio? ¿De verdad quieres que venga?

Xavier nunca había sugerido que llevara a Molly a ninguna parte.

—No —suspiró—, pero no podemos estar siempre los dos solos. Debemos tenerlo en cuenta.

—Pero ya no pasamos ratos a solas —refunfuñé.

—Pronto lo haremos. Este fin de semana muchos de los estudiantes se van.

—¿Por qué?

—Hay partido fuera.

Lo miré, sin comprender.

—Significa que los Rebs van a jugar a otro campo.

—¿Cómo es posible que el fútbol decida todo lo que sucede aquí? —pregunté.

Xavier me miró como si hubiera dicho algo profundamente ofensivo.

—Beth, aquí el fútbol es como una religión.

—Bueno, pues no lo entiendo.

—Te llevaré al próximo partido y lo comprenderás.

—Ya sabes que no me gustan las multitudes —me quejé.

—No te preocupes..., solamente serán unas sesenta mil personas —bromeó.

Me quedé boquiabierta, y Xavier me apretó el hombro con gesto fraternal.

—Oh, Laurie, tienes mucho que aprender.

Pasamos por delante de la imponente fachada del Lyceum, el principal edificio de la universidad, y observé sus altas columnas blancas. Había leído que, durante la guerra civil, ese edificio había sido un hospital. Los lechos de flores que lo rodeaban, llenos de narcisos y de pensamientos violetas, estallaban de color. Me maravillé ante el immaculado aspecto del jardín, consciente del gran esfuerzo que costaba mantenerlo.

Llegamos a la sala de conferencias, con sus filas de asientos de madera y los pulidos suelos de linóleo gris. La sala ya hervía de estudiantes que sacaban los portátiles de las mochilas y que charlaban despreocupadamente mientras esperaban la llegada del profesor de literatura inglesa. Entonces me di cuenta de que Xavier no tenía ninguna prisa por marcharse.

—Bueno, ¿voy a buscarte cuando termine? —propuse.

—Creo que me quedaré por aquí, si te parece bien. Quiero ver cómo es esta clase.

—¿Ahora no tienes grupo de estudio?

—Estoy seguro de que se apañarán sin mí.

—¿Sucede algo? —pregunté, extrañada.

—No, es solo que no tengo ganas de dejarte ahora.

No discutí. Sabía lo que quería decir. Después de la conversación que habíamos mantenido con Gabe e Ivy, yo también quería estar a su lado. Si algo tenía que suceder, quería que nos enfrentáramos juntos a ello.

Nos abrimos paso entre los estudiantes, que formaban grupos por todas partes, y llegamos a la última fila. Quizás esa fuera una actitud poco sociable, pero yo quería evitar cualquier pregunta acerca de qué estábamos haciendo allí juntos. De todas formas, estaba casi segura de que allí nadie me conocía lo bastante y de que no me prestarían mucha atención.

Ese día, sin saber por qué, me sentía nerviosa. Algo había cambiado. En algunos momentos me había parecido detectar un olor nauseabundo en el ambiente. Me acomodé en el asiento con la espalda erguida, casi sin tocar el incómodo respaldo. Xavier se había sentado con las piernas estiradas y cruzadas: al contrario que yo, parecía muy a gusto en su asiento.

El profesor Walker llegó —con su mata de pelo plateado totalmente tiesa, como si fuera la cresta de un gallo— sin ninguna nota en la mano. Solo tenía un manoseado libro bajo el brazo, la *Antología Norton de literatura*. Nos dirigió una expresión cansada, mirando por encima de la montura de sus gafas, que se le habían deslizado hasta casi la punta de la nariz. En cuanto se hizo el silencio, nos dijo que abriéramos

el libro por la página de la «Oda sobre una urna griega», de Keats. Oí que Xavier soltaba un gemido, y dos chicas que teníamos delante se dieron la vuelta y rieron con complicidad.

—¿Poesía? ¿Por qué no me has avisado?

—Ha sido idea tuya, recuérdalo.

—¿Es demasiado tarde para huir?

—Sí. Ahora tienes que quedarte. Además, quizás aprendas algo.

—Espero que no sea verdad que habla de una urna —dijo, frunciendo el ceño.

Le hincó el lápiz en el brazo para hacer que se callara. Xavier se hundió todavía más en el asiento y apoyó la cara en ambas manos, como si quisiera volverse invisible. Sus ojos azules y penetrantes me miraron como si lo hubiera traicionado, y yo le respondí con una sonrisa de satisfacción. Aunque la lección del profesor Walker fuera muy aburrida, yo estaba contenta de que Xavier se quedara a mi lado durante una hora más.

Pero se demostró que la clase de ese día no sería tan aburrida como Xavier había esperado.

El hecho de que los séptimos eligieran un espacio público para lanzar su ataque contra nosotros confirmó lo poco que valoraban la vida humana; no nos dejó ninguna duda al respecto. Más tarde, cuando lo recordaba, me di cuenta de que sus acciones iban en contra de todo aquello para lo que fueron creados. Se suponía que ellos debían mantener la armonía en la Tierra, en lugar de causar estragos. Pero fue como si un puñado de vidas humanas fuera un pequeño precio por pagar para capturar a un ángel descarriado. Después de ese día, empecé a albergar serias dudas sobre el compromiso del Creador en lo que ocurrió. Ese día fue como si una patrulla o facción rebelde del Cielo hubiera actuado por voluntad propia.

La primera cosa concreta que me alertó de que podían surgir problemas fue un fuerte estruendo en el cielo, algo que todo el mundo interpretó como un trueno. Solo yo recordé que el cielo había estado totalmente despejado unos minutos antes. Ese estruendo fue seguido por un casi imperceptible zumbido que me parecía vagamente conocido. Me inquietó tanto que me esforcé por escucharlo, a pesar de la voz del profesor. Pero deseaba tanto creer que se debía a algún problema del sistema de aire acondicionado que cuando vi algo, la sangre se me heló en las venas. Al levantar la vista hacia el techo abovedado de la sala, observé que el yeso se había vuelto dúctil como el barro. El techo entero parecía temblar como si fuera de gelatina, como si la habitación entera fuera una estructura maleable.

Fue entonces cuando se abrió la puerta de la sala y lo vi: un caballo blanco y dorado que bufaba y pateaba el suelo. Apareció como un dibujo mal esbozado que no hubiera sido terminado. De inmediato me agarré a Xavier y aplasté mi mano contra la

suya, sobre la mesa. Cuando el animal agitó la cabeza y apartó la crin blanca de la grupa, vi que la silla llevaba joyas engastadas. En otras circunstancias, habría sido una visión bonita. Pero en ese momento era una señal de alarma que anunciaba la llegada de sus dueños. Los otros estudiantes miraban hacia la puerta con curiosidad, sin hacer caso de su presencia. Los caballos solamente eran visibles para quienes comprendían su significado.

—Han vuelto —susurré—. Xavier..., son ellos.

No había terminado de pronunciar esas palabras cuando varias figuras enmascaradas aparecieron, como fantasmas, en la sala de conferencias. Ocultaban las manos y los pies debajo de anchas túnicas negras. Y el rostro, si es que poseían un rostro, se encontraba oculto bajo máscaras de yeso blanco que parecían pegadas a la cabeza. En ellas, las aberturas a la altura de los ojos solo dejaban ver las cuencas vacías detrás. Ni siquiera había otro agujero por el cual pudieran respirar, puesto que al no ser de este mundo no tenían necesidad de hacerlo. La única parte visible de su cuerpo eran sus manos callosas, de un color agrisado, como el de la carne podrida, medio cubiertas por unos mitones. Eran los séptimos de mi pesadilla, pero en ella yo solo había visto a uno de ellos. Ahora había, por lo menos, una docena.

Noté que Xavier, a mi lado, se ponía tenso. Los demás estudiantes se incorporaron y miraban con atención, algunos preocupados; otros, intrigados. Incluso algunos reían al creer que se trataba de alguna elaboradísima broma de los creativos chicos de las fraternidades. Ninguno de ellos podía saber la gran amenaza a la que se estaban enfrentando.

Xavier se lanzó al suelo inmediatamente y tiró de mí para que hiciera lo mismo y me ocultara. No me resistí, y me agaché a su lado debajo de las butacas plegables, entre las barras metálicas que se me clavaban en los omoplatos, con el corazón desbocado. Estaban muy cerca. ¿Era posible que no me hubieran visto? Pero no era posible que su entrada en la sala fuera una coincidencia. Tenían que saber que yo me encontraba allí. Aunque, si todavía no me habían visto, quizás aún tuviéramos alguna oportunidad de salir con vida.

Desde debajo del asiento casi no podía ver lo que pasaba. Oí que Xavier se ocupaba de apremiar a la gente para que se moviera.

—¡Salid! —gritó—. Aquí hay peligro. ¡Corred!

Cada uno reaccionó de manera distinta. Algunos se negaban a seguir su consejo, decididos a ver con sus propios ojos de qué iba el espectáculo. El profesor Walker había dejado de hablar y estaba de pie, boquiabierto. La gruesa antología que había estado leyendo se le había caído al suelo. Los séptimos bloqueaban las salidas; con esas voluminosas túnicas, se los veía impresionantes e inamovibles. El sonido de su respiración, ronca e interrumpida, llenaba la habitación. Las capuchas negras que ocultaban sus rostros se mecían bajo un viento invisible que las hacía ondear sobre

sus mejillas.

Algunas de las chicas, histéricas, miraron a Xavier buscando con desesperación una figura de autoridad que les diera instrucciones, puesto que todo el mundo estaba sin saber qué hacer.

—¿Qué hacemos? —gritaron, agarrándose las unas a las otras—. ¿Qué está pasando?

Xavier se dio cuenta de inmediato de que no había forma de salir de la sala de conferencias. Puso una mano sobre el hombro de la chica que parecía menos histérica y la miró directamente a los ojos.

—Túmbate y no te muevas —le dijo. Miró a las otras dos, cuyos rostros estaban cubiertos de lágrimas y sucios por el rímel, y añadió—: Cuídalas, te necesitan.

La chica asintió con la cabeza y tragó saliva. Hizo que las otras dos, todavía sollozando, se tumbaran al suelo, y las tres se arrastraron a gatas hasta debajo de una de las mesas en busca de protección. Muchos chicos y chicas todavía estaban intentando recoger rápidamente sus pertenencias, guardándolas en las mochilas.

Al oír la voz de Xavier, los séptimos reaccionaron con rapidez y empezaron a avanzar en nuestra dirección. No podían vernos, de eso estaba segura, pues eran como animales ciegos que para cazar dependían de sus agudos sentidos. Cada vez que giraban la cabeza de un lugar a otro se oían unos desagradables crujidos. ¿Qué utilizaban para detectarnos? ¿Se trataba del olfato, o de un sistema de reconocimiento de voz, o quizá podían percibir la vibración de nuestras almas para saber instintivamente quiénes éramos? Fuera como fuera, Xavier tenía que alejarse de allí. Alargué una mano y le cogí el tobillo. Él estuvo a punto de chillar, pero se contuvo a tiempo al ver mi cara, que lo miraba desde el suelo. Sin hacer ruido consiguió arrastrarse hasta debajo de un escritorio que se encontraba a mi lado. Los dos permanecíamos tan quietos como era posible, aguantando la respiración y sin atrevernos a mover ni un músculo.

Los séptimos sacaron unas largas y brillantes varas de metal de debajo de sus voluminosas capas. Me di cuenta de inmediato de que se trataba de espadas. Sus manos enguantadas las sujetaban por sus empuñaduras con joyas engastadas. Entonces vi, en las paredes blancas de la sala de conferencias, la sombra de unas alas oscuras y rotas, casi esqueléticas. Sus plumas parecían desprenderse de ellas, dejándolas desnudas. Solamente se veía la estructura y algunos restos colgando de ellas.

Al ver las espadas, la curiosidad que algunos todavía sentían se vio sustituida por el instinto de supervivencia. Los estudiantes entraron en pánico y empezaron a correr en todas direcciones mientras se cubrían la cabeza con los libros. Las espadas de los séptimos parecían cortar el aire y emitían un poderoso calor. Pronto el ambiente de la sala empezó a parecerse al de una sauna.

Los séptimos empezaron a recorrer los pasillos de un lado a otro. Uno de ellos pasó al lado del escritorio debajo del cual Xavier y yo nos habíamos escondido: pasó tan cerca que percibí el olor a humedad y a hojas podridas que emanaba de su túnica. Sujetaba la espada por la empuñadura, a la altura del techo, apuntando hacia el suelo. El calor que irradiaba ese metal era claramente perceptible: parecía que hubiera estado expuesto al fuego vivo. Un delgado rayo como de láser se proyectaba en la punta y parecía que buscaba algo. De repente, sin tener tiempo de moverme, el rayo pasó por encima de mi mano, todavía extendida hacia Xavier, y sentí el dolor profundo de la piel y el músculo quemados. El rayo pasó, y la mano, quemada, me humeaba. Tuve que morderme con fuerza el labio para no gritar, pero los ojos se me llenaron de lágrimas. La quemadura se extendía desde la muñeca hasta los dedos de la mano, y aparté los ojos para no ver la piel quemada y el músculo al descubierto. El séptimo se detuvo un instante, y me pareció oír que husmeaba en el aire como un lobo. ¿Podía oler la herida, mi miedo, o ambas cosas? Poco a poco, y con gran dificultad, giré la mano y la apreté contra la moqueta con la esperanza de que eso impidiera que el séptimo detectara nada. Apreté los dientes para soportar el contacto de las fibras de la moqueta con la carne quemada. Al cabo de un momento, el séptimo continuó avanzando y el rayo de la espada se alejó..., pero se dirigía hacia el tobillo de Xavier. Él se quedó congelado, esperando enfrentarse al dolor, pero no sucedió nada. El rayo pasó por encima de él sin hacerle ningún daño, y me di cuenta de que esas espadas estaban diseñadas para mí, para hacerme salir de mi escondite. Si una de ellas entraba en contacto con mi cuerpo, las heridas me obligarían a chillar y delatarme.

Las criaturas enmascaradas continuaban observando los rostros de la multitud con sus ojos ciegos. Oí la respiración de uno de ellos a mi lado, entrecortada, como si sufriera un enfisema en estado avanzado. Me sorprendía lo fácil que les resultaba ignorar los gritos y el terror de los estudiantes humanos que había a su alrededor, y me pregunté si podían oírlos por debajo de esas máscaras de yeso.

En medio de la confusión, una figura emergió y empezó a avanzar hacia la tarima. Al principio, lo único que pude ver de él fueron sus pesadas botas negras. A cada paso que daba golpeaban el suelo con tanta fuerza que parecían de piedra. Apreté la cara contra el suelo para intentar ver el rostro de ese misterioso recién llegado. Era alto, y de constitución ancha y sólida como una roca. Su piel era de un color negro profundo y brillante, y unas enredadas rastas le colgaban hasta la espalda. No llevaba máscara: no tenía motivo para hacerlo, y yo lo sabía, pues no tenía duda de su identidad. Se trataba de Hamiel, el líder de los séptimos y el profeta del cataclismo. Allá dónde iba llevaba el sufrimiento. Hamiel barrió la sala de conferencias con la mirada, sonriendo ligeramente.

—Sal. Sal de donde estés —dijo con una voz profunda y atronadora que, al

mismo tiempo, parecía tener una cualidad musical—. No puedes esconderte para siempre.

Xavier puso su mano encima de la mía con gesto protector, y yo volví la cabeza un poco para mirarlo. Hablar no era posible, pero sus ojos azules, brillantes y eléctricos lo decían todo sin palabras. Apretó su mano sobre la mía y supe que me decía: «No te atrevas. Ni se te ocurra entregarte».

Miré desesperadamente hacia las botas de Hamiel, y luego a Xavier otra vez. Hamiel no sería paciente durante mucho tiempo. Si no me entregaba, no había duda de que acabaría con todas las personas que había en la sala hasta que me encontrara.

La mirada negra de Hamiel cayó sobre una chica que se escondía no muy lejos de él. Se acercó a ella, imponente, y la chica soltó un chillido de miedo. La agarró por el pescuezo y la levantó del suelo, como si fuera un perro. Yo no sabía cómo se llamaba esa chica, pero reconocí su pelo rojo y su piel blanca: la había visto en los dormitorios. ¿Era Susie? ¿O Sally? No conseguía recordarlo, pero no importaba. Lo único importante era que moriría si yo no me entregaba. Hamiel lanzó a la chica al suelo y dibujó un arco en el aire con la espada hasta dejar la brillante punta, plana, en contacto con el cuello de ella. Hamiel jugaba con nosotros. Lo único que tenía que hacer era girar un poco el ángulo de la espada y la chica moriría al instante.

Había llegado el momento de actuar. Aparté la mano de la de Xavier y me acerqué a él silenciosamente para darle un beso en la mejilla. No era la despedida que me hubiera gustado ofrecerle, pero no tenía otra alternativa. No iba a permitir que una pobre chica muriera en mi lugar. Quizá yo fuera una desgracia para el Cielo, pero continuaba siendo un ángel, y mi trabajo era proteger la vida de los seres humanos. Eso no lo había olvidado.

No podía hablarle a Xavier y arriesgarme a delatarlo a él también, así que lo miré intentando comunicarle una parte de todo lo que sentía por él. Me resultaba difícil separarme, era como si intentara abandonar mi propio cuerpo. Pero la mirada petrificada de la chica pelirroja me impulsaba a actuar. El dolor de tener que abandonar a Xavier me invadía el pecho, pero ya tendría tiempo de llorar. En ese momento debía ser fuerte. Salí de debajo del escritorio, me puse en pie y, cruzando los brazos sobre el pecho, dije:

—¡Eh! ¿Me buscas a mí?

Se acabó la clase

Una sonrisa distorsionó el rostro de Hamiel y mostró sus blancos dientes, brillantes al lado de su oscura piel. Su expresión no era de diversión, solo de victoria. Había ganado, me había hecho salir de mi escondite y me tenía en sus garras. Hamiel dio una palmada con ambas manos y todos los séptimos se quedaron inmóviles, mirándolo, a la espera de instrucciones. Eran como perros entrenados que actuaban a ciegas siguiendo las órdenes de su amo. Si Hamiel pronunciaba una sola palabra, acabarían conmigo.

Noté un movimiento a mis espaldas, y vi que Xavier se erguía a mi lado. Al ver que él, protector, se unía a mí, casi se me rompió el corazón. Lo que más quería en el mundo era que estuviera a salvo. Pero debería haber sabido que nunca me dejaría enfrentarme sola al peligro. Mi condena era su condena. Ahora ya no nos podían separar. Quise llorar, pero no quería mostrar ningún tipo de debilidad delante de Hamiel, así que cogí la mano de Xavier y los dos entrelazamos los dedos con fuerza. Xavier, al igual que yo, se negaba a dejarse intimidar. Se apoyó en el escritorio y tamborileó en él con los dedos de la otra mano.

—Chicos, necesitáis salir un poco más —dijo—. ¿Y qué son esas máscaras? Venga, esto no es *Scream*.

Yo decidí sonreír con expresión de desafío. Fueran cuales fueran los horrores que nos esperaban, lo único que se podía hacer era demostrar que no podían con nosotros por completo.

Hamiel achicó los ojos y nos miró. Estaba claro que no había esperado esa reacción y, aunque su rostro permaneció impasible, vi un brillo de rabia en sus ojos.

—¿Quién te crees que eres, chico?

Xavier se encogió de hombros y respondió:

—Estoy con ella.

—Eso me han dicho —repuso Hamiel, dirigiendo sus ojos hacia mí.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —pregunté, casi provocándolo.

De repente la sala se sumió en la oscuridad, y los estudiantes —de los cuales ya nos habíamos olvidado— empezaron a chillar de terror. Xavier y yo nos cogimos de las manos, dispuestos a enfrentarnos a lo que viniera, fuera lo que fuera. Estábamos preparados para soportar el dolor, el vacío e, incluso, la muerte, siempre y cuando pudiéramos hacerlo juntos. A pesar de que parecíamos estar desarmados, nuestras mejores armas éramos nosotros mismos.

Las luces volvieron a encenderse y me di cuenta de que algo no iba bien. Hamiel parecía enfadado, incluso confundido. No había sido él quien había provocado esa oscuridad. Fue entonces cuando vi a Gabriel de pie, descalzo, en el pasillo central. Su cabello dorado caía a sus espaldas como una bandera ondeando al viento. Debería haber llevado puesta la túnica blanca que simbolizaba su jerarquía celestial, pero mi hermano había ignorado la etiqueta: solamente vestía un pantalón vaquero deslucido. La luz que su piel emitía caía sobre los estudiantes que estaban cerca de él, y estos tenían que apartar la vista para no ser cegados. La camiseta de manga corta de Gabriel brillaba con tanta fuerza que parecía una armadura blanca.

Se hizo un gran silencio y todo el mundo observaba al recién llegado. Los estudiantes se dieron cuenta de inmediato de que había llegado ayuda. Solo con mirar a Gabriel estaba claro de qué lado estaba. En él no había ni el más mínimo atisbo de oscuridad, y la expresión de su rostro mostraba un fiero instinto de protección: se encontraba allí para ayudar a las víctimas. Los chillidos dieron paso a los gemidos, rotos de vez en cuando por súplicas y murmullos de socorro.

De repente, Hamiel levantó un dedo. El gran techo abovedado se elevó y, con un profundo crujido, se arrancó de las paredes dejando solo un gran agujero. La parte desprendida empezó a caer sobre Gabriel, pero mi hermano solamente tuvo que levantar un brazo para detener la caída y lanzarlo contra un ángulo de la sala donde no pudiera hacer daño a nadie. Pasaron unos largos minutos durante los cuales no sucedió nada: Gabriel y Hamiel se miraban fijamente, y el polvo del yeso se fue depositando en el suelo, a su alrededor. Los séptimos, que todavía esperaban órdenes, permanecían quietos como estatuas.

Los dos guerreros celestiales se estuvieron mirando durante un tiempo que pareció eterno. Cada uno intentaba adivinar cuál sería el siguiente movimiento del otro. Yo sabía lo delicada que era la situación. En ese momento, las fuerzas de poder estaban equilibradas, pero, si se decantaban, aunque fuera ligeramente, en cualquiera de las dos direcciones, podía suceder un desastre. Gabriel también sabía que si la situación iba a peor, el poder de los dos provocaría el derrumbe del edificio sobre nuestras cabezas. No se arriesgaría a que eso sucediera.

Observé a los estudiantes, que ya no sabían qué pensar y que solamente esperaban a que ese cataclismo cesara. Algunos de los chicos se esforzaban por consolar a las chicas sollozantes, protegiéndolas con sus cuerpos, mientras que otros se cobijaban

inútilmente debajo de los asientos y se cubrían el rostro con las manos. No podía culparlos: debía de parecerles el fin del mundo.

—No tienes ninguna autoridad para invadir este lugar —dijo Gabriel en un tono duro como el acero—. Tu presencia aquí es injustificada.

—Igual que la tuya, hermano —repuso Hamiel—. Dime, ¿qué piensa el Cielo de los traidores hoy en día?

—Proteger a los inocentes no me convierte en un traidor —replicó Gabriel con tono de mofa—. Dime, ¿bajo las órdenes de quién actúas?

—Nosotros trabajamos al servicio del Reino —afirmó Hamiel con orgullo.

—No me mientas —bramó Gabriel. Con un gesto que abarcaba toda la sala, dijo —: Él no va a pasar esto por alto.

Hamiel me señaló con el dedo y sentenció:

—Ese ángel ha quebrantado la ley. Sus actos no serán perdonados.

—Tampoco lo serán los tuyos —repuso Gabriel.

—Hubieras podido evitar este juego del escondite —dijo Hamiel, riendo con satisfacción—. ¿Cuánto tiempo creíste que podías mantenernos lejos?

—Lo que te interesa es salvar las apariencias, ¿verdad? —lo acusó Gabriel con expresión disgustada—. El orgullo es una cosa peligrosa, hermano. Todos nosotros deberíamos saberlo.

—Se trata de justicia.

—Entonces, ¿por qué no te retiras? —sugirió Gabriel—. Deja que Dios haga con ellos lo que crea conveniente. Te aseguro que no será nada parecido a esto.

—No —se opuso Hamiel con arrogancia—. Él no puede ponerse al teléfono en estos momentos. El castigo es cosa nuestra.

El hilo de la conversación daba vueltas en el mismo círculo. Hamiel era hábil esquivando las preguntas de Gabriel sobre nuestro padre. Yo sabía que los séptimos estaban ejecutando su personal y desquiciada idea de lo que era la justicia, y me pregunté hasta qué punto los ejércitos que se ocupaban de mantener la paz en la Tierra no se habrían convertido en fuerzas rebeldes a las que había que temer en lugar de respetar.

Entonces Gabriel desplegó sus alas lentamente, y los estudiantes ahogaron una exclamación.

—No serás tú quien los juzgue —afirmó.

—Tú no tienes autoridad aquí, arcángel —replicó Hamiel.

—Sabes que puedo destruirte —se burló Gabriel.

—Sin duda, pero no sin provocar la pérdida de vidas humanas. Y sé lo mucho que eso te importa.

Y, por si no hubiera hablado bastante claro, Hamiel señaló a los indefensos adolescentes que estaban tumbados en el suelo.

—Entonces abre las puertas y que queden aquí solamente los implicados —dijo Gabriel.

Pero apelar al sentido de justicia del séptimo no pareció una buena estrategia:

—Demasiado tarde —contestó Hamiel—. Todos deben perecer.

Algunos de los estudiantes empezaron a gritar con más fuerza y a suplicar perdón. Otros cerraban los ojos con fuerza, deseando creer que todo eso no era más que una terrible pesadilla.

—Esta gente es inocente.

Pero la voz de Gabriel había perdido autoridad. Ahora parecía tan solo asombrado ante la indiferencia de Hamiel por las vidas humanas.

—El apego que sientes por estas criaturas de barro te debilita —dijo Hamiel—. Te aconsejo que dejes de pensar en ellos y que te preocupes por tu propio futuro. Además, no son inocentes. Llevan la culpa del pecado de Adán.

—¿Y por qué crees que Cristo fue enviado? —tronó Gabriel—. Él pagó sus deudas, sus culpas fueron lavadas por su sangre. ¿Por qué manipulas la verdad?

—¿Realmente vas a intentar detenerme? —dijo Hamiel, desafiante.

—Por supuesto —replicó mi hermano—. Esto lo vas a lamentar.

Mientras hablaba apareció una luz ámbar, a su lado, en el aire, que empezó a cobrar forma. Supe que era de Ivy antes de ver su mata de cabello rubio y sus ojos del color de la lluvia. Perteneía a la más alta de las órdenes angélicas y era capaz de transformarse en una esfera brillante y viajar a grandes distancias en cuestión de segundos. Hamiel, al verla, dio un paso hacia atrás. Ivy levantó una mano y unos rayos de luz emergieron de su palma y atravesaron el aire hasta cada uno de los séptimos, prendiendo sus negras túnicas en llamas. Los séptimos se batieron rápidamente en retirada: levantaron el vuelo y, uno a uno, desaparecieron por el agujero que había en el techo. Solo Hamiel permaneció en su sitio, abandonado: él era el líder, y no se dejaba intimidar tan fácilmente.

—Te destruiré —rugió.

Ivy arqueó una de sus delicadas cejas doradas.

—¿Con qué ejército?

Hamiel apretó los dientes y se agachó con la espalda encorvada como un animal a punto de atacar. Pero, en lugar de ello, introdujo la mano bajo su túnica y sacó un cetro. Fue tan rápido que Ivy no tuvo tiempo de actuar. Hamiel sabía que no podía tocar ni a Gabriel ni a Ivy, pero podía castigarlos de otra forma. Apuntó con el cetro a una chica que se encontraba tumbada delante de nosotros; ella intentó cubrirse el rostro. Entonces, del cetro emergió un rayo de energía que hizo temblar toda la sala. El chico que se encontraba al lado de la chica intentó cubrirla con su propio cuerpo para protegerla, y el rayo de energía le dio en un costado. Se oyó un sonido parecido al de la carne al cocerse en la barbacoa. Tuve que ahogar un grito de horror al ver que

sus brazos caían, inertes, a ambos costados de su cuerpo y que sus piernas quedaban completamente carbonizadas. El chico cayó al suelo, y vi que tenía el rostro ennegrecido y cubierto de quemaduras. Era Spencer. Lo único que había quedado intacto era su mata de pelo rubio y sus ojos. Los tenía abiertos y sin vida, clavados en el techo. En su rostro no había ni rastro de miedo, solamente una expresión de gran convicción.

Xavier miraba, asombrado, el cuerpo de su hermano de fraternidad.

—¡No! ¡Maldito seas! —gritó con la voz ahogada por la emoción.

Spencer había sido su compañero de habitación, su aliado, su amigo. Y ahora él también había muerto por nuestra culpa. Xavier dio un titubeante paso hacia atrás y se apoyó en un escritorio. Yo no estaba segura de si sería capaz de soportar alguna muerte más. En ese momento me pareció que la fuerza de luchar me abandonaba.

Me di cuenta de que la furia de Gabriel amenazaba con derrumbar el techo entero de la sala. Ivy parecía haberse encerrado en sí misma un momento; pero cuando abrió los ojos, lanzó rayos de fuego hacia Hamiel. El séptimo dio un gran salto en el aire y esquivó el ataque con agilidad, a pesar de su gran tamaño. Gabriel se concentró en proteger a los demás estudiantes: alrededor de cada uno de ellos empezó a formarse una red de luz azulada que parecía frágil, pero que, en realidad, era fuerte como una caja de acero. Pero Hamiel ya no tenía ningún interés en ellos. Ahora nos miraba a nosotros.

Yo deseaba con desesperación volver a reunir la fuerza que debía de estar dormida en algún lugar dentro de mí, pero me sentía tan aturdida por lo que acababa de presenciar que era incapaz de hacerlo. Hamiel alargó los brazos para cogerme y solamente fui capaz de levantar las manos en un intento de protegerme. Él me cogió las muñecas con sus enormes manos y las dobló hacia atrás, rompiéndolas como si fueran ramitas secas. El chasquido se oyó con toda claridad. De repente, salí disparada por el aire como una muñeca de trapo y rodé por encima de los escritorios, golpeándome la cabeza varias veces. Al final aterricé sobre las muñecas rotas y el profundo dolor que sentí me provocó arcadas.

Gabriel me rodeó con sus brazos de inmediato. Yo tenía la mente nublada, pero todavía era capaz de recordar lo que era importante.

—Xavier —susurré, esforzándome por incorporarme.

Pero el agudo dolor que sentía en las muñecas me recordó que ya no era capaz de ayudarlo. Xavier había quedado desprotegido.

—¡Beth!

Xavier había olvidado por completo la presencia de Hamiel. Lo único que le preocupaba era mi seguridad, pero se encontraba al otro lado de la sala de conferencias y no podía llegar hasta mí. Cada vez que yo estaba en peligro, se olvidaba de todo y se concentraba solamente en mí. Yo, desde donde me encontraba,

podía ver todo lo que sucedía. Vi que la amenazadora figura de Hamiel, con una expresión ávida en el rostro, aparecía detrás de Xavier. La victoria había llegado antes y con mayor facilidad de lo que había esperado. De repente, quise hacer muchas cosas: suplicar, rogar, gritar a Xavier que huyera, que luchara. Pero al abrir la boca solo fui capaz de emitir un débil gemido, porque todo aquello que para mí tenía significado en este mundo estaba a punto de serme arrebatado. Hamiel apartó sus oscuros ojos de mí y, con una sonrisa de satisfacción, apuntó el cetro hacia Xavier; un rayo de energía lo hirió en la espalda.

Xavier se llevó una mano al corazón y se quedó inmóvil. Con una expresión de confusión en el rostro, cayó de rodillas lentamente hasta el suelo. Todavía me miraba fijamente a los ojos, y en su mirada vi primero la conmoción, luego el dolor, y al final, la aceptación. Al cabo de un instante, sus párpados se cerraron y cayó al suelo.

Al ver que Xavier se desmoronaba delante de mí, grité con tanta fuerza que me dolieron los pulmones. Todo había sucedido tan deprisa que casi no había tenido tiempo de comprenderlo, pero su corazón dejó de latir; sus ojos habían perdido la luz de la vida. Ivy miró a Hamiel con una fiera expresión de ira, pero el líder de la orden de los séptimos se agachó un instante para darse impulso y saltar. Al momento, se elevó en el aire y desapareció por el agujero del techo. Lo último que vi de él fue su túnica arremolinada alrededor de su cuerpo y una expresión de triunfo en el rostro. A nuestro alrededor cayó una lluvia de trozos de yeso que nos envolvió en una polvorienta nube blanca.

Gabriel todavía me sujetaba. Desplegué las alas con tanta fuerza que lo tumbé de espaldas al suelo y volé hasta Xavier. Enseguida coloqué mis manos sobre su pecho para sacudirlo, sin prestar atención al dolor que sentía. Noté que Ivy y Gabriel llegaban a mi lado y oí que hablaban rápidamente entre ellos, pero no comprendí sus palabras. Me sentía como si me encontrara lejos, muy lejos, y tenía un pitido tan fuerte en los oídos que todos los demás sonidos me resultaban inaudibles. Mi mente se negaba a comprender lo que acababa de suceder. Me sentía engullida en una niebla que me llenaba la cabeza, y lo único que sentía era un terrible agujero en mi interior.

Gabriel colocó una mano sobre el cuello de Xavier para tomarle el pulso. Al cabo de un segundo levantó la mirada hacia Ivy y negó con la cabeza casi imperceptiblemente. A mí me pareció que nada de eso era posible, pero en lo más profundo de mi ser sabía que lo era.

Xavier estaba tumbado de espaldas; su rostro era hermoso y perfecto a pesar de que tenía la inmovilidad de la piedra. Esos ojos turquesa que yo tanto amaba miraban hacia el techo sin ver nada. Toqué su mano, todavía caliente, y nuestros anillos sonaron al chocar. Lo agité con fuerza, pero no respondió. Lo llamé una y otra vez, pero no obtuve respuesta. Y me di cuenta de que ya no podía llegar hasta él.

Hamiel lo había matado deliberadamente y sin piedad delante de mis ojos. Xavier

se había ido.

Los durmientes y los muertos

Ivy y Gabriel levantaron a Xavier del suelo y lo trasladaron hasta una oficina vacía que había al lado de la sala de conferencias. Una vez allí, lo depositaron suavemente encima de un gastado sofá de piel. Gabriel regresó a la sala para cuidar de los estudiantes que todavía permanecían en ella. Por la expresión de su rostro supe que hacía un gran esfuerzo al enfrentarse a la tarea que lo esperaba. Gabriel tenía la capacidad de borrar la memoria colectivamente. Yo no tenía ni idea de cómo explicaría el desastre de la sala ni el cuerpo abrasado de Spencer, pero en ese momento no me parecía importante, pues no podía apartar los ojos de Xavier. Su cuerpo, inerte, sobre el sofá, tenía el brazo caído; la mano rozaba el suelo.

El corazón de Xavier ya se había detenido, pero quizás esos preciosos segundos en que su alma tardaría en abandonar su cuerpo nos ofrecieran tiempo de hacer algo..., cualquier cosa. Alargué mis muñecas rotas hacia Ivy y con un único toque de su mano volví a tenerlas en su sitio; los huesos se recolocaron y se soldaron de inmediato. Sin perder tiempo me puse a trabajar con Xavier: arranqué los botones de su camisa y le coloqué las manos sobre el pecho desnudo y suave. Pero temblaba tanto que no me podía concentrar. Me esforcé por emitir las corrientes sanadoras que podrían hacer revivir el corazón de Xavier, pero mi propio corazón latía tan deprisa que no conseguía concentrarme.

Frenética, miré a Ivy, que se había arrodillado a mi lado. A pesar de que ya había recobrado su cuerpo terrenal, del cabello todavía le goteaban brillantes perlas de luz que se disolvían al tocar el suelo. ¿A qué esperaba? Ivy era una sanadora, y yo sabía que ella era la única que podía salvar a Xavier en ese momento. A fin de que tuviera sitio para trabajar, me senté en el sofá con la cabeza de Xavier en el regazo. Le aparté los mechones de pelo que le caían sobre los ojos y observé que sus hermosos rasgos empezaban a adquirir la palidez de la muerte. Miré a mi hermana con ojos suplicantes:

—¡Haz algo! —rogué.

Ivy me miró con desconcierto.

—No sé qué hacer. Ya se ha ido.

—¿Qué? —Yo casi chillaba—. ¡Ya lo has hecho en otras ocasiones, has hecho regresar a otras personas! ¡Te he visto hacerlo!

—Sí, pero eran personas que se encontraban cerca de la muerte —repuso mi hermana, asintiendo con la cabeza con insistencia—. A punto de morir. Pero él... ya ha pasado esa frontera ahora.

—¡No! —chillé, mientras empezaba a presionar el pecho de Xavier vigorosamente con ambas manos. Las lágrimas, calientes, rodaban por mis mejillas y caían sobre su pecho inmóvil—. Tenemos que salvarlo. No puedo dejar que muera.

—Bethany... —empezó a decir Ivy, mirándonos a los dos como una madre miraría a sus hijos heridos.

La aceptación que vi en la mirada de mi hermana me aterrorizó.

—No... —negué—. Si él muere, yo muero.

Esas palabras parecieron sacar a mi hermana de un sueño y devolverla al presente.

—De acuerdo.

Se apresuró a recogerse el pelo en un moño en la parte baja de la cabeza. Yo había visto muchas veces a Ivy sanar a otras personas, pero nunca la había visto esforzarse tanto. Mantuvo los ojos cerrados; la tensión de su rostro era cada vez más evidente. Murmuraba en silencio una invocación en latín de la cual solamente pude comprender las palabras «spiritus Sanctum». Cada vez la repetía con mayor fervor hasta que, al final, se detuvo para tomar aire.

—No está funcionando —dijo, sorprendida por el fracaso.

Mi hermana se mostraba dueña de sí comparada conmigo, pues mi corazón parecía querer salir de mi cuerpo.

—¿Por qué? —pregunté, sin fuerzas.

—O bien mi energía se está perdiendo, o bien Xavier se está resistiendo.

—¡Inténtalo con más fuerza!

¿Era posible que el alma de Xavier se estuviera resistiendo? Quizás había pensado que ofrecer su vida para salvar la mía era un buen acuerdo. Quizá había creído que la ira de los séptimos se sentiría satisfecha de esa forma. Imaginé lo que él hubiera dicho: «No parecía un trato tan malo». Quizás incluso muerto continuaba intentando protegerme. Quizá fuera lógico pensar que si uno de nosotros dos moría, nuestra separación sería completa y la misión de los séptimos se vería cumplida. ¿Había sabido Xavier desde el principio que Hamiel lo mataría? ¿Era posible que se hubiera ofrecido como si fuera un cordero destinado al sacrificio? Pero yo no pensaba aceptarlo: él había perdido el derecho a actuar por su cuenta desde el momento en que el padre Mel nos había casado.

De repente fui consciente de que en la habitación había otra presencia. Me di la vuelta y vi que se trataba del mismo ángel de la Muerte que había aparecido al final de nuestra boda. Se apoyaba en el quicio de la puerta; su afeminado rostro nos miraba con la misma impertinencia y aburrimiento que en la otra ocasión. Agitó la cabeza un momento y empezó a golpear el suelo con la punta del pie, como impaciente por que le llegara el momento de poder hablar. Sus alas negras se movían lentamente y levantaban una ligera brisa que, en el interior de la oficina, olía como una aceite perfumado.

—Lo siento, ¿llego en mal momento? —preguntó—. ¿Vuelvo más tarde?

Yo no tenía tiempo para sus sarcasmos. Xavier se estaba escapando de mí y cada segundo era precioso.

—¡Ni te acerques a él! —le advertí mientras a Ivy le temblaba todo el cuerpo a causa del esfuerzo por hacerlo revivir.

Rogué para que mi hermana no perdiera la fuerza y no desistiera en su empeño por impedir que se fuera al Cielo. Una luz dorada, del mismo color que el maíz, rodeaba las manos de Ivy, posadas sobre el pecho de Xavier; pero era una luz intermitente. Yo sabía que ella necesitaba tiempo para recuperar su poder de sanación, pero Xavier no tenía tiempo. De repente supe que la poca energía que todavía le quedaba no sería suficiente para lograr que superara ese momento de crisis.

—No servirá de nada —dijo el ángel, como si nos hiciera ver una obviedad—. ¿No os dais cuenta? Su alma ya ha salido.

—Devuélvenoslo —grité—. ¡Apártate de él!

—Siempre soy el chico malo —suspiró el ángel.

—Por favor, no te lo lleves —supliqué—. Dile que lo necesito, dile...

—¿Por qué no se lo dices tú misma? —repuso el ángel, y vi que dirigía la mirada hacia el otro extremo del sofá.

Miré hacia allí y me quedé boquiabierta por la conmoción.

Solo se veía una silueta borrosa, pero no cabía duda de que Xavier estaba allí, de pie, delante de mí. La imagen tenía poca densidad y, para verlo, tenía que concentrarme. El espíritu de Xavier estaba de pie en uno de los extremos del sofá. Parecía perdido, como si estuviera buscando el camino. Ahogué una exclamación. Ivy, al oírme, dio un respingo y el ángel de la Muerte nos miró con expresión burlona.

Ivy se dirigió hacia el espíritu de Xavier, que permanecía muy quieto.

—Xavier, ¿me oyes? Tienes que volver con nosotros. Tu hora no ha llegado.

El espíritu de Xavier la miró con expresión de no comprender, y luego giró la cabeza para mirar al ángel de la muerte.

—¿Seguro que no prefieres venir conmigo? —preguntó el ángel, invitándolo—. No te preocupes, puedes confiar en mí. Soy un profesional.

Ivy le dirigió una mirada de furia.

—Eh —protestó el ángel, bromeando—, este trabajo ya me aburre. ¿Por qué no me dejas que me divierta un poco?

El espíritu de Xavier continuaba sin moverse, y parecía no comprender lo que estaba sucediendo. Yo sabía que se encontraba atrapado entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Era una transición difícil, y para eso estaban los ángeles de la Muerte y los ángeles guardianes: para conducir a las personas desde este mundo hasta el del más allá. Pero ahora teníamos que conseguir que Xavier volviera, y eso no era fácil.

—Mírame —le dijo Ivy, alargando la mano hacia él—. Me conoces, sabes que puedes confiar en mí. Te llevaré de regreso a la vida que conoces.

Los dedos de Ivy tocaron los fantasmales y pálidos dedos de Xavier, y este, asustado, dio un paso hacia atrás.

—Ese discurso es patético —dijo el ángel de la Muerte.

Se giró hacia Xavier y, ladeando la cabeza y sonriendo con expresión dramática, dijo:

—Yo puedo hacer que el dolor desaparezca. Ya te puedes olvidar de todas las preocupaciones que te han estado acosando hasta ahora. Te llevaré a un lugar donde no te tendrás que preocupar nunca más. No habrá más muerte, ni más destrucción, ni más sufrimiento. Lo único que tienes que hacer es seguirme.

El ángel miró a Ivy con expresión de triunfo, como impresionado por su propia actuación. El espíritu de Xavier ladeó la cabeza ligeramente, como si las palabras del ángel de la Muerte lo sedujeran, y se alejó un poco de nosotras. Su movimiento provocó una casi imperceptible vibración en el aire. Miré a mi alrededor en busca de mi hermano: estaba acostumbrada a que Gabriel viniera en nuestro rescate y resolviera todos nuestros problemas. Pero ese día él tenía sus propios problemas. ¿Qué podía hacer yo? No podía coger a un fantasma, y el cuerpo de Xavier permanecía inerte y vacío. Además, no se podía matar a un ángel de la Muerte. No era posible matar a la misma Muerte.

El espíritu de Xavier me miró con expresión confundida, y luego lo hizo a su alrededor, como si estuviera decidiendo hacia dónde ir. El ángel sonrió afectadamente.

—¿Buscas la salida? Ven conmigo. Te la mostraré —dijo, invitando a Xavier.

—¡No le hagas caso!

El espíritu de Xavier nos miró a todos, uno a uno; no sabía en quién confiar. Yo sabía que en ese momento era muy vulnerable, que era muy influenciable.

—No debes ir con él —insistí—. Nunca podrás regresar. Te necesitamos aquí.

—Está mintiendo —dijo el ángel—. Solo quiere que te quedes con ella porque no quiere estar sola. Ven conmigo y nada volverá a preocuparte nunca más.

La situación se había convertido en una competición entre el ángel de la Muerte y

yo, y Xavier se encontraba en medio de los dos. Pero yo no tenía ninguna intención de permitir que el ángel lo apartara de mí.

—Dame la mano —apremié—. Te mostraré lo fácil que es.

Pero la estrategia no funcionaba. Xavier parecía cada vez más desorientado y confundido. Yo sabía que podía perderlo en cualquier momento, y que en ese caso se iría para siempre.

En ese momento Ivy se acercó a mí y me susurró al oído:

—Solamente tú puedes ayudarlo ahora. ¡Hazlo!

«Pero ¿cómo?», deseé gritar. Yo no tenía ni su fuerza ni su poder; en comparación con mis hermanos era débil. Pero en ese momento no había tiempo de pensar en eso, así que corrí hacia delante y me interpuse con firmeza entre el espíritu de Xavier y el ángel de la Muerte. Me llevé las manos a la cintura y lo miré. Al cabo de un instante, pareció que Xavier me reconocía.

—Escúchame, Xavier Woods —grité intentando cogerlo por los hombros, pero mis manos lo atravesaron limpiamente, así que bajé los brazos otra vez—. ¡Ni se te ocurra pensar en dejarme atrás! ¿Qué ha pasado con eso de «estamos juntos en esto»? Teníamos un pacto: «Adonde tú vayas, yo voy». Si ahora te mueres, tendré que encontrar la manera de seguirte. ¿Es que intentas matarme? Si no regresas conmigo ahora mismo, nunca te lo perdonaré. ¿Me oyes? ¡No puedes dejarme aquí sola!

Aquellas palabras eran tan íntimas que me di cuenta de que Ivy sentía que estaba invadiendo nuestro espacio. Incluso el ángel de la Muerte miraba al techo, como esperando a que yo terminara. El espíritu de Xavier me miró un instante y luego alargó una mano hacia mí.

—Vamos —susurré—. Regresa.

Mis dedos entraron en contacto con los de Xavier, ahora sólidos, y pude cogerlo con firmeza. Sabía que eso no duraría mucho tiempo, pero no podía apremiarlo más. Poco a poco, lo fui alejando del ángel de la Muerte y llevándolo hacia el sofá donde todavía yacía su cuerpo sin vida. Al llegar, Xavier se quedó de pie ante su propio cuerpo inerte, observándolo, y entonces Ivy intervino. Mi hermana elevó sus pálidas manos y las colocó a ambos lados de las sienes de Xavier. Alrededor de su cabeza se formó un halo de luz, y esa luz empezó a descender y a extenderse por todo su cuerpo como si fuera una fina neblina. Luego continuó hasta que llegó hasta su espíritu, lo rodeó y lo penetró. De repente, Ivy cayó sobre sus rodillas y levantó los brazos. Hubo un fuerte destello, y la neblina luminosa se convirtió en una luz cegadora que se desvaneció de inmediato llevándose al espíritu con ella.

Xavier, en el sofá, inhaló aire con fuerza, como si acabara de emerger de las profundidades del agua. Abrió los ojos y soltó un gemido. Yo, sollozando, me lancé sobre él y rodeé su cuello con mis brazos, deseando no soltarlo nunca más. De reojo, vi que el ángel de la Muerte nos miraba con expresión de fastidio.

—Has ganado —dijo, inclinando la cabeza levemente en una corta reverencia.

Luego se dio la vuelta y desapareció murmurando que ser un ángel de la Muerte ya no era tan divertido como antes.

Xavier todavía parecía desorientado, así que Ivy me obligó a apartarme de él.

—Todo irá bien, Beth —me dijo mi hermana, ofreciéndome algunos pañuelos de papel. Yo tenía el rostro lleno de lágrimas y no dejaba de sorber por la nariz. Lloraba con tanta fuerza que noté que se me hinchaban los ojos—. Todo va a ir bien —repitió con tono tranquilizador.

Tenía la mirada fija en el pecho de Xavier, que subía y bajaba al ritmo de su respiración, como si no creyera lo que estaba viendo y no acabara de confiar en las palabras de Ivy.

—¿Beth? —preguntó Xavier, todavía medio inconsciente y esforzándose por enfocar la mirada.

—Estoy aquí —le dije, rompiendo a llorar otra vez.

—¿Estás bien? ¿No estás herida?

—Estoy bien ahora que estás aquí —dije, tumbándome a su lado—. ¿Cómo te encuentras?

—Noto el cuerpo extraño —repuso, y me quise apartar de su lado.

—Tranquilízate —dijo Ivy—. Es completamente normal. Solo necesita descansar.

Xavier murmuró algo incoherente antes de cerrar los ojos y caer en un sueño profundo. Lo abracé con fuerza, disfrutando del calor de su cuerpo, y me hice una promesa: mientras estuviera viva, y fuera al precio que fuera, nunca volvería a permitir que nadie le hiciera daño.

Ahora que sabía que Xavier estaba bien, no me importaba que pudiera dormir durante un mes entero.

Gabriel volvió a entrar en la habitación. Tenía las alas plegadas, y se detuvo un momento para sacudirse el polvo de la túnica y los trozos de yeso del pelo. Al ver a Xavier, sonrió.

—¿Cómo le va a Lázaro? —preguntó.

—Pronto estará bien —contestó Ivy, poniéndose de pie. Se la veía agotada—. No ha sido fácil.

—Estoy seguro de que no.

Gabriel observó mi rostro surcado de lágrimas y mis ojos enrojecidos por el llanto. Me di cuenta de que él también parecía exhausto.

—¿Cómo ha ido? —pregunté.

—Ya está hecho —contestó mi hermano—. Los estudiantes culpan a la Madre Naturaleza y los servicios de emergencia vienen de camino.

—¿Y qué ha pasado con Spencer? —pregunté. Al recordar la última mirada que

habíamos intercambiado, los ojos volvieron a llenárseme de lágrimas.

—Nunca estuvo aquí.

La brevedad de la respuesta me hizo comprender que no era aconsejable pedirle más explicaciones. No sabía qué había hecho con el cuerpo de Spencer, pero seguro que debía de haberle sido difícil. Alterar los estados mentales y borrar la memoria era lo que más le costaba a mi hermano, así que solamente lo hacía cuando no quedaba otra alternativa. Debía de sentirse muy incómodo. Por suerte, Ivy dirigió la conversación hacia temas más prácticos.

—Será mejor que nos vayamos —dijo—. Antes de que alguien empiece a mirar por estas habitaciones.

Por lo menos, y de momento, la crisis había pasado, y los cuatro habíamos salido de ella relativamente indemnes. Yo no sabía si los séptimos obedecían la ley de Dios o no, pero elevé una plegaria en silencio: «Gracias, Padre, por arrancar a Xavier de las garras de la Muerte y por devolvérselo sano y salvo. Protégelo de todo mal y yo haré todo lo que me pidas».

Nos encontrábamos sentados en la habitación de un hotel de una localidad a las afueras de la ciudad. Habíamos puesto una distancia de seguridad entre nosotros y el campus, donde los séptimos habían lanzado su ataque. No estábamos preocupados por una posible venganza, pues sabíamos que todavía tardarían cierto tiempo en reagruparse.

—Apártate de la bestia.

Xavier abrió los ojos y los tres vimos de inmediato que estaba muy nervioso.

—Bienvenido —dijo Gabriel, desconcertado.

Xavier levantó la mirada hacia él, pero no pareció reconocerle. Sus ojos parecían vidriosos, como si tuviera fiebre. Le toqué la frente y noté que quemaba.

—La bestia está emergiendo del mar —dijo Xavier.

Empezó a moverse agitadamente en la cama, y no dejaba de mirar hacia la puerta, a pesar de que estaba cerrada.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—No estoy seguro —contestó Gabriel—. Está citando el Libro de las Revelaciones.

—Todo va bien, Xavier —dije, creyendo que debía de estar sufriendo una especie de estrés postraumático—. No hay ninguna bestia. Aquí estás a salvo.

Él se dejó caer sobre las almohadas, pero apretaba las mandíbulas como si estuviera sufriendo algún dolor. Vi que tenía el pecho cubierto de sudor.

—Beth, no. —Alargó la mano y me cogió la mía con una fuerza descomunal—. Tienes que irte. ¡Vete, ahora! ¡Prométeme que lo harás!

—Los séptimos se han marchado —le dije, con calma—. Gabriel e Ivy se han

encargado de ellos. Tardarán en regresar.

—¿Por qué no lo comprendes? —Se sentó de repente, con la espalda muy recta y una expresión de alarma en los ojos—. Nadie está a salvo. Él está aquí.

—Ivy, ¿de qué está hablando? —pregunté, mirando a mi hermana. Nada de lo que decía tenía ningún sentido—. ¿Qué le sucede?

—Cálmate, Beth. Dale un minuto. Creo que solo está desorientado. Estaba muerto, ¿recuerdas?

Xavier intentó ponerse en pie, y su rostro se puso completamente lívido. Trastabilló peligrosamente y tuvo que sujetarse a la cama para no caer.

—Espacio —dijo Gabriel con una clara expresión de preocupación en el rostro—. No hay ninguna prisa.

Xavier nos miró a cada uno de nosotros, completamente confundido. Y entonces, de repente, su expresión cambió.

—Bueno, ha sido divertido. ¿Podremos volver a hacerlo pronto?

Al principio no supe de dónde procedía esa voz tan mordaz. Ya había oído a Xavier hablando con sarcasmo en otras ocasiones, pero ni siquiera parecía que fuera él quien hablara. Alargué una mano hacia él, pero la retiré de inmediato. Nada había cambiado, pero era diferente. Su rostro había perdido toda su dulzura, como si alguien le hubiera remodelado las facciones y le hubiera conferido un aspecto duro y frío. Sus mejillas estaban más hundidas, y sus ojos se habían achicado con una expresión de burla que yo nunca le había visto. Gabriel e Ivy se miraron, incómodos.

—¿Qué? ¿Qué está pasando?

Los miré, pero fuera lo que fuera lo que pensarán, estaba claro que habían decidido no contármelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Gabriel en tono amable.

Me pareció que mi hermano tenía cierta idea de lo que estaba sucediendo, pero que quería asegurarse por completo. Quizá no estaba preparado para aceptarlo.

—¡Nunca me he encontrado mejor!

Xavier sonrió, complacido. Se apartó de la cama y se dejó caer en el sofá sin apartar la mirada de mi hermano.

—¿Xavier?

Él me miró y su sonrisa desapareció de su rostro. Por un momento quise acercarme a él y darle una buena sacudida para obligarlo a volver en sí, hacerle saber que podíamos superar ese trance si volvía a ser él mismo. Pero tenía la sensación de que mis palabras caerían en saco roto en ese momento, y que cualquier gesto de afecto no sería bien recibido.

—Me iría muy bien ir a correr un poco.

Xavier se había levantado y caminaba de un lado a otro, flexionando los brazos y dando patadas a las paredes. Nunca había sido hiperactivo; yo ya no lo reconocía: se

movía como un tigre enjaulado.

—Quizá deberías tumbarte un poco —dije, dando un paso hacia él.

—Beth, no —me advirtió mi hermano.

—No, no quiero «tumbarme» —repuso Xavier.

Había hablado en un tono agudo que imitaba el mío, como si se burlara, y con una frialdad pasmosa. Di un paso hacia él y noté que me sujetaba por el hombro. Lo miré a los ojos y dije, protestando:

—Xavier nunca me haría daño.

—No —repuso Gabriel—. «Xavier» no.

Capté algo en su tono de voz que no me gustó.

—Solo está agotado, eso es todo —dije en voz alta, negándome a aceptar ninguna otra alternativa.

Ya había llegado a mi límite emocional al ver que Xavier moría ante mis ojos. No sabía cuánto más sería capaz de soportar.

Todo eso debía de ser una reacción normal ante un exceso de estrés. Después de todo, los humanos, a diferencia de los ángeles, no tenían una reserva de energía ilimitada. Xavier había tenido que soportar tantas cosas durante las últimas semanas que era un milagro que no se hubiera derrumbado antes. Pero todo el mundo tenía un límite, y él había llegado al suyo. Recordé que había leído sobre eso en libros de psicología. Si se ejercía suficiente presión en alguien, llegaba un momento en que la persona empezaba a ceder y comenzaba a actuar de forma extraña. Pero no creía que Xavier pudiera tener ninguna reacción de rabia contra mí. ¿Qué le estaba sucediendo? La hostilidad que notaba en su tono de voz era mucho peor que la picadura de un escorpión. Era difícil ignorar cómo me miraba, como si fuera mi peor enemigo.

—Debe de haber algo que pueda hacer —susurré para detener las lágrimas que ya empezaban a deslizarse por mi rostro. En ese momento, tenía que ser fuerte, por los dos.

—La verdad es que sí lo hay.

Xavier nunca me hablaba con tanta formalidad. ¿Se habría golpeado la cabeza al caer al suelo? Lo miré, expectante, dispuesta a aceptar cualquier petición que pudiera hacerme. Me dirigí hacia el sofá, detrás del cual permanecía de pie, distante de nosotros. Ladeó la cabeza y me sujetó el rostro con ambas manos, observándome como si me viera por primera vez.

—Dime qué es lo que puedo hacer —repetí.

Xavier acercó sus labios a mi oído y susurró en voz baja:

—Puedes mantenerte lo más lejos de mí que puedas, pequeña zorra llorona.

Y entonces lo supe. La voz que me hablaba desde el cuerpo de Xavier no era la suya. La reconocí al instante. No había cambiado desde la última vez que la había oído, en un lugar que deseaba olvidar desesperadamente.

La voz de Lucifer continuaba teniendo esa mezcla de suavidad y dureza, como el azúcar y el aguardiente.

Un mal inquilino

Me llevé las manos al estómago, como si me hubieran clavado una puñalada. Quizá pareciera una reacción infantil, pero recibir ese veneno de Xavier fue como si me hubieran dado un golpe.

Me aparté de él y caminé, aturdida, hasta la ventana. Fuera, el sol continuaba brillando y los coches que pasaban parecían borrones de colores; sus conductores ignoraban lo que estaba sucediendo a poca distancia de ellos. Pensamientos contradictorios llenaban mi cabeza y colisionaban entre ellos como en una tormenta de meteoritos. ¿Cómo había podido suceder? ¿Qué íbamos a hacer? ¿Había alguna manera de liberar a Xavier antes de que algo peor pudiera suceder? Pero ¿qué podía ser peor que lo que había sucedido durante las últimas veinticuatro horas?

—¿Cómo ha podido pasar esto? —pregunté en voz alta, dándome la vuelta para mirar a mis hermanos—. No lo comprendo.

—Todo el mundo puede ser víctima de una posesión —dijo Ivy, esforzándose por hablarme en tono tranquilizador.

—No —repliqué, negando vigorosamente con la cabeza—. Ese tipo de cosas no les suceden a las personas como él. Se supone que su fe lo protege. ¡No es posible que su cuerpo haya sido invadido de esa forma!

—Bethany, piénsalo bien —intervino Gabriel en tono cariñoso—. Xavier había muerto... Esos minutos entre la vida y la muerte pueden haber sido tiempo más que suficiente para permitir la entrada de la oscuridad.

—Pero... —Noté una fuerte opresión en el pecho y los ojos se me llenaron de lágrimas. Sabía que mi hermano tenía razón—. Si justo acabo de recuperarle.

—No abandones la esperanza —dijo Ivy—. Esto solo significa que la lucha todavía no ha terminado.

Casi no la escuchaba. Pensar que Lucifer nos había estado observando, esperando la oportunidad para asestar su golpe, me hacía temblar. Habíamos estado tan preocupados por escapar de la ira del Cielo que me había olvidado de que éramos el

objetivo de otro depredador quizá más peligroso. El Cielo quería separarnos, pero parecía que el Infierno quería ejecutar su venganza. Los séptimos sin rostro no eran nada comparados con lo que estábamos a punto de enfrentarnos. Terribles recuerdos aparecieron en mi mente: el rostro de la hermana Mary-Clare, la monja del convento de Tennessee. En medio de la sangre y las heridas, de los labios sangrantes y los dientes apretados, recordaba cómo me miraron sus ojos: con una mirada completamente vacía que indicaba que ella no se encontraba en ese cuerpo. El demonio había destrozado su cuerpo, su mente y su espíritu. A pesar de que yo me encontraba en mi forma astral, y aunque no conocía a la víctima en persona, presenciarlo ya había sido una experiencia dolorosa. Pero esta vez le estaba sucediendo a Xavier, y no estaba segura de tener el coraje necesario para enfrentarme a eso.

No quería mirar a Gabriel y a Ivy: sabía que podían adivinar mi estado de ánimo con gran facilidad. No era tan inocente como para pensar que podría esconderles mis sentimientos, pero necesitaba unos momentos para asumir lo que estaba pasando y para controlar mis emociones.

—Vamos —dijo Ivy—. Tenemos que ponernos en marcha. No podemos quedarnos aquí.

Ivy se esforzaba por mantener una actitud resolutiva, pero había algo diferente y nuevo en su voz.

—¿Adónde vamos? —preguntó Xavier con tono alegre.

Su actitud jocosa era casi infantil, y me resultaba extraña viniendo de él.

—Te llevamos a nuestra casa —respondió Gabriel, mirando a Xavier con expresión analítica—. Podrás quedarte ahí hasta que... te sientas mejor.

—Un momento: ¿tenéis una casa? —interrumpí—. ¿Dónde?

—Aquí —contestó Ivy—. En Oxford.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

—Desde que llegasteis. Hemos estado más cerca de vosotros de lo que creíais, vigilando cómo iban las cosas.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

—Creímos que sería más seguro si no lo sabíais. Estar en contacto más a menudo nos habría delatado. Solo queríamos tener un lugar cerca por si teníais problemas. Y ha sido una suerte que lo hiciéramos.

—Ahora me encuentro bien —dijo Xavier de repente, sin preocuparse de seguir nuestra conversación.

Y, para demostrarlo, empezó a flexionar las piernas como un atleta que calentara antes de una carrera. Su actitud era un tanto exhibicionista, muy distinta a como Xavier se comportaba habitualmente. Verlo me ponía los pelos de punta y me hacía sentir incómoda. Xavier dirigió su atención hacia mí.

—Soy muy afortunado de tener una chica que no me abandonará.

Su tono era de burla y la sonrisa que me dirigió no mejoró las cosas.

—Tienes razón, tenemos que sacarlo de aquí —me limité a decir. Las cosas estaban tan mal que no me quedaba más remedio que estar de acuerdo con mis hermanos—. Antes de que haga algo que llame la atención.

—¡Vaya! —exclamó Xavier levantando la voz—. Esto por estar juntos. Qué mala vida.

Miré a Gabriel y asentí con la cabeza. Mi hermano cruzó la habitación en dos pasos y sujetó a Xavier por los hombros.

—Ivy... —dijo—. Necesitaré tu ayuda.

—Oye, oye, tómatelo con calma, papá oso —dijo Xavier con voz cantarina, levantando las manos como para demostrar que no oponía resistencia—. No me voy a escapar, me estoy divirtiendo demasiado para perderme esto. —Se rio y empezó a cantar—: «Me quedo contigo como si estuviera pegado con pegamento».

Xavier lo empujó sin contemplaciones hacia la puerta, donde Ivy esperaba con actitud inquieta. ¿Querría escapar? Pero, por algún motivo, no creí que fuera a hacerlo. Los demonios deseaban hacernos daño, y la mejor manera de conseguirlo era quedarse con nosotros. Xavier se dirigió hacia la puerta, pero, a medio camino, se detuvo y me miró. Sus ojos azules se llenaron repentinamente de una expresión que me resultó familiar, y me sentí desarmada.

—¿Tú también vienes, verdad, Beth? —preguntó—. ¿No irás a dejarme con ellos?

Al mirarme de esa manera, con esa expresión de sinceridad y los ojos tan abiertos, no supe si era él quien hablaba o no.

—Yo también voy —repose, esforzándome por no mostrar ninguna emoción.

Pero mis manos me traicionaban: no podía dejar de retorcerme. Caminé en silencio, con mis hermanos, hasta el aparcamiento, con Xavier detrás de mí, entonando una irritante canción. Me parecía que era como una bomba de relojería a punto de estallar en cualquier momento. Entonces me di cuenta de lo importante que era ocultarle. No podía quedarse en un hotel y no podíamos dejar que se acercase al campus. La verdad era que no tenía ni idea de qué haríamos a partir de ese momento.

Durante el viaje en coche hasta la casa, el comportamiento de Xavier continuó siendo impredecible. A pesar de que había expresado su deseo de que me quedara con él, durante el trayecto se comportó como si yo fuera su peor enemiga. Se sentó atrás, tan lejos de mí como fue posible. Apoyó el mentón en las manos y permaneció encorvado hasta tal punto que su postura parecía una contorsión. Durante todo el rato mantuvo la mirada fija en los edificios que dejábamos atrás, y de vez en cuando miraba hacia mí por encima de su hombro y con expresión maligna.

Decidí poner a prueba su reacción. Alargué el brazo y le coloqué la mano encima

de la rodilla. De inmediato, todo el cuerpo se le puso rígido y emitió un gruñido bajo y grave, como el de un animal herido. Creí que iba a mordirme, así que aparté la mano rápidamente.

Al cabo de poco tiempo, Gabriel condujo el coche hasta una amplia calle y aparcó delante de una casa con la fachada azul pálido y con un gran porche que la rodeaba por los cuatro costados. En la entrada había macetas llenas de hermosos crisantemos. Hasta ese momento no había visto nunca a mis hermanos vivir en ninguna parte. La verdad era que ni siquiera había pensado en ello. La casa era vieja y, al igual que la mayoría de las casas del sur, daba la clara impresión de pertenecer a otra época, de que tenía su propia historia. Allí dentro era posible imaginarse a la esposa de un soldado confederado despidiendo con la mano a su marido al marchar a luchar por el Sur. Pero, al mismo tiempo, la casa tenía un aire familiar y acogedor, como si nos diera la bienvenida. Después de entrar, recorrimos un corto pasillo hasta una cocina rústica con armarios blancos y paredes azules. Unas lámparas antiguas colgaban sobre la mesa central y encima del fregadero había estantes blancos llenos de piezas de porcelana antigua. Vi la guitarra de Gabriel apoyada contra uno de los armarios, y por un momento me permití sentir nostalgia de los tiempos en Byron y de la felicidad que habíamos compartido allí. Pero pronto volví a dirigir mi atención al presente.

Me senté en uno de los taburetes que rodeaban la mesa y esperé a que alguien rompiera el tenso silencio que había en la habitación. Gabriel observaba a Xavier como un águila a su presa.

—Buena queli —apuntó Xavier paseándose por la habitación y cogiendo libros, tazas y velas de cualquier parte para inspeccionarlas—. ¿Qué tenemos para beber? ¿Dónde guardáis la trilita? —preguntó, tumbándose en un banco que había debajo de la ventana, junto a la mesa del desayuno, sin hacer caso de la mirada de desaprobación de Ivy.

—Aquí no hay alcohol —repuso mi hermana, abriendo la nevera y sacando una botella de soda.

Y, sin previo aviso, lanzó la botella hacia Xavier como si fuera un disco y apuntando a su cabeza. La botella silbó en el aire, pero Xavier levantó la mano rápidamente y la cogió antes de que le golpeará. Ni siquiera había necesitado cambiar de postura. Ningún atleta humano, ni siquiera uno tan hábil como Xavier, hubiera tenido los reflejos necesarios para hacer eso.

—Buen lanzamiento.

Xavier abrió la botella y vació la mitad de su contenido sin respirar. Cuando terminó, se puso en pie y tiró la botella al suelo.

—¿Dónde está el baño? —preguntó con una sonrisa de triunfo—. Necesito una buena ducha.

—Arriba, la primera puerta a la izquierda —respondió Ivy, mirando a Gabriel,

intranquila.

Pero Xavier no salió de la cocina. Gabriel, rápido como un rayo, desplegó las alas, con lo que tiró todos los objetos que había sobre la mesa. Enseguida se lanzó contra Xavier, lo agarró por la cintura y ambos cayeron al suelo. Gabriel consiguió sujetarlo rápidamente, pero Xavier no se dejaba dominar con tanta facilidad: con una fuerza que parecía sobrenatural, empujó a Gabriel con las piernas y lo lanzó al otro extremo de la cocina. Mi hermano impactó contra el mármol con tanta fuerza que provocó una grieta en él. Al cabo de un momento ambos estaban de pie, frente a frente, como dos antiguos enemigos dispuestos a enfrentarse de nuevo cara a cara.

—¡Basta! ¿Qué estáis haciendo? —grité.

Di unos pasos hacia delante con la intención de interponerme entre ambos y obligarlos a recuperar el sentido común. Pero Gabriel me miró y la intensidad de su expresión me hizo parar en seco.

—No te pongas en medio. Te hará daño.

Sin quererlo, había distraído a Gabriel, y Xavier aprovechó la ventaja. Se lanzó contra mi hermano y le dio un puñetazo en la barbilla. Gabriel, pillado por sorpresa, quedó aturdido durante un momento, pero rápidamente le devolvió un fuerte golpe en las costillas. Xavier se plegó sobre sí mismo con los pulmones vacíos, pero pudo recuperarse a tiempo. Al ver que la puerta de la entrada había quedado abierta, salió corriendo hacia ella con intención de escapar. Gabriel se precipitó tras él, obstaculizado por las alas, que golpeaban las paredes. Pero las plegó de nuevo y consiguió atrapar a Xavier por los tobillos. Los dos cayeron contra la puerta mosquitera, rodaron por encima de la barandilla del porche y aterrizaron sobre las hojas muertas del patio delantero.

Ángel y ser humano se enfrentaron en medio del polvo. Ivy y yo observamos, inquietas. Al otro lado de la calle, dos señoras que se encontraban sentadas en sus mecedoras, tomando el té en el porche, alargaron el cuello como grullas para ver a qué se debía aquel escándalo. Pensé que en ese barrio no debían de producirse muchas peleas, y tuve la sensación de que aquel era el primer altercado que nadie viera en una calle tan respetable. Una de las señoras se había quedado inmóvil, con una mano sobre el pecho; la otra esbozó una mueca y desapareció dentro de la casa.

—La señorita Bishop va a llamar al *sheriff* —dijo Ivy, y por el tono parecía que ella hubiera estado pensando en hacer lo mismo.

—¿No deberíamos intentar impedirlo? —pregunté, temerosa.

—Ahora no. Gabriel nos necesita.

En ese momento, Gabriel levantó a Xavier y lo lanzó de cabeza al suelo. Quise correr en su ayuda, pero Ivy me lo impidió.

—¡Gabriel le está haciendo daño! —grité—. ¡Haz que pare!

—Está intentando ayudarlo. —Ivy me cogió por los hombros y me dio una

sacudida—. Si Xavier se va, no sabemos qué va a hacer..., a cuánta gente puede causar daño, incluido a sí mismo. Tienes que confiar en nosotros, Bethany.

Miré sus fríos ojos grises y asentí. Procuré mantener la mirada lejos de la pelea. Nunca había sentido un conflicto de lealtad tan grande. No podía negarle casi nada a mi hermano, si me lo pedía. Pero, al mismo tiempo, no era posible que abandonara a mi esposo cuando más me necesitaba.

Xavier se levantó con aspecto de estar mareado, y eso ofreció a Gabriel la oportunidad que necesitaba. Se colocó rápidamente detrás. Me pregunté qué se proponía, pero enseguida vi que deslizaba ambos brazos por debajo de las axilas de Xavier y que entrecruzaba los dedos de las manos detrás de su nuca. En esa posición, mi hermano podía mantener a Xavier inmóvil el tiempo suficiente para hacerle entrar en la casa otra vez. Xavier pronunciaba tales insultos que me pregunté si las pobres hermanas Bishop se recuperarían alguna vez del susto.

—Sois unas putas —chillaba mientras Gabriel lo arrastraba hacia la casa—. ¡Unas putas con alas! Os veré en el Infierno.

—Eh..., es un primo lejano —dijo Ivy en voz alta dirigiéndose a las dos mujeres que, desde el otro de la calle, nos miraban con la boca abierta y con aspecto de caer desmayadas de un momento a otro—. Tiene un mal día. Lo siento.

Y, rápidamente, mi hermana cerró la puerta.

—¡Abrid la puerta del sótano! —gritó Gabriel cuando hubimos entrado en la casa.

Ivy hizo lo que le pedía, y Gabriel y Xavier bajaron a trompicones los estrechos escalones de cemento que conducían hasta las entrañas de la casa. Miré hacia esa oscuridad con nerviosismo: no me gustaba estar bajo tierra.

—¿No podemos hablar aquí arriba? —pregunté.

—¿Con todo el jaleo que está armando? —Ivy negó con la cabeza—. Sería mejor que lo anunciara en las noticias de las siete.

Bajé con desgana los escalones detrás de mi hermano, pero procurando mantener cierta distancia de Xavier, que no dejaba de patear. Sus esfuerzos por desasirse de mi hermano no estaban causando ninguna reacción en Gabriel, cuyo cuerpo parecía haberse vuelto de piedra.

Yo temblaba. El sótano era frío y olía a humedad. Ese espacio, con el suelo sucio y las telarañas colgando del techo, parecía una tumba. No había ninguna ventana, ninguna ventilación, y era demasiado estrecho para que entrara algo más que un débil rayo de luz del día. Las paredes y el suelo eran de cemento reforzado, típico de muchas de las casas de la zona, diseñadas para soportar la fuerza de un tornado. También había las cosas que uno espera encontrar en un lugar como ese: cajas de almacenamiento, una lavadora-secadora y un congelador. Pero también había una vieja cama de hierro con un colchón carcomido por las polillas, cuyos muelles

sobresalían pronunciadamente. De la cabecera y de los pies de la cama colgaban unas argollas que, al verlas, me provocaron náuseas.

Parecía que Ivy y Gabriel habían previsto una emergencia como esa, porque ambos sabían exactamente qué hacer. Gabriel se encargó de sujetar a Xavier mientras Ivy le ataba las muñecas y las piernas. Xavier se debatía con fuerza ciega y siseaba como un animal salvaje. Por fin, Ivy y Gabriel pudieron apartarse de la cama. Xavier también debía de estar agotado porque ahora yacía con las piernas y los brazos abiertos encima de la cama, completamente quieto y con la mirada clavada en el techo.

—Ivy, ¿puedes ir a encargarte de eso? —preguntó Gabriel.

No comprendí a qué se refería hasta que oí las sirenas. Xavier rio para sí mismo, encantado de los problemas que estaba ocasionando.

—¿Estás seguro de que todo está bien aquí? —quiso asegurarse mi hermana.

Gabriel asintió con la cabeza.

—Pero no tardes.

Ivy salió en silencio del sótano, pero Xavier, animado por la posibilidad de escapar, empezó a gritar con tanta fuerza que Gabriel tuvo que ponerle una mano en la boca para acallarlo. Oímos las puertas de los coches al cerrarse y unas voces en la puerta de entrada. También oí la voz de Ivy, amable, que se disculpaba. Pude captar trozos de la conversación: Ivy les contaba que su joven primo había sufrido una recaída después de pasar un tiempo en rehabilitación. Mentía bien: aseguró que su primo había frecuentado malas compañías. También prometió que lo tendría bien vigilado hasta que se recuperara del todo. La voz del *sheriff* comunicaba que comprendía bien la situación. Era evidente que se sentía seducido por ella y no dejaba de chasquear la lengua y de llamarla «valiente jovencita». Le dijo que lo llamara en caso de que necesitara ayuda. Ivy le dio las gracias con gran educación y cerró la puerta con firmeza.

Cuando regresó al sótano, Ivy tenía una expresión dura como la piedra. Llevaba un montón de potes de sal que había cogido de la cocina y, rápidamente, empezó a dibujar un círculo en el suelo, alrededor de la cama, con la sal.

—¿Qué haces? —pregunté, asombrada.

—La sal y el hierro repelen a los demonios —respondió ella—. Necesitamos hacer todo lo posible.

Quise decirle que no se trataba de un demonio normal, pero no creí que eso resultara de ninguna ayuda.

—¿Recuerdas por qué? —preguntó mi hermana.

Entonces recordé lo que había estudiado como ángel.

—Porque son sustancias puras; y los demonios, al ser impuros, no pueden soportar estar cerca de ellas —dije.

—Bien —asintió Ivy con la cabeza.

—Pero no será suficiente, ¿verdad? No puede ser tan sencillo.

—Por desgracia, no. El demonio ya se encuentra dentro de él. Pero esto evitaré que escape hasta que encontremos la forma de destruirlo.

—¿Puedo quedarme con él?

—Por supuesto que no —contestó Gabriel con aspereza.

—¡¿Por qué no?!

—¿Es que no es evidente? Estás demasiado involucrada emocionalmente. Eso te hace vulnerable. No podemos arriesgarnos a que te engañe.

—No permitiré que eso suceda.

—Bethany... —dijo Gabriel, y su tono de advertencia fue suficiente para saber que debía ceder.

—De acuerdo —asentí con sequedad—, pero no puedes evitar que hable con él.

Gabriel no intentó impedir que me acercara a la cama. Xavier todavía tenía la mirada fija en el techo, y su rostro estaba lleno de los arañazos provocados por la gravilla del patio. A pesar de que tenía el cuerpo maltrecho y los ojos perdidos, su aspecto todavía me resultaba dolorosamente familiar: incluso en esa situación, mi corazón se detenía al acercarme a él. Me incliné despacio con intención de comunicarle, en susurros, aunque fuera una parte de lo que sentía, pero las palabras me fallaron: la persona que estaba tumbada en esa cama era desconocida para mí. ¿Qué podría decirle que le ayudara en su lucha? Todavía me estaba esforzando por encontrar las palabras adecuadas cuando Xavier, repentinamente, volvió la cabeza y su mirada era tan penetrante que no pude apartar la vista de sus ojos. Observé su profundidad azul en busca de alguna señal de reconocimiento, y por un segundo algo extraño sucedió: lo vi a «él». La expresión de sus ojos se dulcificó y me pareció ver en ellos algo del chico a quien amaba. Me di cuenta del esfuerzo que le estaba costando. Era como observar a un hombre que se estuviera ahogando intentar salir a la superficie para, de nuevo, volver a ser arrastrado hasta el fondo por una fuerza más poderosa que su voluntad de sobrevivir. Xavier se había ido, y sus ojos volvieron a mostrarse vacíos. Pero no me importaba. Sabía que estaba ahí, en alguna parte, y esa era la única motivación que necesitaba. A pesar de que todas las células de mi cuerpo me empujaban a salir huyendo, sabía que nunca dejaría que se enfrentara a eso él solo.

Cosas que van mal

Gabriel frunció el ceño: parecía perdido en sus propios pensamientos. Me di cuenta de que sabía algo de nuestra situación que no nos estaba contando.

—Vayamos arriba —dijo, de repente—. Tenemos que hablar.

Yo negué con la cabeza, firme.

—No voy a dejar a Xavier.

—Estará bien.

—¿Te parece que está bien? —pregunté, sin podérmelo creer.

—No he dicho que esté bien; he dicho que estará bien aquí abajo un rato. Bueno, ¿vienes o no?

Decidí mantenerme firme.

—No —dije, tozuda—. Tú e Ivy sabéis lo que hacéis. No me necesitáis.

Gabriel soltó un profundo suspiro. Sabía que estaba cansado y que le estaba agotando la paciencia.

—¿Y qué esperas conseguir exactamente al quedarte aquí abajo?

Me encogí de hombros.

—Todavía no lo sé —dije con sequedad—. Subiré dentro de un momento. Pero me gustaría estar unos minutos a solas con Xavier, si te parece bien.

—Está claro que no me parece bien —repuso Gabriel con irritación—. ¿Te has vuelto loca?

—¿No te parece que ya deberías dejar de decirme lo que debo hacer?

—Solo se preocupa por ti —dijo Ivy—. Ahora mismo no puedes ayudar a Xavier, y seguramente será mejor que no te quedes a solas con él.

—¡Está encadenado! —exclamé—. ¿Qué podría hacerme en esas condiciones?

—Bethany, no es momento de discutir. Xavier necesita que trabajemos juntos. Cuanto más tiempo desperdiciemos, más tiempo permanecerá esa cosa dentro de él. Bueno, ¿vas a ayudarnos o no?

A diferencia de Gabriel, que todavía tenía que aprender un poco de tacto, a pesar

de que llevaba siglos tratando con seres humanos, Ivy siempre sabía lo que debía decir. Los seguí escaleras arriba, un poco a regañadientes, y eché un último vistazo a Xavier para asegurarme de que estaba bien. No se había movido, y todavía observaba el techo sin parpadear. Al llegar arriba de las escaleras, me detuve.

—¿Y si sucede algo?

—Te prometo que lo oiremos.

—De acuerdo —rezongué—. Pero terminemos pronto.

Pero no terminamos pronto. Debería haber conocido lo suficiente a mis hermanos para saber que no tomarían ninguna decisión rápida. Cuando se encontraban ante una situación delicada actuaban como si caminaran sobre una cuerda floja. La vida de los seres humanos era frágil, y los demonios eran muy destructivos. Un solo error podría hacer que lo perdiéramos todo. En la cocina, permanecí de pie intentando controlar mi frustración mientras observaba a Ivy, que iba de un lado a otro preparando alguna especie de infusión. Mi hermana cogía lentamente las hojitas y las mezclaba en agua caliente. Gabriel también estaba removiendo cosas en los armarios: sacaba potes de sal y los alineaba encima de la mesa. Los dos se comportaban como si fueran excéntricos curanderos en lugar de ángeles suficientemente poderosos para arrancar a ese demonio de Xavier en cuanto lo decidieran.

—Eso lo va a matar, ¿lo sabes? —dijo Gabriel, leyéndome los pensamientos—. Si intentamos arrancárselo. No sobrevivirá al dolor. Primero tenemos que debilitarlo.

—De acuerdo —asentí, tensa.

No podía discutir eso. Estaba pendiente de percibir algún ruido que pudiera provenir del sótano, pero solamente se oía la respiración de Xavier, que en esos momentos parecía más rítmica. Deseé que eso significara que se había dormido a causa del agotamiento. Me destrozaba saber que se encontraba en esa situación, encadenado en el sótano, atrapado dentro de su propio cuerpo. Sabía que no podía precipitar las cosas, pero tampoco disponíamos de todo el tiempo del mundo. Ni Gabriel ni Ivy comprendían el amor humano, así que no entendían mi urgencia. No comprendían que era mi esposo el que estaba ahí abajo, completamente destrozado por dentro.

—Creo que necesitaremos refuerzos —dijo Gabriel con expresión pensativa.

Lo dijo con ligereza, como si hablara de lo que íbamos a cenar esa noche.

—Estoy de acuerdo —repuso Ivy, pero ella parecía menos cómoda ante esa idea.

—¿No sois tan poderosos? ¿Es que no podéis manejar esto?

—En condiciones normales, sí. Pero esto es distinto.

—¿Por qué? —pregunté.

Gabriel me miró con impaciencia.

—Creo que sabes por qué.

—¿Quiere decir que es porque se trata de él?

Por algún motivo, no era capaz de pronunciar su nombre. Quizá todo lo que su nombre evocaba era tan desagradable que no me atrevía a pronunciarlo en voz alta. Quizá también tenía miedo de que, si reconocía su presencia, todos los miedos que me había esforzado por borrar volverían en grandes oleadas. En parte, continuaba aferrada a la infantil creencia de que si el demonio no tenía nombre, era posible creer que solamente existía en la imaginación. Fuera cual fuera la razón, lo único que sabía era que tenía que estar al lado de Xavier. Pero el hecho de que la persona a quien yo más amaba y la cosa que más detestaba se encontraran en el mismo cuerpo me resultaba imposible de soportar. ¿Qué emoción se suponía que debía sentir? ¿Amor u odio?

Gabe tardó un rato en contestarme, como si tuviera que escoger bien las palabras.

—Porque no nos podemos permitir fallar.

—¿Eso qué significa?

—Significa que si fallamos, quizá Xavier no regrese vivo.

Esas palabras me provocaron un cortocircuito en el cerebro; pareció que el mundo se oscurecía un instante. Pero conseguí recuperarme.

—¿Por qué habríais de fallar? Exorcizar un demonio..., eso es lo que hacéis. Es lo que sabéis hacer, ¿verdad?

—Sí —contestó Gabriel, no muy seguro—. Pero lo hacemos gracias al poder que recibimos de arriba.

De repente, lo vi claro.

—Ah, ya lo comprendo —dije, apretando los puños—. A causa de los últimos sucesos, ya no estáis seguros de tener apoyo corporativo.

—Es una manera de decirlo.

—Así que el Cielo no está de nuestra parte. Eso nos deja en una posición muy vulnerable.

—No estamos seguros —intervino Ivy—. Todavía es posible que encontremos aliados.

—Suponiendo que quede alguno —dije en voz baja, y mi hermana arqueó un ceja.

—No pienses de esa forma.

—Somos proscritos. —Tuve que esforzarme por no chillar—. ¡Nadie va a venir a ayudarnos! ¿Por qué querrían hacerlo?

—Porque todos formamos parte de la misma familia.

—Estamos jodidos —farfullé.

—¿Es que ya no te queda fe? —preguntó mi hermano, sorprendido.

—¿Cómo es posible que me quede fe, si parece que Dios nos ha abandonado?

—Ahora es cuando más necesitas tener fe —insistió Gabriel—. No cuando todo va como tú quieres, no cuando tienes muchas cosas que agradecer, sino cuando la

oscuridad te rodea. Él siempre está ahí, siempre está observando, y de una forma u otra, te llevará al buen camino.

A veces detestaba que mi hermano fuera tan sabio. Todo lo que decía tenía sentido, y yo sabía que tenía razón, pero la tormenta todavía no había pasado. Debería tener fe, pero estaba muy cansada y me había dado cuenta de que ni siquiera los ángeles eran infalibles. Pero extrañamente, y a pesar de todo, en lo más hondo de mí, más allá de toda la preocupación, el dolor y la rabia, me pareció sentir que una mano me reconfortaba, como un susurro a mis espaldas que me animaba a seguir hacia delante y que me aseguraba que no estaba sola.

Mi atención continuaba dirigiéndose hacia la puerta del sótano. Ivy se dio cuenta de que la miraba de soslayo continuamente. Al final, se apiadó de mí:

—Bethany no nos va a servir de ayuda hasta que vaya a ver cómo está Xavier.

Gabriel asintió con la cabeza, comprensivo. Les di las gracias y me dirigí hacia el sótano; intenté no salir corriendo.

—Cinco minutos —dijo mi hermano a mis espaldas—. Asegúrate de no cerrar la puerta. Y, diga lo que te diga, no lo desates.

—De acuerdo —repuse.

—¡Espera! —llamó Ivy, y me dio una taza llena de algo que emitía un fuerte olor—. Intenta que se tome esto.

—¿Qué es?

—Infusión de mandrágora.

—No huele muy bien. ¿Para qué es?

—Espero que esto lo tumbe durante un rato. Así no tendremos que pasar la noche despiertos. Y veremos las cosas más claras por la mañana.

—Quizás —asentí.

—Y para entonces tal vez ya sepamos si tendremos ayuda. —Ivy se esforzó por mostrarse animada—. Después de ver a Xavier, deberías ir a dormir un poco. Tienes cara de agotada.

—Buena idea. —Sonreí sin ganas, pues sabía muy bien que había pocas posibilidades de que pudiera dormir—. Iré directamente arriba. Me aseguraré de que Xavier está bien y luego me iré a la cama.

Estaba dispuesta a asentir a todo lo que Ivy y Gabriel me propusieran con la condición de que pudiera pasar un rato con Xavier.

Bajé al sótano. Lo encontré descamisado, herido y atado a una cama; me costó no desmoronarme al verlo de esa manera. Aunque su cuerpo era musculoso y fuerte, nunca lo había visto tan vulnerable como en ese momento. Se le veía el agotamiento en la cara, tenía los labios agrietados y ya empezaba a aparecerle una ligera barba. Pero lo peor era su expresión vacía. Sabía que debía de resultarle enloquecedor ser consciente de lo que le estaba ocurriendo y no poder hacer nada al respecto. Xavier

nunca escapaba de un desafío, siempre elegía enfrentarse a sus enemigos en lugar de huir de ellos. Pero ¿cómo se podía luchar contra un enemigo que vivía dentro de uno mismo?

Le llevé la infusión caliente y la dejé con cuidado encima del viejo tocadiscos que había al lado de la cama, para que se enfriara. Luego fui hasta la desvencijada cocina y mojé con agua una toalla que Ivy había dejado para lavarle los arañazos que tenía en la cara.

Al sentir el contacto de mi mano, Xavier abrió los ojos. Al principio pareció aliviado al verme, pero luego recuperó el recuerdo de lo sucedido en las últimas horas y una expresión de horror oscureció su expresión.

—Beth —dijo, casi atragantándose—. ¡Lo siento tanto!

—Xavier, ¿qué sucede?

—Le puse una mano en la frente por pura costumbre.

—¡Esas cosas terribles que he dicho! ¡No quería decirlas..., ninguna de ellas!

Era difícil creer que de verdad era con él con quien estaba hablando. No sabía de cuánto tiempo disponía antes de que la oscuridad apareciera de nuevo. Me daba cuenta de que Xavier hacía un gran esfuerzo para luchar contra eso: estaba sudando y apretaba los dientes. Era increíble que hubiera vencido en esa batalla: uno no podía simplemente empujar a Lucifer a un lado como si tal cosa. Debía de ser más fuerte de lo que imaginábamos. Pero no podía perder el tiempo asombrándome por eso.

Le puse un dedo en los labios para hacer que se callara.

—No pasa nada. No eras tú. No pienses en eso. Toma... —Le acerqué la taza de infusión a los labios; sabía que al cabo de pocos minutos, quizás incluso segundos, la abyecta criatura que había dentro de él resurgiría y volveríamos a estar perdidos—. Tienes que beber esto, te ayudará.

Xavier levantó la cabeza, obediente, y dio unos cuantos sorbos. Inmediatamente, hizo una mueca de desagrado.

—Lo siento —dije—. ¿Sabe tan mal como huele?

—Sí.

En ese momento, las voces de mis hermanos, que deliberaban en la cocina, llegaron hasta nosotros.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Xavier con voz entrecortada.

Le debía resultar extraño que mis hermanos no estuvieran allí, encargándose de la situación con su autoridad habitual.

—Están intentando resolver las cosas. —Le di un apretón tranquilizador en la mano—. Lo solucionarán, te lo prometo. Tú solo tienes que resistir durante la noche.

Xavier apretó los ojos con fuerza y soltó un gemido de dolor, como si algo invisible se retorciera en su interior y luchara por recuperar el control.

—¿Durante la noche? —repitió. Me di cuenta de que había pánico en el tono de

su voz—. ¿Por qué tenemos que esperar? ¿No pueden hacer algo ahora?

—Están trabajando en ello, Xav —susurré, intentando encontrar algo más que decir que le resultara tranquilizador—. No hará falta mucho más tiempo.

Deseé que mis palabras lo consolaran un poco, pero Xavier apartó la cara.

—Deberías irte. No quiero que me veas así.

—No pienso ir a ninguna parte —insistí, acercándome más a él, como para demostrárselo—. De eso va el matrimonio: en lo bueno, lo feo y lo malo.

—Creo que esto va a ser demasiado malo —repuso Xavier con una expresión de dolor en el rostro.

—No me importa, así que deja de discutir —dije, decidida.

—Beth... —Sus dedos apretaron mi mano con fuerza—. No sé de cuánto tiempo dispongo antes de que..., de que vuelva. No puedo detenerlo. Es como si alguien apretara un interruptor en mi cerebro y yo perdiera el control.

Me incliné sobre él hasta que mi nariz tocó la suya.

—Nadie puede controlarte a ti, Xavier. Eres demasiado fuerte.

—¿Y si no lo soy? —susurró.

—Sé que lo eres. ¿Quieres que te diga por qué lo sé?

Él me miró a los ojos, y en su mirada vi aparecer el primer brillo de esperanza desde que lo habíamos llevado hasta allí.

—¿Por qué?

—Porque ahora eres tú quien está hablando conmigo. ¿Sabes lo difícil que es eso? ¿Lo inimaginable que es? Pero has conseguido vencerlo, y eso es mucho más de lo que nadie podría esperar. Tienes fuerza suficiente para luchar: solamente tienes que creer que puedes. ¿Lo harás por mí?

Xavier sonrió con expresión triste.

—Lo intentaré, Beth.

—Eso está mejor.

—Pero quiero que hagas una cosa por mí. —Los ojos de Xavier parecían más brillantes que de costumbre. ¿Estaba a punto de llorar?—. Si las cosas no salen como esperamos...

El resto de la frase murió en sus labios.

—¿De qué se trata, Xavier? —pregunté, a pesar de que ya sabía lo que quería decirme, y la emoción que me embargaba era casi imposible de soportar.

—¿Me prometes que no te vas a enfadar?

—Mmmm —solté, sin atreverme a decir nada.

—Sé que Ivy y Gabriel van a hacer todo lo que esté en sus manos, pero si no consiguen ayudarme...

—Lo conseguirán, Xavier —insistí—. Claro que lo conseguirán.

Pero él casi no me oía, estaba demasiado concentrado en lo que me quería decir.

—Hay algo mortífero dentro de mí, Beth. Voy a luchar con todas mis fuerzas, pero, si no gano, tienes que prometerme que me encerrarás, que me mantendrás en algún lugar donde no pueda hacer daño a nadie.

—No habrá necesidad de eso.

—Pero, si es así..., prefiero morir.

—No digas eso. —Se me ahogaba la voz, pero él insistió, decidido a terminar.

—Tienes que dejarme morir.

—¡No lo haré! —grité.

—Si se trata de elegir entre mi vida y la de otra persona, tienes que dejarme ir, Beth. No quiero tener más muertes sobre mi conciencia. No podría vivir con eso.

—Prometo que no permitiré que le hagas daño a nadie —repuse—. Eso es lo máximo que puedo hacer. Por favor, no me pidas más.

—De acuerdo —murmuró Xavier. Parecía que estaba a punto de perder la conciencia—. Nos veremos de nuevo. No me olvides.

—¿Qué? —pregunté.

Pero Xavier ya se había dormido. Estaba claro que el brebaje de Ivy era una poción potente.

—No te olvidaré —susurré, acariciándole la sien con los labios—. Me sería más fácil olvidarme de mí misma.

Fui arriba para coger un edredón, que me eché sobre los hombros, y me instalé en una vieja y destartada silla del sótano para vigilarlo. Ivy y Gabriel no intentaron impedírmelo esta vez: seguramente las lágrimas que me bajaban por las mejillas debían de ser una clara señal de que debían dejarme sola. En la oscuridad dormí de forma interrumpida, despertándome continuamente con cualquier sonido o cualquier aparente movimiento. Cada vez que abría los ojos me parecía que algo se había transformado en Xavier: sus mejillas parecían más hundidas y su boca tenía una expresión adusta que me era desconocida. Pero me dije que se trataba de un efecto visual producido por la penumbra.

Supe que se acercaba el amanecer al oír el canto de un gallo procedente de un patio de los alrededores. El gallo también despertó a Xavier y, en cuanto abrió los ojos, me miró. Sus ojos todavía eran brillantes y azules, pero no eran los suyos. Cuando habló, su voz era tan gutural y distinta de la suya que di un respingo de sorpresa.

—Un magnífico cuerpo.

—¿Qué?

No estaba segura de haberlo oído bien, así que me incliné un poco hacia delante.

—Este —repuso, bajando la cabeza y mirando su cuerpo—. Casi es una pena arruinarlo.

—Eres... —empecé a decir, en un súbito ataque de rabia.

Pero todas las cosas que quería decirle, gritarle, se me quedaron atragantadas y no pude pronunciar palabra. Sabía que Xavier se había ido y que ahora otro inquilino ocupaba su cuerpo, y que este alardeaba de sus nuevas estancias.

—¿Es que se te ha comido la lengua el gato? —Sonrió y jugueteó con las cadenas que lo ataban a la cama como si no fueran más que juguetes. Hablaba con voz gutural y pronunciaba descuidadamente—. Me alegro de que nos volvamos a ver, angelito. Te ha ido bien. Se está cómodo aquí. En realidad, me gusta tanto que creo que me quedaré.

—No te quedarás —afirmé, y el tono de tranquilidad con que hablé me sorprendió incluso a mí misma.

—¿De verdad? ¿Por qué estás tan segura?

—Puedes intentarlo, pero no ganarás —dije—. A nosotros no nos ganarás.

—Eso depende de lo que entiendas por ganar. —Su tono se hizo incluso más grave y expresaba mayor desprecio—. Estoy aquí, ¿no es así?

—No por mucho tiempo —repliqué, encogiéndome de hombros.

Pero mi actitud de desafío no lo impresionaba. Supuse que el diablo no se dejaba impresionar fácilmente.

—Te sorprendería saber lo tenaz que puedo ser.

—Gabriel es un arcángel muy poderoso —dije—. Pronto se encargará de ti. Será mejor que abandones ahora, porque, si no, no tendrás salida.

—«Mi hermano se encargará de ti. Tenemos que ayudar al pobre Xavier porque yo lo amo taaaaanto». —El tono helado de su voz y su risa amarga me golpearon como un latigazo—. Oh, Bethany, querida, tu inocencia es adorable. Ahora sí que tengo alguna oportunidad. ¿Sabes por qué? Porque no pienso moverme, y mientras esté aquí, tu querido chico está a mi merced. Y te aconsejo que no intentéis expulsarme. Puedo hacer mucho daño desde dentro..., en sentido literal.

En ese momento vi que la cabeza de Xavier se movía de un lado a otro, como si estuviera intentando despertar de una pesadilla. Tenía los ojos abiertos, pero no estaban enfocados en nada.

—¿Ves a qué me refiero?

—¡Xavier! —grité, alargando las manos hacia su pecho.

—Lo siento, ahora Xavier no está en casa. ¿Quieres que le dé algún mensaje?

Lucifer rio de su propio chiste.

—No puede oírme —dije, casi sin respiración.

—Oh, sí puede oírte —contestó Lucifer, alegre—. Es solo que no puede responder. Recuerda que sigue siendo su cuerpo. Él lo siente todo... agudamente.

Miré el rostro de Xavier en busca de una señal de reconocimiento, pero no encontré ninguna.

—¿Qué le vas a hacer? —pregunté.

—Solo tiraré de algunos hilos.

Apreté los puños. No existían palabras para expresar la profundidad del odio que sentía hacia él, pero sabía que no le haría ningún favor a Xavier si lo expresaba. Tenía que ser lista.

—Sé que estás enfadado conmigo —dije en tono de súplica—. Así que descarga tu ira contra mí. Véngate en mí. No le hagas esto a él. No es culpa suya.

—Oh, querida y dulce niña —se burló Lucifer—. Me estoy vengando de ti. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que esta? ¿Qué mejor manera que obligarte a presenciar la muerte de aquel a quien más amas... y de esta manera tan lenta y dolorosa? —Meneando la cabeza, añadió—: Es casi demasiado cruel.

—No lo hagas —amenacé—. ¡Sal de él, déjalo en paz!

Su mirada se posó en mi anillo de matrimonio.

—Oh, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Es que vas a ser una viuda, angelito? Qué trágico, perder a tu joven marido tan poco tiempo después del gran día.

—Si le matas, mi hermano te perseguirá —dije—. Lo haremos todos. Puedes estar seguro.

Lucifer me ignoró, y continuó con su propio hilo de conversación.

—Parece que la vida de casada te sienta bien. Has perdido ese aspecto de conejito asustado. Te estás convirtiendo en una mujer joven y bonita.

Me miró con detenimiento y, aunque se trataba del rostro de Xavier, su expresión era tan babosa que me hizo estremecer.

—¿Sabes una cosa? —dije de repente, sentándome en la cama, a su lado. Lucifer arqueó una ceja—. Hace unos minutos pensaba en lo mucho que te odio, pero ahora no creo que sea odio lo que siento...; es pena.

—Qué magnánimo por tu parte, pero de quien deberías tener pena es de ti misma. Ha sido un camino duro, ¿verdad? El elegir amar a un ser mortal. Tu amiguito ya ha muerto una vez, tu hermano y tu hermana están resentidos contigo, y papi ha lanzado a sus monos adiestrados contra ti.

—Mi padre no tiene nada que ver con eso —repliqué con enojo—. No te atrevas a meterle en esto.

—Piensa lo que quieras. —Lucifer se encogió de hombros—. Pero yo creía que él lo sabía todo... ¿No se supone que es omnipotente y todo ese rollo?

—Tiene muchas cosas de que ocuparse —dije, gruñendo—. Por ejemplo, arreglar los desastres que tú y tus sabandijas provocáis en todo el planeta.

—¿No es curioso como funciona todo? —Lucifer me sonrió—. Qué pena que ahora estés en la lista negra de papi.

—Tú no lo comprendes en absoluto, ¿verdad? —pregunté de repente—. El amor de Dios y su piedad son grandes. Solo porque te expulsara, eso no significa que nos abandone a todos. Se trata de eso, en el fondo, ¿verdad? Eres como un niño que se

siente abandonado por su papá.

Lucifer me miró con ojos helados un instante sin decir nada.

—No hables de lo que no sabes —dijo en tono amenazador.

—Sé más cosas de las que crees —repliqué—. Y sé que tú no siempre fuiste así, ¿no es cierto?

—¿Perdona?

—Todos conocemos la historia. Tú eras una de las estrellas más brillantes del Cielo. Nuestro padre te amaba y tenía grandes planes para ti. Pero tú lo fastidiaste todo. Y le culpas a él por ello. Pero fuiste tú quien cometió los errores.

Lucifer me enseñó los dientes, gruñendo.

—Deberías callar ahora que puedes, niñita. No creo que me quieras ver enfadado.

—¿Nunca has deseado haber hecho las cosas de otra manera? —insistí—. Apuesto a que sí, cada día. Seguro que un día supiste lo que era el amor.

—Y seguro que tú quieres saber qué le sucede a un joven miembro de una fraternidad cuando sufre una hemorragia interna.

—¡No! —chillé—. ¡Lo siento! ¡No le hagas daño!

Lucifer, que había tensado todo el cuerpo y que se inclinaba hacia delante todo lo que las cadenas le permitían, volvió a recostarse. Parecía respirar con mayor dificultad. Era evidente que algo de lo que le había dicho lo había afectado, aunque fuera un poco.

—Tenemos más cosas en común de lo que crees —me dijo al final, pasándose la lengua por los labios agrietados.

—Lo dudo mucho —negué.

—¿No te parece que tienes el defecto del orgullo? —preguntó—. Yo no veo que estés acatando la voluntad del Cielo.

Ese comentario me pilló por sorpresa, y sentí que las mejillas se me ruborizaban. Deseé que la penumbra le impidiera verlo.

—Oh, sí —continuó Lucifer—. Yo sé muchísimas cosas de ti, más de las que piensas.

—Tú no sabes nada de mí.

—Sé que nunca había visto que alguien tan pequeño e inofensivo se ganara tantos enemigos.

—¿Por qué desperdicias el tiempo con nosotros? —exclamé—. No valemos la pena; aquí no tienes nada que ganar.

—No creo que divertirme como me estoy divirtiendo sea una pérdida de tiempo.

—¿Qué es lo que quieres? —Me incliné sobre él, exigiéndole una respuesta.

—Formar parte de la familia —contestó con expresión inocente.

—Sé que tienes un propósito —insistí—. Y no se trata solamente de destrozar mi vida. Pero créeme: no lo conseguirás. Nunca te lo permitiré. —Observé el rostro de

Xavier con detenimiento, recordando cómo era antes—. Te has equivocado al elegir a tu víctima. No hay nada que yo no haría por Xavier.

—Entonces será interesante ver cómo se desarrolla todo esto. —Lucifer sonrió, complacido—. Pienso quedarme para verlo hasta el final, hasta el amargo final.

Viejas heridas

Justo cuando Lucifer dejó de hablar, se oyó un gran estruendo. La lavadora-secadora empezó a temblar de forma tan violenta que saltaba sobre el suelo de cemento. Miré a mi alrededor, inquieta, pues sabía que el aparato no estaba encendido. Las paredes retumbaron con el sonido de mil pies corriendo, y en el viejo tocadiscos sonó una distorsionada canción. La habitación se llenó de un ruido atronador. Finalmente, la desnuda bombilla que colgaba del techo siseó y se apagó, y nos dejó en una oscuridad absoluta.

Me tapé los oídos y cerré los ojos, pero me negué a moverme. Lucifer podía utilizar todos los trucos de su manual, pero no conseguiría apartarme de Xavier. Permanecí tiesa en la silla; las piernas me pesaban como el plomo y sentía la cabeza embotada por todo ese escándalo que amenazaba con volverme loca. De repente, todo paró y, cuando abrí los ojos, supe por qué: Gabriel e Ivy estaban de pie, arriba, en las escaleras, y su presencia había cambiado el ambiente por completo. Mis hermanos podían disipar la más profunda oscuridad con el brillo de sus auras.

Al verlos, mi ánimo mejoró al instante. Habían descansado y se habían duchado, y ahora parecían ser más ellos mismos, formidables y dispuestos a enfrentarse a todo. No sabía si habían escogido deliberadamente la ropa que llevaban, pero los dos vestían de un blanco resplandeciente. Ivy llevaba un vestido ajustado a la cintura y unas botas camperas; Gabriel se había puesto una camisa blanca con sus habituales pantalones vaqueros.

Los dos bajaron las escaleras despacio, como si siguieran unas instrucciones que solo ellos podían oír.

—¿Cuánto hace que estás aquí abajo? —preguntó Gabriel con tono distendido. Su voz no expresaba el más mínimo reproche, como si hubiera estado seguro de que me encontraría ahí.

—Unas cuantas horas —dije, sin concretar.

—¿Has dormido un poco?

—No mucho —admití.

—¿Por qué no subes arriba? —sugirió, con una amabilidad que me sorprendió—. Nosotros te relevamos a partir de ahora.

Quería subir, correr hacia arriba y enterrar la cabeza bajo una almohada con la esperanza de que, al despertar, todo se hubiera arreglado. Pero no podía irme. Se lo había prometido a Xavier y me lo había prometido a mí misma. Además, si Lucifer pensaba quedarse hasta el final, yo también lo haría. Estaba agotada y con los nervios destrozados, pero nada podría convencerme de que me fuera..., no hasta que Xavier estuviera a salvo. Entonces me di cuenta de que mis hermanos habían llegado solos. ¿Los ángeles se habían negado a acudir en nuestra ayuda?

—Primero vamos a intentarlo por nuestros propios medios —dijo Ivy.

Meneé la cabeza, pues pensé que ella había penetrado en mis pensamientos. Pero no lo había hecho: simplemente era mi hermana, y se daba cuenta de lo que me pasaba solo con verme. Gabriel estaba demasiado concentrado en la tarea que tenía entre manos para prestarme mucha atención. Me miró un instante como diciendo: «Si debes quedarte, estate callada». Asentí con la cabeza para que supiera que aceptaba sus condiciones.

Al ver que mis hermanos se aproximaban, Xavier se puso rígido. Mantenía los ojos apartados, sin querer reconocer su presencia. Entonces Ivy y Gabriel pasaron las manos por encima de él cubriéndolo de una fuerte luz amarilla. Xavier se removió con inquietud al principio, pero, al cabo de unos momentos, empezó a retorcerse de forma muy violenta, intentando soltarse de las cadenas que lo sujetaban.

Ivy llenó un cubo de plástico gris con agua del fregadero y lo colocó a los pies de Gabriel. Mi hermano empezó a recitar una oración de renovación mientras bendecía el agua y la santificaba con sus palabras. Xavier parecía estar cada vez más alarmado. Ivy cogió el cubo con ambas manos y se acercó a él, que la miraba como si llevara un arma letal. Pero Ivy no se dejó intimidar, ni siquiera cuando él le enseñó los dientes y rugió como una fiera. Ivy empezó a salpicarle el agua en el pecho desnudo; por el ruido que hacían, las gotas parecían caer sobre fuego en lugar de sobre su blanca piel. Xavier aullaba de dolor de forma tan insoportable que corrí hacia él para ayudarlo. Pero Ivy me lo impidió.

—No le hace daño —me dijo con firmeza.

—¡Sí se lo hace!

—Forma parte del ritual de limpieza.

Gabriel me lanzó una botella de agua y bebí la mitad sin siquiera detenerme para respirar. Tenía que tranquilizarme para poder presenciar eso. Al cabo de un momento, el sótano retumbó con una risa enloquecida y la expresión de sufrimiento desapareció del rostro de Xavier. Ahora sonreía de oreja a oreja.

—¿De verdad? —preguntó entre profundas carcajadas—. ¿Agua sagrada? ¿Sobre

mí? ¿Qué es esto, una película de serie B?

—¡Estaba mintiendo! —grité, olvidando mi promesa de permanecer callada—. ¡No sentía nada en absoluto!

—Ríete si quieres —dijo Gabriel con calma—. Pero solamente acabamos de comenzar.

De repente, y como si fuera una venganza, en la pared detrás de la cabeza de Xavier apareció la sombra de una serpiente. La serpiente empezó a realizar una macabra danza por toda la habitación, enroscándose alrededor de la cama, deslizándose hasta el suelo y entrando y saliendo de la rejilla de ventilación, lo que provocó que la estancia se llenara de polvo. Finalmente, la serpiente se quedó quieta a mis pies, formando un ovillo como de una oscura neblina alrededor de mis tobillos. Cada vez que intentaba alejarla de una patada, se dispersaba unos segundos para volver a cobrar forma de inmediato. Parecía estar dando un mensaje muy claro: «No puedes atraparme».

Mis hermanos permanecían impasibles. Ivy encendió varias velas y las distribuyó por el suelo de cemento formando un triángulo que proyectaba su sombra a lo largo de toda la habitación. De repente, una brisa procedente de la nada las apagó, y mi hermana, sin esperar, las volvió a encender con un movimiento del índice. Esto se repitió unas cuantas veces, como un aburrido juego de fuerzas. Al final la brisa cesó y las velas continuaron encendidas. Ivy sonreía ligeramente. ¿Había conseguido una pequeña victoria? ¿O quizá Lucifer ya se había aburrido y quería ver qué otro truco nos sacábamos de la manga? Yo no lo sabía; de lo único de lo que estaba segura era de que eso iba a tardar demasiado. Ya sabía que sería una batalla larga, pero empezaba a perder la paciencia.

Finalmente, Gabriel se acercó a la cama y tamborileó con los dedos sobre los pies de la cama.

—¿Quién eres? Dinos tu nombre —ordenó.

—Ella lo sabe —repuso Xavier, haciendo un gesto con la cabeza en mi dirección—. ¿Por qué no se lo preguntas?

—Porque te lo pregunto a ti —contestó Gabriel.

No había ninguna duda de qué demonio era el que había poseído el cuerpo de Xavier, pero conseguir que él admitiera su identidad era una parte vital del exorcismo. Yo sabía que no podía empezar hasta que eso sucediera.

—¿Quién eres? —insistió.

De repente, se abrieron las puertas de los armarios que se encontraban al otro extremo del sótano, y un montón de objetos —destornilladores, martillos y cajas de clavos— salieron volando hacia nosotros. Tuve que agacharme y cubrirme la cabeza con las manos para evitar los golpes y, al hacerlo, vi que uno de los martillos iba directamente hacia la cabeza de Gabriel. Pero el martillo, aunque impactó contra su

hombro, rebotó como si hubiera golpeado algo de goma y cayó el suelo sin hacerle daño. Gabriel se acercó hasta la cama y cogió a Xavier por la barbilla obligándolo a volver la cara hacia él, pero Xavier se negaba a mirarlo a los ojos.

—Dinos tu nombre —repitió Gabriel con un tono de mayor autoridad.

Una voz infrahumana, que no se parecía en nada a la amable voz de Xavier, respondió:

—No juegues conmigo, arcángel. Tú sabes quién soy. Mira en el interior y me encontrarás.

—Tu nombre —repitió Gabriel, y la criatura empezó a tararear una canción con actitud irreverente—. Quizá no me respondes porque me tienes miedo.

Si eso había sido una provocación calculada, funcionó. La expresión del rostro de Xavier pasó de la burla a la superioridad. Finalmente, clavó sus ojos azules en los de Gabriel.

—Tengo muchos nombres, pero has de saber que soy tu adversario, aquel a quien tú ayudaste a caer en el abismo.

Esa no era una información nueva, pero, a pesar de ello, me puso la piel de gallina. Entonces Ivy habló por primera vez, y lo hizo con su voz de serafín, sin rastro de su dulzura habitual.

—¿Qué asunto te ha traído aquí?

—Estoy poniendo mis cosas en orden —respondió misteriosamente la criatura.

—Habla claro —ordenó Ivy.

—De acuerdo. —La cabeza de Xavier giró en un grado poco natural para mirarla—. Estoy aquí por venganza. ¿Crees que permitiría que mi pérdida no fuera compensada? ¿Cuál es la expresión que utilizan los humanos? Ah, sí, «hay que darle al diablo lo que le corresponde».

—No te debemos nada —replicó Gabriel.

—Tú mataste a mi hijo.

—Era un monstruo.

—Tanto hablar del amor de un padre... Precisamente tú deberías comprender cómo me siento —gruñó Lucifer—. Y, hablando de esto, ¿dónde están tus hermanos? ¿Te han abandonado en estos momentos de necesidad?... Oh, vaya.

Resultaba desconcertante oír su voz, que en esos instantes había adoptado un tono infantil. Gabriel suspiró.

—No te desquites conmigo por tu complejo de inferioridad. ¿De verdad esperabas que te defendiéramos?

Me sentí confundida por un momento, hasta que me di cuenta de que no estaban hablando del presente. Ambos habían retrocedido en el tiempo, hasta el principio, cuando todo empezó.

—Yo esperaba un poco de apoyo de mis hermanos —contestó Lucifer—. Pero

estabais más que dispuestos a ver cómo me consumía en las llamas.

—Tú querías ser servido —repuso Gabriel con frialdad—. Y nosotros solamente servimos a un señor. Tú nunca comprendiste su soberanía.

—Él nunca debía haber favorecido a los hombres más que a nosotros —dijo Lucifer—. Los hombres, con sus tristes debilidades.

—Quizá por eso los eligió —afirmó Gabriel—. Porque, para ellos, cada día es una nueva lucha que nosotros no podemos comprender, porque ellos sufren más al escoger caminar a su lado. Además... —cruzó los brazos sobre el pecho—, no es cosa tuya cuestionar quién es merecedor de favor a ojos del Señor.

—Me preguntaba si el tiempo te habría cambiado —dijo Lucifer—. Pero veo que pretendes exhibir la misma estúpida superioridad moral de siempre, cantando sus alabanzas como un loco idiota.

—No gastes energías conmigo —repuso Gabriel—. Nada de lo que digas me causa ningún efecto. Solo estoy aquí para devolverte a las entrañas de la Tierra, donde pertenecen todas las cosas repugnantes.

—¡Inténtalo si te atreves! —replicó Lucifer, en tono venenoso.

Gabriel inhaló con fuerza y cerró los ojos.

—¡En nombre de todo lo que es sagrado, te ordeno que abandones este cuerpo!

El cuerpo de Xavier sufrió un breve espasmo, pero la risa gutural de Lucifer pareció durar una eternidad.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? Me temo que no va a funcionar, hermano. Todavía está en mi poder.

Observé el cuerpo de Xavier, que se retorció de dolor y apretaba las mandíbulas. Un hilillo de sangre le salía por una de las comisuras de los labios: debía de haberse mordido la lengua. Yo deseaba con desesperación poder ayudarle, pues su cuerpo estaba pagando un precio terrible. El día anterior, Xavier había estado clínicamente muerto, y traerlo de vuelta otra vez había supuesto una gran batalla. ¿Cuánto más podría aguantar su cuerpo antes de abandonar del todo?

Sabía que debía permanecer callada y no meterme, pero las palabras salieron de mi boca sin que pudiera evitarlo.

—¡Siento lo que le sucedió a Jake! —exclamé. Gabriel me fulminó con la mirada, pero fingí no darme cuenta—. No fue culpa mía. No fue culpa de nadie, solamente suya. Ojalá las cosas hubieran salido de otra manera, yo quería ayudarle... Lo intenté, pero no pude. Siento que se haya marchado, pero no descargues tu ira en Xavier.

—¿Lo sientes? —preguntó con sarcasmo—. Bueno, supongo que eso mejora las cosas.

—Hacerle daño a Xavier no va a devolverte a tu hijo.

—Eso es cierto. —Hubo un largo silencio—. Solo tú puedes traerlo de vuelta.

—¿Perdón? —Estuve a punto de desmayarme de la conmoción.

—Él regresaría por ti —dijo la voz—, si lo llamas por su nombre.

—¿Qué...? —tartamudeé—. ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿En qué ayudaría? Él continuaría estando muerto.

—No tuve oportunidad de despedirme de él. —Lucifer parecía casi sincero—. Quiero darle la oportunidad de saldar las cuentas, de que su alma pueda descansar.

—¿Qué alma? —rezongó Gabriel.

—Ni se te ocurra hacerlo, Bethany —advirtió mi hermana.

Xavier meneó la cabeza, como decepcionado.

—Su único crimen fue amarte, y tú le pagaste enviándolo a los brazos de la Muerte.

—¡No es eso lo que sucedió!

—Beth, no le escuches. Te está tendiendo una trampa. —Gabriel miró a Ivy con gran preocupación—. Deberíamos sacarla de aquí.

—¿Qué quieres decir con «saldar las cuentas»? —pregunté, sin hacer caso del nerviosismo que percibía en mis hermanos.

—Esta es mi propuesta —dijo Lucifer—: tú eres la única que tiene el vínculo suficiente para invocar a su espíritu. ¿Por qué no lo llamas y dejamos que él decida lo que es justo?

Su voz sonaba como una nana, me seducía y captaba mi atención. De alguna extraña forma, lo que decía tenía sentido. Quizás invocar a Jake era la única cosa que podía tranquilizar a Lucifer.

—Es la peor idea que he oído nunca —afirmó Gabriel—. ¿Es que crees que es estúpida?

Pero yo ya me estaba acercando a la cama.

—¿Quieres que dejemos que Jake decida si Xavier vive o muere?

—No —me corrigió Lucifer—. Todos sabemos cómo acabaría eso. Quiero que le des a Jake una cosa que él quiera..., y, a cambio, te devolveré a tu esposo.

Levanté la barbilla, desafiante.

—¿Y si lo que pide no es aceptable?

—Entonces serás libre de no acceder —repuso Lucifer como si fuera la cosa más sencilla del mundo—. Traigámoslo aquí y veamos qué tiene que decir.

Noté que Gabriel me cogía por el hombro. ¿Sabía lo que iba a suceder?

—No hagas locuras —me dijo al oído—. Confía en mí.

—Puedes confiar en él todo lo que quieras —insistió Lucifer—, pero él no ha conseguido devolverte a Xavier todavía. Yo soy el único que lo puede dejar libre.

Sabía que era una idea arriesgada, y en parte no podía creer que la estuviera siquiera considerando. Y no lo habría hecho si Gabriel e Ivy hubieran tenido la situación bajo control. Pero mis hermanos parecían indefensos al no tener una guía desde arriba. ¿Era posible que un trato con el diablo acabara bien? Pero, en realidad,

no tenía otra alternativa. Me resultaba duro pensar en la posibilidad de hacer regresar a alguien a quien había apartado de mi vida con tanto esfuerzo. Jake Thorn me había atormentado, me había enloquecido, y casi me había matado. No quería volver a ver su cara mientras viviera. Pero, si no lo hacía, quizá nunca volvería a ver a Xavier. Y un acto desesperado era mejor que no hacer nada.

—Bethany..., por favor.

Gabriel casi me suplicaba, pero yo estaba hipnotizada por esos ojos azules que me eran tan familiares y tan extraños al mismo tiempo.

—Hazlo, Bethany. —La voz penetraba en mis oídos como un hilo de humo—. Escucha tu corazón. Llámalo. ¿Qué mal puede hacerte?

—Arakiel.

Pronuncié el nombre en un susurro casi inaudible, pero noté que esa palabra permanecía suspendida en el aire como si tuviera cuerpo. Supe que algo estaba a punto de suceder al ver el cambio en la expresión de Gabriel y la manera en que Ivy parecía prepararse para lo peor.

Fuera soplaban un viento tan fuerte que se oía incluso desde el sótano. De repente, se detuvo, y una nube de humo se filtró por la rejilla de ventilación. La nube llegó hasta el suelo y, allí, empezó a cobrar forma hasta que apareció la figura de Jake Thorn, como un fantasma. A pesar de que casi era posible ver a través de él, tenía el mismo aspecto que el día en que lo conocí: la misma piel pálida, los mismos pómulos marcados y los mismos ojos de gato, de un verde brillante que contrastaba con su oscuro cabello. También tenía los mismos labios bien dibujados, casi femeninos de tan rojos, y la misma nariz delgada. Iba vestido igual que el día que murió, con una camisa blanca y un frac. Su expresión también era conocida: una extraña mezcla de belleza y crueldad.

—Bethany —dijo, y su voz pareció de alguien mayor—. Me alegro de verte de nuevo.

La actitud despreocupada con que se había dirigido a mí me dejó pasmada. Resultaba difícil fingir que no me sentía sorprendida y aterrorizada por lo que estaba pasando: estaba hablando con el fantasma de un demonio muerto al que yo misma había ayudado a morir.

—¿Jack? ¿Eres tú de verdad? —dudé—. Eh..., ¿cómo te va?

—Bien, técnicamente estoy muerto. —Cruzó los brazos sobre el pecho y dirigió una amarga sonrisa a Gabriel—. Así que he estado mejor.

Lucifer, como hipnotizado, observaba el fantasma de Jake a través de los ojos de Xavier. Jake cruzó la habitación flotando hasta la cama y, al ver el estado de Xavier, arqueó una ceja.

—Ah, bien, papá está aquí.

—Arakiel, bienvenido.

—Debo decir —Jake señaló el cuerpo de Xavier con un gesto de la mano— que me gusta la idea que has tenido.

—Por supuesto —repuso Lucifer, pero su expresión satisfecha pronto dio paso a la preocupación—. Me entristece verte reducido a esto.

Esas palabras no sonaban bien en boca de Xavier: demasiado desafinadas y roncadas, como el rechinar del vidrio roto.

—Oh, ya me conoces —contestó Jake—. Aceptando las cosas como vienen..., tal como me enseñaste.

—Te hemos llamado por un motivo —dijo Lucifer con tono indulgente—. Para ofrecerte una especie de recompensa.

—¿Ah? —Jake ladeó la cabeza.

—Queremos que nos ayudes a saldar una cuenta. —Los labios de Xavier dibujaron una sonrisa.

Jake asintió con la cabeza brevemente.

—Siempre es un placer ser de ayuda. —Y, llevándose una mano hasta la barbilla, como si fuera un médico, añadió—: ¿Cuál es el problema?

—Quieren que libere a este mortal, y yo estaré más que contento de acceder... pero no sin poner un precio. Y es cosa tuya decidir cuál será ese precio, hijo mío.

Entonces, como si le hubiera llegado el turno, Gabriel salió de entre las sombras.

—¿Qué quieres a cambio de la vida del chico? —preguntó.

De repente, sentí algo que no supe explicarme. Mi hermano y mi hermana parecían estar ofreciéndose como corderos para el sacrificio. No me gustó la expresión de satisfacción que vi en el rostro de Jake.

—Vaya, vaya, ¿así que ahora el arcángel está dispuesto a pactar?

—Pon tu condición —dijo Gabriel.

Lucifer miró a Jake, invitándolo a intervenir.

—Adelante.

Fantasma o no, Jake no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de sacar algo de esa situación.

—Mmm... Veamos —dijo, con ademán dramático, juntando las puntas de los dedos y disfrutando de ese momento de triunfo—. ¿Qué podría pedir?

—Date prisa —lo apremió Ivy, casi fulminándolo con la mirada—. Antes de que cambiemos de opinión.

—No tengo ninguna prisa.

—Jake... —dijo, en tono de advertencia.

—De acuerdo. —Levantó una mano y se rio—. Propongo un trato.

—¿Qué clase de trato? —pregunté.

—Contigo no —repuso Jake con desprecio—. Por una vez, no se trata de ti, Bethany. Además, no fue tu mano la que me mató.

Me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el pecho, pues la mirada de Jake se posó sobre Gabriel. ¿Iba a pedirme que le ofreciera a mi hermano a cambio de mi esposo? Abrí la boca con intención de decirle que nunca lo haría, cuando Gabriel dio un paso hacia delante.

—Deja que yo me ocupe de esto —me dijo—. Esta venganza va conmigo.

—Pero Gabe... —Le cogí la mano; mi voz sonaba infantil y débil—. Eres mi hermano.

—Sí. —Gabriel apoyó su frente en la mía y un mechón de cabello le cayó sobre los ojos—. Soy tu hermano, así que deja que haga esto por ti.

Lucifer, en la cama, soltó una desagradable carcajada, y Jake sonrió.

—Si hemos terminado con este momento tan sentimental, estoy dispuesto a comunicar mis condiciones.

—Adelante —dijo Gabriel con expresión sombría.

—Su vida... —Jake sonrió con altanería— a cambio de tus alas.

Al principio me pareció que no lo había oído bien. Era una petición demasiado grotesca para ser tomada en serio. Estuve a punto de reírme, pero Lucifer se me adelantó.

—Oh, Arakiel —exclamó entre carcajadas que resonaron en toda la habitación—. Es en momentos como este que me siento orgulloso de que seas mi hijo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Ivy con una expresión que mezclaba la rabia y la sorpresa.

Lucifer adoptó una actitud de fingida compasión:

—No te preocupes, le volverán a crecer dentro de unos cuantos siglos. Lo único que pasará es que tu hermano se quedará en la Tierra durante un tiempo.

Mi esperanza de llegar a un acuerdo murió. Ellos debían de saber que lo que le estaban pidiendo a Gabriel era sinónimo de terminar con su existencia. Sin sus alas, se vería obligado a vivir a medias, a llevar una vida vacía de significado y de objetivos. Jake sabía muy bien lo que estaba haciendo: su petición había parecido improvisada, pero sabía que lo había pensado detenidamente y que lo había hecho para provocarnos la herida más grande. Si Gabriel perdía su poder, Ivy perdería a su compañero, y Xavier y yo nos quedaríamos sin nuestro protector, nuestro mentor y nuestro guía. Además, eso provocaría el caos en el Cielo. El hecho de que un arcángel ofreciera sus alas a un demonio por propia voluntad era como regalar su propia divinidad: el sacrificio definitivo. Ese acto tendría un significado que yo no podía llegar a comprender, e impediría que Gabriel pudiera regresar al Cielo. Sería su condena.

—¡Eres un cerdo! —le grité a Jake.

Le hubiera dado un puñetazo, pero no había nada contra lo que mi puño pudiera

impactar.

—Bueno, bueno, cuida ese lenguaje —dijo, haciendo un gesto de reprobación con el dedo índice—. Creo que es un precio justo, puesto que él acabó con mi vida.

—Tú eres el único culpable de tu muerte —repliqué—. Por ser tan egoísta y destructivo.

—Bla, bla, bla —se mofó Jake encogiéndose de hombros.

—¿Por qué quieres sus alas? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta—. ¿Qué sacas con ello?

—La victoria —repuso Jake—. Satisfacción.

—La enorme satisfacción de ver acabado a uno de los más valiosos servidores de Dios.

—Me conoces bien —dijo Jake, guiñando un ojo—. Bueno, ¿hay trato o no hay trato? Decidámonos, hay sitios a los que debo ir y gente a la que debo dar caza.

—Definitivamente, no —dije, decidida—. Has perdido la cabeza.

—Esto es una farsa —añadió Ivy—. Él nunca lo permitirá.

—Acepto —dijo Gabriel.

Me quedé helada, no podía creer lo que acababa de oír. Me sentía como si él hablara un idioma extranjero y sus palabras no tuvieran ningún sentido para mí. Gabriel se dio la vuelta para ocultar su rostro, como si no confiara en ser capaz de mantener su decisión si nos miraba. La angustia se reflejaba en su rostro.

—Gabriel —susurró Ivy, acercándose a él—. Por favor, Gabriel, no lo hagas.

Pero mi hermano levantó una mano para hacerla callar. Se miraron el uno al otro un momento y vi la desesperación en el rostro de mi hermana. Gabriel solo mostraba una trágica aceptación.

—¡No te conviertas en un mártir! —gritó Ivy—. ¡Ni siquiera sabes si te está diciendo la verdad!

—Un trato es un trato —repuso Gabriel, y su voz sonaba tan apagada que casi no la reconocí—. Mantendrá su palabra.

—¡Los demonios mienten! —protestó mi hermana—. ¡Tú eres demasiado noble! ¡No puedes humillarte ante Lucifer!

—No me estoy humillando —murmuró Gabriel—. Estoy protegiendo a un hombre, tal como nuestro padre hubiera querido que hiciera. —Se acercó a la cama y puso la mano en la almohada, al lado de la cabeza de Xavier—. Nuestro amor a la humanidad hace tiempo que te tortura, ¿verdad, hermano? Pero pienso defender la creación de mi padre hasta el final.

Entonces vi que mi hermano, arcángel y guerrero venerado tanto en el Cielo como en la Tierra, se arrodillaba. Gabriel bajó la cabeza en un gesto de sumisión que, en él, parecía una aberración de la naturaleza y, despacio, se desabrochó la camisa, que dejó caer al suelo. En la penumbra, su magnífico cuerpo emitía un suave brillo.

Un olor como de lluvia llenó la habitación en cuanto desplegó las espléndidas alas de puntas plateadas, que llenaron casi todo el espacio. Parecían pesadas como el cemento, pero sabía que no pesaban casi nada; eran tan ligeras como la gasa y, a pesar de ello, podían proteger tanto como un refugio durante una tormenta. La luz del día se filtraba por una grieta de la pared y se mezclaba con su cabello como la luz de la luna en la arena.

—¡Gabriel, por favor! —gritó Ivy—. Encontraremos otra forma.

Pero sus protestas no sirvieron de nada. Yo quería decir algo, pero no encontraba las palabras. Quería lanzarme sobre él y protegerlo con mi propio cuerpo, pero sabía que eso no ayudaría. Así que no hice nada, excepto cubrirme los ojos y llorar como una niña. Y fue justo en ese momento cuando llegaron: una masa de demonios invadió el sótano. Parecían salir de debajo de nosotros, pero no pude estar segura. Sus dientes eran como cuchillos, y tenían unas lenguas largas y puntiagudas. Me di cuenta de que no podían estar erguidos porque se arrastraban por el suelo y estaban agachados en todo momento, como si se tratara de enormes y monstruosos insectos. A sus espaldas tenían unas raquílicas alas arrugadas y apergaminadas.

Aunque resultaban horripilantes, lo que llevaban consigo fue lo que más me aterrorizó: en sus nudosas y retorcidas manos sostenían unas herramientas cortantes parecidas a sierras herrumbrosas.

Rafael

Gabriel ni siquiera presentó batalla. Verlo resultaba horrible y rompía el corazón. Mi hermano, que para mí era un pilar de fuerza, de rodillas, sucumbía a la voluntad de los demonios. Estos treparon por encima de él, rasgándole la piel de la espalda y del pecho con sus garras, hasta que lo único que pude ver de Gabriel fue su revuelto cabello rubio y los destellos plateados que despedían sus alas.

Esas criaturas disfrutaban ejecutando esa mutilación, eso era evidente. Primero le sujetaron las alas con fuerza y las plateadas puntas de las plumas salieron volando por el aire. Luego empezaron a golpearlas con sus herramientas cortantes, y la sangre — que tenía el color del ámbar— empezó a gotear hasta el suelo, desde donde brillaba como preciosa mirra. La visión de la sangre pareció incitar un mayor fervor. Se creía que la sangre de un arcángel tenía la capacidad de dar la vida: una gota podía conferir la inmortalidad a aquel que la ingiriera. Así que esas viles criaturas empezaron a lamer la sangre del suelo con sus largas y afiladas lenguas. Mientras lo hacían continuaban blandiendo sus terribles armas en el aire en un gesto de victoria. Lucifer, desde el cuerpo de Xavier, lo observaba todo con expresión de aprobación.

Durante todo ese rato Gabriel permaneció inmóvil, con la cabeza gacha y los ojos cerrados. El único cambio perceptible en él era la palidez de su rostro y los círculos oscuros que rodeaban sus ojos grises. Debía de ser terriblemente doloroso, pero mi hermano se negaba a ofrecerles la satisfacción de emitir siquiera un sonido. Movía los labios en silencio: debía de estar rezando para recibir fuerzas.

Ivy permanecía como paralizada y tenía el rostro cubierto por las lágrimas. Gabriel había sido su compañero durante miles de años. El vínculo que compartían era profundo e irrompible. Yo no comprendía cómo era capaz de soportarlo. Me acerqué a ella y le cogí la mano, lo que pareció sacarla de su trance. No dije nada, me limité a seguir el ejemplo de Gabriel: bajé la cabeza y empecé a rezar. En una situación como esa, no podíamos hacer otra cosa que confiar en un poder mayor que nosotros. Pero justo en ese momento sentí que sus dedos apretaban mi mano y vi que

abría los ojos. Noté que la energía de nuestras plegarias comunicaba nuestros cuerpos. Sentí que me llenaba con ella, como si quisiera rebosar de mi cuerpo y romper todos los diques. La plegaria era una fuerza muy poderosa, y la nuestra recibió una respuesta casi inmediata.

A pesar del ruido que había en el sótano, distinguí el sonido de unos neumáticos de coche. Luego oí el portazo de la puerta de la entrada y unos pasos en el corredor. Entonces apareció un hombre que no tenía aspecto de ángel, aunque yo sabía que lo era. Siempre había imaginado que los ángeles eran como mi hermano, pero este era más bajito, tenía un brillante pelo rojizo y una expresión despejada en el rostro, mucho menos severa que la de Gabriel. Sin embargo, la mayor diferencia entre ambos era que este tenía un aspecto mucho más humano.

El ángel descendió por las escaleras y yo aproveché para observarlo. Tenía la nariz cubierta de pecas, y alrededor del cuello llevaba un pañuelo de cachemira de color verde esmeralda. Hasta nosotras llegó el olor de colonia cara.

—Rafael —susurró Ivy. Mi hermana salió corriendo hacia él y enterró el rostro en su pecho en un gesto que era muy poco propio de ella—. Gracias al Cielo que estás aquí.

—Bueno, esta fiesta no mola nada —dijo Rafael, apartando un poco a Ivy y observando el desastre a su alrededor—. No puedo creer que haya dejado un crucero por el Nilo por esto.

No sabía si bromeaba o no, pero me miró y me guiñó un ojo. Mientras tanto, los demonios habían dejado su tarea y permanecían inmóviles y desconcertados. Rafael les dirigió una sonrisa amistosa y, luego, señalándolos con el dedo índice, empezó a recitar unas palabras de memoria. De repente, un rayo salió disparado de su dedo y los demonios se desintegraron ante nuestros ojos dejando solamente pequeños montones de ceniza gris en el suelo. Cuando todos los demonios hubieron desaparecido, Ivy corrió hasta Gabriel, que parecía estar a punto de desmayarse. Sin perder tiempo, sus manos empezaron a trabajar: fuertes corrientes sanadoras penetraron las alas de Gabriel emitiendo chasquidos como de corriente eléctrica. En los puntos donde Ivy colocaba sus manos, la piel cicatrizaba y las heridas se cerraban impidiendo la pérdida de sangre; pero las plumas rotas no volvían a crecer. Xavier continuaba inmóvil en la cama. ¿Lo habría abandonado Lucifer?

Rafael se acercó a mí con una mano extendida. Vi el estampado de pececillos amarillos de su corbata.

—Me alegro de conocerte por fin, Bethany.

—Igualmente —respondí, dándole un apretón de manos mientras me preguntaba cómo podía ser que me conociera y cómo era posible que creyera que ese era un buen momento para formalidades.

—Corre el rumor de que eres un poco rebelde.

Tal como lo dijo, no parecía que fuera algo malo.

—Supongo que es verdad —dije un tanto incómoda. Resultaba raro conversar con ese desconocido mientras la vida de mi hermano y la de mi esposo colgaban de un hilo.

—Eres más guapa de lo que imaginé —observó Rafael.

—Eh..., gracias —repuse—. Pero la verdad es que no...

—Espera, espera, tengo uno —interrumpió—. Será mejor que alguien llame a Dios, porque el Cielo acaba de perder a un ángel.

Rafael se echó a reír dándose una palmada en el muslo.

—¿Qué? —pregunté.

—Encontré un libro —explicó Rafael—. Las cien mejores formas de ligar.

—¿Sabes que Xavier y yo estamos casados? —pregunté, reprendiéndole con la mirada.

—¿Y qué tal te funciona?

—Por favor, ¿podemos concentrarnos en este asunto? —dije—. Xavier sufre una posesión..., por si no te has dado cuenta.

Rafael continuaba mirándome sin ninguna prisa por ponerse a trabajar.

—¿Ya sabes cuál es la mejor manera de deshacerse de un demonio, verdad? —preguntó, serio.

Vi que Ivy ponía cara de exasperación, y yo negué con la cabeza.

—¡Exorcízate mucho!

Ivy vio mi expresión de desespero.

—No pasa nada, Beth. Es famoso por sus chistes malos. Todavía estamos esperando a que madure.

—Y, al igual que Peter Pan, espero evitarlo a cualquier precio —anunció Rafael.

El hecho de que un arcángel tuviera sentido del humor no me cabía en la cabeza. Además, yo no tenía ganas de chistes.

—¿Puedes ayudarnos o no?

—Claro que sí —afirmó Rafael—. Tengo munición.

—Fantástico —musité—. Sea lo que sea que eso signifique.

—Lo que quiere decir —aclaró, acercándose a mí— es que tu hermano y tu hermana han agotado la energía de reserva. Pero no te preocupes, yo tengo las pilas cargadas.

—¿Y estás seguro de que sabes lo que haces? —pregunté.

—Confía en mí. —Guiñó un ojo—. Soy médico.

En otras circunstancias, lo hubiera confundido por un chico de universidad demasiado preocupado por impresionar. Al final centró su atención en la tarea que teníamos entre manos y se acercó con cierto interés hasta la cama.

—Lucifer, ¿qué hay, hermano?

Pestañeé repetidamente, sorprendida, sin poderme creer que estuviera dirigiéndose a Lucifer de esa forma.

Xavier abrió los ojos de repente y sus labios esbozaron una sonrisa tensa.

—No me digas que tú eres los refuerzos.

—¿Sorprendido?

—Un poco —admitió—. ¿No te estás arriesgando mucho al involucrarte en esto?

—Ah, bueno —suspiró Rafael—, ya, pero ¿qué es la vida sin unos cuantos riesgos?

—Dímelo a mí —repuso Lucifer.

—Bueno. —Rafael juntó las dos manos dando unas palmadas—. Me encantaría quedarme y charlar, ponernos al día de todo lo que ha pasado desde los viejos tiempos, pero creo que será mejor que vayamos directos al grano.

Lucifer arqueó una ceja, escéptico.

—Adelante.

El fantasma de Jake miraba sin decir palabra. Era extraño verlo allí sin hacer nada. Observaba con los ojos muy abiertos, como un niño que estuviera mirando una pantomima.

—Necesito que me devuelvas al chico —se limitó a decir Rafael.

—Lo siento, no puedo ayudarte.

—No juegues. Es insultante para los dos.

—No juego. Teníamos un trato. Pregúntale a Beth.

—Mira. —Rafael se ajustó el pañuelo de cachemira—. Podemos hacer que esto sea sencillo y limpio, o que sea complicado y sucio.

—No tengo ningún compromiso apremiante, así que hagámoslo complicado y sucio.

Rafael no pareció inmutarse.

—Por mí, bien, pero tú pierdes el tiempo.

—¿Ah, sí?

—Hay una cosa que no sabes —dijo Rafael en un tono que parecía indicar que estaba tomándole el pelo.

—Por favor, infórmame.

—No es nada espectacular. —Rafael sonrió con seguridad—. Es solo que, bueno, que yo soy más fuerte que tú.

—¿Lo eres?

Las palabras de Lucifer quedaron como prendidas en el aire un instante, y entonces Xavier empezó a vomitar. Tenía las venas del cuello hinchadas y sufrió un ataque de tos. Esperamos a que se le pasara, pero no parecía que fuera a ser pronto. Xavier puso los ojos en blanco y se agarró con fuerza a la cama. A pesar de que no era especialmente alto, Rafael habló con una voz que sonó amenazadora como el

trueno.

—¡Abandona este templo del Señor! No vuelvas a mostrar tu rostro aquí.

—¡Se está ahogando! —grité—. ¡Haz algo!

Rafael se apresuró a romper las argollas que sujetaban las muñecas de Xavier y, juntos, lo ayudamos a sentarse. Rafael empezó a golpear a Xavier en la espalda, entre los omoplatos, con la palma de la mano, hasta que el objeto que lo estaba ahogando salió. Xavier dejó de toser, empezó a inhalar de forma entrecortada y volvió a tumbarse en la cama. Me di cuenta de lo agotado que debía de estar, al ver que su cabeza giraba de un lado a otro como si estuviera rellena de paja. A su lado, en el colchón, vi cuál había sido el problema: un puñado de garras, manchadas de sangre por las heridas que le habían provocado en la garganta. Cogí una de ellas para examinarla. Tenía un color grisáceo y dibujaba una curva que terminaba en una afilada punta, diseñada para agarrar a su presa. Parecía pertenecer a algún pájaro cazador.

Rafael aprovechó el momento para llevar a cabo el rito de exorcismo. Con voz tranquila, pero casi sin darse tiempo a respirar, como si una breve pausa pudiera influir en el resultado, dijo:

—Te ordeno, en nombre de tu creador, que abandones a este hijo de Dios. Vete, tentador de los hombres, corruptor de las naciones, príncipe de la oscuridad. Debes humillarte ante un poder mucho más grande que el tuyo.

—No hay poder mayor. —Pero la voz de Lucifer era mucho más débil y entrecortada, como si llegara hasta nosotros a través de una mala conexión telefónica.

—No te resistas. Tus planes no tendrán éxito. Abandona ahora este cuerpo sagrado. Terco dragón, cuanto más tardes, más duro será tu castigo. Nosotros rechazamos tu poder. Ríndete. ¡Ríndete! —Rafael repitió esta última palabra como si fuera un mantra.

Xavier volvió a sufrir un ataque de tos; al verlo, el corazón se me cayó a los pies. ¿Significaba eso que habíamos sido derrotados? Sin embargo, entonces me di cuenta de que esa tos era diferente a la anterior. No se estaba ahogando, sino que intentaba expulsar algo. Entonces, una cosa larga y oscura, parecida a un reptil, empezó a salir por su boca. Era negra y escamosa, y vi que en alguna parte tenía una garganta que latía como la de un sapo. Tardé unos instantes en darme cuenta de que se trataba de una serpiente. Ese bicho debía de haber permanecido enroscado en el interior del cuerpo de Xavier. La serpiente se deslizó fuera de la cama hasta el suelo de cemento, donde empezó a retorcerse y a arrastrarse hasta que encontró lo que buscaba: se instaló encima de una grieta del suelo que, inmediatamente, empezó a agrandarse con un sonido chirriante. Cuando tuvo el tamaño adecuado, la grieta se tragó a la serpiente. Del bicho solo quedó un olor pútrido y una mancha aceitosa en el suelo. El fantasma de Jake se desvaneció al mismo tiempo que la serpiente.

—¿Beth?

La voz que acababa de romper el silencio era áspera, pero no cabía duda de que era la de Xavier.

Caí de rodillas a su lado y apreté el rostro contra su cuello.

—Estoy aquí, cariño. Ya ha terminado. Ya ha terminado.

—¿Lo hemos conseguido?

—Ya te dije que lo conseguiríamos.

Mis lágrimas y mi risa se mezclaban, dando libre curso a mi alivio. Ivy le ofreció un vaso de agua. Xavier le dio las gracias y bebió, pero temblaba tanto que tiró la mitad. Luego me cogió las manos y las apretó sobre su corazón mientras volvía a recostarse sobre la almohada. Xavier estaba más que agotado, pero finalmente era libre. Al ver que sus vívidos ojos azules le pertenecían de nuevo, yo sentía casi euforia. No podía abrazarle más fuerte. Quería absorberle al interior de mi cuerpo para que nadie pudiera hacerle daño nunca más.

Rafael se aclaró la garganta educadamente para recordarnos su presencia. Parecía incómodo por interferir en nuestro momento de intimidad.

—Es Rafael —le dije a Xavier—. Nos ha salvado la vida.

Ya no existía ni mi vida ni la suya, pues ambas estaban completamente entrelazadas. Si uno de los dos sentía dolor, el otro también, y si uno de nosotros moría... Me estremecí al pensar qué le sucedería al que quedara atrás.

—Gracias —dijo Xavier con voz débil.

Hablar debía de resultarle doloroso, porque se había llevado una mano a la garganta.

—De nada.

—Un momento. —Xavier se incorporó un poco—. Rafael..., ¿el arcángel? ¿El patrón de los viajeros?

—Conoces la hagiografía.

Rafael parecía impresionado.

—Exmonaguillo —dijo Xavier, aclarándose la garganta con modestia.

Mi mirada tropezó con sus maltrechas muñecas. Estaban hinchadas y rasgadas a causa del acero de las argollas. Hacía mucho tiempo que yo no intentaba sanar a nadie. ¿Todavía tendría esa capacidad? ¿Quizás ese poder me había sido arrebatado como castigo? Le coloqué una mano sobre una de sus muñecas, y Xavier esbozó una mueca de dolor, pero no la apartó. Me concentré en enviarle energía curativa y pronto noté un cosquilleo en la mano. Mientras continuaba poniéndole las manos, la hinchazón disminuyó y, poco a poco, las heridas fueron desapareciendo. Al final, la piel de las muñecas recuperó su aspecto normal.

—Todavía puedes hacerlo —dijo Xavier.

Sonreí, complacida con mi logro. Decidí que el hecho de que no hubiera perdido

esa habilidad era una señal de que todavía había esperanza.

En ese momento, un movimiento al otro extremo de la habitación me llamó la atención. Ivy estaba ayudando a Gabriel a ponerse en pie. Mi hermano todavía parecía inseguro sobre sus piernas. Hizo una mueca y plegó las alas rápidamente para que no pudiéramos ver su mal estado. Aún tenía el rostro pálido y se apoyaba en Ivy. A pesar de su debilidad, tragó saliva y levantó la barbilla para dirigirse a su hermano.

—¿Por qué decidiste venir? —le preguntó a Rafael.

—Supongo que me gustan las causas perdidas.

—¿Así que no crees que podamos vencer en esta?

Gabriel, un poco mareado, dio un paso en falso, pero Ivy lo sujetó.

—Lo dudo. —Rafael esbozó una alegre sonrisa—. Pero podéis divertirlos intentándolo.

Gabriel apretó los labios y, sin decir ni una palabra, se dirigió hacia las escaleras, todavía apoyándose en Ivy. Por mi parte, ayudé a Xavier a bajar de la cama. Rafael nos observaba sonriendo, pero con ojos tristes. Todos subimos despacio las escaleras hasta la casa, en una procesión triste y magullada.

Lo conseguiremos. Todos

En la cocina, el café de puchero de Ivy y sus galletas caseras nos hicieron revivir. Todavía me sentía como si un camión me hubiera atropellado, así que Xavier y Gabriel debían de sentirse diez veces peor. Sabía que me recuperaría del agotamiento físico, pero el trauma de haber estado a punto de perder a Xavier dos veces esa semana me quedaría para toda la vida. Comimos, abatidos, con los hombros caídos y las cabezas gachas. Gabriel no comió nada. Solamente Rafael estaba animado. Ivy se levantó para ir a buscar leche a la nevera y Rafael la miró con expresión de admiración.

—Continúas siendo el ángel más sexy que conozco —murmuró.

—Sigo sin comprender cómo no te han despedido todavía —replicó Ivy.

—Tal vez porque Dios aprecia mi sentido del humor. No todo el mundo puede ser mortalmente serio —añadió, mirándonos a todos—. Ya hemos tenido bastante de eso.

A pesar del estado de ánimo en que nos encontrábamos, la alegría de Rafael era contagiosa. Incluso Ivy tuvo que sonreír.

—Deberías sonreír más a menudo —le dijo Rafael—. Toda la cara se te ilumina.

—¿No piensas dejar de flirtear? —protestó Gabriel sin levantar la cabeza—. No es adecuado ahora.

—Además, ¿no sois todos parientes? —preguntó Xavier.

—Nuestra hermandad es más simbólica que genética —respondió Rafael con una amplia sonrisa.

—Pero normalmente los ángeles no sienten... —Xavier se rascó la cabeza, sin comprender—. Se supone que ellos no... tienen esos sentimientos..., los unos por los otros.

—No —respondió Ivy con firmeza—. Pero de vez en cuando nos sale un desviado.

Sabía que mi hermana bromeaba, pero no pude evitar pensar que así era como ella y Gabriel me consideraban.

—Habitualmente, ese es el resultado de relacionarse demasiado con los seres humanos —añadió Gabriel con sequedad.

—Pues a mí me gusta la compañía de los humanos. Beth y yo tenemos esto en común.

—¿Por eso viajas con ellos? —preguntó Xavier.

—Por eso y por el hecho de que me aburro con facilidad. —Con tranquilidad tomó sorbo de café y continuó—: Los humanos nos pueden causar muchos problemas y volvernos locos. —Me miró por encima de la taza con ojos risueños—. Pero vale la pena.

Se hizo un silencio y todo el mundo reflexionó sobre esas palabras. Al cabo de poco, Rafael interrumpió nuestros pensamientos. Se puso en pie, rebuscó en sus bolsillos y preguntó:

—¿Alguien tiene hora? No encuentro el móvil.

—Acaban de dar las seis —respondió Ivy sin tener que mirar la hora—. ¿Tienes que ir a alguna fiesta?

Rafael no hizo caso.

—Decidme que hay un televisor aquí.

—Sí.

—Y... —Rafael hizo un gesto de impaciencia con la mano—. ¿Dónde está?

—En el salón.

Lo seguimos hasta la parte delantera de la casa. Rafael se dirigió fue directamente hasta el sofá. Ni siquiera se molestó en buscar el mando a distancia: chasqueó los dedos y el televisor se encendió al instante.

—¿Fútbol? —preguntó Ivy—. ¿En serio?

El partido estaba a punto de empezar, y era el primero de la temporada. Los Rebels contra los Razorbacks. La gente había estado hablando de ello durante toda la semana.

—¿No sois aficionados? —Rafael parecía sorprendido—. Os lo perdéis.

—Bien, todavía no han comenzado —dijo Xavier, instalándose cómodamente en el otro extremo del sofá—. No olvides mirar el resultado del partido de Bama.

Observé a Xavier, preocupada por si ese súbito regreso a la normalidad pudiera ser una señal de que estaba reprimiendo alguna emoción peligrosa. Él, al ver mi cara, sonrió.

—Relájate —me tranquilizó—. El partido me ayudará a no pensar demasiado. —Dando unas palmadas en el sofá, a su lado, añadió—: ¿Quieres sentarte conmigo?

Miré la pantalla. Se veía una imagen aérea, y la palabra REBELS podía leerse en grandes letras en el suelo del campo. Luego la cámara enfocó a algunos de los aficionados de la camiseta roja y azul, y reconocí algunas caras. Sabía que Molly debía de encontrarse allí, en algún lugar. No había dejado de hablar de ello en el

Grove desde que había llegado. Observé a las animadoras de los Rebels, con sus vestiditos de lentejuelas, agitar los pompones. En la gran pantalla del campo apareció la frase «¿Estáis listos?», y todo el mundo empezó a vitorear a los Rebels.

Al final de la primera parte íbamos perdiendo. Dejé a Xavier y a Rafael gritando ante la pantalla y fui a la cocina, con Ivy. Gabriel se había ido a su habitación y había cerrado la puerta. Hubiera querido ir a ver cómo estaba, pero Ivy dijo que necesitaba tiempo para reflexionar y recuperarse.

Cuando terminó el partido, Rafael volvió a aparecer en la cocina y se desperezó con expresión de placer. Xavier lo siguió. Se le veía más relajado, aunque un tanto arrepentido por esa larga ausencia.

—Lo siento, no pensaba verlo entero.

—No pasa nada. —Le di unas palmadas en el brazo—. Necesitas disponer de tiempo para tus cosas de hombres.

—¿Ganamos? —preguntó Ivy.

—No... pero hicimos dos *touchdowns*, que no está mal.

—Será mejor que me marche —dijo Rafael, cogiendo su abrigo y dirigiéndose hacia la puerta—. Gracias por vuestra hospitalidad. Ha sido un placer, como siempre.

Acompañamos a Rafael hasta su coche. Estaba aparcado en la esquina: un Porsche verde metalizado. Ese color nunca lo había visto en un coche, y tuve que admitir que concordaba con la extravagancia de ese arcángel.

—Buen trasto —dijo Xavier, rodeando el coche y admirándolo.

—Date una vuelta con él cuando quieras.

—Este tipo —dijo Xavier, señalándolo con el dedo pulgar— es increíble.

—¿Estás de broma? —exclamó Ivy, exasperada.

—Los chicos siempre serán chicos —afirmó Rafael—. Y que no intenten cambiarnos.

—Fútbol y coches —dije yo, sonriendo—. La verdad es que es un cambio agradable.

—No es solamente un coche —apuntó Xavier—. Es un artículo de belleza.

—No lo pillas. —Rafael me guiñó un ojo—. Quizá la llevemos a dar una vuelta en alguna otra ocasión. —Saltó al asiento delantero y puso el motor en marcha. Luego, sacando la cabeza por la ventanilla, gritó—: Por cierto, Xavier, la medicina sigue siendo tu vocación. No lo olvides.

Cuando se alejó por la calle, lo hizo a tanta velocidad que los neumáticos rechinaron y el tubo de escape soltó una gran nube de humo.

—Le gusta llamar la atención —farfulló Ivy.

Inmediatamente, Rafael, desde el otro extremo de la calle, hizo sonar el claxon como diciendo: «¡Te he oído!».

Cuando se hubo marchado, Xavier y yo estábamos más que listos para ir a la

cama. Ivy nos acompañó al piso de arriba, a la habitación de invitados, que todavía no habíamos tenido oportunidad de ver. Era un cuarto agradable con muebles de madera y una cama de tamaño grande llena de mullidas almohadas. Una ventana redonda daba a una densa arboleda típica de Misisipi. Me senté en la cama y pensé que hacía tiempo que Xavier y yo no habíamos tenido oportunidad de compartir cama. Deseé que nada hubiera cambiado entre nosotros.

Él se dejó caer sobre el colchón y yo me excusé para ir a la ducha. Dejé que el agua caliente me bañara todo el cuerpo y que llenara de vapor los cristales. Fue como una especie de ritual de limpieza: dejaba que todas las preocupaciones se deslizaran por mi cuerpo y desaparecieran por el desagüe. Gasté casi la mitad del jabón de ducha, cubriéndome de espuma una y otra vez mientras me masajeaba los músculos suavemente con los dedos para deshacer toda la tensión. Al final salí con el cabello todavía húmedo y todo el cuerpo hormigueante y oliendo a lavanda.

Xavier se había dormido. El agotamiento era patente en su rostro. Cuando me metí en la cama, él se dio la vuelta y alargó una mano hacia mí.

—Hueles bien.

Acercó los labios a mi cuello e inhaló con fuerza. Su barba incipiente me hizo cosquillas y reí.

—Tú no.

—Qué desconsiderada —replicó él con una carcajada—. Pero seguramente es cierto. —Salió de la cama y dijo—: Es mi turno de ducha. No te vayas.

Xavier se quitó la ropa y la dejó en el cesto de ropa sucia antes de desaparecer en el baño. Yo me sumergí con gusto bajo las sábanas disfrutando de su olor a limpio. Apretujé mi cara contra la almohada, que oía ligeramente a colonia de bebé, y me despecé como un gato. Mi cuerpo estaba dispuesto a rendirse a la fatiga. Cuando Xavier salió de la ducha, yo todavía luchaba por mantenerme despierta. Vi que solo llevaba una toalla alrededor de la cintura. Cada vez que veía su cuerpo me quedaba sin respiración. Unas gotas de agua caían sobre sus hombros, y la luz que había a sus espaldas confería un tono dorado a su piel. Estaba tan bien proporcionado que me recordaba la estatua de un museo.

—Qué rápido —dije, procurando no mirar.

—Uno aprende a no ocupar el baño mucho tiempo cuando vive con sus hermanas —respondió, y su sonrisa se apagó un poco.

—Las echas de menos, ¿verdad?

—Más de lo que creía —dijo—. Pero lo que más detesto es que estén preocupadas por mí. Sé que seguramente Claire estará angustiada, y Nic me odiará por haberme ido de esa forma.

—Podrás compensarles por el disgusto —prometí—, cuando todo esto termine.

—¿De verdad crees que esto acabará alguna vez? —preguntó Xavier, distante.

—Sí —afirmé con el tono de voz de alguien convencido de que era capaz de manejar la situación—. Esto no va a durar para siempre. Te lo prometo.

—Eh —dijo Xavier, mirándose—. Me acabo de dar cuenta de que no tengo ropa limpia.

Levanté la sábana de su lado de la cama: no era momento de discutir, ya habíamos tenido bastante de eso. Ahora era momento de amar a mi esposo.

—No la necesitas —le dije.

—Ah, ¿de verdad? —Xavier sonrió con picardía—. ¿Esta puerta tiene cerradura?

—¿Te importa? —repose, desafiante.

Xavier arqueó una ceja, pero dejó caer la toalla al suelo y se metió en la cama a mi lado. Sentí que su presencia me envolvía, su piel todavía estaba caliente por la ducha. Xavier me besó suavemente, casi con reverencia, desde la barbilla hasta la parte baja del cuello.

Le acaricié los arañosos provocados por la pesadilla que había tenido que soportar y, sin darme cuenta, lo abracé clavándole los dedos con fuerza. De repente me vino a la memoria la imagen de él atado a la cama, y la de sus ojos del color del océano llenos de una crueldad que no era suya. Solo de pensarlo se me secaba la boca.

—¿Estás bien? —murmuró él con los labios sobre mi pecho.

—Ajá.

Pero me tuve que morder el labio para no pensar en esos malos recuerdos. Xavier notó la tensión y levantó la cabeza:

—¿Seguro que no estás demasiado cansada para esto?

Su consideración volvía a aparecer: el Xavier de siempre había regresado, el Xavier que ponía mis necesidades por encima de todo lo demás.

—¿Yo? —Sonreí—. Creo que yo debería ser quien hiciera esta pregunta.

—La verdad es que estoy bien —repuso él, como sorprendido—. Aunque no puedo quitarme de encima la sensación de que mi cuerpo está siendo controlado por otro.

—Bueno, lo estaba —dije, acariciándole el pecho con suavidad—. Pero ya se ha ido. Ahora solamente estamos tú y yo.

Xavier me izó de la cama con facilidad y me colocó encima de él. La firmeza de su cuerpo debajo del mío me hacía sentir protegida.

—¿Quieres saber algo curioso? —preguntó, mientras yo apretaba mi rostro contra su cuello sin importarme que la cruz de madera que llevaba colgada me dejara una marca en la piel—. Lo que ha sucedido hoy ha sido realmente duro, una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer nunca. Lucifer estaba dentro de mí. E incluso después de que él se marchara, me sentía como si me hubiera dejado mella, una mancha en el alma.

—Eso no es curioso —le dije.

—Espera, no me has dejado terminar. Cada vez que tú me tocas, es como si me limpiaras, me quitaras de encima toda la oscuridad. Estás curando mi cuerpo con el tuyo, y mi alma se renueva con tu alma.

—Yo no tengo alma —murmuré.

—Sí, la tienes —insistió Xavier, poniendo una mano debajo de mi barbilla—. Quizá no sea igual que la mía, pero está ahí. Tienes mucha luz, la siento cada vez que te miro. Así es como Dios te hizo.

—¿Sabes qué es lo que yo creo? Creo que quizá todo por lo que he tenido que pasar parezca una maldición, pero, en realidad, es una bendición. Nuestro padre nos puso en este camino porque quería que nos condujera a algún lugar..., a algún lugar asombroso. Y nos dio todo lo que necesitamos para el viaje..., nos dio el uno al otro.

Xavier me miró un momento en silencio y luego acercó sus labios a los míos. Esta vez, su beso fue prolongado y profundo. Me encendió mil pequeñas llamas internas que dieron calor a todas las partículas de mi cuerpo. Esta vez fue distinta a nuestro primer encuentro en el bosque. Estábamos más relajados, no teníamos sentimiento de urgencia. No había miedo al descubrimiento y teníamos tiempo para explorar. Así era como yo me había imaginado la cómoda intimidad del matrimonio. Me sentía segura y protegida, y cómoda desde la cabeza a los pies.

El mudo sol de la mañana que se coló por las contraventanas entreabiertas no sabía qué hacer: su deber era despertarnos, pero dudaba en interrumpir nuestro descanso. Salí de la cama despacio, procurando no molestar a Xavier, que estaba tumbado boca abajo con las piernas y los brazos abiertos. Quería dejarle dormir todo el tiempo posible ante la opción de que tuviera que enfrentarse a los nuevos desafíos que ese día pudiera plantearnos.

Me cubrí con una bata de color rosa y bajé a la cocina, donde encontré a Ivy preparando un desayuno que parecía pensado para alimentar a gigantes. Había pastas de arándanos, huevos y salsa, sémola calentándose en el horno, además de boles con helado de yogur con cereales. Ivy estaba cocinando panqueques que iba amontonando en un plato. El olor a café molido llenaba la estancia.

A Gabriel no se le veía por ninguna parte.

—Espero que tengas hambre —dijo Ivy.

Me di cuenta de que mi hermana se esforzaba por aligerar la tensión de los últimos días, y aprecié el esfuerzo.

—Huele muy bien —contesté.

—¿Dónde está Xavier? ¿Todavía duerme?

—Sí. ¿Dónde está Gabriel?

Ivy se encogió de hombros con expresión resignada.

—Cuando me levanté por la mañana, ya se había ido.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté, incómoda.

—No lo sé —repuso Ivy—. No quiere hablar de ello.

—Ya —dije, en un intento de no mostrar mi ansiedad—. Supongo que solo necesita tiempo.

Cuando regresé al dormitorio, vi que la cama estaba vacía y las sábanas revueltas. Xavier ya se había levantado. Miré en el baño, pero no pensé en nada al no encontrarlo allí. Pero cuando hube comprobado que tampoco había rastro de él en el balcón ni en el pasillo, mi corazón empezó a acelerarse. Entonces vi que por debajo de la puerta que había en el otro extremo de nuestra habitación se colaba un poco de luz, y sentí un gran alivio. La abrí con suavidad y vi que Xavier estaba en el estudio. Se encontraba sentado ante un amplio escritorio y observaba el contenido de un libro que había encontrado en la biblioteca. Al oír el crujido de la puerta, levantó los ojos.

—Buenos días.

—¿Te molesto?

—Claro que no. Entra.

Caminé hasta él y miré el libro por encima de su hombro. Era un atlas de anatomía humana y estaba abierto por una página en la que aparecía un esquema del esqueleto del pie.

—¿Sabes de cuántos huesos está compuesto un pie?

Seguramente debería haberlo sabido, pero todavía tenía las ideas espesas.

—¿De cuántos?

—Veintiséis. Es asombroso cuando lo piensas.

—Sí, lo es. Esto..., ¿estás bien?

—Estoy bien. —Xavier sonrió—. Es solo que lo que Rafael me dijo me ha hecho pensar.

Fruncí el ceño.

—¿Qué dijo?

—Que la medicina seguía siendo mi vocación. Y creo que tiene razón, esa es mi manera de contribuir. Cuando todo esto esté arreglado, quiero volver a la universidad. Quiero ser médico.

—Siempre lo has querido.

—No. —Negó con la cabeza—. Antes eran mis padres quienes habían elegido por mí. Ahora me parece adecuado.

—Bien —dije—. Porque serás un gran médico.

—Algún día.

Hablad ahora o descansad para siempre

Decidimos no regresar a Ole Miss hasta transcurridos unos cuantos días. Xavier necesitaba tiempo para recuperarse físicamente, y yo estaba emocionalmente exhausta a causa del estrés. Nos escondimos en la casa, y pasábamos la mayor parte del tiempo durmiendo o bajando a la cocina para comer y hablar un poco con mis hermanos. Ivy parecía haber regresado a la normalidad, pero no veíamos mucho a Gabriel. Él permanecía casi siempre encerrado en su habitación y hablaba muy poco con nosotros. Yo rezaba por él cada noche y daba las gracias a nuestro padre por haber salvado la vida de Xavier. Cuando por fin me decidí a mirar mi móvil, encontré un montón de llamadas perdidas de Molly, de Mary Ellen e incluso de algunos de los amigos de Xavier, que querían saber qué nos había sucedido. Recordé el anuncio de Molly de su compromiso con Wade, pero no tenía suficiente espacio mental para preocuparme por eso en aquel momento.

Me encontraba tumbada con Xavier, abrazada a él sintiendo su suave pelo cosquillearme en la nariz.

—Lo siento —le dije por enésima vez desde que nos habíamos despertado.

—Beth, por favor. —Rodó sobre su espalda y clavó la mirada en el techo—. No fue culpa tuya. Soy yo quien siente que me hayas tenido que ver de esa forma.

—No fuiste tú —repuse—. No fuimos ninguno de nosotros.

—Pero yo le dejé entrar.

—Estabas muerto. Él invadió tu cuerpo. No podías evitarlo.

—Es tan extraño pensar que estaba muerto —murmuró Xavier—. Me gustaría poder decir que vi una luz brillante o algo así, pero lo único que vi fue a ti.

—¿A mí?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Eran variaciones de ti: tú en la mecedora del porche, tú y *Phantom* dormidos en el sofá de Byron, tú con el vestido de la fiesta de graduación. Es como si, aunque se suponía que debería haber visto el Cielo, lo único que quería ver era tu cara. Supongo que mi Cielo eres tú.

—Estaba tan asustada —dije, girando la cabeza sobre la almohada para mirarlo—. Creí que ibas a morir, y eso me hizo darme cuenta de que no hay ningún lugar al que yo no te seguiría.

Xavier esbozó una sonrisa.

—¿Sabes una cosa? Se supone que el Cielo debe de estar muy enfadado con nosotros ahora..., pero tú y yo deberíamos haber muerto más de una vez. Y seguimos aquí. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que somos como los gatos? —pregunté—. Que tenemos siete vidas.

—Quizá. —Xavier se rio—. Creo que significa que alguien nos protege.

—Eso espero —dije, sacando el pie por debajo de la sábana y dejando que la luz del sol que se filtraba por la ventana me calentara los dedos del pie—. Me gustaría creerlo.

El teléfono sonó de nuevo, por quinta vez, así que suspiré y alargué el brazo para cogerlo. No me sorprendió ver que la llamada perdida era de Molly. Llamé a mi hermana, que estaba en la habitación de al lado, y ella sacó la cabeza por la puerta.

—¿Qué se supone que debo hacer con Molly? —pregunté—. Se está poniendo histérica.

—Que venga —repuso Ivy—. Dejarla al margen normalmente hace más mal que bien.

Eso era cierto. Molly no soportaba ser ignorada ni excluida cuando estaba preocupada, y era capaz de colgar carteles de búsqueda por todo el campus. Xavier se tapó la cabeza con la sábana.

—No me gusta que hagas eso —le dije, acercando mi nariz a su cuello con gesto cariñoso—. Es nuestra amiga. Deberíamos estar contentos de verla.

—Sí —repuso él, abatido.



Cuando Molly vino, parecía más tranquila que de costumbre. Estaba menos hiperactiva y excitable.

—Estaba preocupada —dijo mientras se sentaba ante la mesa de la cocina e Ivy le servía un poco de té con unas galletas—. ¿Va todo bien?

—No —le contesté con sinceridad—. Pero todo irá bien. Estamos ocupándonos de ello.

Molly asintió con la cabeza y bajó la vista hasta su regazo.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Come una galleta —dije.

—Beth, habla en serio.

—Agradecemos tu apoyo —intervino Ivy—. Pero la verdad es que no hay nada

que puedas hacer. La situación ya está bastante liada.

—¿Liada en qué sentido? —quiso saber Molly.

—Preferiría no hablar de ello —respondió Ivy con delicadeza—. No me gustaría meterte en esto.

—Pero todo va a ir bien, ¿verdad? —Molly señaló a Xavier con el pulgar—. No tiene muy buen aspecto. Y, no te ofendas, Beth, pero tú tampoco.

—Estarán bien —aseguró Ivy—. Únicamente es que están cansados.

En una situación normal hubiéramos podido contarle a Molly lo que sucedía; después de todo, ella ya conocía nuestra identidad. Pero comprendí que el motivo del silencio de mi hermana no era la desconfianza. Cuanto menos supiera Molly, más segura estaría. No queríamos ser responsables de que corriera más sangre.

—No te preocupes. —Le sonreí con expresión convencida—. Dentro de poco todo volverá a ser normal.

—De acuerdo —contestó Molly, mostrándose sorprendentemente madura—. No quiero empeorar las cosas.

—Bueno, háganos de Wade —dije, ansiosa por cambiar de tema.

Al oír su nombre, sus ojos parecieron ponerse soñadores.

—Es fantástico —afirmó suspirando—. Quería contárselo a todo el mundo, pero, por supuesto, no es posible.

—¿Y eso por qué? —preguntó Xavier.

—Bueno, no se lo puedo contar a las personas que no están invitadas a la boda. No queremos invitar a nadie que no comparta nuestra fe.

Xavier y yo intercambiamos una mirada de extrañeza. Por lo que yo sabía, uno no necesitaba ser de nada especial para poder asistir a una boda.

—¿Wade no es cristiano? —pregunté.

—Sí —respondió Molly—. Bueno, más o menos. Su familia creó su propia iglesia. Sigue siendo bastante pequeña, pero va creciendo. No quieren relacionarse con gente de fuera, creen que es peligroso.

—¿Peligroso? —repitió Xavier—. ¿En qué sentido?

—Ya sabes, malas influencias y todo eso —dijo Molly sin darle importancia—. Wade dice que la televisión es un artilugio diabólico, y que los mensajes negativos también pueden ser transmitidos a través de grupos sociales.

—¿Y exactamente de qué mensajes negativos tiene miedo? —pregunté. Todo eso no me parecía nada sano—. ¿No te parece que la fe necesita ser puesta a prueba?

—No lo sé —contestó Molly—. Pero Wade dice que si me alejo de las cosas malas, estaré más cerca de Dios.

Molly hablaba como si recitara de memoria frases aprendidas en un libro.

—Eso me suena a secta —dijo Xavier.

Quizá Xavier fue demasiado directo, pero había expresado lo que todos nosotros

pensábamos.

—No lo es —contestó Molly con sequedad—. Es verdad que no siguen la corriente general, pero saben de lo que hablan.

—¿Cómo se llaman? —pregunté.

—¿Qué? —dijo Molly.

—Ya sabes —aclaró Xavier con impaciencia—. ¿Son baptistas, metodistas, presbiterianos?

—Ya os lo he dicho —repitió Molly, insistente—. Es una religión familiar.

—¿Es una religión inventada?

—No —insistió ella, enojada—. Es una de las muchas versiones que existen del cristianismo.

—¡No se puede modificar el cristianismo! —exclamé—. ¡Solamente la Biblia es la palabra sagrada..., uno no puede inventar sus propias reglas!

—Mira. —Molly puso las manos abiertas encima de la mesa—. No me importa lo que digáis. Ellos me han mostrado todo lo que yo hacía mal en la vida.

No me gustaba cómo sonaba eso. Cualquiera que manipulara la palabra de Dios para crear su propia religión lo único que hacía era inventar sus propias reglas y hacerlo pasar por una religión.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Ivy.

—Oh, solo me han hablado de cosas pequeñas —contestó Molly—. Como de qué manera debería vestirme y qué cosas no debo decir a un hombre que no sea mi marido. —Haciendo un gesto con la mano hacia Xavier, añadió—: No te preocupes, tú tienes esposa, así que no cuentas.

—Molly... —dijo Xavier despacio—. No tienes por qué creer todo lo que te digan.

—Bueno, en realidad, Wade es mi prometido —repuso Molly—. Y debo ser obediente.

—¿Obediente? —repitió Xavier—. ¿Qué, igual que un perro?

La Molly de antes se hubiera enfadado, pero ahora se limitó a menear la cabeza con gesto triste.

—Está claro que no lo comprendéis. Wade intenta salvar mi alma del Infierno. Dice que un marido debería ser como un dios en la Tierra para mí.

—¿Qué? —Los ojos casi se me salían de las órbitas—. Eso es un absoluto sacrilegio.

—No lo es —contestó Molly—. Tiene sentido.

—Eso infringe un mandamiento —intervino Ivy con tono amable—: «No tendrás otros dioses delante de mí».

—Él no dijo que fuera un dios, es solo que piensa que... Mirad, da igual; Wade sabe lo que dice.

—No creo que lo sepa.

La voz llegó desde la puerta de la cocina. Gabriel acababa de aparecer. Llevaba el cabello rubio recogido en una cola de caballo, y tenía los pómulos más pronunciados a causa de la tragedia que acababa de sufrir. Pero continuaba siendo tan hermoso como siempre. Me di cuenta de que el corazón de Molly se aceleraba al verlo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Molly, desafiante.

Gabriel, sin apartarse de la puerta, se apoyó en el quicio y cruzó los brazos sobre el pecho. Sus ojos de color azul plateado no parpadeaban.

—Creo que estás cometiendo un grave error.

Molly soltó un bufido.

—Bueno, pero eso no tiene nada que ver contigo, ¿verdad?

—No, pero tu prometido es un completo idiota.

Ivy levantó la cabeza, sorprendida. Gabriel nunca había hablado de esa manera, a nadie. Siempre se mostraba distante y desapegado, y exponía sus razonamientos de forma clara y lógica. Pero ahora parecía que se sintiera emocionalmente involucrado en el tema. ¿Era posible?

—¡Cómo te atreves! —Molly se puso en pie con tanta rapidez que las patas de la silla rechinaron en el suelo—. No tienes ningún derecho a juzgarlo.

—No quiero que seas desgraciada —dijo Gabriel—. No quiero que vivas el resto de tu vida en un matrimonio sin amor.

—¿Cómo sabes que sería sin amor?

—Lo veo en tus ojos. Estás fingiendo, intentas convencerte a ti misma de que eres feliz. Crees que, si Wade te da algo en lo que creer, tu vida tendrá significado. Pero Wade y sus reglas no pueden llenar tu vacío interior, Molly.

—¡Cómo te atreves a fingir que te preocupas por mí! —exclamó Molly de repente—. Me rechazaste, ¿recuerdas? Soy demasiado humana, tengo demasiadas faltas para que tú puedas sentir un mínimo interés... Así que ¿por qué no me dejas en paz?

—Quizás estaba equivocado —dijo Gabriel en voz baja.

Los tres lo miramos boquiabiertos.

—¿Que tú...? —Molly tartamudeaba, no le salían las palabras—. ¿Que tú qué?

—No creí que acabaras de esta manera —murmuró Gabriel—. Las cosas no deberían haber ido así.

—¿De qué estás hablando? —Molly nos miró a Ivy y a mí, frenética—. ¿A qué se refiere?

—¿Gabe? —preguntó Ivy—. ¿Qué está pasando?

—Estoy cansado de luchar. —Gabriel se encogió de hombros—. Estoy cansado de esta interminable guerra entre ángeles y demonios, y de no ver más que dolor y muerte a nuestro alrededor. Tiene que haber algo mejor. Debe haber alguna otra manera. ¿Cuándo habrá paz, Ivy? Hace siglos que dura esta batalla. ¿Cuándo

terminará?

—No lo sé —admitió mi hermana—. Pero así han sido nuestras vidas desde siempre, desde el principio de los tiempos.

—Entonces quizá Bethany haya tenido razón todo este tiempo. Tal vez es mejor ser un humano o, por lo menos, permitirnos amarlos.

—¿Qué estás diciendo? —Molly abrió los ojos desorbitadamente.

—Estoy diciendo que sí, que tienes fallos —repuso Gabriel—. Eres impulsiva e irascible, impetuosa e insensata. Tu corazón es voluble, y tu estado de ánimo cambia más deprisa que el viento. Pero «eso» es lo que te hace humana, y eso es lo que te hace hermosa.

—¿Crees que soy hermosa? —Molly casi no podía pronunciar la palabra.

Gabriel cruzó la habitación en dos zancadas y se puso frente a Molly. Apoyó ambas manos sobre sus delgados hombros y dijo:

—Tú no perteneces a nadie —le dijo con pasión—. A diferencia de mí, tú no eres una posesión de nadie. Fuiste creada para ser libre, para vivir, amar y encontrar la felicidad. Yo no fui creado para la felicidad; yo solo fui creado para servir. Pero tú..., tú sientes de forma intensa y apasionada, y creo que eso es hermoso.

—Esto no va bien —le murmuré a Xavier—. Esto va muy muy mal.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó él en un susurro.

—Un momento de duda —dije—. Con las alas dañadas, ni siquiera Gabriel es infalible. Se está cuestionando su fe..., igual que haría un humano.

—No me gusta —soltó Xavier, inquieto.

Molly y Gabriel permanecían como hipnotizados, con los ojos fijos el uno en el otro.

—Mi vida está gobernada por reglas —dijo Gabriel, casi como si hablara consigo mismo.

Y antes de que ninguno de nosotros se diera cuenta de lo que sucedía, Gabriel tomó el rostro de Molly con ambas manos, se inclinó y la besó. Fue como ver una escena de la antigua mitología: un legendario héroe unido a su hermosa doncella. A pesar de que no duró más que diez segundos, me pareció que el tiempo se detenía en ese abrazo. El poderoso cuerpo de Gabriel abrazó a Molly, sus dos cuerpos juntos, los dedos de mi hermano enredados en una mata de rizos de Tiziano. Fue tan repentino que casi no podía creer que hubiera sucedido. También a Molly le costaba comprenderlo. Cuando él la soltó, mi amiga estaba tan desbordada que se dejó caer en la silla sin decir ni una palabra.

—Uau. —Eso fue todo lo que pudo decir cuando consiguió reunir el aliento suficiente.

—Uau —repitió Xavier.

Ivy corrió hasta Gabriel y le dio una sacudida en el brazo.

—¡Detente! Sé que las cosas han sido difíciles últimamente, pero esto es demasiado.

—No —repuso Gabriel, soltando una breve carcajada—. Lo que ha sido difícil es soportar las heridas en mis alas y el tener a Lucifer como invitado. Eso ha sido demasiado. Esto es una liberación.

—Por favor —insistió Ivy—. Luego lo lamentarás. Lo sé.

—No lo lamentaré —dijo Gabriel—. Porque esta es la primera vez que he hecho algo por mí mismo.

Mientras los escuchaba, la expresión de Molly cambió. Mientras mis hermanos continuaban discutiendo, ella se levantó y se puso detrás de Gabriel. Y, entonces, despacio, le levantó la camisa. Todos nos quedamos en silencio mirando cómo introducía las manos por debajo y las colocaba suavemente encima de sus alas rotas. Gabriel se estremeció y bajó la cabeza. No dijo nada, y era imposible saber qué emociones estaba sintiendo, pero no se apartó. Ninguno de los dos parecía darse cuenta de nuestra presencia. O quizá no les importaba. Estaban demasiado concentrados en ese momento de intimidad.

—Todo irá bien —le dijo Molly mientras le acariciaba las alas por debajo de la camisa—. Todo va a ir bien.

—Lo siento —contestó Gabriel sin levantar la cabeza.

—No lo sientas —repuso Molly—. No tienes que cargar sobre ti la responsabilidad de todo y de todo el mundo. Puedes cometer errores, ¿sabes?

Ivy, Xavier y yo nos miramos. Estaba claro que ese momento era muy íntimo para ellos, y todos nos sentimos como si no debiéramos estar allí. Entonces el móvil de Molly vibró sobre la mesa de la cocina, y ella pareció salir de su trance de repente. El nombre de Wade parpadeaba en la pantalla. Molly dejó caer las manos rápidamente y recogió sus cosas.

—Tengo que irme... —Hablaban tan deprisa que se comía las palabras—. De verdad que no... Solo quería... Tengo que irme.

Al cabo de un momento oímos el golpe de la puerta delantera al cerrarse. Todos nos giramos y miramos a Gabriel.

—¿Qué? —preguntó él, irritado.

—¿Quieres..., eh..., quieres hablar?

—No, gracias, Bethany —respondió mi hermano casi con sarcasmo—. No necesito ningún consejo de pareja que venga de los novios del año.

Nos miró un instante con expresión hostil y desapareció en el porche trasero.

Xavier miró a Ivy, sin saber qué decir.

—¿Crees... que necesita ir a ver a un terapeuta?

—Gabriel ha presenciado todas las atrocidades humanas desde el inicio de los tiempos... —contestó mi hermana—. Sería una sesión muy larga.

—Pero esto es transitorio, ¿verdad? —pregunté, preocupada—. ¿Cuando las alas se le curen volverá a la normalidad?

—Por suerte, sí —respondió Ivy—. Deberíamos estar contentos de que no sea peor. La destrucción de las alas de un ángel puede producir un daño irreparable. Pero Gabriel sanará.

—No comprendo por qué las heridas de sus alas pueden hacer que se comporte de esta manera —dijo Xavier—. Quiero decir, Molly..., ¿de verdad?

—Nuestra esencia se encuentra en nuestras alas —explicó Ivy—. Ellas son la fuente de todo nuestro poder, como las raíces de un árbol. Gabriel ha quedado debilitado, se encuentra vulnerable ante la duda y la preocupación, y ante multitud de emociones a las que nunca se había visto expuesto.

—¿Y qué deberíamos hacer?

—Nada —dijo mi hermana—. Solo necesita tiempo.

—¿Y qué hay de Molly? —pregunté.

—Sus nuevos sentimientos por ella desaparecerán, y él volverá a ser el arcángel Gabriel —apuntó Ivy.

—Bien —dijo Xavier—. Eso estará bien.

Dejé a Xavier y a Ivy hablando y abrí la puerta mosquitera para ir con mi hermano. Se encontraba sentado en los desvencijados escalones del porche y miraba el desordenado patio. Observaba las hojas muertas bajo los zapatos y tenía la frente arrugada en una expresión de confusión. Era evidente que no era él mismo.

—Sabes que no eres tú mismo —dije, sentándome a su lado—. Todo esto es transitorio, va a pasar.

Era extraño que fuera yo quien le diera consejos a mi hermano. Siempre había sido justamente al revés.

—¿Cómo lo soportas? —preguntó Gabriel en voz baja—. Me refiero a la inestabilidad de la vida humana. ¿Por qué quieres sentir como ellos? Es un caos. No puedo encontrar espacio en mi cabeza para pensar.

Sonreí.

—No todos podemos hacerlo.

Gabriel me miró, y me di cuenta de que sus ojos se habían oscurecido, como si sufriera una tormenta interna. Por primera vez parecía comprenderme, quizás incluso podía identificarse un poco conmigo.

—Sé que me he comportado mal —dijo—. Me odio a mí mismo por ello.

—No te culpes. —Le puse una mano sobre el ancho hombro—. Has hecho un sacrificio enorme por mí. Ojalá no estuvieras sufriendo ahora a causa de ello. Pero salvaste la vida de Xavier... y la mía. Nadie está enfadado contigo. Estamos aquí para ayudarte a pasar por esto.

—Gracias —murmuró Gabriel—. Espero que sea una recuperación rápida. No me reconozco a mí mismo.

—Tú sabes quién eres, Gabe —repetí—. Siempre has sabido exactamente quién eres y cuál es tu propósito. —Le di un apretón en la mano—. Quizás ahora tu verdadero yo esté un poco enterrado, pero el Gabriel a quien conocemos y amamos todavía está ahí. Y no te preocupes, volverá.

Sé algo que tú no sabes

—**N**o podéis volver a la universidad —nos dijo Ivy.

A pesar de que ya lo había supuesto, el hecho de que me lo dijera me sentó como una bofetada en la cara. Ole Miss representaba todo lo que había sido un poco normal en nuestra vida. Ahora me sentía como Peter Pan, con la nariz pegada a la ventana mirando una vida que me era negada para siempre y mirando a las personas que pronto me olvidarían. Pero Peter Pan permanecería joven para siempre. Y sentía que Xavier y yo teníamos cien años, estábamos cansados del mundo y no teníamos fuerzas para seguir luchando.

Me hubiera gustado regresar a la universidad y empezar de cero. Me hubiera gustado ir a clase, asistir a partidos de fútbol y rodearme del zumbido de la actividad de los seres humanos. Pero ahí donde estábamos solamente había un círculo de silencio y el gran peso de conversaciones pendientes en el aire. Xavier y yo nos teníamos el uno al otro, pero yo ya no sabía si eso significaba que compartíamos ese peso o si lo vivíamos doblemente. A nuestro alrededor, la destrucción era excesiva para poder comprenderla, y yo quería hacer desaparecer todo eso. Incluso echaba de menos a Mary Ellen, y deseaba mantener una aburrida conversación con ella sobre la laca de uñas o las sororidades..., sobre cualquier cosa que no tuviera que ver con nosotros y con el lío en que se había convertido nuestra vida.

Gabriel había desaparecido en el bosque sin decirnos adónde iba. Ivy aseguró que necesitaba tiempo para aceptar todo lo que le había sucedido.

—Quizá no vuelva a ser el mismo hasta que sus alas hayan sanado por completo —explicó.

—¿De verdad? —pregunté—. ¿Tanto va a tardar?

—Nuestras alas son como nuestra alma —dijo ella—. Imagínate que alguien te clava un cuchillo en el alma. Eso tarda un tiempo en sanar.

—Me gustaría poder ayudarlo.

—No puedes hacerlo —dijo mi hermana. Me pareció detectar cierta amargura en

su tono de voz. No me sorprendería que me culpara a mí de todo. Yo había provocado esa situación en el momento en que me había puesto el anillo de casada en el dedo. Pero ya era demasiado tarde para cambiar nada. Ivy soltó un fuerte suspiro—: Ve a buscar tus cosas al campus y vuelve de inmediato. No hables con nadie si puedes evitarlo.

—De acuerdo —asentí.

Ya había causado suficientes problemas. Lo mínimo que podía hacer era cumplir esa petición.

Cuando llegué al campus, me colé en los dormitorios rezando para que Mary Ellen no se encontrara allí. Por primera vez, tuve suerte. Cogí mi bolsa del armario y empecé a llenarla con la ropa de las perchas. Por suerte, no tenía muchas cosas, así que al cabo de diez minutos hube terminado. Decidí que sería mejor dejarle una nota a Mary Ellen, por si se le ocurría informar a la universidad de mi desaparición. Le di vueltas pensando qué podía escribirle que resultara una explicación plausible a mi ausencia durante todo un mes del semestre. Al final, lo único que se me ocurrió fue: «Una emergencia familiar. He tenido que irme. ¡Buena suerte en tu Semana Frenética!». Sabía que no era mínimamente creíble, pero deseé que fuera suficiente para impedirle comunicar nada a la universidad.

Xavier y yo nos encontramos fuera del edificio y nos dirigimos directamente al aparcamiento. Él había ido a su apartamento para recoger sus cosas y, al igual que yo, solo llevaba una única bolsa con todas sus pertenencias. Sabía por qué: había que dejar todo lo que no fuera necesario. En eso consistía el vivir como fugitivos.

—¿Qué les dijiste a los chicos? —pregunté.

—Nada —repuso—. No estaban.

Sabía que le dolía dejar a sus amigos en peligro y sin darles ninguna explicación. Xavier había convivido con ellos en ese apartamento y los había llegado a conocer bien, y sentía profundamente los vínculos de hermandad. Pero ¿qué explicación hubiera podido ofrecerles? Nadie podría comprender nuestra repentina partida, ni siquiera nuestros mejores amigos.

Mientras cargábamos las cosas en el coche, eché una última mirada a Ole Miss para llevarme conmigo todos los recuerdos posibles. Me pregunté si alguna vez volvería a ver el campus, con sus edificios antiguos y sus animados estudiantes: una perfecta mezcla de pasado y presente. Observé a los chicos que subían la colina bajo el sol para ir a clase, con sus mochilas colgando a la espalda y los libros de texto bajo el brazo. De vez en cuando se detenían para charlar o para mandar un mensaje por el móvil. La escena mostraba una hermosa normalidad, y tuve que obligarme a apartar la mirada de ellos.

Justo estábamos cerrando el capó cuando oímos una voz a nuestras espaldas.

—¡Eh! ¿Adónde vais?

Era Clay, el compañero de apartamento de Xavier. Me di la vuelta hacia él y lo miré con expresión de disculpa. Clay había sido un buen amigo para los dos, nos había hecho sentir acogidos y nos caía realmente bien.

—Eh, amigo. —Xavier se mordió un labio—. Nos vamos de viaje.

—¿Adónde? —preguntó Clay—. ¿Y dónde habéis estado?

—Ojalá te lo pudiera decir —respondió Xavier—. Pero no puedo. Tienes que confiar en mí.

—Colega —exclamó Clay con incredulidad—, no puedes irte de esta forma.

—Ahora no hay tiempo para explicártelo —intervine—. Pero tenemos que irnos.

Clay miró por la ventanilla y vio mi bolsa en la parte trasera. Con las prisas, ni siquiera me había preocupado de cerrarla bien y toda mi ropa sobresalía.

—No vais a volver, ¿verdad? —Clay parecía dolido—. ¿Y no nos ibais a decir nada?

—Queríamos hacerlo —le dije—. Pero cuanto menos sepáis, mejor. No queremos meteros en nuestros líos.

Clay abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó.

Antes de que pudiera responder, Xavier me cogió la muñeca. Aparté la mirada de Clay un momento, y entonces lo vi. El séptimo estaba a pocos metros de nosotros, un poco hacia la derecha. Llevaba puesto el mismo abrigo largo y negro, y tenía las manos metidas en los bolsillos. Las vacías cuencas de los ojos parecían estar mirándonos directamente. No pude evitar soltar una exclamación de susto. Clay se dio la vuelta.

—¿Qué? —preguntó, nervioso—. ¿Qué sucede?

Me di cuenta de que él no podía verlo. El séptimo se encontraba de pie justo detrás de él, pero Clay no notaba su presencia. Después del último desastre, el séptimo se hacía visible solamente para sus presas. ¿Sería por alguna orden procedente del Cónclave? ¿O quizás era por precaución?

—¡Entra en el coche! —gritó Xavier mientras subía al asiento del conductor y ponía el motor en marcha.

—¡Vete a casa, Clay! —le apremié mientras subía al asiento del pasajero—. ¡Tienes que irte ahora mismo!

—¿Qué demonios...? —exclamó Clay.

Xavier dio marcha atrás para salir del aparcamiento y luego apretó el acelerador. Salimos del aparcamiento a una velocidad vertiginosa. El séptimo no nos siguió, se limitó a mirar y a esperar. Sabía que vendría a por nosotros, pero lo haría cuando le resultara conveniente.

Xavier no bajó la velocidad hasta que estuvimos fuera de Oxford, en la carretera.

Ni siquiera entonces nos relajamos. Estábamos cansados de sufrir esa persecución, pero no podíamos ceder: sabíamos cuáles serían las consecuencias si lo hacíamos.

—Deberíamos detenernos —le dije cuando ya habíamos dejado la ciudad muy atrás—. Tenemos que llamar a Gabriel y a Ivy, explicarles lo que ha sucedido.

Si la situación hubiera sido distinta, habríamos ido directamente a casa, pero no queríamos llevar al séptimo hasta nuestro escondite. Era más prudente detenernos y dejar que mis hermanos se encargaran del resto. Esperé que el estrés que supondría no empeorara el estado de Gabriel.

—No puedo parar aquí —dijo Xavier—. En esta carretera estamos al descubierto.

—Bien pensado. —Señalé hacia un granero abandonado que quedaba un poco más adelante y sugerí—: ¿Qué te parece ahí? Detén el coche detrás y llamaré desde el interior para que nadie nos vea.

Condujo el coche fuera de la carretera y lo aparcó cerca del desvencijado granero. Dentro había montones de grandes balas de paja y varias máquinas oxidadas que parecían llevar años en desuso.

—No tardaré —prometí, y me colé dentro.

Xavier empezó a caminar arriba y abajo mientras yo marcaba el número en el móvil.

—¿Qué ha pasado?

El tono de Ivy al contestar el teléfono era de preocupación. Debía de haber presentido que algo había sucedido.

—Un séptimo —dije casi sin aliento—. Ha aparecido justo cuando nos marchábamos.

—¡Te dije que os dierais prisa! —exclamó Ivy.

—No me grites —repliqué—. ¡Solo estuvimos allí media hora!

—De acuerdo. —Soltó un profundo suspiro—. ¿Dónde estáis ahora?

—Justo acabamos de salir de la carretera de Oxford. Todavía estamos en el condado de Lafayette.

—Quedaos ahí —dijo—. Iremos a buscaros.

—De acuerdo. —Bajando la voz, pregunté—: ¿Gabriel... va a venir contigo?

—Quizás esto sea justo lo que necesita —repuso Ivy—. Para sacarlo de su estado. Quedaos escondidos. No salgáis a campo abierto. Nos vemos pronto.

Ivy colgó el teléfono y yo miré a Xavier.

—Van a venir —informé, obligándome a sonreír un poco—. No tenemos que preocuparnos.

Xavier cruzó el granero pisando la paja del suelo y dio una patada contra una de las balas. Con su camisa de cuadros y sus gastadas botas de piel parecía cómodo en ese entorno. De repente, una máquina que colgaba del techo se mecía con un crujido. Xavier miró hacia arriba y frunció el ceño; yo quise acercarme a él, pero tropecé con

un cubo lleno de agua podrida.

—Este sitio es una trampa mortal —dijo Xavier con una sonrisa, mientras me ayudaba a levantarme y me sacudía la ropa.

—No estaremos mucho tiempo —contesté.

—Casi desearía que nos encontraran. —Suspiró—. Así podríamos acabar de una vez por todas con esto.

—No van a cogernos —repliqué—. No permitiré que eso suceda.

—Al final, tendremos que enfrentarnos a ellos —reflexionó Xavier—. No podemos estar siempre huyendo.

—No sabemos qué pasará si nos encuentran —dije—. No podemos arriesgarnos.

—Ya, pero este juego del gato y el ratón ya cansa.

—Estoy de acuerdo —repuse con voz ronca.

De repente, al levantar la mirada, los dos vimos al séptimo. Estaba de pie delante de nosotros con su largo abrigo negro, bloqueando la salida del granero. Miré a mi alrededor, pero no había ninguna otra escapatoria. Cogí a Xavier del brazo con fuerza, como si eso pudiera impedir que nos separaran.

—Por fin —dijo el séptimo—. Nos habéis estado dando esquinazo durante un buen rato.

—Pilla la indirecta —replicó Xavier con osadía—. No queremos ser amigos vuestros.

—Qué divertido —replicó el séptimo con sequedad.

—¿Por qué no nos dejáis en paz?

Me puse delante de Xavier para protegerlo, a pesar de que él era bastante más alto que yo.

—Me temo que eso es imposible.

—¿Qué es lo que queréis de nosotros, exactamente? —preguntó Xavier, mientras me levantaba del suelo sin ningún esfuerzo y me colocaba a sus espaldas.

—Queremos restaurar el orden —respondió el séptimo con su voz ronca y monótona—. Nuestro trabajo consiste en mantener la paz.

—Pues habéis hecho un buen trabajo hasta ahora —comentó Xavier con sarcasmo.

—Yo lo comprendo —intervine, repentinamente harta—; sé que enamorarse de un ser humano va contra todas las normas, pero ahora ya está hecho. No se puede hacer nada para cambiarlo.

—Un ser humano. —El séptimo sonrió—. ¿Es eso lo que crees que es?

—¿Perdona? —pregunté.

—Eh. —Xavier se irguió, un tanto ofendido—. ¿Qué demonios significa eso?

—¿No lo sabes, verdad? —dijo el séptimo, pensativo, como si esa información le resultara altamente satisfactoria.

—No. ¿Por qué no nos lo cuentas? —repuse.

—Hay fuerzas que acompañan a este chico.

—¿Te importaría explicarte mejor? —preguntó Xavier en tono cortante. La actitud engreída del séptimo estaba acabando con su paciencia.

—Durante todos estos años te perdimos la pista —apuntó el séptimo—. Desapareciste en el caótico mar de seres humanos. Pero siempre supimos que un día encontrarías el camino de regreso. Y así ha sido.

—¿De qué estás hablando? —insistí—. Creí que me buscabais a mí.

—Te buscábamos —dijo el séptimo—. Hasta que descubrimos su verdadera identidad. Ahora él debe ponerse a nuestro servicio.

—Él no es propiedad vuestra —dije, llena de indignación.

Xavier se acercó a mí y nuestros hombros entraron en contacto.

—Yo no soy vuestro sirviente.

De repente, me di cuenta de lo que sucedía y el corazón se me hizo pesado como el plomo. Ya no me buscaban a mí, ya no querían castigarme y arrastrarme a mi anterior hogar. Ahora era peor: querían a Xavier.

—¿Qué queréis de él? —pregunté, casi atragantándome.

—Tenemos planes para él —dijo el séptimo, girando la cabeza hacia Xavier y señalándolo con uno de sus retorcidos dedos—. El Cielo te necesita.

—¿Quién te crees que eres? ¿El Tío Sam? —replicó Xavier malhumorado—. La Tierra me necesita. Tengo una vida; tengo una familia. Y no pienso dejar a Beth.

—Ya me lo esperaba —dijo el séptimo mientras levantaba una mano con la palma dirigida hacia nosotros.

Antes de que su energía llegara hasta nosotros, cogí la mano de Xavier y dejé que toda la rabia y el arrepentimiento que sentía recorrieran mi cuerpo.

—Estamos los dos juntos —le dije—. Nosotros contra el mundo.

Xavier me apretó la mano con fuerza y, por primera vez, sentí una energía distinta que se mezclaba con la mía y me di cuenta de que procedía de él. No era una energía angélica como la de Ivy o Gabriel, pero desde luego no era humana. Contenía la de la luz del sol e hizo que mi mente se llenara de una hermosa agua cristalina que me limpió de toda preocupación como una marea barre la playa. Era un agua rizada, bailarina, refrescante, que daba la vida. Sentí una brisa que corría por todo mi cuerpo, y luego un calor vibrante que me hizo notar la solidez de mis pies plantados en el suelo. Ni un tornado me hubiera podido mover de allí.

Entonces, poco a poco, lo vi todo claro: aire, agua, fuego, tierra. Estaba sintiendo todos los elementos. Pero no era yo quien me producía esa sensación, pues mi energía era como una luz brillante y clara que te hacía sentir como si flotaras. Esa energía procedía de Xavier. Era la energía de la tierra, y eso era lo que yo sentía emanar de las yemas de sus dedos. Toda la magnificencia que la tierra era capaz de producir y

las mayores fuerzas de la naturaleza parecían fluir por todo mi cuerpo. ¿Qué significaba eso? ¿Estaban los elementos bajo su control? Lo único que sabía era que Xavier parecía tener a la Madre Naturaleza de su lado, como si nuestro padre hubiera ordenado a la misma Tierra que se pusiera a sus pies. Xavier tenía los ojos cerrados y supe que no podía molestarlo. Así que me concentré en colaborar con su energía y dejé que nuestras mutuas habilidades se entremezclaran y se alimentaran la una a la otra.

Cuando la energía del séptimo nos alcanzó, pareció chocar con un escudo invisible y se dispersó en miles de trozos de barro por el suelo. Entonces el séptimo formó una brillante esfera iridiscente como el ópalo entre las manos y la lanzó contra nosotros. Esta vez, la esfera se prendió en llamas a pocos centímetros de nosotros y se consumió por completo, provocando una lluvia de ceniza que cayó al suelo como confeti. El séptimo nos lanzó otra esfera que explotó formando un gran arco de agua y que lo empapó de la cabeza a los pies.

—¿Qué truco es este? —siseó el séptimo.

—Vete —ordenó Xavier en tono amenazador—. No puedes tocarnos.

—Mi poder es superior al vuestro —replicó el séptimo, aunque ya no parecía tan seguro.

—¿Ah, sí? —preguntó Xavier—. Pruébalo.

—Chico arrogante. —El séptimo soltó un gruñido grave.

—Ese soy yo —replicó Xavier encogiéndose de hombros.

El séptimo retrocedió unos pasos y dijo...

—Deberíais saber que vuestra rendición es inminente. No podéis luchar contra nosotros indefinidamente.

—Bueno, haremos todo lo que podamos.

—Muy bien —dijo la criatura—. Pero solo conseguiréis aplazar lo inevitable.

Entonces, con un sonido como del batir de alas, desapareció.

Xavier me soltó la mano y se agachó, abrazándose las rodillas. Tenía la frente perlada de sudor.

—Mierda —suspiró—. ¿Qué ha pasado?

—No..., no lo sé —respondí—. Creo que fuiste tú.

—No. —Xavier negó con la cabeza—. Fuimos los dos.

—¿Hemos vencido a un séptimo? —Estuve a punto de reír ante esa idea absurda—. ¿Sin ayuda? Lo hemos obligado a marcharse.

—Sí, lo hemos hecho. —Los brillantes ojos azules de Xavier me miraron sonrientes—. Supongo que somos más fuertes de lo que pensábamos.

Parecía que así era. Cuando Gabriel e Ivy aparecieron, al cabo de unos momentos, la crisis ya había pasado. No había nada que ellos pudieran hacer. Nos habíamos salvado por nuestros propios medios.

El secreto mejor guardado

Había una conversación pendiente. Tanto Xavier como yo éramos conscientes de ello mientras nos dirigíamos a casa con mis hermanos. Hubiéramos podido sentirnos muy contentos de haber derrotado a uno de los más conocidos cazadores del Cielo, pero no podíamos ignorar lo que nos había dicho: «Un ser humano. ¿Es eso lo que crees que es?». Esas palabras no paraban de resonar en mis oídos. ¿Qué se suponía que significaban? Por supuesto que Xavier era un ser humano. Yo le había visto sangrar. Le había visto al borde de la muerte. Eso lo hacía un hombre, ¿no era así? Llegué a la conclusión de que el séptimo había intentado inquietarnos, y pensé que Ivy y Gabriel nos lo aclararían todo en cuanto llegáramos a casa.

En la cocina, Xavier se mostraba un tanto inquieto.

—Vale, sacadlo —dijo Gabriel—. ¿Qué os ha dicho?

Mi hermano parecía encontrarse mejor que en días anteriores, pero todavía no era él mismo. Se mostraba más impaciente y sin capacidad de posponer nada. El Gabriel de antes hubiera abordado el tema con más tacto, hubiera llevado la conversación de forma natural en la dirección deseada. Pero ahora no quería perder el tiempo y fue directo al grano. Resultaba un cambio agradable.

—Dijo que yo no era un ser humano. —Xavier cruzó los brazos sobre el pecho—. Y que el Cielo me necesita, que tienen planes para mí, o algo. Es de locos, ¿no?

—Xavier, hay una cosa que tienes que saber —intervino Ivy.

—Oh, por todos los cielos —la interrumpió Gabriel—. Díselo ya. De todas formas, es hora de que lo sepan.

Ivy se llevó los dedos a las sienes y se las apretó ligeramente.

—¿De que sepamos qué? —pregunté, desconfiada. No me gustaba cómo sonaba todo eso—. ¿Qué es lo que nos habéis estado ocultando?

—Quizá sea mejor que os sentéis. Esto no va a ser fácil para ninguno de nosotros.

—De acuerdo. —Xavier soltó una carcajada, incómodo—. La verdad es que empezáis a asustarme. ¿Qué sucede?

—Sentaos —pidió Ivy—. Por favor.

Me senté en el sofá y di un tirón de la manga a Xavier para que hiciera lo mismo a mi lado. Luego empecé a jugar con la mantita de *patchwork* entre los dedos. Gabriel miraba por la ventana y tenía una actitud solemne. Esperaba a que Ivy empezara. Vi que mi hermana no podía tener las manos quietas y tardó bastante rato en empezar a hablar.

—Supongo que debo empezar por el principio —dijo, al fin, con la mirada perdida.

—¿Va a ser una historia muy larga? —preguntó Xavier—. Porque preferiría ir al grano.

—Solo escuchad —dijo mi hermana, apesadumbrada—. Si no, no lo comprenderéis. —Miró a Gabriel con expresión significativa, y mi hermano asintió con la cabeza, para darle ánimos—. La última vez que estuve en la Tierra fue hace casi veinte años. Me dirigía a Charlotte, pero me equivoqué y aterricé en Birmingham. No tenía pensado hablar con nadie, pero me encontré con una pareja con el coche averiado que me pidió si podían utilizar mi móvil. Empezamos a charlar y me contaron que iban a visitar una clínica de fertilidad. Pero no les funcionaba, no conseguían concebir un hijo.

—Eso es muy interesante —dije—. Pero no comprendo qué relación tiene con nosotros.

Gabriel levantó una mano y dijo:

—Déjala terminar. Tenéis que oír toda la historia.

—No debería haberme involucrado en eso —continuó mi hermana meneando la cabeza—. Pero la mujer me dijo que habían estado rezando para que sucediera un milagro. Y yo no podía dejarlos de esa manera, teniendo en cuenta que podía ayudarlos.

—¿Qué hiciste? —pregunté.

—Les di un hijo —murmuró Ivy—. Cuando la mujer se separó de mí, ese mismo día, ya estaba embarazada, aunque ella no lo sabía. Y sané su cuerpo para que pudiera volver a concebir en el futuro.

—¿Actuaste sin obtener consentimiento? —dije—. ¿El Cielo quiso castigarte?

—Yo misma me infligí mi propio castigo.

—¿Qué significa eso?

—Durante mucho tiempo no sucedió nada —suspiró Ivy—. Pero al final descubrí que la pareja había dado a luz a un hijo y que, desde entonces, han tenido cinco hijos más, completamente sanos.

Noté que Xavier cambiaba de postura con gesto incómodo.

—¿Qué le sucedió al chico?

—Mi relación con ellos se limitó a hacer que concibieran —dijo Ivy—. Dejé al

chico solo para que llevara una vida normal. No esperaba volver a verlo nunca.

—No me lo puedo creer —susurré—. ¿Por qué no nos lo dijiste nunca?

—Estaba avergonzada de mí misma —respondió Ivy—. Y después de haberte juzgado por tu vínculo con los seres humanos, ¿cómo podía revelar lo que había hecho? Fui una hipócrita.

—Oh, Ivy —dije—. Podrías haber confiado en mí, precisamente en mí. Yo lo hubiera comprendido.

—Bethany, no he terminado —me interrumpió mi hermana—. Hay más cosas. El Cielo me comunicó que volvería a ver a ese chico, que de una forma u otra él regresaría y se relacionaría con el mundo de los ángeles.

—¿Quieres decir que vamos a conocerlo?

Gabriel se dio la vuelta y me miró directamente a los ojos.

—Bethany, ya lo has conocido.

No conseguía poner orden en toda esa inesperada información.

—No comprendo... —dije.

—Yo sí —dijo Xavier con voz ronca—. Suelta de una vez lo que tienes que decir. Mi hermana bajó la vista al suelo.

—La pareja que conocí hace tantos años... son Peter y Bernadette Woods. El niño eres tú. Lo siento mucho, Xavier.

Se hizo un largo silencio. Me sentí como si la misma Tierra hubiera dejado de girar. Xavier no se movió; permanecía sentado, callado y con los ojos clavados en las manos. Todos esperábamos a que dijera algo. Gabriel se sentó y le puso una mano sobre el hombro, pero Xavier rechazó el contacto y se puso en pie.

—Xavier, por favor, procura calmarte —dijo mi hermana.

—¿Calmarme? —Xavier soltó una breve carcajada—. Acabas de decirme que soy producto de una especie de inmaculada concepción, hijo de un milagro, ¿y se supone que debo calmarme?

—Sigues siendo un ser humano —respondió Ivy con pasión—. Estás hecho de carne y huesos, aunque no eres exactamente igual que todo el mundo.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —preguntó Xavier de repente.

—Desde que te conocí. —Ivy no se atrevía a mirarlo a los ojos—. Al principio no estábamos seguros, pero pronto lo supimos. Ese es, en parte, el motivo por el que queríamos separaros a Bethany y a ti. Un ser humano normal no hubiera podido manejar la realidad de nuestro mundo, y nosotros hubiéramos podido borrar su mente y continuar como si nada. Pero tú... eras distinto.

—¿Lo habéis sabido durante todo este tiempo? —Xavier parecía verdaderamente destrozado—. ¿Y habéis estado esperando hasta ahora para decírmelo?

—Tú tenías otras cosas en la cabeza —se justificó Ivy, suplicante—. Tu camino no ha sido fácil, yo no quería añadirte un peso más.

—¿Y mis hermanos y hermanas? —preguntó Xavier con voz ahogada—. ¿Ellos también...?

—Ellos fueron concebidos de forma natural. Yo solo intervine en tu concepción.

—Así que... —Xavier parecía ligeramente mareado—. ¿Tú eres..., eso hace que tú seas..., como...? ¿Eres mi madre?

El pánico que sentí al oír esas palabras fue casi incontrolable.

—Oh, Dios —gemí—. Por favor, no.

—No soy tu madre —respondió Ivy con firmeza—. No tengo ADN que transmitir. Eres hijo de Bernadette. Pero yo te di tu esencia, tu espíritu. La sangre de los ángeles corre por tus venas, al igual que la sangre de tus padres humanos.

—Entonces, ¿qué diablos soy? ¿Un ángel o un ser humano?

—Supongo que eres ambas cosas —dijo Ivy.

—Fantástico. Esto es un lío.

—No quería que te enteraras de esta forma.

—La verdad es que no existe un momento adecuado para enterarse de que uno es una especie de mestizo estrafalario —comentó Xavier con mordacidad.

—No digas eso —intervine—. Eres la misma persona que has sido siempre.

—¿Y eso qué significa, Beth? —preguntó.

—Tú siempre has sabido que eras extraordinario —repuse—. De no ser así, el destino no nos habría unido. Has sobrevivido a cosas muy graves, tienes mucha fuerza, y ahora sabemos por qué.

—¿Y qué quieren los séptimos de mí? —preguntó Xavier—. ¿Qué piensan que puedo hacer por ellos?

—Los híbridos tienen poderes —señaló Gabriel—. Poderes que no acabamos de conocer. Supongo que quieren averiguar cuáles son.

—¿Así que quieren utilizarme? —preguntó Xavier con dureza—. ¿Como si yo fuera una especie de rata de laboratorio?

—Probablemente —respondió Gabriel sin pestañear.

—Supongo que no debo de ser el único... —Xavier puso cara de exasperación— híbrido.

—Eres el primero que hemos encontrado —dijo Gabriel—. Ha habido otros, pero los ángeles que los crearon no eran muy comunicativos acerca de su paradero. Y, en general, llevan una vida normal como seres humanos. Eso hace que no sean fáciles de localizar.

—Y ahora que me han encontrado... —Xavier se interrumpió.

—Ahora que conocen tu identidad, no se detendrán ante nada —apuntó Ivy—. Pero haremos todo lo que esté en nuestra mano para protegerte.

—Ellos quieren conseguir que Bethany y tu os separéis —dijo Gabriel.

—En especial, después de lo que ha sucedido hoy. Vuestros respectivos poderes,

combinados, son demasiado fuertes y se sienten amenazados.

—¿Quieres decir que si no estuviéramos juntos, nos dejarían en paz? —pregunté con incredulidad.

—Continuarían siguiendo a Xavier y observándolo de lejos —respondió Gabriel—. Pero no significaría una amenaza tan apremiante para ellos.

—¡Xavier no es una amenaza! —exclamé—. ¡Él no ha hecho nada malo!

—Los séptimos son seres competitivos —explicó Ivy con expresión sombría—. Saben que vuestra unión los supera en fuerza, y no pueden tolerarlo.

—¿Y si prometemos no hacer nada?

—Eso no serviría de nada —dijo Gabriel—. Ahora ya deberías saber cómo funcionan.

—De acuerdo. —Me mordí el labio inferior e hice un esfuerzo por controlar mi nerviosismo—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Regresarán —afirmó Ivy—. Y esta vez estaremos preparados.

Cuando Ivy y Gabriel nos dejaron solos, esperé a que Xavier empezara a hablar. Esa información era difícil de asimilar, y pensé que debía de tener mil cosas en la cabeza en ese momento, preguntas sin respuesta y acusaciones.

—Bueno, esto es... —Levantó ambas manos y las dejó caer sobre el sofá—. No sé qué decir.

—Xavier...

Él me interrumpió:

—¿Cómo es posible que yo no lo supiera? Debe de haber habido señales. ¿Es que se me pasaron por alto?

—Sí ha habido señales —dije—. Pero no te diste cuenta de ninguna de ellas. Es decir, piensa en todo lo que ha sucedido desde que tú y yo nos conocimos. ¿Cuántas personas serían capaces de presenciar la muerte de sus amigos? ¿Cuántas personas podrían sufrir un exorcismo sin quedar traumatizadas? ¿Cuántas personas podrían bajar al Infierno para salvar a alguien a quien aman? ¿Y cuántas personas podrían ser poseídas por Lucifer, tenerlo en su interior y sobrevivir? Tú eres especial, Xavier. Los ángeles te eligieron.

Él mantenía la mirada fija en el espacio.

—Siento que ya no sé quién soy.

—No —insistí, negando con la cabeza con energía—. No, es exactamente lo contrario. Ahora sabes quién eres. Estás bendecido, y te encuentras en un camino que te conducirá a grandes cosas. Dios te está cuidando.

—Más bien parece que lo estoy haciendo enojar mucho —respondió Xavier con tono apagado.

—A los séptimos —lo corregí—. Estás haciendo enojar a los séptimos. Pero Dios

te ama. Él te ha señalado como a uno de los suyos.

—Entonces, ¿por qué todo es tan difícil? —Xavier me miró con una expresión cargada de intensidad: necesitaba que mi respuesta tuviera sentido—. ¿Por qué parece que estemos recibiendo un castigo?

—Porque el camino del bien nunca es fácil —susurré—. Aquellos elegidos por el Señor tienen un camino difícil. El premio llega después. Y si él es el padre piadoso que yo conozco, disfrutaremos de una paz eterna juntos. Solo tienes que confiar en él. Creer en su plan y confiar en él con todo tu corazón. Sé que es difícil, pero recuerda las pruebas que has recibido a través de mis hermanos y de mí. La mayoría de las personas se ven obligadas a continuar adelante con una fe ciega, pero tú no. Tú has recibido pruebas.

—De acuerdo. —Xavier me miró, y sus ojos turquesa mostraban una expresión pensativa—. De acuerdo... —repitió.

Sabía que todo eso era difícil de asimilar y no podía apremiarlo.

—Un momento... —De repente se me había ocurrido una idea que tenía que compartir con Ivy y Gabriel—. Vosotros dos siempre me estáis diciendo que soy distinta, que siento cosas que no debería sentir por un ser humano. ¿Es posible que este sea el motivo? ¿Que sea porque Xavier no es... —me interrumpí a tiempo y corregí— del todo humano?

—Es la explicación más probable —respondió Gabriel—. El vínculo que tenéis supera el que experimentan los seres humanos. De no ser así, es improbable que vuestra relación hubiera superado tantos obstáculos.

—¿Quieres decir que yo no la amaría si fuera normal? —preguntó Xavier en tono cortante.

—No —repuso Gabriel con firmeza—. Quiero decir que no hubieras tenido los recursos necesarios para enfrentarte a las cosas que te han sucedido ni a las verdades que te han sido reveladas.

—Xavier. —Ivy le puso una mano en el hombro—. La sangre de los ángeles corre por tus venas. Eso significa que los ángeles siempre estarán contigo. Significa que estás protegido y destinado a ser un protector de los seres humanos. Pero la elección es tuya. Puedes hacer algo con ese conocimiento que ahora tienes, o puedes fingir que nunca lo supiste.

—No creo que eso sea una opción —respondió Xavier—. Supongo que solo necesito tiempo para asimilarlo.

No sabía por qué, pero toda esa información no provocó que mi mundo se tambaleara. Supuse que se debía a que Xavier ya había hecho que mi mundo se tambaleara, y pensar que su concepción había sido algo extraordinario me parecía natural. Para mí, él nunca había sido un ser humano normal; su presencia era como un castillo de fuegos artificiales, y el mero hecho de oír su nombre me hacía temblar las

rodillas. Por supuesto que él era especial, ¿cómo podía no serlo? Pensé que el hecho de que mi hermana hubiera provocado su concepción era un poco raro, pero recordé que Ivy no era mi hermana biológica. Estábamos conectadas a una familia celestial mucho mayor, pero no compartíamos ADN. Esa era una característica exclusivamente humana.

Así fue como acepté que Xavier era un híbrido. En realidad, me hacía sentir un poco orgullosa.

Me verás arder

Los cuatro estuvimos de acuerdo en que no tenía ningún sentido intentar calcular cuándo los séptimos volverían a atacarnos. Ya no queríamos continuar con ningún plan ni estrategia más. Sabíamos que era imposible hacer una predicción, y no teníamos miedo. Por supuesto, la batalla no había terminado, pero no creía que los séptimos tuvieran ninguna otra arma escondida que nos pudiera sorprender.

Xavier continuaba esforzándose por asimilar la idea de que por sus venas corría sangre angelical, pero no parecía querer hablar más de ello. Yo no insistí sobre el tema, pues sabía que necesitaba tiempo para aceptarlo. Así que decidí preocuparme por Molly.

A la tarde del día siguiente, obligué a Xavier a salir de la casa para ir a buscarla. Molly nos había evitado desde lo que había sucedido con Gabriel en la cocina, y yo estaba preocupada por ella. Oxford era una ciudad pequeña, no había muchos lugares donde esconderse, y al final la encontramos. Estaba sentada en un rincón del Starbucks. Miraba el teléfono móvil con el ceño fruncido y tenía un bollo en un plato, a su lado. Xavier y yo decidimos comportarnos como si nada hubiera sucedido.

—¿Malas noticias? —preguntó Xavier acercándose sigilosamente por detrás.

—No —respondió Molly.

Molly se apresuró a poner el móvil encima de la mesa, boca abajo: mi amiga nunca había sabido mentir.

—¿A qué viene esa mala cara, pues? ¿Es que tu manicura está fuera de la ciudad?

—Ja, ja, muy gracioso —repuso ella, pero la sonrisa se le heló en los labios.

Me di cuenta de que Molly parecía distinta. Se había alisado los rizos y llevaba una larga trenza de un rojo encendido que le caía sobre el hombro. No llevaba puestos ni su habitual pantalón corto Nike ni una de sus camisetas, sino que vestía una blusa de cuello alto con motivos florales y unos vaqueros descoloridos a juego con unas zapatillas de tenis. La Molly que yo conocía hubiera preferido morirse antes que ponerse un vaquero y unas zapatillas de tenis. Desde luego, era una imagen

totalmente distinta para ella, y supuse que lo hacía para ganarse la buena opinión de Wade. Sus grandes ojos azules no tenían el brillo de siempre, pero parecieron chispear al vernos. Xavier y yo arrastramos unas sillas para sentarnos a la mesa con ella y mi amiga nos observó con atención. Por un momento pareció que la Molly de siempre volvía a hacer su aparición.

—¡Tenéis un aspecto asqueroso!

—¡Vaya, gracias! —dijo Xavier.

—Lo siento, pero necesitáis más descanso y menos sexo.

Xavier la miró y forzó una sonrisa.

—No es nada de eso.

Se hizo un silencio. Ninguno de nosotros quería sacar el tema de la escena entre Gabriel y Molly, pero mi amiga parecía querer fingir que nunca había tenido lugar. ¿Tenía miedo de volver a sentirse herida?

—Bueno, ¿y qué hay? —preguntó—. ¿Cómo va todo?

—Las cosas se han tranquilizado un poco —respondí.

—Pero con vosotros siempre hay una crisis u otra —dijo Molly, exasperada.

—Sí —asentí—. Pero, de momento, parece que no podremos regresar a la universidad.

—¡No puede ser! ¡Me estáis abandonando otra vez!

—¡En absoluto! —me apresuré a tranquilizarla—. Continuaremos estando en la ciudad, pero no nos vas a ver en el campus. Hemos dicho a los demás que se trataba de una emergencia familiar, así que, si alguien pregunta, diles eso. Y diles que es lo único que sabes.

—De acuerdo. —Molly resiguió el borde de la taza con el dedo, pensativa—. Supongo que tendré que rezar por vosotros.

Xavier arqueó las cejas. Lo que le sorprendió no fue tanto lo que había dicho como el hecho de que esas palabras las pronunciara Molly. Ella mantenía la vista baja mientras hablaba, como si estuviera repitiendo las palabras que a Wade le hubiera gustado oír.

—Gracias —repuso Xavier con tono despreocupado, dejándolo pasar.

—¿Podré ir a veros? —preguntó Molly.

—Por supuesto —la animé—. Siempre que quieras. Solo llama antes.

Molly asintió con la cabeza, pero parecía un poco intranquila porque no dejaba de echar rápidos vistazos hacia la puerta con gesto furtivo. Tuve la sensación de que no era la inestabilidad de nuestra vida lo que la tenía en ese estado.

—Pero no le puedes decir a nadie dónde estamos —añadió Xavier—. Ni siquiera a Wade.

—No os preocupéis. Sé guardar un secreto.

—Bien —repuso Xavier—. Confiamos en ti.

Hacía calor. Molly se subió las mangas de la camisa y vi que tenía moratones alrededor de las muñecas, como si alguien la hubiera agarrado con demasiada fuerza. Los moratones ya estaban desapareciendo y tenían un tono amarillento por los bordes.

—Molly, ¿qué te ha pasado en las muñecas?

Molly se apresuró a bajarse las mangas.

—Soy tan tonta. Me caí por unos escalones por llevar zapatos demasiado altos.

—¿Dónde estabas?

—En una fiesta de una de las fraternidades.

—¿Con Wade?

—¡No! Él no lo sabe, así que, por favor, no se lo digáis. No le parecería bien.

—Parece que es un poco controlador, ¿no? —insinuó Xavier—. Ni siquiera puedes ser sincera con él.

—No, no lo es —insistió Molly—. Wade es bueno para mí. Solo necesito un poco de tiempo para ponerme a su altura espiritualmente.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Bueno... —Molly frunció el ceño—. No estoy muy segura. Pero Wade tiene un plan.

—Estoy seguro de que lo tiene —dijo Xavier en voz baja. Levantó los ojos y añadió—: Hablando del papa de Roma.

Los tres levantamos la vista y vimos a Wade en la puerta. Llevaba un impecable polo abrochado hasta el cuello.

—Oh, no. —Molly me cogió la mano por debajo de la mesa—. ¿No le vas a decir nada, verdad?

Sabía que Molly debía de estar reprimiendo un montón de emociones, y que eso no era sano. Pero no era el momento de hablar de ello.

—No lo haría nunca —respondí, casi ofendida—. ¿Qué clase de amiga te crees que soy?

—Gracias.

Molly se mordió el labio inferior y guardó el móvil en su bolso mientras Wade se acercaba a la mesa, pero no pudo cambiar la expresión de culpabilidad a tiempo. Wade, por supuesto, se dio cuenta, pero nos saludó con una sonrisa.

—Hola. ¿De qué habláis?

—Cosas de chicas —dijo Molly.

—¿Con Xavier?

—Para nosotras es como una chica más.

—Normalmente desconecto —apuntó Xavier.

Aquel comentario consiguió provocar una risa de simpatía en Wade, a pesar de su habitual seriedad. Luego se inclinó para darle un beso a Molly en la mejilla. Pero al

hacerlo, frunció el ceño y se apartó de ella de repente.

—Molly, ¿eso que huelo es brillo de labios?

—¡Lo has notado! Es nuevo. Se llama Campos de Fresa o... Besos de Fresa, o algo parecido.

—Creí que habíamos acordado que no te ibas a poner maquillaje nunca más.

Molly se sonrojó bajo la mirada de reprobación de su novio.

—Wade, yo no diría que el brillo de labios es maquillaje.

Molly nos miró rápidamente como buscando nuestro apoyo, pero Xavier y yo estábamos demasiado sorprendidos para decir nada.

—¿Te realza el aspecto natural de los labios?

—Eh..., supongo. Sí.

—Entonces, Molly, no lo necesitas. Tú eres perfecta tal como Dios te hizo. ¿Por qué quieres manipular la obra del Señor?

—Lo siento. —Molly bajó la cabeza—. No se me ocurrió pensarlo así.

—Eso es porque te dejas convencer con demasiada facilidad por las mentiras con que las empresas de cosmética engañan a las mujeres. Pero eso es obra del diablo; ¿no estás de acuerdo, Xavier?

—Esto..., sí. —Xavier y yo intercambiamos una mirada de extrañeza—. Pero no es tan grave. Molly siempre lo ha llevado.

—Y ahora se está esforzando por ser mejor —interrumpió Wade—. ¿Está en tu bolso?

—¿Qué?

—El brillo de labios.

Por el tono de Wade, podía parecer que ese objeto fuese como una droga ilegal. Molly sacó del bolso un pequeño cilindro de color rosa con la parte superior dorada. No vi la marca, pero me di cuenta de que era un producto de alta cosmética. Seguro que había tardado siglos en conseguirlo. Wade alargó la mano, abierta.

—Dámelo. Será más fácil que yo me deshaga de él.

Miré a Molly con expectación, esperando un estallido de rabia o, al menos, un comentario malicioso, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Simplemente mantuvo los ojos bajos mientras Wade se guardaba en el bolsillo el objeto en cuestión.

—Pero a Molly le gusta el maquillaje —solté. Mi tono era más de desafío que de constatación—. ¿Por qué debe dejar de utilizarlo?

—Beth, déjalo —dijo Molly.

—No pasa nada, cariño. —Wade me miró con ojos inexpresivos—. Tiene derecho a tener su opinión. Seguramente es demasiado inocente para darse cuenta de los mensajes perjudiciales que se esconden en la publicidad.

—Pero si solo es brillo de labios —repliqué, abatida.

Noté que Xavier meneaba un poco la cabeza, como diciéndome que ese no era el

momento de enzarzarse en una discusión.

—La cosmética, por su misma naturaleza, convierte a la mujer en un objeto —replicó Wade—. ¿Cómo puedes justificar su uso?

De repente, Xavier se puso en pie y nos miró a todos.

—Voy a buscar un café *frappé*. ¿Alguien quiere algo?

—Yo tomaré uno con leche y vainilla —dije.

Wade negó con la cabeza para indicar que no nos acompañaba.

—Creo que será mejor que nos vayamos.

Wade empezó a ayudar a Molly a recoger sus cosas, pero ella no parecía muy convencida de separarse de nosotros.

—¿Queréis ir a cenar algo? —sugirió—. ¿Tenéis tiempo?

—Claro —respondió Xavier—. Beth, ¿te apetece?

Wade tosió adrede para llamar la atención de Molly.

—Eh, cariño, hoy tenemos estudio de la Biblia. No me digas que te has olvidado.

—Oh, vaya. —Molly pareció contrariada por un momento—. Pero es que hace mucho que no paso un rato con mis amigos.

—Bueno, no te preocupes —repuso Wade—. Puedo ir sin ti. Ve con tus amigos y ponte al día.

Sus palabras decían una cosa, pero su dominante lenguaje corporal indicaba algo muy distinto: había cruzado los brazos sobre el pecho y daba golpecitos en el suelo con la punta del pie. Estaba claro que no le gustaba que Molly no fuera con él. Mi amiga pareció empequeñecerse, indecisa.

—No te preocupes —le aseguré—. Ya iremos a cenar otro día.

—De acuerdo. —Molly se apresuró para alcanzar a Wade, pero, girando la cabeza, añadió—: No os olvidéis.

—Imposible.

—De acuerdo. Mañana os mando un mensaje.

—Molly... —interrumpió Wade. Su voz empezaba a ponerme de los nervios—. Tenemos que irnos ya si no queremos llegar tarde. Ya sabes que detesto ser el último en entrar.

—¡Ya voy!

Wade rodeó a Molly con un brazo y la hizo salir de la cafetería. Los observé mientras salían, y pensé que la sujetaba por los hombros con demasiada fuerza. En ese momento, Xavier regresó con las bebidas.

—Vaya, ese tipo es bastante raro —dijo, dejando el café delante de mí.

—Sin duda —confirmé—. ¿No es un poco preocupante?

—No lo sé. Molly no es una niña. Ella toma sus propias decisiones.

—¿Tuviste la sensación de que nos pedía... algo así como ayuda?

Xavier frunció el ceño.

—Molly sabe que estamos aquí si nos necesita, ¿verdad?

—Sí, pero ¿y si no es capaz de pedirla? —insistí.

—Supongo que nos daríamos cuenta —repuso Xavier—. Pero no conseguirás nada con Molly intentando hacerle abrir los ojos. Tiene que llegar a esa conclusión por sí misma.

Yo no acababa de comprender qué clase de relación tenía Molly con Wade, pero lo que había visto era suficiente para saber que no era una relación sana. El hecho de que estuvieran juntos no parecía adecuado. Él no era su tipo, y era evidente que ella tenía problemas para afirmarse cuando estaba con él. No pude evitar pensar que se había metido en esa relación para superar lo de Gabriel. Y ahora estaba comprometida. Debía de sentirse muy confundida, por lo menos. Me recriminé el hecho de haber estado tan absorbida por mis propios problemas y de no haberme dado cuenta de lo que le estaba pasando a mi mejor amiga. Pero no estaba dispuesta a dejar que Molly cometiera un error tan grande. De una forma u otra, tenía que sacarla de esa situación.

Más tarde, en casa, hablé del tema en la mesa, mientras cenábamos. Al tiempo que Ivy me servía ensalada y carne asada, conté lo que había sucedido en la cafetería.

—Tengo un mal presentimiento respecto a que Molly esté con Wade.

—¿Por qué dices eso? —preguntó mi hermana.

Gabriel, que estaba en el banco, ni siquiera levantó la mirada.

—¿Puedes creerte que no deja que se ponga brillo de labios?

—Eso significa que es un controlador, no un asesino en serie —repuso mi hermana—. No juzgues de forma precipitada.

—¿Qué deberíamos hacer?

—Nada. No nos corresponde interferir en las relaciones de las personas. Molly ya nos lo dirá si nos necesita.

—Eso es lo que yo dije —añadió Xavier, abriendo una lata de Coca-Cola y mirándome con expresión de «tenía razón».

—¿Y si está demasiado asustada?

—¿Tienes alguna prueba de que se encuentre en peligro? —preguntó Ivy.

—No.

—Entonces no deberías meterte.

—Pero tiene unos moratones —dije.

Por algún extraño motivo, al decirlo sentí que estaba traicionando la confianza de Molly.

Gabriel levantó la cabeza.

—¿Moratones? —preguntó.

Hasta ese momento, mi hermano no había intervenido en la conversación. De hecho, casi no había hablado con él desde esa noche en el sótano. Unas cuantas veces

me había despertado a mitad de la noche, había bajado las escaleras para ir a buscar agua y había visto que su dormitorio estaba vacío. Gabriel se había mostrado muy reservado mientras se curaba y, al igual que Molly, no había vuelto a hablar de ese día. No creía que hubieran hablado entre ellos, pues estaba claro que ambos habían decidido fingir que aquello no había sucedido. Pero ahora Gabriel parecía reaccionar ante la idea de que alguien pudiera hacerle daño.

—En la parte interna de los brazos. Cuando le pregunté cómo se lo había hecho, dijo que se había caído por llevar tacones demasiado altos.

—Parece posible —dijo Ivy.

Pero Gabriel se había enderezado y negaba con la cabeza.

—No en el caso de Molly —dijo en voz baja.

—¿Qué?

Xavier no comprendía el razonamiento de Gabriel.

—Molly lleva tacón alto desde quinto curso —aclaré—. Nunca la he visto ni tropezar. Y, además, ¿cómo es posible que solo se haya hecho moratones en las muñecas?

—No lo sé. —Xavier dobló su muñeca en todos los ángulos, como estudiando las posibilidades—. Supongo que podría suceder.

—Quizá deberíamos ir a ver cómo está —sugirió Gabriel—. Solo para estar tranquilos.

—Pero si acabo de preparar la cena.

Ivy parecía fastidiada.

—Un momento —interrumpió Xavier—. ¿Cómo vamos a explicar nuestra presencia? Resultará un tanto extraño, ¿no os parece?

—No tenemos por qué hablar con ella —repuse—. Solo quiero ver cómo está todo, asegurarme de que está bien. Luego nos iremos.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Gabe.

—En una clase de estudio de la Biblia.

—Vale. Vamos allá.

Bajo la luz menguante del final de la tarde, la capilla del campus se veía hermosa, con su torre y sus arcos. Era como un santuario en el corazón del bullicioso campus. Al cruzar sus puertas siempre te daba la sensación de penetrar en otra dimensión, una más silenciosa en la cual las preocupaciones mundanas no tenían lugar. Me pregunté si Wade tenía permiso para utilizar ese espacio para sus reuniones. La puerta estaba abierta, y una voz extraña e hipnótica se oía procedente del interior. No me pareció que se tratara de una sesión de estudio de la Biblia, y supuse que eso era una simple excusa que Wade había dado a la universidad para utilizar el sitio.

—La única manera de conquistar la carne es mortificarla —dijo alguien—.

Doblegarla, arrancarla.

Gabriel e Ivy se miraron, y mi hermano frunció el ceño. Me acerqué de puntillas hacia la puerta para ver qué estaba sucediendo en el fondo de la sala, pero con cuidado, para no delatar nuestra presencia. Ahí dentro había un grupo de unas diez personas. Wade era quien estaba hablando, y otros tres hombres se encontraban de pie a su lado. El resto eran chicas, y estaban arrodilladas en los bancos. Pero Molly estaba delante del altar y, por alguna razón desconocida, no llevaba puesta su ropa, sino que vestía con un camisón de seda que parecía proceder de otro siglo. Incluso desde la distancia en que me encontraba me di cuenta de que tenía la piel erizada y de un tono muy rosado a causa del frío que hacía en la capilla. Los ojos de Wade mostraban una intensidad que los hacía parecer encendidos, y estaba tan concentrado en lo que decía que no miró hacia nosotros en ningún momento. Parecía estar hablando solamente para Molly.

—Debes reconocer tu debilidad ante el Señor. Debes rechazar a aquellos que te llevan por el mal camino y comprometerte con una vida dedicada a la contemplación.

—Lo sé —murmuró Molly.

Asentía con la cabeza, pero no parecía tan segura de sí misma como pretendía.

—Quiero ayudarte, pero tú tienes que colaborar conmigo, Molly —dijo Wade—. ¿Estás dispuesta a unir tu vida a esta iglesia?

—Lo estoy.

—¿Y estás dispuesta a realizar los sacrificios necesarios para servirla de la forma debida?

¿Se trataba de alguna especie de estrafalaria iniciación?

—Lo estoy —susurró Molly, pero Wade no había terminado todavía.

—¿También a dejar a un lado la vanidad mundana como muestra de tu devoción?

—Sí.

Molly tenía la voz ahogada, como si estuviera a punto de llorar.

Wade se acercó hasta ella, que seguía arrodillada, y se detuvo erguido y solemne, como si fuera un verdugo. Llevaba algo en la mano, algo que no pude ver bien hasta que levantó el brazo por encima de la cabeza de mi amiga. Entonces la luz procedente de los cristales entintados se reflejó en el metal y me di cuenta de que se trataba de unas tijeras.

—Solo cuando dominamos las debilidades de la carne podemos ser verdaderamente libres.

Wade cogió la trenza de Molly con la mano que tenía libre, como si la sopesara. ¿De verdad iba Molly a permitir que le hiciera eso? Con el rostro limpio de maquillaje, las pecas eran más evidentes y tenía el aspecto de una niña. Miré a Gabriel: tenía una expresión pétreo y sus ojos plateados centelleaban de enojo.

—Apártate de ella.

La voz de Gabriel pareció reverberar en los muros de la capilla. Wade, sorprendido, bajó el brazo y miró a su alrededor en busca del intruso. Al verme recuperó un poco la compostura, aunque la presencia de Gabriel lo había dejado perplejo.

—¿Quién eres? —preguntó. Miró a Molly, enojado—: ¿Les dijiste que vinieran?

—No. —Ella tartamudeaba, y se puso en pie, temblando—. Yo... Yo...

Miró a Wade y a Gabriel con expresión insegura. Entonces mi hermano pronunció su nombre, aunque no como si la llamara ni como si le ordenara algo: solo pronunció su nombre en voz baja, como si se sintiera profundamente apenado de verla en esa situación. Y entonces Molly se derrumbó. Se soltó de la mano de Wade y corrió a los brazos de Gabriel, llorando.

Wade levantó las manos en un gesto de impotencia, como si no supiera qué hacer. Molly todavía tenía el rostro contra el pecho de Gabriel y él le había puesto una mano en la nuca con gesto protector.

—¿Qué absurdas ideas te ha metido en la cabeza? —preguntó en un susurro.

—La oración y el ayuno nos acercan a Dios —gritó Wade, a la defensiva—. Solo entonces nos muestra su verdadero propósito, como hizo con Daniel.

—Daniel era un profeta, idiota —repliqué.

—Beth, ya está bien. Los insultos no sirven para nada.

—Pero está loco.

—Solo está muy equivocado —dijo Gabriel—. El camino hacia Dios es un viaje personal. Wade, no puedes forzar a nadie aislándolo y cortándole el pelo.

Molly levantó la cabeza para mirar a Gabriel; tenía la punta de la nariz roja a causa del llanto.

—Yo intentaba corregir mis pecados, porque me di cuenta de que por eso tú no podías quererme.

Gabriel cerró los ojos un momento.

—Molly, uno se corrige cuando modifica su vida, no cuando permite que otra persona se la cambie.

—El hecho de ir a la iglesia no te convierte en una cristiana, al igual que sentarte en un garaje no te convierte en un coche —dije, citando una frase de un libro que había leído hacía poco—. Se trata de lo que sientes, Molly, y tú ahora mismo te sientes hundida.

—Molly, no los escuches. Tú eres una pecadora —dijo Wade—. Tienes el mal en ti, y yo soy el único que puede redimirte.

—¡Cristo es el único que puede redimir a una persona! —grité—. ¡Tienes un enorme complejo de Dios, amigo!

—¿Quién eres tú para juzgarla? —preguntó Gabriel clavando sus ojos en Wade—. Tú eres tan pecador como cualquiera.

—Es una mujer. —Wade meneó la cabeza—. Eso la convierte en una persona corrompida y lujuriosa por naturaleza. Fue Eva quien hizo pecar al hombre. Eso significa que yo soy más justo que ella.

—¿Ah, sí? —respondió Gabriel—. Qué interpretación tan interesante.

—Molly, estás cometiendo un grave error —insistió Wade, sin hacer caso a mi hermano—. Estoy intentando ayudarte porque te quiero.

—No me hagas reír —me burlé.

—Tú... —Gabriel señaló a Wade con el dedo índice—. Si te veo hablar con ella otra vez, tendrás que responder ante mí. ¿Comprendido?

—¿Y tú quién te crees que eres? —Wade había recuperado la confianza en sí mismo y no estaba dispuesto a que un desconocido se llevara a Molly sin presentar batalla.

Gabriel sonrió ligeramente. En ese mismo instante, las luces empezaron a parpadear y las contraventanas chocaron entre sí. La puerta de la capilla se abrió de repente y un fuerte viento se arremolinó alrededor de su cuerpo.

—No tienes ni idea.

Wade dio unos pasos hacia atrás, alarmado, mientras la pequeña congregación ahogaba un grito. No sabían quién era Gabriel, pero no tenían ninguna duda de que se encontraban en presencia de alguien importante. Entonces, mi hermano cogió el pasador metálico que sujetaba la trenza de Molly y se lo quitó. Ella permaneció completamente inmóvil mientras le liberaba el cabello, que cayó a sus espaldas como una cascada de color caoba. Entonces, sin decir palabra, la acompañó fuera de la capilla.

—Íbamos a casarnos —apuntó Molly, abatida, cuando estuvimos todos dentro del coche de Gabriel.

—Pero eso no tenía nada que ver con el amor —dijo Gabriel—. Desde el principio ha sido una cuestión de poder.

—Desde luego, tengo un don para elegir a los chicos. ¿Qué me pasa?

—Todos tomamos decisiones equivocadas a veces —repuso Gabriel.

Era extraño que se hubiera incluido a sí mismo en esa observación. El Gabriel de antaño hubiera dicho que errar era propio de los seres humanos, pero esta vez parecía sentirse uno de nosotros; ya no nos observaba desde la distancia.

—¿De verdad? —Molly se limpió la nariz con un pañuelo de papel que Xavier le había ofrecido—. ¿No me estáis juzgando?

—No, quien te juzgaba era Wade —contestó Xavier—. Nosotros no.

Molly sorbió por la nariz y miró por la ventanilla del coche.

—Me siento una fracasada en todo.

—No lo eres —contestó Gabriel desde el asiento del conductor—. Simplemente eres joven y estás confundida. Es normal.

—¿Cuánto tiempo tardaste en ser tan sabio?

Mi hermano la miró por el retrovisor.

—Unos dos mil años, más o menos.

A pesar de las lágrimas, Molly tuvo que sonreír.

—Un día encontrarás tu lugar en el mundo —dijo Gabriel—. Y todo esto solo será un recuerdo lejano.

No pude evitar preguntarme si se incluía a sí mismo en esa afirmación. ¿También él sería un recuerdo borroso para Molly dentro de unos años? Lo único que sabía era que mi hermano no era alguien fácil de olvidar, y por la expresión de Molly me di cuenta de que ella lo sabía.

Llévame a casa

Molly todavía estaba inquieta por lo que había sucedido en la capilla, y ni siquiera la tranquilizadora presencia de Gabriel logró que dejara de temblar.

—No pasa nada, Molly —le susurró—. Ya ha pasado todo. Wade no te va a hacer más daño.

—Quizá Molly debería quedarse con nosotros un tiempo —sugerí—. Hasta que las cosas se calmen.

—Bien pensado —asintió Gabriel—. No me gusta la idea de que se quede sola ahora.

—Gracias —dijo Molly con voz débil y suplicante—. Siento haber sido tan tonta con todo.

—No es culpa tuya —respondió Xavier—. Todos, a veces, nos equivocamos con la gente.

—Yo he cometido peores equivocaciones que tú —añadí—. Una vez creí que lo único que necesitaba Jake Thorn era una amiga.

Xavier me pasó el brazo por encima de los hombros en un gesto de consuelo, como si quisiera poder borrar esos malos recuerdos de mi pasado.

Antes de que llegáramos delante de casa, ya supimos que algo iba mal. El cubo de la basura estaba volcado en la acera y todo el contenido vertido en la calle, como si alguien lo hubiera pateado con violencia. Gabriel aminoró la velocidad. Mientras nos acercábamos a la casa, vimos cosas todavía más extrañas. La puerta delantera estaba completamente abierta y medio colgando de las bisagras. Xavier me apretó la mano al ver el suelo del porche lleno de los cristales de las ventanas rotas.

Mientras bajábamos del coche, Gabriel observó la calle. Sus ojos registraron todos los detalles a gran velocidad. Luego lo seguimos hasta el interior de la casa. El sofá estaba tumbado en el suelo y todos los armarios habían sido vaciados. Casi todas

las pertenencias de Gabe e Ivy estaban maltrechas o rotas y esparcidas por el suelo. Había vino derramado por el suelo: una mancha abstracta sobre la alfombra blanca de la sala.

—No me lo puedo creer —gritó Molly—. ¡Os han robado! ¡Como si las cosas pudieran ir peor de lo que ya están! Voy a llamar a la policía —anunció, rebuscando en el bolso.

—Molly, espera. —Gabriel le cogió ambas manos para tranquilizarla—. Esto no parece un robo.

Xavier y yo observamos la sala siguiendo la mirada de Gabriel. En la pared habían escrito con un grueso rotulador rojo: PUTA.

—Oh, no —gemí.

Molly se cubrió la boca con las manos y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Molly, está loco. —Xavier procuraba tranquilizarla—. No puedes tomarte esto en serio.

—Oh, Dios mío. —Las manos le temblaban—. ¡Va a matarme!

—Nadie va a matar a nadie —dijo Xavier.

—Esto no es exactamente una sorpresa —apuntó Gabriel—. Siempre hemos sabido que Wade es inestable.

—¿Qué hacemos ahora? —gritó Molly.

—Salir de aquí —contesté.

Justo en ese momento, se oyó un portazo procedente del piso de arriba y una oscura figura apareció en el rellano. Wade se quedó inmóvil al vernos. Llevaba una cruz en una mano y sus ojos tenían un brillo enloquecido.

—Sí —dijo Xavier—. Decididamente, ha llegado el momento de irse.

Molly chilló al ver que Wade se lanzaba escaleras abajo corriendo. Gabe, con un rápido gesto de la muñeca, arrancó la barandilla y la tiró al suelo, lo que provocó que Wade tropezara y no pudiera avanzar.

—Vámonos —ordenó mi hermano haciéndonos salir de la casa.

Mientras corríamos hacia el coche y subíamos a él, me pregunté por qué Gabriel, un poderoso arcángel, huía de un humano, aunque estuviera loco. Y mientras mi hermano apretaba el acelerador, otra idea más preocupante se me pasó por la cabeza.

—¡Un momento! ¿Dónde está Ivy?

Xavier giró la cabeza hacia atrás, alarmado.

—¡Estaba en la casa cuando salimos!

—Ivy sabe cuidar de sí misma —respondió Gabriel.

Mi hermano parecía tan seguro que no dudé ni un instante de ello.

Nos alejamos de la calle principal; al cabo de poco, ya habíamos dejado atrás las titilantes luces de Oxford. Al ver la oscura e interminable carretera por la que se internaba el coche, volví a sentir una profunda tristeza por estar huyendo de nuevo.

—¿Y ahora hacia dónde? —gemí, sin preocuparme por disimular el agotamiento—. No sé si puedo hacer esto otra vez.

—Sí puedes —repuso Xavier con firmeza—. Lo hemos hecho antes y podemos hacerlo otra vez.

—¿Por qué estamos huyendo, además? —protestó Molly, que parecía más confundida que alarmada—. ¿Por qué no podemos llamar simplemente a la policía?

—Wade no es nuestra única amenaza en esta ciudad —dijo Gabriel—. Algo me dice que él no ha hecho todo eso solo. Confiad en mí. Ahora mismo, es más seguro que nos marchemos.

—¿Y adónde, esta vez? —pregunté en voz baja, comprendiendo el motivo de su decisión—. ¿Nos queda algún sitio adonde ir?

Gabriel me miró por el espejo retrovisor y me pareció leerle el pensamiento.

—Quizás haya llegado el momento de que vayamos a casa —dijo.

En ese instante no había nada que me hubiera podido alegrar más. Casa. Me parecía tan lejos, como un recuerdo lejano o como un lugar del cual solo tuviera referencias por los libros. Sabía que la batalla contra los séptimos no había terminado, pero tenía la sensación de que estar en casa nos daría ventaja.

Me di cuenta de que habíamos llegado a casa antes incluso de que la pequeña ciudad de Venus Cove apareciera ante nosotros. El olor del mar llegaba hasta la carretera y penetraba en el coche por las ventanillas abiertas, abrazándonos como un viejo amigo. Mientras circulábamos por la ciudad vi que nada había cambiado: las calles continuaban siendo tan tranquilas y silenciosas como la primera vez que las vi. Las cuidadas fachadas de las tiendas y el blanco ayuntamiento, con sus columnas y su torre del reloj, parecieron borrar como por arte de magia las inseguridades de los últimos meses.

Llegamos a Main Street a última hora de la tarde y buscamos un lugar para comer. Yo quería ir al Sweet Hearts, pero Gabriel dijo que allí había demasiada gente que podría reconocernos, y que era mejor pasar desapercibidos durante un tiempo. Así que elegimos un restaurante donde las camareras no nos conocían. Pero, al entrar, todos los clientes nos observaron con curiosidad. A Gabriel y a mí nos miraban con suspicacia, como si nos conocieran de algo.

—Creo que son vampiros —le susurró una clienta a su acompañante.

—Chica, tienes que dejar de ver *True Blood* —repuso su amiga, meneando la cabeza con fingida preocupación.

Molly y Xavier se rieron por lo bajo, pero Gabriel y yo no comprendimos nada. Xavier, dándome unas palmadas en la rodilla, dijo:

—Ya te lo explicaré luego.

Esperaba que, después de cenar, pasaría la noche en mi antigua habitación de Byron, pero Gabriel tenía otra intención.

—Me temo que es demasiado peligroso ahora mismo. Es el primer lugar donde nos buscarían.

—¿Quién nos está buscando? —preguntó Molly, asombrada.

—Luego te lo contaré todo —dijo Gabriel con seriedad.

—¿Y dónde pasaremos la noche, entonces? —pregunté.

—En un hotel. Por lo menos hasta que pensemos en cuál será nuestro próximo paso.

A pesar de que no me apetecía demasiado, sabía que el plan de Gabriel tenía sentido. No podíamos arriesgarnos a ir a Byron. Además, ¿qué sentido tenía volver a nuestra antigua casa para tener que salir huyendo otra vez cuando volvieran a atacarnos? No podía volver a pasar por eso; ya me parecía que no pertenecía a ningún lugar.

Antes de ir al hotel, Xavier y yo nos ofrecimos a ir a un *drugstore* para comprar cepillos de dientes y utensilios básicos que no habíamos podido coger de la casa, ya que habíamos salido a toda prisa. Gabriel y Molly fueron al hotel Fairheaven, en la explanada, para reservar habitaciones. Después, intentaríamos averiguar qué había sido de Ivy. Gabriel no parecía muy preocupado, pero yo sabía que se sentiría mejor cuando nuestra hermana volviera a estar con nosotros.

El trayecto hasta el Walgreens fue tranquilo y corto, y ni siquiera nos preocupamos mucho por lo que comprábamos. Al salir, Xavier me sorprendió dando un rodeo y regresando a Main Street. Adiviné lo que pensaba en cuanto detuvo el coche delante de nuestra vieja guarida, el Sweethearts.

—¿Te apetece hacer un viaje en el tiempo? —preguntó.

Al mirarlo, con una mano sobre el volante y la otra apoyada con gesto relajado sobre mi asiento, me vi catapultada a nuestra primera cita. Nada había cambiado. Se veía la parte trasera del cine Mercury desde el coche, tan anticuada que parecía un decorado de teatro. El chico que había a mi lado tampoco había cambiado. Continuaba luciendo el mismo cabello suave y dorado, que le caía sobre la frente; llevaba la misma cruz colgada del cuello; sus ojos seguían del mismo color turquesa que parecía reflejar todos los tonos del océano. Pero su expresión era más sabia, y quizá más grave que antes. Ahora tenía mucha más experiencia, y había tenido que luchar por su vida y por la de aquellos a quienes amaba. Me pregunté si los demás podían apreciar ese cambio en él.

—¿Crees que es una buena idea? —pregunté, prudente.

—No estaremos mucho tiempo.

El Sweethearts no había cambiado nada. Pero nosotros sí. Resultaba extraño ver caras nuevas en las mesas, tomando soda y patatas fritas. Había pasado mucho tiempo

desde que llegué a Venus Cove por primera vez. Los días de Molly y su grupo habían terminado. En la máquina de discos todavía sonaba rock and roll y las camareras continuaban llevando patines, pero en todo el local no había ni una sola cara conocida: nuestros compañeros de escuela se habían ido a universidades de todo el país. Nosotros ya no pertenecíamos a ese lugar.

—¿Soy yo o...? —empezó a decir Xavier.

—No —contesté, cogiéndole la mano—. Es muy raro. Me siento mayor.

Nos dirigimos hacia nuestra vieja mesa, pero la encontramos ocupada, así que nos quedamos un momento de pie, sin saber qué hacer, hasta que oímos que alguien se dirigía a nosotros.

—¡Eh, cariño, cuánto tiempo! —Era una de las antiguas camareras, que había reconocido a Xavier—. Siempre es agradable que los viejos clientes de la escuela vengan a visitarnos.

—Eh. —Xavier le dirigió una sonrisa—. He echado de menos este sitio.

—Y él también te ha echado de menos —dijo ella guiñándole un ojo con picardía—. Si buscas a tu hermana, ha vuelto a salir —añadió, señalando la puerta con el pulgar y arqueando las cejas con expresión significativa.

Xavier frunció el ceño.

—¿Nikki está aquí? —se extrañó, mirando la hora en su reloj—. Son más de las once.

Reconocí la voz de Nicola en cuanto cruzamos la cocina de la cafetería y salimos al callejón de atrás. Era una voz aguda, melodiosa y que expresaba una gran confianza. Fuera, había un grupo de estudiantes de décimo curso sentados en la parte trasera de una polvorienta camioneta que se encontraba aparcada entre los contenedores de basura. Todos hablaban y mandaban mensajes a la vez. Algunos bebían cerveza enlatada y se pasaban cigarrillos. Al volante de la camioneta había un chico con pecas que no parecía tener edad suficiente para conducir, a pesar de los tatuajes que mostraba en los bíceps y del palillo que masticaba. Xavier cruzó los brazos y frunció el ceño.

—No puede ser —dijo en voz baja.

Yo esperaba que fuera un encuentro emotivo, pero me equivoqué por completo. Nikki, en cuanto vio a su hermano, se quedó inmóvil, pero su rostro expresó todas las emociones: desde la sorpresa al alivio y a la rabia. Había cambiado durante ese tiempo que habíamos estado fuera: había perdido peso, y se le veían las piernas más largas. Llevaba el rizado cabello suelto sobre los hombros y se había pintado las uñas de color negro. Su falda era demasiado corta y los cordones de sus Doc Martens estaban desatados. Había convertido su habitual descaro en una actitud. Nikki miró a Xavier con frialdad mientras fumaba y balanceaba las piernas por encima de la camioneta.

Xavier caminó hasta ella con calma y sin descruzar los brazos. Se miraron el uno al otro durante un largo momento. Yo me hubiera empequeñecido bajo la intensa mirada de Xavier, pero Nikki dio una larga y profunda calada al cigarrillo y expulsó el humo en la cara de su hermano.

—Mira quién ha vuelto.

Xavier no contestó. Por mi parte, sabía que debía dejarle eso a él, que parecía saber instintivamente cómo manejar a su rebelde hermana pequeña: le quitó el cigarrillo de la boca antes de que ella pudiera protestar y lo apagó aplastándolo en el suelo con la suela de su bota.

—¿Me has echado de menos? —preguntó con una sonrisa de burla.

La expresión de Nikki se ensombreció.

—No puedes presentarte aquí de esta manera e ir de hermano mayor. ¿Dónde diablos has estado?

—Beth y yo teníamos asuntos que atender.

—¿«Asuntos que atender»? Habéis estado fuera seis meses. Mamá se ha vuelto loca.

—No podía ponerme en contacto con ella. No podía ponerme en contacto con ninguno de vosotros.

—¡Idioteces! ¡Es la peor excusa que he oído en mi vida!

Xavier suspiró. El resto de las chicas reían por lo bajo, disfrutando de la escena.

—Nikki, es complicado de explicar.

—Claro que lo es. ¡Eres tan increíblemente egoísta! —contestó, enfadada.

—No hables de lo que no sabes —cortó Xavier—. No tienes ni idea de dónde he estado ni de por qué me tuve que marchar.

—Pues explícate..., te escucho —replicó ella con sarcasmo.

Xavier se mostró abatido: no había forma posible de darle una explicación que le hubiera resultado inteligible.

—No puedo contártelo ahora.

—¡Pues que te den!

—Creo que será mejor que te lleve a casa.

—No he terminado aquí.

—Sí, sí has terminado.

El conductor del coche escupió el palillo al suelo y se giró hacia Nikki en un gesto de solidaridad con ella.

—Puedo llevarte a casa —se ofreció el chico.

Xavier lo miró con cara de querer fulminarlo.

—No lo necesita.

El chico se hundió en su asiento. Nikki sabía que su hermano no iba a echarse atrás, y no deseaba una confrontación en público, así que saltó de la camioneta

mientras soltaba un exagerado gruñido de queja.

—Esto no acabará así —rezongó mirando a Xavier de reojo, pero nos siguió hasta el coche.

—Siento haberte puesto en ridículo —dijo él. Estaba claro que no quería pelearse con su hermana tan pronto después de haber regresado—. Pero mamá y papá estarán preocupados por ti.

—Eso tiene gracia. —Nikki se rio—. No creo que saltarse el toque de queda sea remotamente comparable a irse de la ciudad sin avisar a nadie.

—*Touché*.

—¡Y tú! —exclamó, girándose hacia mí—. No creo que sea buena idea que aparezcas por nuestra casa. Ahora mismo, nuestra madre no es que sea tu mayor fan.

Miré a Xavier, ansiosa.

—No te preocupes. Hablaré con ella.

—¿Estás seguro? —susurré.

—Seguramente no se dará ni cuenta de tu presencia —intervino Nikki—. No después del regreso del hijo pródigo.

Recordaba la casa de dos pisos, con su amplio patio delantero y sus ventanas, iluminadas y brillantes como si fueran lámparas. En el camino de entrada había dos todoterrenos aparcados el uno al lado del otro. Me resultó extraño lo cómoda que me sentí en cuanto llegamos allí.

Bernadette Woods abrió la pulida puerta de la entrada y, al vernos, el trapo de cocina que llevaba en la mano cayó al suelo. Se quedó rígida, con los ojos clavados en Xavier.

—¿Mamá? —dijo él, intentando anticipar cuál iba a ser su reacción.

Ella alargó la mano y agarró a su hijo por el brazo sin decir nada. Nikki pasó por nuestro lado como un huracán y subió las escaleras ruidosamente para ir a su habitación. Enseguida oímos el portazo. Ni siquiera entonces reaccionó Bernie: parecía no acabar de creer lo que estaba viendo. Nikki tenía razón, pues parecía que yo no existiera en absoluto, y me sentí agradecida por ello. El padre de Xavier salió de la cocina para saber a qué se debía aquel escándalo, y su presencia fue un alivio. En cuanto nos vio, reprimió un grito, pero sonrió rápidamente. Parecía haber comprendido la situación en un segundo.

—No hagas caso a tu madre —dijo, apartándola a un lado con suavidad—. Vamos adentro. Cariño, ¿por qué no preparas un poco de té?

Bernie, todavía con los ojos muy abiertos, se apartó un poco para dejarnos pasar.

—Bueno, Nikki no ha cambiado mucho —comentó Xavier con tono despreocupado.

—Tiene prisa por crecer —contestó su padre.

Era como si hubieran estado hablando el día anterior. La situación debería haber

sido tensa, pero no lo era. Los vínculos de aquella familia eran demasiado profundos para que el tiempo los borrara. Al igual que mi amor por Xavier, que duraría toda la eternidad.

Nos sentamos el uno delante del otro en los mullidos sofás del elegante salón. Estaba demasiado nerviosa y no me atrevía a mirar directamente a nadie, así que fijé la vista en los juguetes que Madeline y Michael habían dejado por el suelo. En un rincón había un gato de color anaranjado, dormido sobre un cojín, al igual que la primera vez que había estado allí. De eso parecían haber pasado siglos.

—Creímos que no volveríamos a verte.

Bernie casi se ahogó al pronunciar esas palabras, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Por mi parte, tuve que morderme el labio inferior para controlar la emoción; Xavier era quien debía manejar esa situación. Su madre se secó los ojos con el dorso de la mano y dijo:

—He rezado por ti cada día. Rezaba para que estuvieras a salvo y para que volvieras a casa.

—Lo sé, mamá. Lo siento.

—¿Dónde has...? —empezó, pero Peter levantó una mano como diciendo «no es el momento».

El alivio por ver a su hijo sano y salvo era superior a cualquier necesidad de recibir explicaciones. Bernie hizo caso a la señal de su esposo, tosió y cambió de tono:

—Lo único que importa es que ahora estás aquí. ¿Has comido? ¿Te preparo algo?

—Estamos bien.

—¿Y os encontráis bien? —preguntó Peter.

—Sí —asintió Xavier—. Y quiero que sepáis que no tenía ninguna intención de haceros daño..., a nadie de la familia.

Creí que Bernie diría algo, pero había vuelto a quedarse callada. Xavier siguió su mirada con los ojos y se dio cuenta de que su madre acababa de ver el diamante que yo llevaba en el dedo anular: el antiguo anillo de su madre. Pareció que el rostro de Bernie se ensombrecía, y yo me encogí en el sofá e intenté ocultar las manos bajo las rodillas.

—Mamá, papá, hay una cosa que tenéis que saber —dijo Xavier, aunque no podía hacer gran cosa para suavizar la sorpresa.

—Oh, Dios mío. —Su madre se cubrió la boca con las manos—. No, no puede ser cierto.

—No te pongas nerviosa —dijo Xavier—. Ya sé que no lo esperabais.

—¿Estáis casados? —Bernie parecía desconsolada—. ¿Mi hijo está casado?

—Queríamos decíroslo —explicó Xavier—. Pero no había tiempo.

De repente, Bernie se volvió hacia mí y me habló por primera vez esa noche:

—¿Estás embarazada? ¿Es eso lo que ha sucedido?

—¡No! —exclamé, notando que me ruborizaba intensamente—. Nada de eso.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Bernie haciendo un gesto con la mano en dirección al anillo—. ¿Y por qué no nos lo dijisteis?

—Estoy seguro de que tenían sus motivos —intervino Peter con tono suave.

Estaba impresionada por cómo el padre de Xavier manejaba la situación. Seguro que tenía un montón de preguntas en la cabeza, pero estaba haciendo un gran esfuerzo para ser nuestro aliado y hacer que ese encuentro fuera lo más fluido posible. Se puso en pie y dio un apretón de manos a Xavier.

—Felicidades, hijo —dijo, y sin perder tiempo me hizo levantar del sofá y me dio un fuerte abrazo—. Bienvenida a la familia, Beth. Estamos orgullosos de que seas parte de los Wood.

—Eh..., gracias —respondí, atónita.

Seguramente, debían de haberme culpado por haber alejado a su hijo de ellos, pero no noté el menor rastro de enojo ni de acusación en el rostro de Peter: solo mostraba buena disposición y una felicidad auténtica. Ahora yo era la esposa de Xavier, era parte de él y de su familia. Por fin sentí que pertenecía a algún lugar y que nada podía cambiar eso.

—Tenemos que celebrarlo con un poco de champán —anunció Peter, frotándose las manos.

—Papá, no nos podemos quedar.

Bernie pareció angustiada:

—¡Pero si acabáis de llegar!

—Regresaremos tan pronto como podamos.

—Esto no me gusta —dijo Bernie—. No me gustan tantos secretos. ¿Qué está pasando? ¿Por qué no dejas que os ayudemos?

—Vosotros sois lo más importante para mí —dijo Xavier—. Y no hay nada en el mundo que quisiera ocultaros. Pero Beth y yo tenemos que manejar esto nosotros solos. Y necesito que confiéis en mí. Nunca os he mentado, nunca os he defraudado. Confiad en mí, ¿de acuerdo?

Su madre asintió con la cabeza sin decir nada. En sus ojos vi que no conseguía comprender qué podía empujar a su hijo a abandonar su casa, pero comprendía que no podía discutir con él.

—¿Estáis en la ciudad? —preguntó, ansiosa.

—De momento, sí.

—¿Hay alguna cosa que tu padre y yo podamos hacer? Si tenéis problemas, conocemos a gente que...

—No es ese tipo de problema, mamá.

—¡Tiene que haber alguna manera! ¡Me siento tan inútil!

—La hay —repuso Xavier, poniéndose en pie y dándole un beso en la frente—. Podéis estar a salvo.

Aparte de mí, no había nada que Xavier quisiera más en el mundo que a su familia. Ese era uno de los motivos por el que lo amaba. Por eso, en ese momento, no me importaba que los séptimos pudieran localizarnos; no me importaba que nuestro futuro fuera incierto ni que todo pudiera echarse a perder en un segundo. En ese momento no había nada más importante que ese encuentro y lo que eso significaba para su familia. Valía la pena correr el riesgo.

Cuando llegamos al coche, ambos permanecimos unos instantes sentados observando la conocida calle. Por primera vez en mucho tiempo los dos nos sentíamos profundamente cómodos. Yo no sabía cuánto tiempo duraría ese sentimiento, pero sabía que quería disfrutarlo. Lo más probable era que nunca quedáramos verdaderamente libres del acoso de nuestros perseguidores. Nuestra unión había molestado tanto al Cielo como al Infierno. Quizá nunca llegara el momento en que pudiéramos descansar. No lo sabía. Lo que sí sabía era que cada día que nos despertábamos el uno en brazos del otro era una bendición. Así pues, si el destino nos ofrecía aunque fuera un fugaz momento de felicidad, teníamos que aprovecharlo.

Y, por primera vez en meses, la expresión de culpa que acompañaba siempre el rostro de Xavier había desaparecido. Por lo menos de momento, parecía feliz.

Rehén

El cielo nocturno era como una bóveda de terciopelo repleta de estrellas incrustadas. Una luna llena y clara iluminaba las calles con su suave luz. Era agradable estar en casa, donde todo resultaba tan familiar, donde en cada lugar había un recuerdo. Xavier y yo caminamos de la mano y llegamos al embarcadero en el que le había visto por primera vez, pescando, y de donde mis hermanos me habían alejado apresuradamente. ¿Ya entonces conocían la verdadera identidad de Xavier? ¿O habían percibido algo? Me pregunté si habrían tenido alguna intuición de lo que iba a suceder en nuestras vidas, de los acontecimientos que nos iban a arrastrar.

Ninguno de los dos queríamos regresar al hotel todavía. Esa era nuestra ciudad, y habíamos estado lejos demasiado tiempo. Necesitábamos tiempo para redescubrirla, para visitar nuestros lugares favoritos, pero, sobre todo, para asegurarnos de que no había cambiado demasiado durante nuestra larga ausencia.

—Sigue siendo tan silenciosa como siempre —murmuré—. Nuestra hermosa Venus Cove.

—Nada que hacer ni ningún lugar adonde ir —repuso Xavier—. Hasta que tú llegaste.

—Sí. —Suspiré—. Lo siento.

—No lo sientas. —Xavier me pasó un brazo por la cintura y me atrajo hacia él—. No lo cambiaría por nada del mundo.

Cuando llegamos a la orilla me quité los zapatos y hundí los dedos de los pies en la arena. Hacía mucho tiempo que no teníamos la oportunidad de disfrutar de un breve descanso. La playa parecía más irreal en ese momento que en mis recuerdos, a la luz del día. Las oscuras olas ganaban terreno en la orilla. Nos sentamos sobre la fría arena y permanecemos en silencio durante un rato. El horizonte y el agua se fundían en una oscuridad ondulante, y unos cuantos yates blancos se mecían delicadamente sobre el agua, al lado del embarcadero.

De repente, Xavier se puso en pie.

—Venga. Vamos al Peñasco.

—¿En serio? —pregunté, insegura—. Hace una eternidad que no vamos.

—Exacto —repuso él—. Y allí pasaron muchas cosas. Tengo la sensación de que necesitamos... cerrar algo. Vayamos por última vez; no volveremos más.

—De acuerdo. —Me puse en pie—. Trato hecho.

Caminamos por un trecho de la playa hasta que llegamos a las piscinas de piedra, que eran como minúsculos acuarios formados por el mar. Incluso a pesar de la oscuridad pude distinguir la forma de unas colas en el agua poco profunda, y vi las enredadas ramas de los corales muertos, como hermosos esqueletos en la arena. Dimos la vuelta a un saliente de la roca y allí estaba. Habíamos llegado: unos monolitos altos y oscuros bañados por la luz de la luna. Y de repente me encontré con la Bethany de dos años atrás. Era casi como si pudiera vernos a Xavier y a mí: éramos tan jóvenes, tan despreocupados; no teníamos ni idea de lo que nos esperaba. Nuestros sentimientos eran una mezcla de excitación y de nerviosas expectativas: teníamos prisa por saber cómo evolucionaría nuestra historia. Y ya lo había hecho, aunque no como habíamos esperado. Ahora nos sentíamos mucho más viejos, más pesados, agobiados por demasiadas preocupaciones.

El Peñasco estaba desierto, como era habitual. Nadie iba allí, excepto algún paseante que deseaba distanciarse del mundo o poder reflexionar sin ser interrumpido. El sonido de las olas al chocar contra las rocas borraba cualquier otro ruido que pudiera haber, excepto el del viento, que aullaba al entrar y salir de las cuevas que había por todas partes. Aunque hacía un tiempo cálido, esa imponente zona de sombras del Peñasco era fría, pues ahí nunca llegaba la luz del sol. Di un paso hacia atrás, apoyándome en Xavier y absorbiendo el calor de su cuerpo. Sus brazos me rodearon por detrás.

En algún lugar, lejos y por encima de nosotros, sonaron unas campanas que marcaban la hora. ¿Era posible que ya fuera medianoche?

—Gabriel e Ivy se van a enfadar —gemí.

Xavier rio y me frotó los hombros.

—Todavía piensas como si estuvieras en el instituto —dijo—. Ahora vas a la universidad, y estamos casados. Puedes hacer lo que quieras.

—Mmm. —Pensé en eso un instante y dije—: Supongo que sí.

—Es gracioso que no te preocupe enfrentarte a un séptimo, pero que todavía te pongas nerviosa a causa de tu hermano y tu hermana.

—¡Es que dan miedo! —protesté—. ¿No has visto nunca a Ivy enfadada? Tiene una lengua que escupe fuego.

—Eso no da miedo —dijo Xavier—. Más bien mola.

—Antes decías que era yo quien molaba —bromeé—. Siento no disponer de ningún truco celestial para impresionarte.

—Sí —asintió Xavier meneando la cabeza—. Me decepcionas. La verdad es que tienes que ponerte al día.

—¿Ah, sí? —repliqué, cruzando los brazos sobre el pecho—. Pues no esperes nada esta noche.

—¿Ya estamos utilizando el sexo como arma? —bromeó Xavier—. Bueno, yo también sé jugar a ese juego.

—Tú no puedes reprimirte, eres un chico —dije.

—Sí, con mucha fuerza de voluntad —se burló—. Apuesto a que tú te rendirías antes.

—Por favor —dije—. Soy un ángel.

Xavier me guiñó un ojo.

—Pues resulta que yo también.

Permanecimos en silencio durante un rato, observando las nubes que cruzaban por encima de la luna.

—Vamos —dije, cogiéndole de la mano—. Es más de medianoche, deberíamos volver.

Xavier estuvo de acuerdo. Se levantó y se sacudió los vaqueros. Estábamos recogiendo nuestras cosas cuando oímos un sonido parecido al chasquido que produciría una sobrecarga eléctrica de doce electrodomésticos. De repente, toda la playa se iluminó, como si hubieran estallado fuegos artificiales. Cuando el resplandor disminuyó, nos encontramos ante una imagen demasiado familiar: los séptimos. Estaban por todas partes, rodeándonos, encima de las rocas, como estatuas, e incluso dentro del agua. Esta vez todos vestían trajes negros y almidonados, como si imitaran bizarramente a los agentes del FBI. Algunos permanecían de pie, solos; otros iban en parejas. Como siempre, Hamiel ocupaba la posición más alta encima de la roca que coronaba el Peñasco; disponía de una perspectiva privilegiada de lo que sucedía por debajo de él. Hamiel dio un salto y aterrizó de pie como un gato. Xavier y yo estábamos tan abrumados que ni siquiera nos pusimos a la defensiva. Esta vez nos limitamos a permanecer de pie y esperar. Me pregunté si debía intentar utilizar los mismos poderes que había encontrado en mí durante el último ataque, pero, en esos momentos, ellos eran demasiados: sin ninguna duda, su número era mucho mayor. Pensé en intentar contactar con Ivy y Gabriel, pero ya les había metido en demasiadas batallas, y Gabriel ya había perdido las alas por mi culpa. Además, quizá mi hermano ya no tenía el poder de vencer a un ejército como ese. No quería arriesgarme.

—Hola otra vez. —Hamiel cruzó los brazos sobre el pecho con actitud complacida.

—¿Has vuelto? —pregunté—. ¿En serio? Creímos que estarías cansado de jugar al gato y al ratón con nosotros.

—La verdad es que creo que esto es un jaque mate —contestó Hamiel.

Yo ya no era capaz de sentir ningún miedo ante él. Solo odio puro. Me encontraba frente al hombre que había matado a Xavier simplemente para demostrar algo. Sabía que ese sentimiento iba contra mi naturaleza, pero lo único que quería en esos momentos era vengarme.

—¿Y eso por qué? —siseé.

—Bueno. —Hamiel parecía querer tomarse su tiempo—. Nos dimos cuenta de que no tenía mucho sentido luchar contra vosotros.

—Sí, porque nosotros ganaríamos —repliqué—. Y tú lo sabes.

Hamiel rio.

—Porque los daños colaterales no habrían valido la pena. Así que decidimos proponeros un trato.

—No tenéis nada que nosotros queramos —repuso Xavier con desprecio.

—Piénsalo bien —dijo Hamiel, señalando en dirección a alguien que se encontraba de pie, oculto en las sombras de una de las cuevas.

Dos séptimos avanzaron, acompañando a una joven. La chica iba descalza y tenía la cabeza cubierta por un saco.

—¿Qué...? —dijo Xavier—. ¡No puedes inmiscuir a desconocidos en esto! ¡Suéltala!

—Oh, pero no es una desconocida.

Hamiel caminó hacia la joven, dejando en la arena la huella de sus botas. Cuando llegó, alargó la mano hacia ella, que se debatía para soltarse, y le quitó el saco de la cabeza dejando al descubierto su identidad.

Al principio no la reconocí. Solamente vi un revoltijo de rizos castaños y una nariz ensangrentada. Pero tenía la misma silueta esbelta y los mismos delgados hombros que había visto en el Sweethearts. Era Nicola Woods. La hermana pequeña de Xavier.

Inhalé con tanta fuerza y tanta rapidez que el aire frío me dolió en los pulmones. Nikki continuaba debatiéndose, y todavía llevaba puesto el pijama: un pantalón corto de algodón y una camiseta. Ahora, sin el maquillaje y sin las botas Doc Martens, aparentaba mucho más su edad real. Y estaba asustada.

—¿Nikki? —Xavier palideció por completo y empezó a avanzar hacia ella, pero uno de los séptimos agarró a la chica por la garganta.

—No te muevas —ordenó Hamiel.

Xavier arrancó a correr, pero se detuvo en seco al cabo de un segundo y levantó las manos en señal de derrota. Fue como si se hubiera dado cuenta de que intentar algo en esos momentos era una locura.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. No le hagáis daño.

—Xav —lo llamó Nikki—. ¿Qué está pasando?

Me di cuenta de que intentaba ser valiente, pero la voz le temblaba.

—No pasa nada, Nic —contestó Xavier. Pero tenía el cuerpo tenso, y yo deseé correr en su ayuda. Su instinto de hermano le impulsaba a hacer algo—. Todo va a ir bien, te lo prometo.

Nikki volvió la cabeza hacia su raptor y se debatió con fuerza.

—¡Suéltame!

—Estate quieta, Nikki —dijo Xavier casi sin aliento—. No hagas locuras.

—Xavier, ¿qué sucede? —chilló ella. Los séptimos la sujetaban por los brazos y ella intentaba librarse dando patadas, pero era como si pateara una pieza de hierro: los séptimos casi ni se daban cuenta—. ¡Me hacéis daño! —gritó.

Al oír a su hermana, Xavier no pudo reprimir una mueca de dolor; aquella frustración le dolía físicamente.

—¿Qué queréis? —gritó—. ¡Decidme qué es lo que queréis!

—Queremos que vosotros dos os separéis —contestó Hamiel—. Eso es lo que siempre hemos deseado.

—¿Nos estáis pidiendo que no nos veamos nunca más? —preguntó Xavier, como si fuera la mayor estupidez que hubiera oído en su vida.

—No —respondió Hamiel, negando con la cabeza despacio—. Tú debes venir con nosotros.

—Bien. —Xavier no dudó ni un momento en responder, y yo sentí que el corazón me pesaba como si se hubiera convertido en una piedra—. Iré con vosotros, pero soltad a mi hermana.

—Tú no. —Hamiel chasqueó la lengua y levantó un dedo hacia mí—. Ella.

—No. —Xavier apretó la mandíbula—. Dejadla en paz.

Me di cuenta de que se devanaba los sesos intentando encontrar una solución. Era una decisión imposible para él: su hermana o su esposa. Pero no estaba dispuesta a dejar que eligiera. Y no podía permitir que su hermana sufriera ningún daño. Xavier ya había perdido a una novia, a su mejor amigo, al sacerdote de su infancia y a su compañero de piso. Había visto más muertes de las que debería ver nadie, y solo tenía diecinueve años.

Nikki continuaba debatiéndose y, para controlarla, uno de los séptimos le torció un brazo sobre la espalda. Ella esbozó una terrible mueca de dolor, y vi que todo el cuerpo de Xavier se tensaba de rabia al tiempo que se inclinaba hacia delante de forma instintiva. Era evidente que recurría a todo su autocontrol para no lanzarse contra ellos a la carrera.

Hasta ese momento, la amenaza siempre había estado dirigida a nosotros; alguien había intentado perjudicarnos. Pero esto era distinto. Había creído que no había nada a lo que Xavier y yo no pudiéramos enfrentarnos; se trataba de nosotros contra el mundo, de nosotros contra lo que parecían dificultades insuperables. Siempre

habíamos optado por presentar batalla, por arriesgarnos, porque el hecho de estar juntos estaba por encima de todo. Pero ahora no era así. Estábamos preparados para cualquier cosa, pero no para eso.

—¡No! —repitió Xavier—. Ella no. Llévame a mí en su lugar. ¿Por favor?

—No podemos —repuso Hamiel en tono neutro.

—¿Por qué?

—Porque tú eres uno de los «elegidos». Nuestro padre tiene grandes planes para ti. No podemos interferir en ellos. Si lo hiciéramos, las consecuencias serían muy graves.

Hamiel dirigió su oscura mirada hacia mí. Xavier dio un paso hacia delante.

—Es mi esposa. No podéis llevárosla.

Hamiel se limitó a sacar un puñal de hoja plateada de debajo de su abrigo y apoyó la punta en la garganta de Nikki. La chica soltó un grito, y uno de los séptimos le tapó la boca con la mano. Nikki tenía los ojos desorbitados a causa del pánico. Xavier se llevó una mano a la boca, como si estuviera a punto de vomitar. Su mirada dejaba ver tal angustia que no pude soportarlo. Sabía que él nunca me entregaría a Hamiel, pero, al mismo tiempo, no podía dejar que su hermana muriera.

—Ya basta. —Esta vez fui yo quien dio un paso hacia delante. Por dentro me sentía tan vacía como un tambor—. Es suficiente.

Si tenía que haber algún final para nuestra historia, tenía que ser ese. Había presenciado tragedias que podían durar una vida entera. Nadie más iba a morir por nuestra causa. Si había alguna cosa que pudiera quebrar mi voluntad de lucha, los séptimos acababan de encontrarla. Y ellos lo sabían. Además, no podíamos continuar huyendo y luchando durante el resto de nuestra vida mientras los cadáveres se amontonaban a nuestro alrededor. ¿Quién sería el siguiente? Alguien tenía que poner fin a todo eso. Y yo tenía la oportunidad de hacerlo. Miré a Xavier y vi que todo el sufrimiento que había vivido se reflejaba en sus ojos. Deseé que esto significara el final de ese sufrimiento.

—Soy vuestra —le dije a Hamiel—. Me entrego.

A mis espaldas, Xavier emitió un sonido desgarrador, entre un grito y un gemido.

—No —susurró—. Beth, no.

Pero yo me obligué a no escucharle.

—Primero suelta a la chica —dije, procurando que mi voz fuera tranquila—. Suéltala e iré contigo.

—¿Qué pasa, no confías en mí? —Hamiel parecía divertirse.

—Ni lo más mínimo —repliqué.

—Nosotros actuamos siguiendo un código de honor —dijo Hamiel—. Los soldados del Cielo saben mantener un trato. Pero no sabemos si se puede decir lo mismo de ti. ¿Cómo podemos estar seguros de que no mientes?

—Porque yo sé que tú podrías matarla en medio segundo —respondí—. Así que tú ganas. Suéltala, ¿de acuerdo? No voy a intentar nada.

Hamiel pensó un momento y luego hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza a los séptimos, que soltaron a Nikki. Ella corrió hacia Xavier y se dejó caer en sus brazos. Su hermano la cogió a tiempo de que no cayera al suelo y la estrechó contra su pecho, pero continuaba con los ojos fijos en mí. Se sentía con la obligación de cuidar de su hermana y de su esposa, y vi que sus ojos mostraban un sentimiento de fracaso. Me acerqué a él.

—¿Qué pretendes? —gruñó Hamiel.

—Dame un minuto para despedirme —dije—. Solo un minuto.

—No más.

Fue el minuto más difícil de toda mi vida. Allí, en el Peñasco, mirando a Xavier, realmente sentí que el mundo había terminado. Por lo menos, mi mundo. Ese era el lugar donde todo había empezado, y parecía adecuado que fuera también allí donde todo terminara. Le cogí de la mano y me concentré en memorizar la sensación que me producía el contacto con su piel. Luego me incliné y besé su anillo de boda.

—Beth... —empezó a decir él.

—Chis. —Le puse un dedo sobre los labios—. No digas nada. No olvides que te quiero.

Le acaricié el cabello con ambas manos, por última vez. Nunca antes me había dado cuenta de la cantidad de matices de azul que había en sus ojos. Sus lágrimas eran como gotas de brillante cristal sobre sus mejillas.

—No puedo perderte otra vez —dijo Xavier.

—No me perderás —le aseguré—. Siempre te estaré vigilando. Seré tu ángel de la guarda.

—No. —Xavier tenía la voz ahogada a causa del llanto—. No es así como se suponía que tenía que acabar esto.

—Siempre supimos que no podríamos estar juntos para siempre.

El corazón me latía con tanta fuerza que su sonido casi apagaba el de la voz de Xavier, pero no podía dejar que él supiera cuánto me costaba hacer lo que estaba haciendo. Ya sufría bastante sin saberlo.

—Íbamos a encontrar una manera —dijo Xavier—. Íbamos a luchar.

—Lo hemos hecho —dije en voz baja mirando hacia Hamiel—. Pero esta vez no hemos ganado.

—Por favor —replicó él, cerrando los ojos—. No me hagas esto. No puedo seguir adelante sin ti.

—Si alguna vez me necesitas, cierra los ojos —susurré. Sentía el corazón partido en dos, y casi no me podía tener en pie—. Me encontrarás en el lugar blanco.

Xavier abrió los ojos de repente y me sujetó por los hombros con tanta fuerza que

casi me hizo daño.

—Tienes que encontrar la manera de regresar.

—Lo haré —dije, esforzándome por parecer que lo decía convencida. ¿Cómo se suponía que podía escapar del Cielo?

—Prométemelo —pidió—. Prométeme que encontrarás la manera de regresar conmigo.

—Te lo prometo —murmuré—. Si hay un camino de regreso, lo encontraré.

La voz de Hamiel sonó cortante como el acero.

—Se ha terminado el tiempo.

Mi mente se llenó de imágenes procedentes del pasado. Vi nuestro descenso a Venus Cove, mi antigua habitación en Byron, a Molly llorando, a Jake riendo, a *Phantom* durmiendo encima de mi cama. Vi a mi hermano y a mi hermana envueltos en una gloriosa luz dorada. Vi las llamas del Infierno y los cuerpos de los condenados. Y entonces vi a Xavier: Xavier en el embarcadero, Xavier sentado ante el volante del Chevy, Xavier en clase de literatura francesa con una media sonrisa en los labios. Lo vi en la playa y en la mecedora del porche, y también de pie ante el altar, esperándome. Me pareció que me ahogaba en el azul de sus ojos.

Mi realidad empezaba a desmoronarse. Sabía que todavía tenía las manos de Xavier en las mías, pero, de repente, ya no estaban, y mis manos agarraron el aire vacío. La arena que tenía bajo los pies empezó a arremolinarse como si se hundiera, y vi una luz en la distancia que se hacía cada vez más brillante. Todo a mi alrededor se tornó borroso y difuso, como una fotografía sobreexpuesta. Los rostros que me rodeaban perdieron su definición, las voces se mezclaron y se convirtieron en un pitido agudo en mis oídos. La luz era cada vez más brillante y lo iba absorbiendo todo a su alrededor. Pronto me absorbería a mí también. Y, de repente, ya no noté el suelo bajo mis pies. Ya no sentía ni oía nada, solo el rugido del viento que me revolvía el pelo y me azotaba la cara.

Entonces supe, de forma instintiva, que la Tierra estaba muy lejos y que los Cielos se estaban abriendo para recibirme. Había llegado el momento. El momento que tanto había temido desde la primera vez que había puesto los pies en tierra firme: me iba a mi casa.

Quisieron obligarme a ir a rehabilitación

Las cosas se pusieron mal en el mismo momento en que llegué. Aunque no esperaba sentirme feliz al regresar, tampoco había imaginado hasta qué punto me sentiría como una exiliada allí.

Cuando finalmente abrí los ojos, ya estaba al otro lado de las puertas del Cielo. Eran unas puertas tan altas que se perdían de vista por encima de mi cabeza y desaparecían en un remolino de blancura. Me di la vuelta y me abalancé contra los barrotes dorados para mirar hacia abajo, hacia el mundo que había dejado atrás. La Tierra estaba muy lejos. Desde la altura a la que me encontraba parecía una esfera de mármol de color azul oscuro suspendida en el espacio y cubierta por un velo blanco. Era tan hermosa que resultaba difícil imaginar que alguna vez hubiera sufrido la devastación de la hambruna, la guerra o los desastres naturales. Parecía un lugar tranquilo y protegido, cómodamente arropado en la malla de vida de nuestro padre. Todo en mi interior deseaba regresar. Pero no existía ningún camino de vuelta.

Me giré otra vez y me enfrenté a ese paraíso blanco en el cual el aire encendía brillos opalescentes de tonos rosáceos y suaves luces verdosas, como la espuma del océano. Pero ya no sabía qué hacer conmigo misma. Veía que a mi alrededor había otros ángeles: parecían esferas de luz que flotaban en la bruma y que se deslizaban rápidamente de un lugar a otro para guiar a alguna alma o mandar algún mensaje a través de la red de comunicación del Reino. Todo el mundo parecía tener un objetivo..., excepto yo. El único lugar al que yo deseaba ir era al pasado.

Tampoco estaba segura de si mi situación era mala. Había esperado algún tipo de reacción: furia, castigo o condena. Pero todo el mundo actuaba como si yo no existiera. Permanecí allí, sintiéndome impotente e indecisa, sin saber qué hacer, hasta que una voz se dirigió a mí.

—Bethany —oí—. Ahí estás. Bienvenida a casa.

Miré hacia arriba y vi a un mujer delante de mí. Vestía un immaculado traje blanco y se había recogido el cabello en un pulcro moño. Llevaba la manicura en las uñas y

unas gafas de fina montura dorada reposaban en la punta de su nariz.

—¿Quién eres? —pregunté, sin detenerme a pensar si esa pregunta tan directa podría parecer grosera.

—Soy Eve —dijo la mujer mientras sacaba un bloc y empezaba a tomar notas sin dejar de mirarme por encima de la montura de sus gafas—. Ven conmigo.

La seguí, pues no tenía otra alternativa. No podía quedarme allí, ante las puertas, indefinidamente, y no sabía a qué división pertenecía. ¿Todavía era un ángel en transición? No creía que me consideraran con la suficiente estabilidad mental para relacionarme con las almas. ¿Qué se suponía que podía hacer, pues? Esa era la única vida que había conocido..., además de mi vida en la Tierra. Así que seguí a Eve y llegamos a un lugar que se parecía, sorprendentemente, a una oficina. Una oficina muy aséptica.

En un momento había pasado del marmóreo vestíbulo del Cielo a estar sentada en un mullido sillón blanco, con una alfombra blanca a mis pies, frente a Eve y su gato, que ronroneaba tumbado en su regazo. Ella estaba sentada en una silla de respaldo de cuero y me observaba en silencio.

—Bueno... —dijo, sonriéndome con una expresión de tranquila sapiencia, como si estuviéramos entrando en una conversación pendiente. ¿Esperaba, quizás, a que yo dijera algo?

—Bueno... —repetí, terca.

—Las cosas han dado un giro interesante, ¿no es cierto? —dijo Eve, asintiendo con la cabeza, como si simpatizara completamente con la situación—. Dime, ¿cómo te sientes ahora mismo?

—¿Es una pregunta con trampa? —pregunté—. ¿Cómo te parece que me siento?

—Comprendo. —Eve volvió a sonreír y anotó algo en su bloc—. ¡Bueno, parece que tenemos unas cuantas cosas de las que ocuparnos!

Hablaba como si fuera una monitora de campamento que intentara motivar a los estudiantes.

—Quiero ir a casa —declaré levantando la voz, como si al hablar fuerte pudiera conseguir que recibiera mi mensaje.

—No seas tonta. —Eve dio unos golpecitos en el bloc con el otro extremo del lápiz—. Ya estás en casa.

—¿Quién eres? —volví a preguntar—. ¿Por qué estoy aquí, hablando contigo? Si me vas a excomulgar, hazlo y punto.

—¿Excomulgarte? —se extrañó, tomando nota inmediatamente de lo que acababa de decir, por si acaso—. Hoy no se va a excomulgar a nadie. Estoy aquí para ayudarte.

—¿En serio? —pregunté con escepticismo—. ¿Y cómo piensas hacerlo, exactamente?

—Con nuestras sesiones —contestó Eve, mientras abría un cajón que parecía invisible en la mesita blanca de la mesa de café y me ofrecía un cuenco lleno de caramelitos—. ¿Quieres uno?

—¿Has dicho «sesiones»? —pregunté, sin hacer caso de su ofrecimiento y apartando el cuenco con la mano—. ¿Es que vamos a encontrarnos regularmente?

—Oh, sí, cada día —respondió Eve—. Tienes que verme como tu mentora.

—Eres una psicóloga, ¿verdad? —pregunté con enojo—. ¿La versión que tiene el Cielo de lo que sería una médica de cabecera?

—Prefiero el término «mentora» —respondió Eve con amabilidad.

Estaba claro que no sabían muy bien qué hacer conmigo. No había ningún precedente de mi caso, ni ninguna experiencia en que basarse. Yo era una anomalía, así que habían decidido someterme a terapia con Eve, quien me resultaba más irritante a cada minuto que pasaba. Ella se negaba a responder a cualquier pregunta mía, pero esperaba que yo contestara todas las suyas. Afirmaba que su trabajo consistía en ayudar a que me «readaptara» hasta que me sintiera preparada para retomar mis antiguas responsabilidades. Tal como lo decía, parecía muy sencillo: pronto todo volvería a ser como antes. Solo que había un problema considerable: yo quería regresar a la Tierra, deseaba regresar al lado de Xavier. Ese era mi único objetivo, mi única ambición.

—Tengo entendido que vivías con un serafín y un arcángel, ¿es eso correcto? —preguntó Eve.

—No finjas que no lo sabes —repliqué.

Eve arqueó sus finas cejas.

—Procura responder la pregunta, por favor.

—Sí —contesté con tono sarcástico—. Vivía con ellos y con mi marido, ¿recuerdas?

—Hmmm —hizo Eve con gesto pensativo, y anotó la información en su valioso bloc de notas.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —pedí.

—Solo estoy anotando unas observaciones —contestó ella con amabilidad.

Y nuestra conversación prosiguió de la misma forma, en círculos: Eve sin decirme nada; yo replicándole con impertinencia de vez en cuando. Después de un tiempo que me parecieron largas horas, al final me despidió y me dijo que nos encontraríamos en la próxima sesión, al día siguiente. Si en el Cielo hubiera existido un acantilado desde donde tirarme, hubiera ido directamente allí. Pero ahora había vuelto a cobrar mi auténtica forma y, por supuesto, no podía morir. Tampoco podía dormir, así que no había ninguna forma de escapar. No podía comer. No podía hacer nada. Solo existir. Y ser un ángel en el Cielo y no tener nada en que ocupar el tiempo era una buena forma de perder la cabeza. Nuestra existencia estaba dedicada a servir

y a proteger el Reino, así como a las creaciones de nuestro padre. Siempre estábamos ocupados, porque siempre había algún ser humano que necesitaba ayuda. Pero a mí se me había prohibido tener relación con nadie que no fuera mi mentora hasta que se decidiera que me encontraba en condiciones de volver a trabajar.

Así que no había nada con que llenar ese interminable espacio de tiempo que se abría ante mí. El aburrimiento era insufrible. Deseé arañar las paredes de mi mente. Quise correr, llorar, pelear, pero no podía hacer ninguna de esas cosas. Deseaba dejar de existir. Además del doloroso vacío que sentía en el pecho por echar tanto de menos a Xavier, también añoraba todo lo que había en la Tierra: el olor a café o a césped recién cortado, el romántico tono que adquiría la luz a la puesta del sol, el contacto con otro cuerpo o sentir el agua sobre la piel.

Notaba que había otros ángeles a mi alrededor, afanándose con sus tareas, pero ninguno se acercó a mí ni hizo ningún esfuerzo por hablar conmigo. ¿Me tendrían miedo? ¿O quizás habían recibido la advertencia de no acercarse a mí? Me sentía perdida, vagabundeaba sin saber adónde ir, hablaba conmigo misma, completamente alienada, recordando mi vida anterior. Todos creían que me estaba derrumbando. Y era cierto, me estaba viniendo abajo. Pero no me importaba. Ahora no había nada ni nadie por quien mantenerme cuerda. Así fue como me convertí en la excéntrica del Cielo. Estaba segura de que si Eve lograba lo que se proponía conmigo (y me parecía que era muy persistente) y me rehabilitaba, no quedaría ni rastro de humanidad en mí. Pero en mi interior yo seguía siendo la chica de Venus Cove, y no estaba preparada para dejar de serlo. No creía que lo pudiera estar nunca.

—Me pregunto si Xavier habrá ido a ver a sus padres —dije un día durante una sesión con Eve.

Ya había aprendido a hacer comentarios que no vinieran a cuento, porque sabía que eso la molestaba. Ella me había hecho una pregunta que yo ni siquiera había oído. Me sentía irritada con ella sin motivo aparente. Detestaba su pulcro aspecto, con su pelo castaño, casi de color caramelo, brillante como el cristal y recogido en un moño sobre la nuca. Su traje blanco siempre estaba imaculado, y su rostro era suave y de expresión benévola. Por supuesto, Eve no era su nombre de ángel, pero quería que la llamara de esa forma para establecer «contacto» conmigo. Si la tuviera que comparar con la edad de los seres humanos, tendría alrededor de unos cuarenta años, y su rostro era el que uno espera encontrar en una directora de colegio.

—No tiene ningún sentido hablar de tu época en la Tierra —dijo Eve con firmeza—. Ahora ya pertenece al pasado.

La miré. Estaba allí, tranquilamente sentada, con ese tranquilo aire nórdico. Tenía que admitir que siempre parecía tener una respuesta para todo; seguramente, yo podía hacerle la misma pregunta cien veces y continuaría recibiendo la misma tranquila y sensata respuesta. Pero también tenía cierto aire de institutriz que me hacía desconfiar

de ella. No creía que estuviera de mi parte, y no me gustaban sus ojitos, que nunca pestañeaban. Ella estaba de parte del orden, y yo representaba el caos.

—Tus recuerdos son cargas muy pesadas. Debes soltarlos.

—Cállate —dije. Eve apretó los labios y escribió algo en su pequeño bloc de notas—. Casi creo que el Infierno era mejor —dije para mí misma.

—¿Qué? —preguntó Eve—. ¿Qué has dicho?

—He dicho que me parece que echo de menos el Infierno —repetí, como si nada—. Por lo menos, allí había algo que hacer.

—No creo que sepas muy bien lo que estás diciendo.

—No creo que sepas muy bien lo aburridos que sois —repliqué.

—No es aburrido estar en paz —me informó Eve—. Ser uno con la energía cósmica más grande de lo que uno es capaz de comprender.

—Como quieras —rezongué—. No quiero formar parte de tu platea cósmica. ¿No has visto *El señor de los anillos*? Elijo una vida mortal.

—¿Quién te ha dado a elegir? —preguntó Eve, pero al ver que la fulminaba con la mirada, cambió de táctica—. A veces debes confiar en que los demás saben qué es lo mejor para ti. Intentamos ayudarte.

—¿Por qué tengo un cuerpo, todavía? —pregunté—. ¿Y por qué lo tienes tú? No es así como yo recuerdo el Cielo.

—Hemos hecho algunas concesiones —repuso Eve—. Estamos intentando reincorporarte a esta vida de forma progresiva. Creímos que darte un cuerpo durante unos años y arrebatártelo de golpe podría ser nocivo.

—Cuánta consideración —dije—. ¿Estás casada?

Eve frunció el ceño: se esforzaba por seguirme, a pesar de que yo cambiaba de un tema a otro sin sentido.

—Por supuesto que no. No nos permiten casarnos. Ya lo sabes.

—No podréis retenerme para siempre —le dije—. Encontraré la manera de salir. Aunque tenga que hacerme volar en pedazos con criptonita cósmica.

—¿Ah, sí? —preguntó Eve, asombrada.

—Sí —repuse—. Y si no puedo salir, causaré tantos problemas que desearéis no haberme traído aquí nunca.

—Veo que todavía nos queda algo de trabajo por hacer.

El hecho de que hablara en plural me molestó: me pareció un acto de condescendencia.

—¿Hasta cuándo? —pregunté en tono grosero.

—Hasta que comprendas que los placeres terrenales no son nada comparados con la eternas riquezas del Cielo.

—Bueno, pues en tal caso tendréis que mejorar vuestro juego —dije—. Porque de momento ganan los placeres terrenales.

—No siempre pensarás así —repuso Eve.

—¿Por qué hacéis esto? —pregunté—. ¿Por qué no me castigáis, simplemente? ¿Por qué no me lanzáis al abismo con Lucifer? Sería más fácil.

—Estamos intentando enmendarte —repuso Eve—. Dudo que Lucifer resultara de mucha ayuda para eso.

—¿Y si yo no quiero que me enmienden?

—No puedes vivir así siempre.

—No —asentí—. Y no tengo intención de hacerlo.

Estaba claro que teníamos diferentes soluciones *in mente*. Pero yo tenía una ventaja sobre ellos: me daba absolutamente igual lo que me sucediera. Ya no había nada con lo que pudieran asustarme. Había oído lo que habían dicho los séptimos: Xavier era valioso, no podían hacerle daño. Así que me podía permitir causar todos los problemas que quisiera. Y pensaba hacerles pasar un infierno. Solo que todavía no sabía cómo.

Se me ocurrió que podía emplear algún truco psicológico.

—Los demonios me contaron cosas, ¿sabes? —dije, recostándome en el sillón y hundiéndome entre los cojines de seda—. Cosas de todo tipo.

—¿Como qué? —preguntó, e hizo un gesto con la nariz, como si le picara. Por su mirada me di cuenta de que sabía que en el Cielo todo el mundo debía llevar su propia cruz, y que yo era la suya.

—Como, por ejemplo, de qué forma abrirles la entrada en el Cielo. —Sonreí de la forma más angelical que pude—. Cómo abrir las puertas para que entren.

—Eso es absurdo —se burló Eve—. Nunca había oído nada tan ridículo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté—. Yo estuve en el Infierno. Viví allí durante meses. ¿Crees que no aprendí un par de cosas? Y ellos van a por vosotros. Lo único que necesitan es tener a alguien dentro.

—No mientas —dijo Eve—. Los demonios no pueden entrar en el Cielo.

—Yo soy un ángel y entré en el Infierno —repliqué, observándome las uñas con actitud de indiferencia.

Noté que Eve cambiaba de postura en su asiento, incómoda, y que empezaba a darse tironcitos del collar que llevaba. Desde luego, yo mentía. Nunca caería tan bajo como para llamar a los demonios en mi ayuda y poner el Reino de mi padre en riesgo. Aunque yo ya no perteneciera a él, todavía continuaba siendo la Tierra Prometida. Pero sí podía convencer a Eve de que estaba tan loca como para hacerlo. Quizás entonces empezaría a tomarme en serio.

—Bueno, en ese caso sí serías enviada al Infierno —dijo Eve.

—Adelante, hacedlo —repuse—. Gabriel encontraría la manera de sacarme de ahí. Quizás él no pueda cuestionar al Cielo, pero el Infierno no ejerce ningún poder sobre él.

—Todo esto resulta muy decepcionante, Beth —dijo Eve, como si riñera a una niña traviesa—. Muy decepcionante.

¿Quién era ella para juzgarme? ¿Cómo se atrevía a permanecer allí sentada, con su pulcro traje, y fingir que comprendía alguna cosa sobre mi vida? Sin darme cuenta de lo que hacía, me puse en pie y empecé a chillarle, a soltarle todas las obscenidades que se me ocurrieron, la maldije con el Infierno y le solté todo tipo de amenazas. Lo único que yo sentía era una rabia roja e intensa como el fuego, una rabia que no podía controlar. Mi vida había sido destrozada por esa gente. Y habíamos luchado mucho para acabar siendo separados por la fuerza.

Eve se puso en pie y caminó hacia mí. Ni siquiera parecía alarmada. Tuve que admitir que era bastante poco impresionable, dado mi estallido de rabia. Entonces alargó una mano para tocarme y sucedió algo incomprensible: al rozar mi piel, saltaron chispas azules y las puntas de los cabellos se le erizaron. Eve soltó un gemido agudo y extraño, y se apartó de inmediato. Yo estaba tan sorprendida que me callé de inmediato. Y antes de que pudiera alegar nada en mi defensa, dos hombres que parecían guardaespaldas aparecieron en la sala y me acorralaron entre sus musculosos brazos. Al cabo de unos segundos me encontré sola, confinada en una habitación blanca.

No podía hacer nada más que tumbarme en el suelo y esperar. Esa blancura era como un peso físico que me sofocaba. Ese no era el Cielo que yo recordaba. En mis recuerdos, era como una brillante pirámide de colores, espacio y libertad en el cual reinaba la sensación de que el cielo, la tierra y el agua se unían en una armonía perfecta. Pero ahora me sentía como si me hubieran metido dentro de una caja demasiado pequeña para mi tamaño. A pesar de la vastedad inconmensurable del Cielo, me sentía en la celda de una prisión.

Oí que Eve me hablaba desde el otro lado de las paredes de la celda, como un Gran Hermano.

—Creía que estábamos en el buen camino. No es muy amable querer electrocutar a la gente que quiere ayudarte.

—No lo hice a propósito —dije con indiferencia y sin levantar la cabeza del suelo.

—Bueno, no estoy enfadada —repuso Eve—. Solo te estoy dando un poco de tiempo para que te tranquilices.

—Genial. Gracias.

—No tienes por qué castigarte, ¿sabes? —dijo.

—La verdad es que intentaba castigarte a ti.

Oí que Eve suspiraba, pero su actitud recuperó muy pronto su insulsa amabilidad.

—Pronto volverás a estar en el buen camino.

—¿Qué eres, una especie de entrenadora? Lárgate de aquí.

—De acuerdo —dijo—. Volveré más tarde.

—Ahórrate la molestia —repliqué.

Oí los pasos de Eve alejarse. De repente, se detuvo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Le estaba hablando a un intruso a quien yo no podía ver—. No deberías estar aquí. ¿Quién te ha dejado entrar?

—¿Dónde está?

La voz era la de mi hermano, Gabriel.

Un encuentro con fallecidos

Me senté tan deprisa que la cabeza me dio vueltas. ¿Era posible que Gabriel estuviera allí? ¿Había venido para sacarme? Entonces volví a oír la voz de Eve, enojada.

—¡No estás autorizado! ¡Detente, no puedes entrar!

Mi celda no tenía muros. Gabriel se materializó delante de mí, más luminoso que en su forma humana. Nunca me había sentido tan feliz de ver a alguien. Me puse en pie y me abracé a él, absorbiendo su presencia. Tenía miedo de que desapareciera si lo soltaba.

—Te han encerrado de verdad —apuntó.

—Es horrible —dije, con la cara apretada contra su pecho—. Aquí solo hay la nada. Me estoy volviendo loca. Tienes que sacarme de aquí.

—No puedo —dijo Gabriel.

—¿Qué? —Me aparté de él, parpadeando a causa de la sorpresa. El dolor del pecho que me había abandonado durante un momento volvió a aparecer, más agudo que nunca—. Entonces, ¿qué has venido a hacer aquí?

—No puedo llevarte conmigo. —Hablaba en voz baja y deprisa, como si supiera que no teníamos mucho tiempo—. Pero he venido a decirte que hay personas que te pueden ayudar.

—¿Quién? ¿Eve?

—Bethany, es evidente que ya no perteneces aquí. Hay personas que lo comprenden. Tienes que encontrarlas.

—¿Dónde? —pregunté, desesperada—. ¿Dónde están?

—Piensa —insistió Gabriel—. Los aliados pueden aparecer bajo cualquier aspecto y tamaño.

Me sentía demasiado abrumada para comprender lo que Gabriel intentaba comunicarme.

—¿No puedes simplemente decirme quién?

—Solo quiero que estés bien.

Dirigió sus penetrantes ojos plateados por la habitación y comprendí el mensaje: no sabía quién podía estar escuchándonos.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Sigue con el juego —murmuró—. Pero tienes que ser lista.

—¿Y eso qué significa? —pregunté.

—Lo estás haciendo muy bien actuando como si hubieras perdido la razón —dijo Gabriel—. Los cambios bruscos ponen nerviosa a la gente. Estoy seguro de que lo comprendes.

Tardé un momento, pero lo conseguí: tenía que seguir fingiendo que había perdido la razón para que no sospecharan nada. Asentí con la cabeza.

—¿Cómo le va a Xavier? ¿Está bien?

Gabriel levantó los ojos hacia el techo.

—Se va apañando.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo está llevando igual de bien que tú.

—Dile que le quiero mucho —dije—. Dile que no dejes de pensar en él.

—Si de verdad crees que eso lo va a ayudar...

Antes de que pudiera responder, allí, en medio de la habitación, se materializó un pasillo brillante e iridiscente por el que apareció Eve acompañada por varios guardaespaldas. Gabriel sonrió.

—Los dos sabemos que no puedes arrestarme, Eve —dijo—. Dejemos de fingir.

Me gustó la manera en que se dirigía a Eva, como si ella fuera tan poco consistente como una nube. Me di cuenta de que esa actitud le molestaba.

—Quizá no. —Eve hinchó el pecho—. Pero puedo informar sobre ti.

—Hazlo —dijo Gabriel sin darle importancia—. De todas formas, ya me iba.

—¿Qué querías? —preguntó ella, mirándome con suspicacia.

—Quería asegurarme de que se encontraba bien —respondió Gabe, como si eso fuera una obviedad—. Y por cierto, no es así, lo que significa que no estás haciendo tu trabajo como es debido.

Eve no tenía ni idea de que Gabriel estaba jugando con ella.

—Estoy haciendo todo lo que puedo —repuso—. Pero no es fácil.

—Bueno, pues pon más empeño —respondió Gabriel—. Está hecha un desastre. Y es tu trabajo. —Girándose hacia mí, añadió—: Siento no poder ser de más ayuda, Beth.

Gabriel arqueó una ceja para indicar que había llegado mi turno, el momento de demostrar mi habilidad como actriz. Dudé un momento, intentando decidir cuál sería la mejor respuesta. Entonces me dejé caer en el suelo, a los pies de Gabriel, y me agarré a sus tobillos.

—No te vayas —grité—. Por favor, no me dejes aquí.

Me alegré de que el cabello me cayera sobre la cara y me ocultara el rostro, pues no estaba segura de ser capaz de mostrar una expresión desesperada después de las esperanzas que me había dado Gabriel.

—¿Lo ves? —le dijo a Eve—. Tienes que arreglar esto.

Gabriel me apartó de sí y dio unos pasos hacia la salida.

—Cuídate, Bethany —dijo—. Y recuerda quiénes son tus amigos.

—Ella no es mi amiga —repliqué, mirando a Eve y fingiendo creer que Gabriel se estaba refiriendo a ella. Pero no tenía ni idea de a quién se refería.

—La sabiduría de Dios es infinita, Bethany. Confía en su buen juicio.

Gabriel me sonrió y luego desapareció. Eve despidió a los guardaespaldas y me miró con atención y achicando sus ojillos.

—¿Ha servido de algo verle?

—No. Él va a regresar a la Tierra, y yo no.

—Lo cual te coloca en una situación mejor —repuso Eve.

—¿Por qué no te vas? Ya he tenido bastante porquería de la tuya por un día.

—Bueno, por lo menos eso ha sido sincero —contestó.

Me pregunté si habría algo a lo que ella no pudiera encontrarle un lado positivo.

—Será mejor que te vayas ahora —dije con amargura—. No me vas a caer bien nunca.

Eve arqueó las cejas y salió con gesto altivo por el brillante pasillo, que se cerró de inmediato a sus espaldas.

Pensé en lo que Gabriel me había dicho: «Los aliados pueden aparecer bajo cualquier aspecto y tamaño». ¿Querría decir eso que tenía que pensar de otra manera? ¿Pensar en alguien en quien no se me hubiera ocurrido pensar para pedir ayuda? Pero ¿quién podía estar de mi parte en el Cielo? Yo no tenía amigos, precisamente. Y los ángeles no tenían tendencia a formar camarillas. Desde luego, estaba Miguel, pero él era el modelo perfecto de alguien que sigue las reglas del juego. Y también Rafael, pero lo último que sabía de él era que estaba en algún lugar de la Tierra ocupado en sus propios asuntos. No hubiera sabido cómo llamarlo aunque hubiera querido. Hacía falta una poderosa magia para llamar a un ángel; siempre se podía dirigir una plegaria a ellos, pero millones de plegarias llegaban al Cielo cada minuto. Cada ángel tenía una lista de un kilómetro de largo. Y, además, los arcángeles no se encargaban de responder las plegarias: ese era trabajo de los ángeles de menor rango. Era como trabajar en las oficinas de correos, había que clasificar las peticiones y ordenarlas por orden de prioridad. Pensé en la posibilidad de llamar a Rafael de esa manera, pero, por algún motivo, no creía que Gabriel se refiriera a él. Fuera quien fuera a quien se refiriera, tenía que encontrarse cerca de mí.

Nadie en el Cielo comprendía cómo me sentía. Nadie se había enamorado tan

profundamente de un mortal, y nadie sentía simpatía por nuestra situación. Pero mientras me preguntaba quién podría comprender nuestra necesidad, el dolor de nuestra separación, la respuesta apareció de repente: Emily.

La primera novia de Xavier, la primera persona con quien él había hecho el amor y a quien se había creído en la obligación de proteger. Ella había estado con él en Bryce Hamilton mucho antes de que yo apareciera. Ellos dos se conocían desde muy pequeños, como era tan habitual en Venus Cove. Habían estado convencidos de que se casarían. Pero ella había muerto quemada en su cama, asesinada por los demonios, aunque nadie lo supo en ese momento. Se había visto separada de él en contra de su voluntad, al igual que yo. Pero ¿querría ayudarnos ahora? ¿Era posible que su alma todavía albergara algún sentimiento por él? O quizá se alegrara de que nos hubieran separado.

Solo había una manera de averiguarlo.

Aunque era difícil llamar a otro ángel, tenía la habilidad de comunicarme mentalmente con otra alma. En el Reino había millones de ellas, y no se suponía que tuviera que contactar con todas ellas hasta encontrar a la persona que buscaba. Pero tenía que concentrarme. Hacía tiempo que no lo intentaba y me faltaba práctica. Cerré los ojos, dejé que mi mente se alejara de los confines de esa prisión blanca y se adentrara en la vastedad del Cielo. Sentía la energía de las almas arremolinarse alrededor de mi mente. Por supuesto, yo no podía ver lo que ellas veían. Cada una de las almas vivía en su propio Cielo particular. Se encontraban las unas al lado de las otras, pero el Reino les permitía tener acceso a ciertos recuerdos de su pasado y de algún lugar favorito de su infancia. Me habían dicho que había un montón de tranquilos jardines y playas, pero cada alma era distinta. Había un hombre cuyo Cielo se encontraba dentro de un armario. Eso era así porque de niño se escondía allí cuando las cosas lo desbordaban, y para él ese era un lugar seguro. Y eso era lo que su alma hacía aparecer. A los ángeles les resultaba un poco extraño, pero no era cosa nuestra emitir ningún juicio.

—Emily —dije, pronunciando su nombre tan bajito que casi no era audible—. Emily, necesito tu ayuda.

Repetí su nombre una y otra vez. A medida que mi mente se hacía más aguda y se concentraba mejor, la habitación blanca empezó a desaparecer y delante de mí se abrió un pasaje que tenía los colores del arcoíris. Lo recorrí sin moverme, como si me hubieran absorbido en un torbellino de colores, y cuando salí al otro lado... estaba en el dormitorio de Xavier.

Al principio me sentí confusa y la emoción me golpeó con mayor fuerza que un tren expreso. Entonces vi a la chica, sentada con las piernas cruzadas encima de la cama, y me di cuenta de que... ese era el Cielo de Emily. El dormitorio de Xavier era distinto: por el suelo había un montón de ropa de deporte esparcida, y había una caja

de caramelos volcada sobre su escritorio. Las fotos de la estantería también eran distintas: eran del equipo de natación de noveno curso y de un grupo de amigos a los que no reconocí, pero Xavier y Emily estaban con ellos. Al principio no lo veía, pero al final lo reconocí, entre una chica con trenzas y un chico que llevaba una gorra de béisbol puesta del revés. No estaba segura, pero el chico parecía su amigo Wesley, más joven. En cuanto a Xavier, casi no lo reconocía. Su cabello era más claro y lo llevaba más corto y el flequillo ya no le caía sobre la frente como ahora. Su complexión no era tan robusta, sino que se le veía más delgado y añorado. ¿Eran aparatos de ortodoncia lo que llevaba en los dientes? Seguía siendo guapo, pero parecía un niño, muy distinto al hombre en quien se había convertido.

Toda la escena me resultaba sorprendente. Me encontraba en una habitación que pertenecía a un niño. Pero de eso solamente hacía cuatro años. ¿Cuántas cosas habían cambiado en ese corto periodo de tiempo? Miré los rostros que aparecían en las fotos y pensé que era evidente que esos chicos no tenían ninguna preocupación en la vida. Eran niños buenos y sanos que iban al cine y que montaban en bicicleta para ir a su casa.

—Supongo que no es así como lo recuerdas, ¿verdad?

A pesar de que era yo quien había invadido su Cielo, me sobresalté cuando Emily se dirigió a mí. Me di la vuelta hacia ella. Yo solo la había visto en viejas fotografías de la escuela, pues Xavier se había deshecho de las que tenía, o las había guardado en algún lugar para no tener que verlas. Emily no era como había esperado, aunque tampoco sabía qué era lo que había esperado. Era pequeñita, con el cabello fino y rubio, y tenía los ojos marrones. Su nariz era ligeramente respingona, y tenía las cejas arqueadas y bien dibujadas, lo que le confería expresión de jueza. Llevaba una enorme sudadera negra con capucha y unos vaqueros deslucidos. Estaba sentada en la cama de Xavier y tenía un osito de peluche en los brazos.

—Eh —saludé, sintiéndome incómoda de repente—. Soy...

—Sé quién eres —me cortó Emily.

—Vale. —Me mordí el labio—. Y apuesto a que no te alegras de verme.

—No, estoy bastante enfadada contigo —afirmó mientras se recostaba en los almohadones.

—De acuerdo —dije—. A nadie le gusta la chica nueva.

—No es eso. —Emily me miró frunciendo el ceño—. Él iba a encontrar otra chica y a casarse algún día. Yo esperaba que lo hiciera, incluso lo deseaba.

—Pero...

—Pero tú has arruinado su vida —dijo ella, frunciendo el ceño con fuerza. Me di cuenta de que tenía las uñas de los dedos completamente mordidas—. Él tendría que haber estudiado medicina en la universidad; se suponía que debía conocer a una buena chica, casarse y tener una casa con perro y todo eso.

—Lo sé. —Fue lo único que pude decir. Todo aquello era verdad.

—Tú lo metiste en un lío del que no va a salir nunca más —dijo, apartándose el flequillo de pelo rubio que le caía sobre los ojos—. No tienes ni idea de todo lo que hizo por mí. Empezó a cuidar de mí cuando tenía catorce años.

—No me contó nada sobre eso —murmuré—. No hablaba de ti..., por lo menos conmigo.

—Es un chico. —Emily se encogió de hombros—. Los chicos no muestran sus sentimientos.

—¿Por qué tuvo que cuidar de ti? —pregunté.

—Mi padre se fue cuando yo tenía dos años —repuso Emily—. Luego, en noveno curso, mi madre perdió su trabajo y casi se vino abajo, y mi hermana mayor empezó a tomar drogas. Yo no tenía nada bueno en mi vida, excepto Xavier. Y después de que muriera, no quería nada de eso para él. Xavier ya había cumplido: había rescatado a una chica con todos esos problemas a los que enfrentarse. Se suponía que su siguiente relación tenía que ser distinta, se suponía que debía ser una relación normal.

—Emily, sé que no soy normal —dije—. Y quizá fui egoísta por permitir que todo eso sucediera, pero no sabía hasta qué punto llegarían las cosas. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, lo hubiera dejado en paz. Pero tienes que comprender que yo también lo amo.

—No me importa lo que tú sientas —replicó Emily—. Pero sí me importa lo que él siente. Y, por suerte para ti, él también te ama. Todavía estoy enojada contigo, pero no quiero que Xavier sufra la pérdida de una persona más. Ya ha padecido bastante, ¿no te parece?

—¿Estás diciendo que me vas a ayudar?

—Estoy diciendo que lo voy a ayudar a él —corrigió Emily—. Y si eso significa que tengo que ayudarte a ti, que así sea.

—Gracias —dije—. Y, Emily...

—¿Sí? —preguntó, levantando la vista.

—Siento mucho lo que te sucedió. No fue justo. Él está muerto ahora...; el demonio que te mató, quiero decir. No sé si eso te sirve de algo, pero mi hermano lo mató.

—Sí. —Emily bajó la mirada hasta sus uñas mordidas—. Todo eso forma parte del plan, ¿verdad?

—No —respondí, negando con la cabeza—. Eso nunca formó parte de los planes de Dios para ti. Los demonios interfirieron porque eso es lo que hacen. Pero vuestra historia no tenía que terminar de esa forma.

—No pasa nada —dijo Emily, suspirando—. Ya no estoy enfadada. Lo estuve durante un tiempo, pero no tenía ningún sentido. Pero es duro... no poder hablar con tu familia. Y entonces te das cuenta de que la vida continúa sin ti.

—La vida continúa, pero la gente no olvida —contesté—. No te han olvidado, Emily.

—Te equivocas —dijo ella con los ojos llenos de tristeza—. La gente olvida..., tiene que hacerlo, pues es la única manera de poder continuar adelante. Espero que consigas regresar... antes de que Xavier te olvide.

30
Zach

Resultó que Emily tenía una idea.

—Tienes que ir a ver a Zach —me dijo, sonriendo, evidentemente complacida consigo misma.

—¿A Zach?

—Exacto.

Recordé al ángel a quien había conocido una vez, el que guiaba a los niños durante su transición hasta el Reino. Creí que nunca lo volvería a ver desde que había cambiado su carrera. Fruncí el ceño.

—Pero Zach es un séptimo.

—Ya no —dijo Emily—. Lo dejó cuando empezaron a perseguirte.

—¿De verdad? ¿Dejó el trabajo por mi causa?

—Él no estaba hecho para eso. Zach es un ángel de la guarda, siempre lo ha sido.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté con curiosidad.

—Porque él es mi ángel de la guarda —contestó Emily con orgullo—. Lo volvieron a mandar con los niños. Y él me ayudó durante mi transición, cuando llegué aquí.

—Pero tú tenías dieciséis años —dije—. No eras exactamente una niña.

—Me costó bastante adaptarme —explicó Emily—. Así que me lo asignaron para que me ayudara. Y funcionó. Zach fue de gran ayuda, hasta que se unió a los séptimos. En ese momento a nadie le pareció una buena idea. Pero ahora ha regresado.

—¿Y sabes dónde encontrarlo?

—Por supuesto —dijo ella, como si fuera obvio—. Estoy en contacto directo con él.

En un instante, Emily se colocó a mi lado y me dio la mano. Sus dedos eran fríos y frágiles, como si fueran de cristal. Oí que susurraba y, al cabo de un momento, la habitación empezó a desaparecer. Y después todo se volvió borroso: la cama de

Xavier, con su edredón de color azul oscuro, su escritorio y la pelota de fútbol que había al lado de la puerta. Apreté con fuerza la mano de Emily, pues empezaba a sentirme un poco mareada. Mientras la habitación continuaba desapareciendo y las cosas se iban haciendo transparentes, a nuestro alrededor empezó a cobrar forma el mismo pasillo de colores que Eve había utilizado para entrar en mi celda. Emily parecía saber perfectamente adónde íbamos, así que nos deslizamos hacia delante y dejamos que el pasillo de colores nos engullera.

Cuando abrí los ojos, me encontraba en un jardín. Me miré las piernas y los brazos para asegurarme de que había llegado entera y vi que estaban cubiertos de todos los colores del arcoíris.

—Se va fácilmente —me dijo Emily mientras se sacudía los muslos con las manos y soplaba para dispersar el polvo.

Cuando el mareo se me pasó, vi que delante de nosotras había un hermoso y brillante lago, así como un montón de árboles altísimos cuyas copas desaparecían entre las nubes. El ambiente era cálido y se oía cantar a los pájaros. Vi que Zach se encontraba a cierta distancia de nosotras. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, en medio de un círculo de niños. Tenía el mismo aspecto que yo recordaba: delgado, el cabello negro, la piel oscura. Sus ojos eran brillantes y verdes, y siempre tenían un brillo travieso, como si él supiera algo que los demás ignoraban. Tenía la nariz un poco respingona y una sonrisa descarada: parecía el flautista de Hamelín. Eso era lo que atraía a los niños hacia él. Yo no conseguía comprender por qué había querido unirse a los séptimos.

En cuanto nos vio, se disculpó y se separó del grupo de críos. Ellos soltaron exclamaciones de protesta, pues no querían separarse de su líder. Un camino de piedras blancas se formó delante de él y Zach lo recorrió descalzo hasta nosotras.

—Tienes buen aspecto, Emily —dijo, guiñándole un ojo—. Hola, Beth. Hace tiempo que no nos vemos.

—Sí —asentí—. Me alegro de ver que nada haya cambiado.

—Oh, yo no diría eso —contestó Zach—. Pero todo termina siempre de la forma que debe.

—¿De verdad dejaste a los séptimos? —pregunté—. Ni siquiera sabía que era posible hacer eso. Creí que era una condena de por vida.

Zach miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—Echaba de menos a los niños. La vida militar no está hecha para mí.

—¿Por qué te uniste a ellos?

Zach me clavó sus ojos de color esmeralda.

—Oh, ya sabes, estaba borracho y tomé una mala decisión.

Emily soltó una risita, claramente impresionada por todo lo que Zach decía.

—Considéralo un viaje de autoconocimiento —continuó él—. Necesitaba salir fuera de mi lugar. Tuve un momento de duda, si quieres considerarlo así.

—Pero ahora está con nosotros otra vez —dijo Emily, abrazándolo.

Zach rio y le revolvió el pelo.

—Es especial, esta chica. Bueno... —Zach me observó—. Imagino que no habéis venido solamente para charlar.

—Necesitamos tu ayuda —dijo Emily, antes de que yo tuviera tiempo de responder—. Fue idea mía.

Emily hablaba como una niña que buscara la aprobación de Zach. No era culpa suya. Ella era una niña eterna: su alma solo había llegado a los dieciséis años.

—Ajá... —Zach se frotó la barbilla con la mano—. ¿Y de qué manera puedo ayudaros?

—Beth quiere regresar a casa —explicó Emily.

—¿Ah, sí? —Zach me miró con una ceja arqueada—. Ya imaginaba que sería algo así. Pero ¿por qué crees que tengo el poder de hacerte regresar?

—Nunca he creído eso —contesté—. Pero tenía la esperanza de que me indicaras cuál era la dirección correcta. Tiene que haber alguna manera de salir de aquí.

—Bueno, es que la mayoría de la gente no quiere irse del Cielo —dijo Zach—. Es una especie de destino final.

—Yo no soy como la mayoría de la gente. Ya no. Detesto estar aquí.

—No, no lo detestas. Detestas estar sin Xavier —me corrigió Zach—. Pero él estará aquí también, algún día.

—No quiero que cuando vuelva a ver a Xavier sea en forma de espíritu —dije—. Quiero compartir una vida con él... en la Tierra.

—Bueno, pues solo hay una forma de que puedas hacerlo —apuntó Zach—. Tienes que perder tu divinidad.

—¿Perderla? —pregunté—. ¿Quieres decir renunciar a ella?

—Sí —repuso Zach—. Todo lo que te define como ángel tendrá que desaparecer. Si quieres vivir como un ser humano, tienes que convertirte en un ser humano.

—¿Y cómo puedo perder mi divinidad, exactamente? —pregunté, un tanto insegura.

—Yo solo conozco una manera. Y no te va a gustar —respondió Zach con expresión grave—. Tienes que arrancarte las alas.

De inmediato recordé a Gabriel, y la manera en que el hecho de tener las alas dañadas le había hecho entrar en contacto con la naturaleza humana. Pero sus alas no le habían sido cortadas por completo, pues Rafael había aparecido, impidiendo que los demonios terminaran su tarea. De todas formas, estaba claro que era algo extremadamente doloroso y que le había causado un gran daño a mi hermano. Era como pedirle a un ser humano que se cortara las piernas.

—¿No hay otra opción? —pregunté—. ¿Alguna otra cosa?

—Es posible que exista —repuso Zach—. Pero yo no la conozco.

—¿No podría huir?

—¿No lo has intentado ya? —Chasqueó la lengua—. Y no te fue muy bien. No te puedes escapar del Cielo.

—Pues lo estaba haciendo bastante bien —dije con terquedad—. Estábamos luchando contra los séptimos e íbamos ganando. Y ahora estoy aquí solo porque ellos jugaron sucio.

—Sí, con la jovencita —repuso Zach, pensativo—. Los séptimos infringieron muchas reglas al involucrarla en este asunto.

—Ya infringieron muchas reglas cuando aparecieron en la sala de conferencias llena de estudiantes universitarios —dije con enojo, enfurecida al recordarlo—. ¡Ellos mataron a nuestro amigo, Spencer!

—Lo sé —murmuró Zach—. Y lo siento. No estaban autorizados a hacerlo.

—¿No podemos informar o algo?

—Tendrías que encontrar a alguien que le pasara el mensaje a nuestro padre. Y él está muy ocupado estos días. La gente está perdiendo la fe, el mundo está cayendo en manos equivocadas. —Me miró con expresión de seriedad—. ¿Estás segura de que quieres regresar?

—Sí —dije con gran énfasis—. Prefiero vivir una vida imperfecta con Xavier que pasar una eternidad aquí sola.

—Es tu decisión. Pero deberías pensarlo detenidamente. Es una decisión irreversible.

—¿Has pensado en la otra alternativa? —intervino Emily—. Sé que quieres regresar con Xavier..., pero ¿se te ha ocurrido pensar que quizá él pueda venir contigo?

—¿Cómo? —pregunté, mirándola—. ¿Quieres decir lo que creo que quieres decir?

—Él va a acabar aquí, de todas formas —respondió.

—Pero Xavier tiene solo diecinueve años —repliqué, escandalizada—. Tiene toda una vida por delante.

—Pero a él no le sirve de nada sin ti —dijo Emily—. Los dos sois tan codependientes que el uno no puede sobrevivir sin el otro.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté.

—He recibido un mensaje —replicó ella con aspereza—. Puedo ver lo que sucede en la vida de las personas que dejé atrás.

—¿Así que nos has estado espiando?

—No es espiar, solamente es ver.

—Sí, bueno, pues es desagradable, así que deja de hacerlo.

—Chicas... —dijo Zach con calma—. Esto no nos ayuda en nada. Bethany, Emily tiene razón. O bien tú encuentras la manera de regresar con Xavier, o bien él hallará el modo de llegar hasta ti. Es solo una cuestión de tiempo.

—¿De verdad crees que él haría algo así? —pregunté.

Zach me miró con atención.

—¿Tú no lo harías?

—¡Eso es distinto! —exclamé.

—No, no lo es. Todo aquello que tú estés dispuesta a hacer, seguro que Xavier también está dispuesto a hacerlo.

—De acuerdo. —Inhalé con fuerza—. Así que mejor regreso pronto..., antes de que Xavier encuentre la forma de morir.

—Sí —contestó Zach—. Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Yo ya no creía que existiera algo que pudiera confundirme, pero aquello había sido una sorpresa. Hasta ese momento había estado tan absorbida por mi propia espiral de depresión que ni siquiera había pensado que Xavier podía estar pasando por lo mismo. Por supuesto que él buscaría una manera de llegar hasta mí: no era propio de él quedarse sentado sin hacer nada. Él había bajado al Infierno y había vuelto. ¿Por qué debía pensar que el Cielo estaba fuera de sus posibilidades? Así que ahora no solo tenía que perder mi divinidad, sino que tenía un límite de tiempo y debía hacerlo pronto.

—Un momento —dije—. Seguro que Gabriel e Ivy lo protegerán.

—Ellos no pueden vigilarlo veinticuatro horas al día —replicó Zach—. Precisamente tú deberías saberlo: si alguien desea algo con la suficiente fuerza, encuentra la manera de conseguirlo.

Emily me observaba mientras yo me esforzaba por asimilar esa nueva información.

—Relájate —me dijo—. Todavía tenemos tiempo. Vaya, yo nunca monté tanto drama.

—Cállate —repliqué—. Seguro que habrás tenido tus cosas.

—Basta —dijo Zach, levantando ambas manos—. Se terminó, las dos.

Le di la espalda a Emily e intenté recomponerme. Discutir con ella no nos conduciría a ninguna parte. Necesitábamos trabajar en equipo.

—Dime qué tengo que hacer —le pedí a Zach—. Dímelo, y lo haré.

—Tienes que encontrar a Joseph —dijo Zach—. Él podrá ayudarte.

Uno de los niños se acercó a Zach y tiró de su manga para llevarlo de vuelta al círculo. Todos los otros niños lo esperaban, expectantes.

—Tengo que irme —dijo Zach.

—¡Espera! —grité—. ¿Quién es Joseph? ¿Y cómo lo puedo encontrar, sea quien sea?

—No puedes —repuso Zach—. Él te encontrará a ti. Yo le diré que lo estás buscando.

—¿Él ha...? —empecé a preguntar, insegura—. ¿Él ha intentado esto antes..., enviar a uno de los nuestros a la Tierra?

—Sí.

—¿Y lo ha conseguido?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —repetí, exasperada—. ¡Vamos!

—Lo siento, Beth. No puedo darte estadísticas. Lo único que sé es que es arriesgado.

Zach apartó los ojos de mí y se quedó en silencio. En ese momento, casi deseé terminar la conversación sin más: lo último que necesitaba era una locura de plan que pudiera fallar en cualquier momento. Pero no tenía alternativa. Y no era mi supervivencia lo que me preocupaba: ahora tenía una oportunidad; si no la aprovechaba, nunca volvería a ver a Xavier.

—¿Así que no hay ninguna otra manera? —pregunté, súbitamente sin fuerzas.

—No que yo sepa.

—¿No podría, simplemente, escapar?

—Beth, no es posible fugarse del Cielo —respondió Zach—. Y aunque consiguieras salir de alguna manera, ¿adónde irías? Estuviste mucho tiempo escapando, y no has llegado a ninguna parte.

—Él es quien ha estado aquí desde el principio —dijo Zach levantando la voz mientras los niños lo cogían de la mano y se lo llevaban.

—¿Desde el principio de qué? —Me sentía cada vez más frustrada.

—Desde que la palabra se hizo carne. ¿Todavía te tienen retenida en una celda?

Asentí con la cabeza, consciente de que se nos terminaba el tiempo.

—Sal tan pronto como puedas —dijo en voz baja—. Ese sitio te va a destrozarse la mente. —Dio un paso hacia atrás, permitiendo que los niños lo arrastraran—. Buena suerte, Beth. Rezaré por ti.

—¡Espera! —grité—. Ni siquiera me has dicho quién es Joseph.

—Es el líder de un grupo clandestino.

—¡Zach! —exclamé—. No es momento de jugar.

Él ya se alejaba de nosotras, hacia la verdosa orilla del lago, acompañado por los atónitos niños.

—No es ninguna broma —gritó—. Son la Sociedad de los Ángeles Oscuros. Hay más de los que piensas. —Levantó una mano en un gesto de despedida—. Recuerda, aquí suceden muchas cosas que no se ven.

Y se alejó definitivamente.

El ángel oscuro

No deseaba saber nada más. Las rodillas habían empezado a temblarme y tenía las manos sudorosas. Un acto de autoagresión iba en contra de la creación, iba en contra de todo lo que se suponía que debíamos creer. Era cierto que los seres humanos podían desarrollar comportamientos autodestructivos cuando se veían desbordados por las cosas, como, por ejemplo, beber en exceso o perderse en el estupor de las drogas. Pero ellos eran imperfectos, se suponía que ellos tropezaban. El perdón era su prerrogativa. Pero para los ángeles era distinto, se suponía que éramos infalibles. Así que la posibilidad que Zach había sugerido no dejaba lugar para dar marcha atrás.

Recordé a Gabriel en el sótano de la casa de Oxford. Recordé de qué manera las alas dañadas le habían hecho cambiar, cómo le habían hecho aflorar cualidades humanas. La cabeza me daba vueltas, pero me esforcé por controlar las ganas de vomitar. Me concentré en una imagen mental del rostro de Xavier y conseguí alejar el miedo, como si fuera un vampiro expuesto a la luz.

Joseph. Por un momento ese nombre tomó forma y brilló en el aire, delante de mí, como una joya. Zach había pronunciado ese nombre con tal tono de autoridad que casi me hizo creer que la ayuda iba de camino. Pero luego me invadió la frustración y solté un suspiro de enojo. ¿Quién demonios era Joseph? ¿Dónde se suponía que debía encontrarlo? Cada vez me parecía una opción más desesperada. Primero había tenido que encontrar a Emily, quien me había conducido hasta Zach, y ahora él intentaba enviarme a alguien de quien yo ni siquiera había oído hablar. No estaba más cerca de conseguir lo que deseaba que antes: Xavier parecía cada vez estar más lejos de mi alcance.

Me alejé del prado sin mirar hacia atrás. Todavía me sentía confundida y enojada, pero entonces apareció otro sentimiento: la esperanza. Había averiguado tres cosas que antes no sabía: que era posible que un ángel renunciara a su divinidad; que Zach conocía a alguien que podía ayudarme a hacerlo; y que yo no era la única que estaba en contra del sistema. Por primera vez desde mi regreso, noté el pecho más ligero y

sentí ganas de sonreír.

—Bueno, ha sido mucha información —dijo Emily, mirándome con atención—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —contesté—. Ahora sé que puedo encontrar una manera de regresar con él...; con Xavier, quiero decir.

—No estarás pensando en serio hacerlo, ¿verdad? —Me miró con la boca abierta—. ¿Te arrancarás las alas?

—No tengo alternativa.

—Ni siquiera sabes si sobrevivirás.

—Si no sobrevivo, por lo menos lo habré intentado. Necesitamos algún milagro.

Emily me agarró del brazo.

—Xavier no querría que hicieras una cosa como esa.

—Entonces es una suerte que no esté aquí para hacerme cambiar de opinión.

—¿Cómo puede ser que no estés aterrorizada? —preguntó Emily.

—Tú no sabes los sitios en que he estado —le dije—. He visto cosas tan oscuras que no podrías imaginar ni en tu peor pesadilla, y ninguna de ellas era peor que la idea de vivir sin él.

—Uau —exclamó Emily con gesto pensativo—. Lo amas de verdad, ¿eh?

—Sí.

—¿Sabes?, a veces creí que eras egoísta por estar con él sabiendo que deberías dejarlo algún día. Pero nunca tuviste intención de dejarlo, ¿verdad?

—No —respondí en voz baja—. Desde el día en que le conocí, supe que no había vuelta atrás.

Las dos nos dimos cuenta al mismo tiempo de que habíamos llegado al final del prado, al lugar en que el pasillo se abría ante nosotras para llevarnos a nuestro destino. Me detuve un momento, indecisa.

—¿Y ahora qué?

—Zach dijo que no regresaras —dijo Emily, pensativa.

—Tengo que hacerlo. Si no lo hago, Eve vendrá a buscarme.

—¿Y qué? —se encogió de hombros Emily.

—No la conoces —repuse—. Es una fanática controladora.

—De acuerdo —asintió Emily—. Pues regresa y convéncela de que estás bien. Pide que te devuelvan a tu antiguo trabajo o algo. Puedes hacerlo.

¿Me decía eso Emily como una forma de proponerme una tregua?

—De acuerdo —dije, insegura—. Lo intentaré.

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando el túnel de arcoíris se abrió ante nosotras, lanzando chispas de luz sobre la hierba. Era increíble lo rápidos que eran, como si alguien hubiera apretado el botón de un ascensor.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Emily—. Por si esa loca te está

esperando al otro lado.

—Gracias —repuse, riendo—. Pero creo que puedo manejarla.

Di un paso hacia delante para que el torbellino del túnel me engullera, pero Emily me agarró por el codo.

—¡Un momento!

—¿Qué?

—¿Has oído eso? —susurró.

—No oigo nada... —empecé a decir, pero me callé de repente.

Se oía un zumbido peculiar que parecía hacerse cada vez más fuerte. ¿Era cosa de Eve? ¿Quizá ya había enviado a un ejército en mi busca? Emily y yo nos agarramos la una a la otra, y ante nosotras apareció una abertura en el aire, como si este estuviera hecho de tela. Y entonces esa abertura se precipitó hacia nosotras, o nosotras hacia ella, no lo supe nunca, pues fue tan rápido que no tuvimos tiempo de reaccionar. De repente, las dos caímos sobre un suelo de mármol.

—¿Qué...? —exclamó Emily, que se puso en pie con dificultad y dio unos cuantos manotazos en el aire como si quisiera soltarse de unos lazos invisibles.

—No hay ninguna necesidad de alarmarse —oímos que decía una voz.

Al levantar la vista nos encontramos con tres figuras que flotaban delante de nosotras en medio de unos enormes pilares. Eran tres hombres vestidos de manera informal. El más alto de ellos dio un paso hacia delante y, por algún motivo, supe quién era. De repente me sentí incómoda, como si acabara de presentarme a una entrevista de trabajo sin mi currículum.

Joseph era distinto a todos los ángeles que había visto. Tenía el cabello ondulado y de color marrón, corto y grueso, y una mirada cortante, intensa y asertiva, a diferencia de la mirada soñadora que estaba habituada a ver en los ángeles. Sin hacer caso de Emily, me observó de la cabeza a los pies y se mostró claramente poco impresionado. No podía culparlo, dado el estado en que seguramente me encontraba.

—Hola, Bethany.

—¿Sabes quién soy?

—Sé cosas de ti.

—Supongo que Zach te habrá informado. —Intenté que mi tono fuera despreocupado, pero no podía tener quietas las manos—. Está claro que no pierdes el tiempo.

—¿Qué sentido tiene hacerlo?

Me di cuenta de que entablar una charla frívola con él no era una opción. Observé que sus firmes labios casi no se movían al hablar, y vi que llevaba unas pesadas botas: era evidente que ese chico no estaba en el lugar adecuado. Hubiera sido más fácil imaginarlo de caza con un rifle colgado del hombro. Su actitud corporal era un poco defensiva, como si estuviera preparado para entablar una pelea en cualquier

momento.

Eché un rápido vistazo a los hombres que estaban a su lado. Ambos eran de constitución fuerte y grande, hechos para la pelea. Pero no tuve miedo de ellos: en realidad, en el fondo supe que esos eran los ángeles que había estado buscando.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Joseph.

Era una pregunta tonta: era evidente que sabía por qué estaba yo allí. Pero quizá fuera su manera de ponerme a prueba, y no quise que pensara que le estaba haciendo perder el tiempo.

—Zach me ha dicho que puedes ayudarme —dije, decidiendo ser tan directa como fuera posible.

—¿Ah, sí? —Arqueó una ceja.

—¿Es verdad? —repliqué—. ¿De verdad sabes cómo hacer que alguien regrese a la Tierra?

—Sí —respondió Joseph, impasible.

—Entonces, ¿por qué estás aquí todavía?

Joseph suspiró, como si la pregunta le hubiera decepcionado.

—Si no estuviera aquí, ¿quién quedaría para defender la causa?

—Quizá pudiera responder esa pregunta si supiera cuál es esa causa —repuse.

Joseph sonrió.

—Tú y yo —dijo él—. Nosotros somos la causa. Hay otros ángeles que han tenido experiencias como la nuestra.

—¿Ah, sí? —pregunté, intrigada.

—Sí —dijo Joseph—. No está bien darnos la condición de humanos y luego arrebatarlos. Por lo menos, nos deberían dar la posibilidad de elegir. Por eso luchamos.

—Eso es... muy noble —señalé, esforzándome por encontrar la palabra correcta. Había querido decir «formidable», pero no quería parecer una cría.

—No es noble —replicó Joseph—. Es práctico. Los ángeles que han vivido como mortales ya no son buenos ángeles.

—Así que... —empecé a decir, un tanto indecisa—. Debiste de estar en la Tierra una vez. ¿Cuánto hace de eso?

Me sentí como si estuviera rogándole, pero necesitaba saber más antes de confiarle mi futuro.

—Varios milenios.

Joseph me miró con sus ojos profundos y oscuros, sin molestarse en dar explicaciones. Me pregunté si sería un tema doloroso.

—¿Cómo fue tu vida allí? —insistí.

Joseph apretó los labios y soltó un profundo suspiro.

—Durante un tiempo fui feliz. Hice todo lo que estaba en mi poder para

quedarme. Estaba casado, igual que tú.

—¿Te casaste? —Casi no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Qué pasó?

—No pensé en las consecuencias que tendría involucrarla en una vida tan caótica. Era mi historia, pero con otros nombres y otras fechas.

—Y tu esposa... debe de estar aquí, ahora.

—Sí. Pero en un lugar donde no la puedo alcanzar. Ese es mi castigo.

Joseph hizo una mueca, como si el tiempo no hubiera mitigado el dolor de ese recuerdo.

—Eso es muy cruel.

Él se encogió de hombros.

—El Cielo es justo, pero no siempre es amable.

—Así que si yo esperara a que Xavier viniera aquí...

—Hay muchas posibilidades de que le suceda lo mismo a él —respondió Joseph—. El Cielo es como un laberinto: hay numerosos reinos y algunas dimensiones a las cuales no pueden acceder ni siquiera los más poderosos.

—¿Por qué no regresaste cuando tuviste la oportunidad de hacerlo? —pregunté, confundida.

—Porque entonces no sabía lo que sé ahora. Pero no estamos aquí para hablar de mi historia. Supongo que quieres que te ayude a regresar.

—Sí —me apresuré a decir—. Por favor, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y ya sabes lo que eso implica?

Asentí, aunque un escalofrío me recorrió la espalda. Deseé que Joseph no se hubiera dado cuenta.

—¿Y no tienes miedo?

Negué con la cabeza con vehemencia, aunque totalmente inexpresiva. Joseph me observó con atención.

—Sean cuales sean las experiencias que hayas tenido, te han hecho fuerte. A pesar de ello, quiero que lo pienses bien. Vuelve a verme de nuevo.

¿Intentaba deshacerse de mí? ¿Había creído que yo no valía lo suficiente? ¿Por qué no había conseguido convencerle de mi sinceridad? Estuve a punto de caer presa del pánico. Noté que tenía ganas de llorar, pero pestañeé y me mordí con fuerza el labio inferior. Si Joseph era mi única oportunidad de volver a reunirme con Xavier, no podía fallar. Erguí mi espalda y levanté la cabeza.

—No tengo que pensarlo. Necesito que me ayudes ahora.

—Lo siento. No ayudo a nadie que toma una decisión precipitada.

Eso me sacó de quicio. ¿Cómo podía juzgar a alguien a quien acababa de conocer? No me importaba lo fino que fuera su instinto: él no sabía nada ni de Xavier ni de mí.

—¡Pues no me ayudes! —repliqué. Di media vuelta y empecé a alejarme. No

podía recordar una ocasión en que me hubiera sentido más sola. Incluso durante mis horas más negras en el Infierno había tenido aliados que me ayudaron—. Yo me encargaré de hacerlo. ¡Me encargaré de todo por mi cuenta!

Esa explosión despertó algo en Joseph.

—Sentirás un dolor terrible. —Sus palabras hicieron que me detuviera en seco—. Un dolor inimaginable que los de nuestra especie no pueden ni concebir.

Me di la vuelta despacio y esta vez no aparté la mirada de su adusto y serio rostro. Su actitud era completamente cruda y expeditiva.

—Estoy preparada para ello.

Él pareció intrigado por mi ciega determinación.

—¿Y no tienes ninguna pregunta?

—Solo una: ¿funcionará?

—Lo que te suceda después está más allá de mi control.

—Pero ¿es la mejor opción que tengo?

—Sí.

—¿Y ahora existe algún ángel que viva como un ser humano?

—Solamente los que han sobrevivido a la transición. —Su manera directa de abordar el tema resultaba desconcertante. Casi deseé que hubiera endulzado un poco la verdad—. Si no funciona, no será agradable. Solo el daño físico ya puede ser fatal. Si no te transformas, acabarás en un desastre.

—Define «desastre».

—Estarás en la Tierra, pero en estado de parálisis; no le serás de gran ayuda a nadie.

Eso era peor que cualquier castigo que pudiera imaginarme. Estar en la Tierra, pero ser una carga para aquellos a quienes amaba... No podía haber nada peor.

—¿Sigues queriendo hacerlo?

Tragué saliva.

—Vamos a poner esto en marcha.

—Prepárate —dijo Joseph—. Vendremos a buscarte.

—¿Adónde vais?

—A las regiones más lejanas del Cielo, donde nadie nos molestará.

—Pero intentáis tender un puente entre el Cielo y la Tierra. ¿Cómo puede ser que eso pase desapercibido?

—Somos muy buenos en nuestro trabajo.

—No puedo creer que no supiera de vosotros antes.

—¿Creías que las luchas de poder eran una exclusiva de los seres humanos? ¿Quién crees que les enseñó lo que es el poder?

—Nunca lo pensé.

—Estamos trabajando para vencer el abismo que existe entre el Cielo y la Tierra.

¿Has oído hablar de la Tierra Prometida? Queremos expandir el Reino: permitir que las almas y los ángeles se mezclen libremente. La oscuridad será exterminada. Tanto si vives para ver ese día como si no, has sido elegida para tener un papel en ello. Haz que ese papel sea importante.

Tormento

Joseph y sus acompañantes se fueron al cabo de un momento, después de prometerme que me encontrarían cuando llegara el momento adecuado. No me dieron ninguna pista acerca de cuánto tiempo tardarían. Emily continuaba a mi lado, y yo me había olvidado por completo de su presencia. Ella se hizo notar aclarándose la garganta. La miré e intenté encontrar la manera más educada de librarme de ella. Necesitaba estar un rato sola para prepararme mentalmente para lo que me esperaba. Emily pareció leer mis pensamientos.

—¿Ha llegado mi turno? —preguntó.

Sonreí con expresión de disculpa. No quería parecer desagradecida después de haber recibido su ayuda.

—Lo siento. Creo que necesito estar sola.

—Está bien. —Emily esbozó una media sonrisa—. ¿Hay alguna cosa que pueda hacer?

—Asegúrate de que Xavier esté bien hasta que yo regrese.

—Haré todo lo que pueda —dijo Emily.

—Gracias. Y gracias por ayudarme. No lo habría podido hacer sin ti.

—Al final, ya ves, me alegro de haberte conocido. No eres tan mala como creía. —Emily hizo una pausa y me miró a los ojos—. ¿Me harás un favor cuando llegues a casa?

Me gustó que diera por sentado que llegaría sana y salva. Su confianza me hizo sentir más fuerte.

—Claro.

—¿Le puedes decir a Xavier que estoy bien?

Pestañeé, sorprendida. Emily continuó:

—Todo este tiempo se ha estado culpando por lo que me sucedió. Solo quiero que su mente descanse.

Asentí con la cabeza sin decir nada. En ese momento, el pasado y el futuro de

Xavier parecieron unirse. La muerte de Emily no había hecho que ella dejara de amarlo. Pensé que si las cosas iban según el plan, algún día los tres nos volveríamos a reunir.

Emily me dio un abrazo un tanto torpe y, luego, dio media vuelta para marcharse. Pero, de repente, oímos el sonido de unos tacones pisando mármol. Las dos nos quedamos paralizadas. El pasillo se formó en el aire antes de que ni ella ni yo pudiéramos pensar en escapar.

Eve apareció ante nosotras. Dio un paso hacia delante y echó un rápido vistazo a Emily sin darle más importancia. Sus gestos eran tan decididos que resultaban casi mecánicos. Ese día llevaba zapatos blancos de tacón alto, un traje de chaqueta de color verde claro y unos pendientes de perlas. Su pelo rubio estaba tan bien arreglado que deseé alargar la mano y despeinarla.

Se plantó delante con los pies ligeramente separados y los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos se clavaron en los míos con expresión desconfiada. Su actitud me recordó a la de un guarda de prisiones, y en realidad eso es lo que era.

—¿Quieres hacer el favor de decirme qué has estado haciendo hoy? ¿Eh?

El tono de su voz era el de una profesora que lamentara la prohibición de ejecutar castigos físicos.

—Nada en especial —respondí—. Creí que te alegrarías de verme activa.

Eve se sonrojó un poco, tal como le sucedía cuando alguien se atrevía a criticarla.

—Tu estado es muy frágil —dijo—. Y resulta que yo soy la responsable de ti.

Hice una mueca con la boca procurando tragarme la amarga réplica que ya se me escapaba de los labios. Emily me dirigió una mirada de advertencia.

—No culpe a Beth, señora —dijo con voz aguda—. Ha sido culpa mía.

Eve volvió la cabeza y la miró, un tanto tranquilizada por el tono respetuoso de Emily. Cualquier persona que le hiciera la pelota le caía bien automáticamente.

—Eres Emily, ¿verdad? —preguntó—. Quizá tú puedas decirme qué está pasando aquí.

—No hay mucho que decir. —Emily era la viva imagen de la inocencia—. Hemos venido a ver a Zach. Él y Beth son viejos amigos.

La expresión de Eve se agrió:

—¿Y por qué, si puedo preguntarlo?

—Pensé que él quizá pudiera ayudarla —contestó Emily—. Ya sabe, recordarle a Beth cómo eran las cosas antes.

Tuve que admitir que era buena improvisando. Eve parecía haberse calmado un poco. Sabía que tenía prisa por que me «recuperara», para no tener que ocuparse de mí. Y mis alocados actos no la dejaban en buen lugar ante los ojos de sus superiores.

—Bueno, eso ha sido muy considerado —dijo Eve—. Pero deberías haberme pedido permiso antes.

—Lo siento. —Emily bajó la cabeza: parecía una muñeca abandonada—. No se me ocurrió.

—No pasa nada —dijo Eve en un tono más suave—. Pero procura que no vuelva a suceder.

Entonces dirigió la atención hacia mí. Sus negrísimos ojos mostraron un brillo de interés.

—Bueno..., ¿cómo ha ido?

Emily, que estaba detrás de Eve, frunció el ceño indicando que me tragara el orgullo y que siguiera el juego.

—Me ha gustado volver a ver a Zach —rezongué—. Creo que me ha ayudado. Me ha hecho recordar lo gratificante que puede ser trabajar como mentor.

—¡Bien! —exclamó Eve.

—¿Podríamos visitarlo de vez en cuando? —preguntó Emily, cruzando las manos y abriendo los ojos de tal manera que resultaba imposible responderle con una negativa.

—Bueno... —empezó a decir Eve—. Es poco ortodoxo, pero supongo que no hará ningún daño.

—Gracias, señora.

Emily le dirigió una mirada agradecida, pero Eve no había terminado.

—Bueno, Bethany..., ¿dices que te sientes capaz de volver al trabajo?

—Eso creo —contesté, apretando la mandíbula. Eve me desagradaba profundamente: era una engreída y una controladora; nunca había conocido a alguien tan falso. Solo quería que me pusiera bien para salvar su propia reputación. Pero se trataba de que yo jugara mi propio juego, y sabía que solamente funcionaría si fingía que me gustaba—. Ese es el objetivo —continué, procurando imitar la buena educación de Emily—. Quiero ponerme bien, y echo de menos mi antigua vida.

Era una mentira enorme, pero Eve no se dio cuenta.

—¿Y ese supuesto esposo tuyo? —continuó—. ¿Ese esposo sin el cual crees que no puedes vivir?

En ese momento me sentí temblar de rabia. ¿Cómo se atrevía a mencionar a Xavier? No tenía ningún derecho a hablar de él. Además, yo podía mentir sobre casi todo, pero ¿sobre él? No me parecía bien. Sin embargo, me dije que estaba haciendo todo eso por él. Si tenía que mentir, engañar y robar para poder regresar a la Tierra, lo haría.

No me sentía capaz de mirar a Eve directamente, así que bajé los ojos al suelo y dije:

—Solo es un ser humano.

—¿En serio? —Eve arqueó una ceja.

¿Me había excedido? Decidí dar marcha atrás.

—Bueno, siempre le amaré —dije, incómoda—. Pero ahora me doy cuenta de que no estuvo bien que estuviéramos juntos. Tengo que dejarlo en paz para que siga con su vida, y yo necesito continuar con la mía.

Se hizo un silencio. Eve inspeccionó mi rostro. De repente, oímos una carcajada de burla. Al principio me di la vuelta para ver quién se había unido a nosotros. Eve hizo una mueca con los labios que dejó al descubierto sus dientes blancos como perlas y empezó a aplaudir.

—Debes pensar que nací ayer.

—¿Perdón?

—Ha sido un buen intento, pero el juego ha terminado. —Señaló a Emily con el dedo índice y la miró con cierta admiración—. Ella es una pequeña actriz. No sé qué estáis tramando, pero se ha terminado. No conseguiréis salir con la vuestra.

—No estamos tramando nada —repliqué con enojo—. Son imaginaciones tuyas. Eve rio.

—Bien, Bethany, lo que tú digas —siseó—. Pero, a partir de ahora, estarás bajo supervisión las veinticuatro horas. Voy a encerrarte y nadie podrá ni entrar ni salir, ¿comprendes? —Eve había abandonado su actitud profesional. Ahora su expresión mostraba una dureza que delataba su auténtico carácter—. Lo he intentado —continuó—. Dios sabe que lo he intentado. Pero podría estar haciendo cosas más interesantes que controlar a un ángel inmaduro en rehabilitación. Y, francamente, no me importa en absoluto. ¿Quieres ahogarte en tu propia miseria? Adelante, pues. Dentro de unos años vendré para ver si has cambiado de opinión.

—¿Qué? —grité—. ¡No puedes encerrarme indefinidamente!

—¿Quién dice que no puedo? —cortó Eve—. ¿Sabes lo que les pasa a los angelitos tozudos que no consiguen superar su adicción a la Tierra? —Sus ojos brillaban de la excitación, lo que le confería un aspecto más terrorífico—. Acaban en el basurero del Cielo. Los encerramos hasta que desaparecen en la nada, hasta que se convierten en polvo cósmico y nadie puede ni siquiera recordar su nombre. Pero no te preocupes, te quedan unos cuantos siglos antes de que te llegue ese momento.

—¿Por qué me dices esto ahora? —grité.

—Reservaba la mejor parte para el final. —Sonrió—. Cuando me vaya, escribiré un informe recomendando el aislamiento a causa de tu inestabilidad mental.

—¡Eso es mentira!

Empezaba a sentirme desbordada por el pánico. ¿Era posible que, después de todo, mi plan estuviera a punto de derrumbarse?

Eve metió la mano en el bolsillo, buscando algo. Sabía lo que eso significaba. Iba a llamar pidiendo refuerzos. Cuando los guardas llegaran, todo estaría perdido. Nunca podría escaparme de ellos, y Joseph no podría ayudarme. Di unos pasos hacia delante, decidida a hacerla cambiar de opinión, aunque no sabía cómo. Pero antes de

que se me ocurriera qué decirle, Emily se abalanzó sobre Eve y la tiró al suelo. Eve soltó un chillido y luchó para deshacerse de la chica. Di un salto hacia atrás, pues me había pillado por sorpresa. Eve era fuerte y pesada, pero no era una buena luchadora, y no podía enfrentarse a una ágil y hábil adolescente. Al cabo de un momento, Emily la había inmovilizado boca abajo y se había arrodillado sobre su espalda.

—¿Cómo es posible que una rata de cloaca como tú llegara aquí? —dijo Eve sin resuello.

—No es cosa tuya —replicó Emily, cortante.

Eve hizo una mueca de rabia que distorsionó su habitual expresión de calma. Ahora, después de haber perdido un zapato y con el pelo revuelto, tenía un aspecto más patético que peligroso. Pero el tono de su voz no había perdido la frialdad:

—No creo que os deis cuenta del lío en que os habéis metido. Suéltame y así no tendré que mandarte al foso.

Emily no le hizo caso.

—¡Vete de aquí, Beth! —gritó—. ¿A qué esperas?

—Pero... —dudé—. ¿Estarás bien?

—No te preocupes..., sé cuidar de mí misma.

—¡Niña idiota e insolente! —chilló Eve—. Vas a lamentar esto. Cuando haya terminado contigo...

Al final, Eve decidió dejar de hablar y empezó a canalizar su poder angélico. Algunas partes de su cuerpo ya habían empezado a brillar como si fuera una lámpara. El ataque la había pillado por sorpresa, pero el equilibrio de poder estaba a punto de decantarse a su favor. Yo solo tenía una ínfima posibilidad de huir antes de que la situación cambiara. No esperé.

—Gracias, Emily —dije.

—Llámame Em —contestó ella casi sin resuello—. Mis amigos me llaman así.

Abrí las alas y me lancé a la amplia expansión del Cielo. Las alas vibraban de energía, como un coche que ruge al ponerse en marcha. Todos los músculos de mi cuerpo se estiraron y se flexionaron, pero no podía disfrutar de esa sensación. Era muy consciente de que esa podía ser la última vez que me deslizara por el aire. Volar en el Cielo era muy distinto que hacerlo en la Tierra. No había atmósfera con la que luchar, así que era un vuelo más cómodo, menos esforzado, como si yo fuera un globo que se elevara cada vez más alto sin tener ningún destino. Deseé que alguien pudiera avisar a Joseph de lo que había sucedido. Ahora éramos nosotros contra ellos.

Una nube de niebla me envolvió. No podía ver más allá de unos centímetros por delante de mí, pero continué avanzando a ciegas. De repente noté que dos ángeles volaban a mi lado, y sentí un gran alivio al comprobar que se trataba de los dos ángeles que acompañaban a Joseph. Me cogieron de la mano y me guiaron en la dirección correcta.

Me pareció que habíamos estado volando durante horas. Ninguno de nosotros dijo nada ni hizo además alguno de bajar la velocidad. Justo cuando ya empezaba a pensar que estaba demasiado agotada para continuar, la niebla se aclaró y vi una escalera que se elevaba por encima de nosotros. La escalera no tenía barandilla, y los escalones desaparecían a nuestro paso. Me apresuré tras los ángeles, que no me habían soltado las manos.

Cuando llegamos arriba, vi que nos encontrábamos en medio de un anfiteatro de cristal suspendido en el vacío. Por debajo de nosotros ya no se veían los sinuosos caminos blancos del Cielo. Esa estructura emitía una extraña energía que pareció disolver el miedo que había sentido hasta ese momento. Tenía una gran belleza y grandiosidad, y no pude evitar preguntarme para qué servía. ¿Conocerían los demás ángeles ese lugar? Me pareció un sitio clandestino, un valioso escondite que solamente unos cuantos elegidos podían encontrar.

De repente noté una fuerte corriente de aire y, al darme la vuelta, vi a un jinete que galopaba en silencio hacia nosotros. El caballo era negro, con la crin trenzada, y la silla y la brida brillaban como si fueran de plata. Sus cascos no hacían ruido al pisar el suelo. Cuando llegó, el jinete saltó del caballo y se acercó a nosotros con paso decidido. Joseph iba vestido de forma distinta a la primera vez que lo había visto. El largo abrigo, las sandalias que calzaba y las brillantes joyas de la empuñadura de la espada que le colgaba del cinturón le otorgaban un aire de realeza. Su presencia imponía respeto.

—Arrodíllate donde estás —ordenó Joseph—. No tenemos mucho tiempo.

Lo hice sin dudar. Me arrodillé y me cubrí la cara con ambas manos. Noté un olor a lluvia y a rocío sobre la hierba: era el olor de mis alas. Me despedí de ellas en mi corazón, y pronuncié las únicas palabras que en ese momento tenía en la mente.

—Padre, perdóname.

Necesitaba hacer las paces con él. Lo amaba tanto, y a pesar de ello iba a renunciar a la vida eterna en su Reino. Había sido desobediente, y había fracasado en la tarea que me había encomendado. ¿O no había sido así? Lo único que sabía con certeza era que mi padre nos conocía a cada uno profunda e íntimamente, al igual que conocía a cada hombre y a cada mujer de la Tierra. Él conocía nuestro destino antes de crearnos, así que quizás el duro camino que había recorrido con tanto esfuerzo estaba destinado a conducirme justo hasta donde me encontraba en ese momento. Yo confiaba en él sin ninguna reserva, y en lo más profundo de mi corazón sabía que no me haría ningún daño. En ese momento, en lugar de la ira de Dios que había esperado, solo sentí compasión y amor a mi alrededor. Fue un momento de pura claridad. No sería rechazada por lo que estaba a punto de hacer. Mi padre no me repudiaría. A pesar de mi gran obstinación, no le había vuelto la espalda. Continuaba amándolo con todo mi corazón y deseaba servirlo. ¿Cómo habría podido llegar tan

lejos si esa no hubiera sido su voluntad?

De repente ya no me sentí una inadaptada en el Cielo, sino que supe que era una de las hijas de Dios, al igual que todo el mundo.

—Si mantienes los ojos cerrados será más fácil —oí que decía Joseph a mis espaldas—. No sentirás dolor. En el Cielo no existe el dolor. Eso vendrá después.

Solté un profundo suspiro de alivio. Por lo menos Xavier estaría allí para ayudarme a superarlo, igual que hacía siempre. Tenía que creer que conseguiría regresar con él, y recé para no ser una carga, para no sufrir un cambio que me hiciera irreconocible.

Me estremecí al notar que Joseph me apartaba el cabello y lo colocaba encima de mi hombro para dejarme las alas al descubierto. Noté su suave latido, después del largo vuelo. Joseph colocó una mano sobre mi cabeza y bajó la suya en un gesto de reverencia. Al sentir el tacto de su mano, tuve una visión que apareció en medio de las filas de asientos vacíos. Vi a Xavier. Llevaba una camisa de franela; reconocí las botas llenas de barro que calzaba. Su rostro parecía distinto, pero no supe por qué. Parecía mayor, y su cara se veía un poco ensombrecida por una incipiente barba. Sus ojos turquesa mostraban una expresión ausente: su vitalidad había sido vencida por el dolor. Parecía cansado y completamente rendido. Su rostro continuaba siendo hermoso, pero tenía una belleza marchita, muy distinta al encanto juvenil que recordaba en él. Su expresión era la del hombre en quien se convertiría según su destino..., la del hombre que ya era. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Un año, quizá más. En el Cielo el tiempo no existía de la misma forma que en la Tierra. No podía calcularlo. Vi que Xavier todavía llevaba el anillo de casado.

Estaba de pie, empapado por el agua de lluvia de la tormenta. Miraba hacia abajo, hacia el violento océano, desde una gran altura. Observé su entorno y reconocí el familiar paisaje del Peñasco. Xavier estaba en el mismo sitio en que yo me había mostrado a él. Las olas rompían incesantemente contra las rocas de abajo y mecían con violencia unas pequeñas barcas amarradas en el embarcadero. Parecía hipnotizado por el vacío que se abría ante él. Por la expresión de su rostro supe que ya no le importaba lo que le pudiera suceder. Estaba un poco inclinado hacia delante y las gotas de lluvia lo acribillaban como si fueran pequeñas saetas.

Metió la mano en el bolsillo interior de su camisa y sacó algo dentro del puño. De alguna manera supe de qué se trataba antes de que abriera la mano. Era una pluma perfecta y blanca, con la punta rosada. Era la pluma que se me había caído en su coche durante nuestra primera cita, la pluma que él había guardado como un tesoro durante todo ese tiempo. Deseé que la volviera a guardar en su bolsillo: eso era lo único que le quedaba de mí. Pero en lugar de eso, alargó el brazo y la entregó a los elementos. En cuestión de segundos, la lluvia la destrozó y el viento la arrastró lejos. Vi cómo caía en espiral. Xavier siguió su trayecto con los ojos, inclinándose más

hacia delante. De repente, su imagen se hizo borrosa y tuve que ahogar una exclamación de miedo. Pero pronto me di cuenta de que se trataba de las nubes que acababan de cubrir la luz de la luna. Cuando esta volvió a aparecer, Xavier se había movido. Ahora se encontraba en el mismo borde del acantilado. Unas piedras se soltaron del suelo, bajo sus pies, y cayeron al vacío.

Sentí un dolor agudo en el pecho a causa del pánico. ¿No iría a saltar?! La tormenta arreciaba a su alrededor; el viento azotaba su pecho. El más ligero movimiento en la dirección equivocada podía resultar fatal.

—No lo hagas —susurré—. Espérame. —Miré a Joseph con ojos implorantes—. Hazlo, ¡ahora!

—Una última cosa antes de que te vayas. —Habla deprisa, pues se había dado cuenta de la urgencia—. Debes hacer un solemne juramento ahora que todavía posees tu forma celestial. En caso de que sobrevivas y despiertes convertida en un ser humano, ¿harás todo lo que esté en tu poder para contribuir a la mejora de la humanidad y a la gloria de Dios?

—Por supuesto —grité—. ¡Lo juro! —Ni siquiera tenía necesidad de pensarlo—. Lo juro por la vida de Xavier. ¡Y ahora, hazlo!

Al principio no noté nada, excepto un hormigueo suave y cálido, como si hubiera expuesto las alas demasiado tiempo al sol. Luego todo el anfiteatro se llenó de una luz cegadora que emanaba de su acristalada superficie y cuyos rayos se proyectaban a nuestro alrededor en una danza frenética.

Joseph tenía razón. No notaba ningún dolor, y me sentía unida a esa luz, que me consumía y penetraba cada una de mis células, insuflándoles nueva vida. Luchaba por comprender con la mente lo que me sucedía, sin lograrlo. De repente oí un chasquido que me resultó tan desagradable que deseé cambiar de opinión: fue como un gemido profundo y tembloroso, como el profundo grito de una ballena. Abrí los ojos un instante y vi que Joseph blandía el filo encendido de una espada: solo tenía tiempo de comunicar mi último pensamiento antes de que mi ser fuera destruido por completo. Reuní todas mis fuerzas para gritarlo, con la esperanza de que resonara en el tiempo y el espacio:

—¡Xavier..., ya voy!

Metamorfosis

El tiempo pareció congelarse un segundo antes de recibir el golpe de la espada de Joseph. El anfiteatro se llenó de niños. Oía sus susurros, aunque sus rostros permanecían inmóviles. Supe de inmediato quiénes eran: eran las almas de todos los niños a quienes yo había ayudado como ángel de la guarda durante su transición al Cielo. Habían venido a despedirse, y me dirigían palabras de ánimo: «Sé fuerte», «No tengas miedo», «Sigue a tu corazón y no te equivocarás». Tenían fe en mí.

Quise darles las gracias, pero no hubo tiempo: todo sucedió muy deprisa. Sentí un calor devastador en la espalda y, de repente, me encontré viendo el anfiteatro desde el exterior. Vi mi cuerpo caer hacia delante y quedar inmóvil. Joseph y los niños se borraron, como en una vieja fotografía. Los pilares de cristal se rompieron a mi alrededor. Yo ya no era una entidad sólida, sino que me había transformado en un millón de pequeños fragmentos que giraban en el espacio. Aguanté la respiración en un intento de contenerme, pero no había ninguna respiración que contener. Tampoco había ningún dolor, tal como Joseph había prometido.

Durante el trayecto vi imágenes de la inefable belleza del Cielo. Vi una cascada que parecía cristal líquido, vi un lago quieto y azul lleno de lirios que flotaban en su superficie y pintaban una explosión de colores para los cuales no encontré nombre. Vi un árbol muy antiguo lleno de flores y muchas habitaciones llenas de resplandecientes tronos; y me pregunté por qué había querido irme.

Pero todas esas visiones desaparecieron de repente cuando el rostro de Xavier apareció ante mí. Recordé todo lo que ambos habíamos compartido hasta ese momento, y la manera en que los dos habíamos luchado con uñas y dientes por el derecho a permanecer juntos. Tenía que regresar a tiempo para impedir que cometiera el mayor error de su vida. Le prometí a Dios que le dedicaría mi vida entera si guardaba a Xavier sano y salvo hasta que yo llegara. Aunque yo no había sido un ángel ejemplar, supe que mi padre lo haría. Él no nos daría la espalda. Pero, a pesar de mi descorporización, sentí una oleada de pánico. ¿Y si ya era demasiado tarde? ¿Y

si, al llegar, Xavier ya se había marchado, arrastrado por su desesperado intento de reunirse conmigo? Entonces todos nuestros esfuerzos habrían sido en vano. Me encontraría atrapada en la Tierra sin él, condenada a una vida de soledad. Al final Xavier llegaría al Cielo, pero yo nunca lo encontraría. Allí había millones de reinos y él estaría fuera de mi alcance para siempre.

Pero no podía pensar eso en ese momento. Tenía que concentrarme. Mi principal objetivo era regresar de una pieza. Lo que sucediera después estaba fuera de mi control, pero Xavier y yo lo solucionaríamos juntos, como siempre habíamos hecho. Mis pensamientos se dirigieron hacia Gabriel e Ivy. ¿Qué pensarían de mí, ahora? ¿Continuarían considerándome su hermana?

Cuando Joseph accedió a ayudarme, me había imaginado que me enviaría a la Tierra a la velocidad de la luz. No pensé que el viaje sería tan largo. Pero justo cuando empezaba a pensar que era interminable, vi que algo cobraba forma en el vacío. Distinguí grandes extensiones de hierba y el terreno accidentado de una cadena montañosa: era como ver un mapa topográfico visto desde arriba. La velocidad a la que me había estado precipitando por el espacio se hizo más lenta y empecé a cobrar forma. Vi que mis piernas reaparecían, primero como unos brillantes trazos. Pensé que seguramente el viaje estaba a punto de terminar. Pronto me reuniría con Xavier.

Aterricé de rodillas sobre un terreno cubierto de suave hierba, delante de un exuberante jardín. Rápidamente supe dónde estaba, porque era la viva imagen de la perfección. Sobre mí se abría un claro cielo, el aire estaba perfumado por el aroma; las flores y las ramas de los árboles estaban cargadas de frutos maduros. En medio de ese jardín se elevaba el árbol más magnífico que pudiera existir, y sus frutos eran como brillantes esferas rosadas. ¿Por qué se me mostraba aquello ahora? Justo cuando esa pregunta se formaba en mi mente, la respuesta apareció sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo por encontrarla. Ese lugar era un cruce de caminos en mi viaje: todavía estaba a tiempo de cambiar de opinión. Detrás de mí estaba la paz eterna del Cielo, si la deseaba. La columna de luz que me había trasladado hasta allí esperaba, suspendida en el aire, aguardando mi decisión. Si me alejaba de ella, mi antigua vida desaparecería para siempre y nada volvería a ser nunca tan claro ni tan sencillo. Me esperaba la vida de un ser mortal, con todas las pruebas que eso comportaba; era un camino duro y lleno de tropiezos, pero no desprovisto de compensaciones. Eché un último vistazo a la columna de luz, que ya retrocedía envuelta en una blanquecina atmósfera. Me puse en pie, temblorosa, para dar mi primer paso en dirección al jardín. Entonces todo se volvió oscuro.

Cuando desperté, sentí un dolor lacerante. Supe que me encontraba en una playa porque oía el oleaje del océano y notaba la sal en los labios, reseca y agrietados. Mis cabellos se extendían a ambos lados de mi cuerpo como si fuera una enmarañada

masa de algas. Mi ropa de ángel había desaparecido. Llevaba un fino vestido blanco, roto y sucio a causa del viaje. Algo extraño me impedía la visibilidad, y entonces me di cuenta de que tenía el rostro y los brazos cubiertos de una película gelatinosa, como la de un capullo; pero se estaba disolviendo en el agua salada. Quise acabar de arrancármela con las uñas, pero el más mínimo movimiento me provocaba tal dolor que me vi obligada a permanecer completamente quieta. No era un dolor superficial..., sino que me llegaba hasta los huesos, como si estos y mis músculos se estuvieran uniendo después de una gran operación de cirugía. Me sentí como una pieza de barro a la espera de entrar en el horno: mis músculos parecían líquidos y mi sangre todavía no era caliente. Lo único que sabía era que todo en mí había cambiado.

Me esforcé por abrir los ojos. Cuando lo logré, vi que algo brillaba en la superficie del agua, como si fuera pintura dorada. Era sangre de ángel..., mi sangre. ¿Cuánta había perdido? ¿Tendría fuerzas para caminar? ¿Me encontraba acaso en el estado de parálisis que Joseph había descrito? No tenía ni idea de qué iba a sucederme. De repente me di cuenta de que la urgencia por regresar a la Tierra había hecho que no me preparara para ello. Había tenido tanta prisa por irme del Cielo que ni siquiera le había preguntado a Joseph qué debía hacer si conseguía regresar. No es que hubiera esperado una fiesta de bienvenida, pero tampoco había pensado que tendría que enfrentarme a todo aquello yo sola. Y ahora la playa estaba desierta. La noche era demasiado fría para que nadie estuviera fuera de casa. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar hasta que alguien me encontrara? Empecé a temblar sin quererlo, y sollocé sin poderme controlar. Cada vez que inhalaba aire era como si inhalara fuego.

Al cabo de un rato me tranquilicé un poco y pensé en las opciones que tenía. Solo veía dos alternativas: o esperar a que alguien me encontrara, o procurar reunir la fuerza suficiente para llegar hasta algún sitio en que alguien pudiera verme. Ninguna de las dos parecía posible. Intenté mover los dedos, pero los sentí tan inertes como si estuvieran hechos de madera. Intenté invocar mis poderes angélicos, y de inmediato me di cuenta de lo tonta que estaba siendo. El vínculo se había cortado, ya no estaba conectada a la fuente. No podía ayudarme a mí misma ahora: era completamente humana.

Y entonces me planteé si eso significaba que lo había conseguido. ¿Había logrado lo imposible y había sobrevivido a la metamorfosis? No supe si quería llorar o reír.

Sobre mí se elevaba, magnífico, el Peñasco, cubierto por el manto plateado de la luz de la luna. Levanté la cabeza un poco y casi grité de dolor. Miré los peñascos, recortados contra el cielo, que parecían imponentes torres. No había nadie allí, así que Xavier debía de haber recuperado su sano juicio y habría regresado a casa. Seguramente, si su cuerpo hubiera estado entre las rocas de abajo, mis sentidos lo

hubieran captado. Oía su corazón latir en mi mente, y casi podía oler el limpio aroma de su colonia. Xavier estaba vivo, y no muy lejos.

De repente oí unas risas. Un grupo de adolescentes apareció de la nada en medio de la playa. De repente, me sentí avergonzada. ¿Cómo iba a explicar el estado en que me encontraba? Algunas de las voces me resultaron familiares, a pesar de que sonaban un poco distorsionadas a causa del exceso de alcohol. Desde donde me encontraba, los chicos no eran más que borrosas manchas a lo lejos, pero sí vi que llevaban el cuello de los abrigos levantado para protegerse del frío. Algunos de ellos portaban botellas en la mano. A medida que se acercaban, sus voces se hicieron más nítidas y oí su conversación con toda claridad.

—Esa fiesta ha sido una pesadez. No me dejéis ir a una Beta nunca más —dijo una chica a quien no reconocí.

—Eh, yo me estaba divirtiendo.

Conocía al chico que había respondido. Era Wesley, uno de los mejores amigos de Xavier antes de que nos tuviéramos que ir de Venus Cove. ¿Qué hacía él de nuevo en casa? Me parecía recordar que se había ido a Stanford para estudiar Ingeniería. Supuse que estaba en el descanso semestral de la universidad. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto me había perdido?

—Sí, jugando al pimpón con las cervezas —se burló la chica—. Ese juego es asqueroso.

—Estás furiosa porque Colt ha pasado la noche con otra.

—Sí, ¡como si Colt me importara algo! Es evidente que no tiene clase si le gusta alguien como Anna-Louise.

—¿De quién ha sido la idea de salir, por cierto? Hace un frío horrible aquí fuera.

—Eh, ¿adónde ha ido Molly? ¿No estaba detrás de nosotros?

Me emocioné al oír el nombre de Molly. ¿Molly estaba allí?

—Quizás haya cambiado de opinión —contestó la chica, como si no le importara en absoluto.

—Será mejor que vaya a buscarla —dijo Wesley.

—Caramba, todavía estás colgado por ella —se burló su amigo—. Deberías saber que esa chica está fuera de tus posibilidades.

—Cállate, Cooper. No estoy «colgado» por nadie. Solo intento ser un buen amigo.

Uno de ellos cambió de tema con delicadeza.

—Creí que Xavier vendría esta noche.

—Sí, ya. Xavier ya no sale con nosotros —dijo un chico que se llamaba Cooper.

—Déjalo en paz. Está pasando por muchas cosas ahora mismo —apuntó Wes.

—¿Muchas cosas? —preguntó su amigo—. Ese chico tiene más problemas que un libro de matemáticas.

—Eso es decir poco —dijo la chica a quien no conocía—. Es culpa suya. Uno se acuesta en la cama que se hace, eso es lo que decía mi abuelo siempre. Eso es lo que pasa por colarse por una desconocida.

—Eres una idiota, Leah —repuso Molly con decisión—. ¿Qué sabes tú de Xavier y de lo que le ha pasado? ¿Lo conoces mínimamente?

Leah se sobresaltó, como si la hubieran pillado en falta. La autoridad de Molly en el tema la hacía sentir incómoda.

—No personalmente, pero he oído cosas.

—Sí, los chismes son una fidedigna fuente de información.

Me sentí orgullosa de la manera en que Molly defendía a Xavier. Le hubiera dado un abrazo si hubiera podido.

—Cálmate, no es nada contra él. Es solo que creo que necesita salir un poco.

—Lo hará cuando esté preparado —repuso Molly, cortante.

—Voy a regresar a la fiesta —anunció Wesley de repente, interrumpiendo la conversación sobre Xavier. Me di cuenta de que el tema le resultaba doloroso—. Haced lo que queráis.

A pesar de los gruñidos de disconformidad, todos ellos dieron media vuelta y sus voces empezaron a alejarse. Levanté la cabeza, sintiendo una súbita urgencia, y llamé a Molly, pero solo me salió un hilo de voz. No era posible que ella me pudiera oír. Tenerla tan cerca y tan fuera de mi alcance fue la gota que colmó el vaso. Estaba desesperada. El deseo de sobrevivir me abandonó y me sentí víctima de una cruel broma del Cielo. No tenía razón de ser luchar por algo que el universo no quería que sucediera. Xavier y yo sufríamos una maldición desde el principio. Me habían dejado llegar hasta ese punto, me habían seducido con el sueño de un nuevo comienzo, y ahora me lo arrebatában. Pensé que así era como tenía que terminar mi historia. Estaba demasiado cansada para enojarme. Así pues, me sentí agradecida de, por lo menos, haber podido regresar. Si mi vida iba a terminar, por lo menos que fuera en un lugar que amaba. Con esa aceptación, me llegó una paz sorda. Incluso el dolor empezó a aminorar. Ahora lo único que quería era sumergirme en el olvido del sueño.

De repente abrí los ojos y vi que una mujer que llevaba un viejo camisón me observaba. Por un momento creí que volvía a estar en el Cielo, pero entonces me percaté de que a mi alrededor todo seguía igual. La mujer sonrió. Llevaba un chal con flecos y su plateado cabello le caía sobre los hombros. Supe que no era real porque podía ver a través de ella. Me pareció vagamente familiar. De repente, me asaltaron unos recuerdos sobre ella: el de una mujer en un banco despidiéndose de su querido perro, el de unas camas metálicas y el ambiente limpio de una casa de retiro, el de una figura fantasmal ante la ventana de mi dormitorio.

—¿Alice? —pregunté—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a ayudarte, querida. —Hablabas como un personaje salido de un cuento de hadas—. Has conseguido llegar hasta aquí. No puedes abandonar ahora. No te lo permitiré.

—¿Por qué no te he visto en el Cielo? —pregunté.

—No te permitían recibir muchas visitas —repuso.

—Eve... —Recordé mi encierro en la habitación blanca. Al pronunciar su nombre, mi voz adoptó un tono de amargura.

—Ahora no importa —dijo Alice con amabilidad—. Has regresado. Sabía que lo conseguirías.

—No me ha servido de mucho. Creo que estoy muriendo, Alice.

—No digas tonterías. Tienes que ponerte en pie.

—No puedo. Siento demasiado dolor. Solo quiero dormir.

—Ya dormirás todo lo que quieras cuando estés en casa. Ahora, vamos, te ayudaré a hacerlo.

—No puedo.

—Xavier te está esperando.

Oír su nombre despertó algo en mi interior.

—¿De verdad?

—Por supuesto, querida. Hace mucho que espera. Pero tendrás que reunir todas tus fuerzas si quieres verlo. Sé que él desea terriblemente volver a verte.

Y esa era toda la motivación que necesitaba. Alice sabía perfectamente qué mecanismo debía activar en mí. Me concentré con todas mis fuerzas y me puse de rodillas. Lo hice con mayor facilidad de lo que había pensado, pero ponerme en pie supuso un esfuerzo colosal.

—Despacio —me aconsejó Alice—. Poco a poco.

Seguí su consejo y esperé un momento antes de dar el primer paso. Me sentía como un bebé que empezara a caminar. Giré la cabeza buscando a Alice, buscando su aprobación, pero ya no estaba allí. Se había ido. El resto era cosa mía. Centímetro a centímetro fui avanzando por la playa, impulsada solo por la idea de que Xavier me estaba esperando.

Cuando llegué al embarcadero, encontré a un camionero sentado delante del Gresy Joe's, el único local que estaba abierto durante toda la noche en Venus Cove. Pareció sobresaltarse al verme, a pesar de que era él quien llevaba los brazos llenos de tatuajes.

—Eh, chica —dijo, un poco inseguro—. ¿Necesitas ayuda?

—Intento regresar a casa.

—¿Una mala noche?

Me di cuenta de que había entendido que mi estado se debía al abuso de ciertas sustancias. Asentí con la cabeza. Era más fácil dejar que creyera eso a explicarle

ninguna otra cosa.

—¿Y si nos paramos en un hospital primero para que te echen un vistazo?

—Por favor, solo necesito llegar a casa y dormir. Mi hermano se encargará de mí. Vive muy cerca de aquí.

Mencionar que tenía un hermano surtió el efecto deseado. Su rostro se relajó un poco: ahora se sentía aliviado de toda la responsabilidad.

—De acuerdo, indícame el camino —dijo, mientras tiraba lo que le quedaba de la hamburguesa a la basura.

Me cogió del hombro y me ayudó a subir al asiento del pasajero de su camión. El suelo estaba lleno de latas vacías y de papeles. El interior de la cabina olía a patatas fritas, a cuero y a tabaco, lo que no me ayudó a sentirme mejor: ahora añadí las ganas de vomitar a mi lista de síntomas. Bajé el cristal de la ventanilla para que entrara el aire limpio de la noche, y eso me ayudó a no vomitar, aunque sabía que tenía el estómago vacío.

—¿Cómo te llamas, cariño?

—Beth.

—Un nombre bonito. Yo soy Lewis.

Al ver la expresión de mi cara, me ofreció una botella de agua precintada que llevaba en la guantera.

—Toma, seguramente estés deshidratada. Eso es lo que pasa cuando se bebe demasiado.

—Gracias.

Acepté el agua y la bebí, agradecida. Me ayudó a asentar el estómago y a aclararme la cabeza.

—¿Qué clase de amigos tienes? ¿Cómo pueden haberte dejado sola de esta manera?

—Salí yo sola.

—¿Problemas con un chico?

—Más o menos.

—Pues acepta un consejo de un viejo experimentado, muchachita: aunque ese chico sea el rey de Inglaterra, no se merece esto.

Por suerte, Lewis conocía las calles de la ciudad. Finalmente llegamos a Byron Street, que estaba desierta. Solo se veían las mariposas nocturnas que se arremolinaban bajo las lámparas de la calle. Lewis aminoró la marcha, esperando a que yo le hiciera una señal para que se detuviera. Pasamos por delante de las elegantes casas, con sus cuidados jardines y sus caminitos de grava. Cuando llegamos a la familiar cuesta de la calle, me erguí en el asiento con los ojos muy abiertos. Estaba tan absorta por la visión que cuando llegamos a la casa estuve a punto de olvidarme de decirle a Lewis que se detuviera. La casa, con el ancho porche y el

olmo cubierto de hiedra del patio, me dio la bienvenida como una vieja amiga. Los rosales de Ivy se alineaban al otro lado de la verja de hierro. Las cortinas de la sala no estaban cerradas, y vi las estanterías del interior, llenas de libros, y la vieja alfombra, y el enorme piano. En la chimenea todavía había ascuas encendidas.

El corazón casi se me paró cuando vi un viejo Chevy azul de 1956, restaurado, aparcado delante de la casa. Sentí la misma excitación que había experimentado al ver a ese chico de ojos turquesa que pescaba en el embarcadero. Parecía que había pasado muchísimo tiempo. Pero ahora estaba segura de una cosa: lo que sucediera a partir de ese momento no me importaba.

Había llegado a casa.

Amanecer

Resultaba extraño encontrarse de nuevo ante las puertas de Byron. Era como si el tiempo no hubiera transcurrido. Todas las tragedias anteriores parecieron borrarse y me sentí como si esa noche significara el comienzo de una nueva vida. Quise atesorar ese instante en mi memoria: era el comienzo de todo.

Ahora que estaba solo a unos metros de distancia de Xavier, de repente me sentí avergonzada por mi estado físico. Intenté arreglarme el pelo con los dedos y me sacudí la arena de los pies desnudos. Luego di un paso hacia el camino que tantas veces había recorrido cuando era un ángel. Ahora lo recorría como ser humano. Las piedras bajo mis pies eran frías, y el aire estaba cargado del olor de la primavera. Era raro darse cuenta de que todo permanecía igual y, al mismo tiempo, era terriblemente distinto. Cuando subí al porche, oí el familiar crujido de los tablones. *Phantom* empezó a ladrar dentro de la casa y, al cabo de un momento, oí que estaba rascando la puerta desde el interior.

—Hola, chico —susurré.

Phantom empezó a gemir. Entonces oí unos pasos en el pasillo.

—*Phantom*, vuelve aquí. ¿Qué te pasa?

Me quedé sin respiración. Conocía esa voz, grave y suave, con cierto acento de Georgia. Esperé, paralizada a causa de la emoción e incapaz de decir nada. Por un momento me sentí invadida por un montón de miedos irracionales. ¿Y si yo había cambiado tanto que ya no era reconocible? ¿Y si Xavier había continuado con su vida? ¿Qué derecho tenía de aparecer de repente y pretender que él me estuviera esperando? Había imaginado que sería un encuentro lleno de pasión, no de miedo. ¿Por qué perdía la seguridad en mí misma en ese momento?

—Venga, chico, ahí fuera no hay nadie. —Xavier habló con un tono de cansancio que yo no le conocía—. ¿No me crees? De acuerdo, te lo demostraré.

La puerta se abrió y Xavier y yo estuvimos, por fin, frente a frente.

Iba descalzo, y llevaba un pantalón de chándal y una ancha camiseta blanca de

manga corta. Su cabello, del color de la miel, le caía sobre los ojos, que continuaban teniendo ese impresionante color turquesa, como el del océano y el cielo juntos.

Su reacción no fue la que yo había esperado. Se quedó boquiabierto y dio un paso hacia atrás, como si yo fuera un fantasma.

—No eres real.

Xavier negaba con la cabeza, incrédulo, y supuse que su imaginación le había estado jugando malas pasadas durante un tiempo. Me daba cuenta de que mi aspecto debía de parecer muy poco humano. La luz del porche no estaba encendida, y yo estaba en la oscuridad.

—Xavier, soy yo —dije, con voz temblorosa—. He vuelto.

Él permaneció en silencio, demasiado asombrado para decir nada. La mano que tenía apoyada en la puerta le temblaba.

—No te creo.

—Soy humana —le dije—. Me he convertido en un ser humano... por ti.

—Estoy soñando —murmuró, casi para sí mismo—. Otra vez no.

—¡Mira! —Alargué la mano y cogí la suya, clavándole las uñas en la palma—. Si no fuera real, ¿podrías sentir esto?

Xavier me miró con una expresión de confusión y de esperanza que me partió el corazón.

—¿Cómo es posible? ¡No puede ser!

—Una vez me dijiste que un hombre enamorado es capaz de hacer cosas extraordinarias —dije—. Bueno..., también una mujer puede hacerlas. Soy real, y te quiero más que nunca.

Xavier alargó las manos y me cogió por los hombros. Al sentir el contacto con mi cuerpo, su expresión cambió. Me abrazó con fuerza y desesperación. Nos juntamos el uno contra el otro con tanta intensidad que me pareció que podía fundirme con él para que los dos formáramos un único ser. Él me sujetó el rostro con las manos y ambos nos mecimos un instante en silencio. Cuando finalmente me soltó, todo a mi alrededor parecía dar vueltas y volví a sentir un dolor lacerante en todo el cuerpo.

Por un momento, la vista se me nubló y pareció que me iba a caer al suelo.

—Eh, eh. —Xavier me sujetó—. ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Estoy bien. —No pude evitar sonreír—. Estoy contigo.

—Vamos, entra en casa.

Di unos inseguros pasos detrás de él, pero Xavier me sujetó y cerró la puerta de una patada.

—A partir de ahora todo va a ir bien —murmuró con los labios sobre mi cabello—. Voy a cuidarte.

Xavier me llevó hasta el sofá del salón.

—No creí que volviera a verte —dijo Xavier—. Pensé que la única manera sería

que yo... —Pero la voz se le ahogó y no pudo acabar la frase.

—Chis —hice, acariciándole el pelo, que era más largo que antes y de un color ámbar oscuro—. Sé lo que pensabas.

—No estaba seguro de si funcionaría. —El tono de su voz se hizo más duro al recordar la dureza de los últimos meses—. Vivir no significaba nada para mí cuando te fuiste. Gabriel e Ivy ayudaron; no creo que lo hubiera podido soportar sin ellos.

—¿Dónde están? —Miré a mi alrededor. La casa estaba vacía y no tan inmaculada como cuando Ivy se encargaba de ella. En el suelo había un tazón y de la barandilla colgaba una chaqueta honorífica universitaria.

—Están en una misión en... Rumanía —dijo—. Gabriel estuvo meses intentando traerte de regreso.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Apeló al Coro Angélico, intentó llegar a un acuerdo con ellos, les suplicó..., pero nada de eso funcionó. Creo que esa situación los estaba destrozando. Así que se fueron. Pero tienen que volver cualquier día de estos.

Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas, emocionada ante la perspectiva de volver a ver a mis hermanos.

—Pero, Beth... —dijo Xavier, mostrándose cauteloso de repente—. Tienes que decirme una cosa... ¿Cómo has conseguido regresar? ¿Te has escapado? —Todo su cuerpo se puso tenso—. ¿Van a venir a buscarte otra vez? Tengo que advertir a Ivy y a Gabriel...

Sin acabar la frase, Xavier cogió su teléfono móvil y empezó a marcar, pero puse mi mano sobre la suya para impedirselo.

—Nadie va a venir a buscarme. Esta vez no. He regresado para siempre.

Xavier me observó con atención por primera vez y tomó conciencia de mi aspecto sucio y descompuesto. Toda expresión de duda se borró de su rostro y, preocupado, preguntó:

—¿Qué te ha pasado? Parece que hayas estado en la guerra.

De repente sentí el cansancio con toda su fuerza y me apoyé en su cuerpo, como si fuera una muñeca de trapo. Hubiera deseado que me viera radiante y saludable, en lugar de aparecer como una inválida necesitada de cuidados para recuperar la salud.

—Esto pasará. Solo necesito tiempo para que la transición sea completa.

—Ya hablaremos de eso después. —Pasó un brazo por debajo de mis piernas y por mi cintura y me levantó del sofá—. Venga, vamos a bañarte y a meterte en la cama.

Xavier me llevó en brazos hasta mi vieja habitación, en el piso de arriba, donde él dormía ahora. La bolsa de deporte estaba detrás de la puerta; encima del escritorio blanco, bajo la lámpara, había un montón de libros. Aparte de esas cosas nuevas, la habitación estaba tal como yo la había dejado. Volver a ver los muebles blancos y la

cama de hierro me resultó reconfortante. *Phantom* nos siguió y se enroscó sobre la alfombra, como hacía siempre, pero no cerró los ojos: nos miraba, atento, como si tuviera miedo de que yo volviera a desaparecer.

—¿Has estado durmiendo en mi habitación? —pregunté, feliz.

—Era la única manera de sentirme cerca de ti —repuso Xavier—. Espero que no te moleste.

Negué con la cabeza. Me encantaba que hubiera dormido en mi habitación durante todo ese tiempo en que yo no había estado. Xavier me dejó encima de la cama y dijo:

—Ahora vuelvo.

Lo oí trastear en el lavabo y abrir el grifo de la bañera. Al cabo de un momento volvió a entrar en la habitación con un montón de toallas limpias.

—Xavier, necesito preguntarte una cosa. ¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Bastante..., pero ya hablaremos de eso más tarde, ¿vale?

—Tengo que saberlo. Me está volviendo loca.

Xavier se arrodilló a mi lado y me ayudó a quitarme el sucio vestido.

—Has estado fuera dos años —dijo en voz baja.

—¡Dos años! No es posible.

—Beth, ahora no importa...

—No. No, no es posible.

—Lo siento —dijo—. Ya casi tengo veintidós años y me graduaré en la universidad el año que viene.

—Pero... me he perdido tantas cosas. —Me sentí completamente estafada. Perderme una hora de la vida de Xavier ya era demasiado. Dos años eran toda una vida—. Tienes que contármelo todo.

—No hay mucho que contar. Estudié en la universidad —dijo, sin darle importancia—. Mi hermana tuvo un bebé, y ahora soy tío.

—Oh, Xavier, me alegro tanto por ti. Eso es lo que siempre quisiste.

—Beth, no lo entiendes —repuso—. He estado funcionando como una máquina. Por dentro no sentía nada, a pesar de que sabía que hubiera debido sentir algo.

—Pero ahora estoy en casa —dije.

—Sí —afirmó Xavier, sonriendo—. Tú eras lo que me faltaba. Ahora mi vida está completa. Ya sabes que no tuvimos luna de miel. Creo que deberíamos ir a París.

—De acuerdo —dije, ilusionada.

Xavier rio.

—Quizá es mejor que te des un baño primero.



Me senté en un taburete, en el baño, observando cómo los espejos se empañaban a causa del vaho mientras Xavier llenaba la bañera y me quitaba los restos de algas del cabello.

—¿Has tenido un vuelo difícil? —dijo.

Tenía todo el cuerpo dolorido; cada vez que me movía era un suplicio, pero intenté que Xavier no se diera cuenta del dolor que sentía.

—Te duele, ¿verdad? —preguntó.

—El dolor será temporal —contesté—. Nada me dolió más que perderte.

—¿Qué te hicieron?

—Nada que yo no quisiera.

Xavier me miró con desconfianza.

—Date la vuelta —dijo, al final, viendo que yo no decía nada—. Déjame verte la espalda.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

Me incliné hacia delante. Xavier me levantó el vestido despacio y emitió un gemido. Noté que reseguía las finas cicatrices blancas que tenía entre los omóplatos con los dedos. De repente preguntó, en tono de rabia:

—¿Qué es esto? ¿Quién te ha hecho esto?

—Nadie. Fue decisión mía.

—¿Dónde están tus alas?

—Ya no están.

—¿Qué quieres decir con que ya no están? —preguntó, palideciendo—. ¿Te han quitado las alas?

—Ellos no me las han quitado, yo las he entregado.

—¿Que has hecho qué?

—Tuve que hacerlo.

—¿Cómo has podido hacer algo así?

—Ha sido la decisión más fácil que haya tenido que tomar nunca.

—Pero ¿cómo ha llegado a pasar...?

—No importa —lo interrumpí—. Lo único que importa es que estoy aquí.

Xavier me miró con atención.

—¿Estás diciendo que eres...?

—Tan humana como tú.

—No me lo creo.

—Yo tampoco lo creía al principio. No estaba segura de haber vuelto entera. Tenía todas las posibilidades en contra, pero, de alguna manera, funcionó. Alguien debe de habernos protegido.

Vi que los ojos de Xavier se nublaban con un sentimiento de culpa.

—Esto me destroza —dijo—. No puedo ni pensar en lo que has tenido que sacrificar.

—No —contesté—. Aunque al final moriré, por lo menos habré vivido. En el Cielo hubiera tenido la vida eterna, pero estaba muerta por dentro. Tú me has dado la vida. Eso es un regalo.

Xavier se inclinó y me dio un beso en la frente. Luego me ayudó a quitarme la ropa mojada y a meterme en la bañera. Al principio, el agua quemaba un poco, pero al cabo de un momento el calor penetró en mi cuerpo y me ayudó a relajarme profundamente. Todavía me sentía un tanto avergonzada por mi estado, pero Xavier no parecía darse cuenta; tan concentrado estaba en cuidar de mí. El agua caliente y perfumada me relajó. Xavier cogió una jarra de mi armario y la utilizó para enjuagarme el pelo y quitarme toda la sal del mar. Me lavó con suavidad desde la cabeza a los pies hasta que estuve limpia del todo. Después me senté en la cama, envuelta en una toalla, y Xavier fue a buscar una de sus camisetas de manga corta y un pantalón de chándal. Cuando levanté los brazos para que me pusiera la camiseta, él se detuvo en seco y me miró el torso.

—Bueno, eso es nuevo —dijo.

—¿Qué es nuevo? —pregunté, alarmada. ¿Me habría desfigurado horriblemente durante el trayecto?

—Parece que tienes ombligo..., igual que nosotros.

—Uau.

Bajé la vista hasta la barriga y vi que tenía razón. Ahora había una pequeña protuberancia en una zona donde antes solo había habido piel lisa. Xavier lo resiguió con un dedo. A pesar de mi estado de debilidad, el contacto de su piel me hacía estremecer.

Me metí en mi vieja cama y hundí la cabeza en la mullida almohada. En cuanto las suaves sábanas me envolvieron, me relajé. Sin embargo, a pesar de lo agotada que estaba, no me decidía a cerrar los ojos.

—¿Tienes hambre? —preguntó. Lo pensé un momento y me di cuenta de que sí, tenía hambre—. No te muevas —dijo él—. Voy a prepararte algo.

Debí de adormilarme mientras él estaba en el piso de abajo, pero el olor a café y a beicon me despertó. Me senté en la cama y Xavier depositó una bandeja cargada de comida en mi regazo.

—¿Las famosas patatas fritas Woods? —pregunté.

—Por supuesto. Lo curan todo. Y, por favor, que no se te pasen por alto los huevos revueltos. Esta vez los he hecho tal como te gustan.

Me llevé una porción de huevo revuelto a la boca y la explosión de sabor que noté me hizo revivir.

—Están buenísimos —dije—. ¿Vas a quedarte aquí sentado mirándome mientras

como?

—No voy a perderte de vista nunca más —respondió—. Será mejor que te acostumbres.

Mientras comía, Xavier me observaba.

—Hay otra cosa que veo diferente en ti. Pero no sabría decir qué es exactamente.

—Ahora hay muchas cosas que han cambiado.

—Ya sé, es tu piel —apuntó—. No brilla como antes.

—Bien —repuse—. La gente normal no brilla.

—Eres humana de verdad —dijo Xavier, casi sin respiración.

Por la ventana se veía el cielo, que ya empezaba a cambiar: solo había una delgada luna y la negrura de la noche empezaba a aclararse y a teñirse de tonalidades rojizas y doradas.

—¿Puedes abrir la ventana, por favor? —le pedí.

—¿Estás segura? Te resfriarás.

—Quiero oír el océano.

Recordé las muchas veces que, en el pasado, me había dormido mecida por el sonido de las olas. Xavier se puso en pie e hizo lo que le había pedido. La brisa llenó la habitación agitando las cortinas y las páginas de los libros que había encima del escritorio. Xavier volvió a sentarse en la cama y se quedó pensativo un momento.

—¿Estás enfadado conmigo? —pregunté.

—Por supuesto que no. Estoy impresionado.

—¿De verdad?

—Sí. Dijiste que encontrarías la manera de regresar y lo has hecho. Me has salvado la vida al volver.

—Eso es lo que tenemos que hacer —dije—. Cuidarnos el uno al otro.

—¿Crees que se ha acabado de verdad? —preguntó—. Casi me da miedo creer que es verdad.

—Se ha acabado —respondí—. Lo noto.

De verdad creía que nada se volvería a interponer entre nosotros. Por primera vez en mi vida me sentía profundamente afortunada. A pesar de que me había opuesto a la voluntad del Cielo, había recibido compasión. No había sido abandonada. Mi padre había hecho que llegara a casa sana y salva.

Xavier se tumbó a mi lado y el calor de su cuerpo penetró en el mío como lo hace la energía del sol. Juntos esperamos a que amaneciera.

Al mirarlo, olvidaba todo mi dolor. No me preocupaba cuánto tiempo podía tardar en recuperarme. Lo único que sentía era una felicidad pura e infantil. Pero Xavier fruncía el ceño y sus perfectos rasgos habían adoptado una expresión de preocupación que apagaba el brillo de sus ojos.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Xavier suspiró.

—¿Estás segura de que sabes a lo que has renunciado?

—Lo estoy.

—¿Y no lo lamentas en absoluto?

—Ni por un momento.

—¿No desearías poder tener ambas cosas: a mí y la inmortalidad?

—Te elegiría a ti mil veces.

Xavier me cogió la mano y noté el suave contacto de su anillo de boda en la palma de la mano.

—Creo que no lo comprendes —susurró, mirándome con sus luminosos ojos color turquesa—. A partir de ahora sentirás dolor, envejecerás y, al final, morirás como el resto de nosotros.

A pesar de la preocupación que veía en su rostro, no pude evitar sonreír.

—Lo sé —dije—. Y eso es el Cielo.

Agradecimientos

Gracias, mamá, por ser mi mejor amiga: te querré siempre.

Gracias, Misisipi, por ser mi hogar y mi lugar del mundo favorito.

Gracias, Katie Anderson, por ser una gran amiga y por cuidarme.

Gracias, Clay McLeod. No olvidaré nuestras alocadas aventuras en Memphis, donde nos inspiramos mutuamente. No pierdas tu arcoíris.

Gracias, Mary Katherine Breland y Jordan Lee Phillips, por ser como una familia para mí.

Gracias a Jill Grinberg y al equipo de Feiwel and Friends por embarcarse en esta aventura de tres años.

Gracias, Dios, por inspirarme esta serie y por ser una constante inspiración para mí.



ALEXANDRA ADORNETTO. Nació el 18 de abril de 1992 en Melbourne, Victoria, Australia. Hija de dos profesores de literatura y drama, siempre ha disfrutado con la lectura, y tras ganar un premio de redacción, decidió ponerse a escribir.

Con tan sólo 13 años, completó su primera novela, *El ladrón de sombras*, una novela infantil de aventuras que forma parte de la trilogía *Serie Extrañas Aventuras*. Continuó escribiendo mientras esperaba respuesta sobre su publicación, que llegó en 2007. Con 14 años su novela fue publicada y se convirtió en un éxito tanto de público como de crítica.

En 2010 salió a la venta *Halo*, el primer libro de su segunda trilogía *Halo*, trilogía juvenil, con la incorporación elementos románticos y seres sobrenaturales y a la que pertenecen también *Hades* y *Haven*.

Actualmente Alexandra se ha trasladado a estudiar a los EE.UU., donde además de continuar con su carrera como novelista, intenta hacerse un hueco en el cine como guionista y actriz.